



THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
AT
AUSTIN

F
2846
J954
1925

LATIN AMERICAN COLLECTION

2012867878

F 2846 J954 1925 LAC

IN

artista.
JUAN B. JUSTO

"OBRAS"

TOMO V.

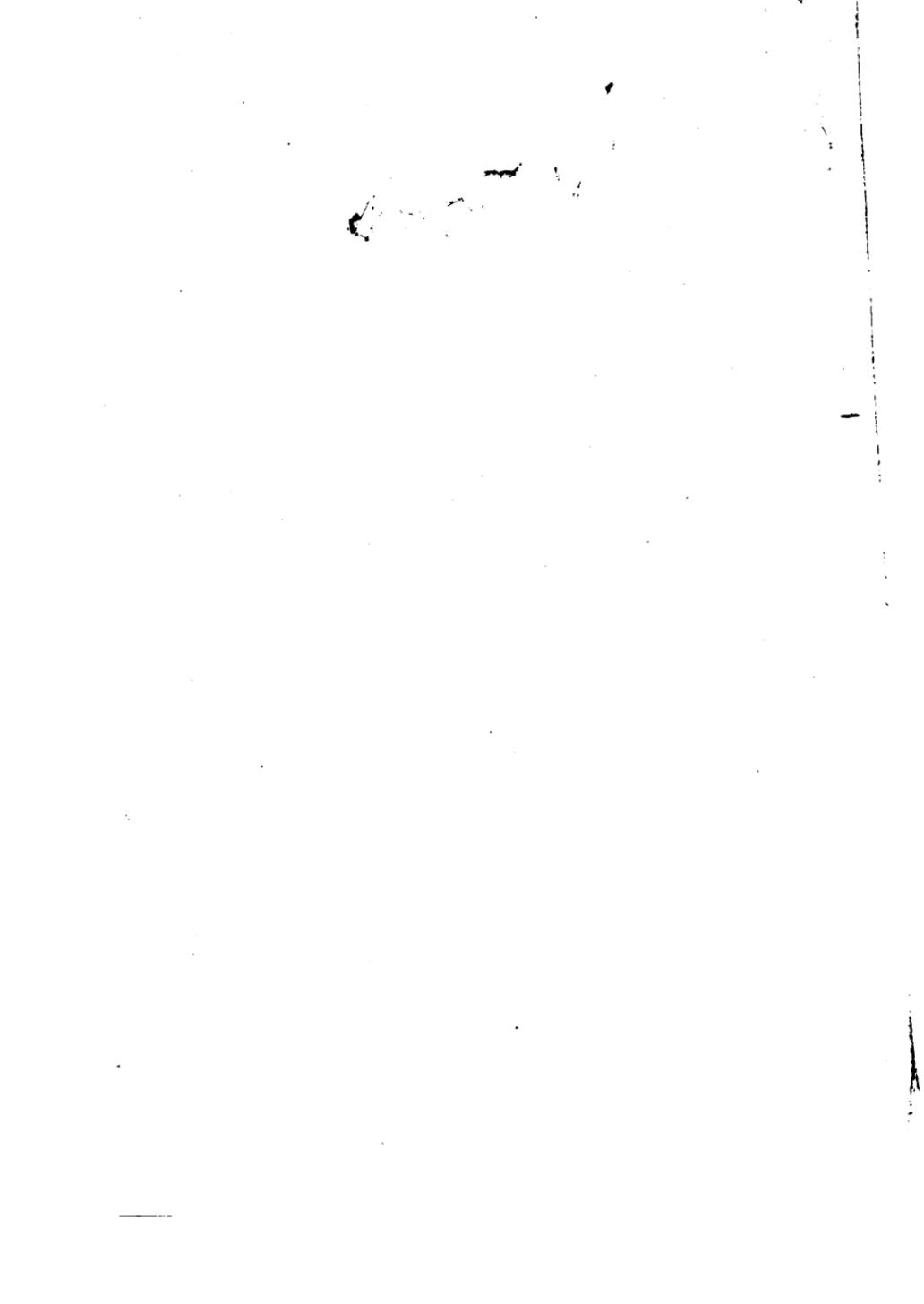
INTER

SMO

Y PATRIA

BUENOS AIRES
LIBRERIA Y TIPOGRAFIA "LA VANGUARDIA"
RECONQUISTA 675

1925



EL CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL DE COPENHAGUE

La asamblea. — La comisión quinta. — Declaración sobre la política argentina. — Los debates. — Sobre la cooperación. — La fiesta final.

Buenos Aires, noviembre 10 de 1910.

Al C. E. del Partido Socialista Argentino:

Lejos de esta tierra, y sin saber lo que en ella sucedía, si se publicaba "La Vanguardia", si había cesado el estado de sitio o pesaba aún sobre nuestras publicaciones la censura del gobierno, me he limitado a enviar desde Europa el texto de la declaración del Congreso Socialista Internacional de Copenhague que condena la bárbara y corrompida política de la oligarquía argentina, aplaude nuestro esfuerzo y nos entona para las futuras jornadas.

Cumplo ahora el deber de informar al Comité sobre la celebración de aquel Congreso.

La magnitud, rápidamente creciente, de las organizaciones políticas socialistas y obreras del mundo entero civilizado, así como la feliz designación de fecha y de lugar, explican el numeroso aflujo de delegados al Congreso de Copenhague.

Esta gran ciudad comercial e industrial, centro de atracción por su hermosa situación geográfica y sus tesoros artísticos, es el asiento de una vigorosa democracia, dueña ya de la vasta administración pública local y de 12 de los 16 asientos que tiene la ciudad en la representación nacional.

Celebrábase además el Congreso durante las vacaciones parlamentarias y en la estación en que acostumbra usar de su licencia anual los em-

pleados de las organizaciones y de la prensa obreras.

Por su magnitud la asamblea de Copenhague ha sido, pues, digna de la poderosa organización del proletariado universal, cuyas altas aspiraciones han tenido en ella una grande y hermosa expresión.

Ya en el adorno del local destinado a las sesiones revelábase el inteligente concepto que los organizadores de aquel Congreso tienen del internacionalismo. Lucían allí los rojos estandartes de las agrupaciones socialistas de la ciudad, y estaban también los colores usuales de los veinte o más países representados. Para la obra de la paz y de la solidaridad humana, la bandera roja acogía allí a las banderas nacionales, que, como símbolos de los diferentes países, pueden subsistir sin peligro en nuestras solemnidades, como los escudos y estandartes medioevales de provincias y ciudades persisten todavía en las ceremonias oficiales. Así las armas de Hamburgo, sin carácter alguno de guerra, adornan con sus formidables torres las fachadas de sus palacios y las cámaras de sus buques mercantes.

El discurso inaugural del diputado danés Bang, que insistió sobre la obra práctica de solidaridad internacional, fué seguido de un magnífico canto, síntesis de los grandes himnos revolucionarios, por 500 voces de las sociedades obreras corales de Copenhague. Por la tarde, asistimos a un grandioso desfile de las sociedades obreras y socialistas, en que fué muy notada por los delegados extranjeros la presencia de la agrupación socialista de los empleados de correos y de los sindicatos de empleados de ferrocarriles y tranvías. En las filas mismas, y entre la inmensa multitud que presenciaba y aclamaba el desfile, veíanse soldados de uniforme adornados con emblemas del Partido.

Distribuídos entre ocho comisiones los asuntos de que iba a tratar el Congreso, me agregué a la comisión V, encargada de dictaminar sobre las proposiciones relativas a la situación política de ciertos países.

Acerca del nuestro no había proposición alguna hecha de antemano, como tampoco había sido presentado al Congreso el informe sobre la marcha del socialismo en nuestro país. Esta omisión disculpa tal vez que Vandervelde, en nombre del Comité Socialista Internacional, al pasar en revista el movimiento obrero mundial, dijera que “en algunas partes, el número de votos o de adherentes ha decrecido ligeramente: en Finlandia, en Hungría, en la Argentina. Pero esto es” — agregó — “el resultado de la violencia odiosa ejercida contra nuestros amigos, violencia hipócrita de repúblicas burguesas o violencia cínica de monarquías absolutas”. Débese tal vez esa apreciación de Vandervelde a que no teniendo ahora nuestro Partido la representación parlamentaria que tenía en 1907, al celebrarse el Congreso de Stuttgart, se ha atribuído a disminución de los votos socialistas lo que se debe simplemente al cambio de la ley electoral.

Aquellas palabras de condena contra la barbarie gubernamental que realmente nos maltrata, pronunciadas como lo fueron en la sesión inaugural del Congreso, prepararon el terreno para una declaración sobre nuestro país, y no me fué difícil conseguir que la mesa de la Comisión V sometiera a ésta el siguiente proyecto de declaración:

“El Congreso Socialista Internacional de Copenhague estigmatiza a la oligarquía argentina, que falsifica sistemáticamente el sufragio universal, desprecia las leyes y la sana acción política del pueblo trabajador, recurre a la revuelta en sus rencillas de facciones, trama por medio de sus

policías escenas de violencia, y muestra una corrompida complacencia con el capital indígena o extranjero, con todo lo cual mantiene al pueblo en un estado de bárbara opresión y le da un pernicioso ejemplo de anarquía.

El Congreso Socialista Internacional condena con toda energía ese vergonzoso estado político de la Argentina, saluda calurosamente la acción del Partido Socialista en circunstancias tan difíciles, y espera que sus esfuerzos darán al pueblo trabajador una esclarecida conciencia de clase y asegurarán el progreso político del país, en este sentido, tan atrasado."

Para fundar ese proyecto de declaración, expliqué el modo de ser de la política criolla, estado de cosas propio de los países americanos de lengua latina, gobierno de una clase de grandes propietarios con todos los vicios y todas las malas artes necesarias para simular un sufragio universal que no existe, pues no ha sido nunca exigido por la masa del pueblo ni comprendido por la clase gobernante. En mi país — dije — las cosas tienden a cambiar, bajo la influencia del progreso técnico-económico y de la inmigración. Hay allí una importante clase de extranjeros capitalistas que no toman parte en la política, por su completa comunidad de intereses con la oligarquía, y porque saben comprar al gobierno y a los titulados diputados cuando los necesitan. El pueblo trabajador, en cambio, que hasta hace pocos años sufría las desastrosas consecuencias de una bárbara política monetaria, y sufre siempre los extorsivos impuestos que encarecen su vida y por la falta de leyes protectoras del trabajo, se inició conscientemente en la vida política hace más de quince años, cuando algunos grupos de obreros extranjeros iniciaron el movimiento socialista. La organización política de la clase trabajadora se ha extendido después, y se ha hecho

al mismo tiempo más argentina, ocupando ahora muy poco lugar en su seno las agrupaciones de lengua extranjera. Pero la oligarquía argentina no quiere reconocerla, y en sus documentos oficiales nos coloca entre la maffia y el anarquismo.

Esta secta ha prosperado naturalmente en nuestro país, donde aun faltan escuelas para la mitad de los niños, donde el pueblo ve a diario a la clase gobernante, dividida en facciones, pisotear la ley, falsificar el voto, y fraguar vergonzosas y sangrientas revueltas, país a donde casi no afluye más inmigración que la de los pueblos menos educados de Europa, porque la situación material y social de los trabajadores es inaceptable para los emigrantes de los países más cultos.

Relaté después la masacre del 10. de Mayo de 1909 en la manifestación anarquista, la huelga general iniciada entonces por nuestro Partido para que renunciara el jefe de policía, el asesinato de éste meses más tarde, el estado de sitio subsiguiente, el amago de huelga general para el centenario, nuestra franca oposición a ese extemporáneo movimiento, y el nuevo estado de sitio, bajo cuyo amparo y con la complicidad de la policía, las bandas negras de la reacción oligárquico-clerical hicieron su obra vandálica en las imprentas, bibliotecas y locales de la clase obrera. Presenté fotografías de los locales después del malón, y mencioné la ley monstruosa que en 1910, a propósito de bombas, ha restringido los derechos de prensa y de reunión, y ha dado a la clase patronal nuevos textos para combatir traidamente las huelgas.

Y, sin embargo — agregué —, no somos absolutamente un partido de violencia, sino un partido de orden en un país de revueltas. No somos tampoco doctrinarios ortodoxos y estrechos que desconozcan las condiciones necesarias del desarrollo del país. Creemos en la formación de una

nueva y grande clase de propietarios rurales en la Argentina, cuyo suelo está aún acaparado en forma de enormes latifundios. Y este deseo de extender la propiedad privada a nuevas capas de la población es un motivo más de lucha por la elevación de los salarios, y, en general, para levantar la situación de los trabajadores, propietarios de mañana. Y para que los propietarios en formación comprendan desde ya la limitación y la relatividad de su derecho de propiedad, agitamos la cuestión del impuesto sobre el incremento del valor del suelo. Comprendemos el socialismo como el método de acción histórica que eleva al pueblo trabajador, sobre todo por los esfuerzos del pueblo trabajador mismo, método capaz de adaptarse a condiciones cualesquiera. Estamos todavía al principio de nuestro movimiento, pero somos la primera manifestación de la vida política del pueblo trabajador de una vasta región donde va a realizarse un buen pedazo del porvenir, y la democracia social internacional debe animarnos en nuestras luchas difíciles.

Terminé rechazando la proposición de boicot a los productos argentinos que había hecho la delegada francesa Sorge al dar yo comienzo a mi exposición, fundando ese rechazo en los perjuicios que el boicot propuesto, tan difícil de realizar, traería a la clase productora argentina, y también a la población obrera de Europa, al privarla de alimentos y materias primas indispensables para su vida y su trabajo.

La declaración que propuse fué aclamada por la Comisión, y votada después en sesión plenaria del Congreso, previo informe del diputado austriaco Ellenbogen, presidente de la Comisión V. "La Argentina — dijo éste —, titulada república, está en realidad bajo el dominio de una burguesía advenediza y brutal, en su mayor parte agraria. Manifestamos nuestro desprecio por esa

burguesía, y animamos a la democracia social argentina a persistir en su esfuerzo a pesar de las más brutales violencias de la reacción”.

No puedo extenderme sobre las otras resoluciones del Congreso acerca de la situación política en España, Rusia, Finlandia, Turquía, Persia y el Japón, sobre la pena de muerte, sobre la unidad de la organización gremial, sobre el desarme y el arbitraje, sobre la desocupación, cuestiones tratadas en extenso en las comisiones, y aprobadas por el Congreso en la forma despachada por aquéllas, de la cual el Comité puede informarse por las publicaciones de la Oficina Socialista Internacional y de la prensa.

Debiendo asistir a las sesiones del Comité Socialista Internacional, para tratar de las cuestiones urgentes relativas a la organización del Congreso, y a las de la V Comisión, a la cual me había incorporado oficialmente, no pude seguir los debates en las otras comisiones, que fueron los más interesantes, ni tomé parte alguna en las breves discusiones que precedieron a las votaciones en las sesiones plenarias. Ni puede decirse que en éstas hubiera propiamente debates, ni que hubieran sido fáciles, dados la brevedad del tiempo disponible, el gran número de delegados, muchos de los cuales no hablaban bien ninguna de las tres lenguas del Congreso, y la necesidad de traducir cada proposición, cada discurso y cada réplica a las otras dos lenguas. Estaba sobreentendido que el trabajo se haría propiamente en las comisiones, y que, previo el informe de regla, el Congreso en pleno casi no haría sino votar.

Al tratarse de la declaración sobre la cooperación, falté a esa consigna tácita, con el derecho que me daba el no haber podido asistir a las sesiones de la Comisión encargada de informar sobre el punto.

Las proposiciones presentadas por diversas sec-

ciones nacionales respecto de la cooperación muestran cómo también dentro del movimiento socialista la tradición estorba al progreso. El Partido Socialista belga, ufano de su éxito en la formación de cooperativas adherentes a la organización política y temeroso de que la plena autonomía de la organización económica de la clase trabajadora debilite los recursos pecuniarios con que se cuenta en Bélgica para la lucha electoral, proponía que se declarase la conveniencia de “establecer lazos orgánicos, cada vez más estrechos, entre los partidos socialistas y las cooperativas, y que, donde la legislación lo permite, ellas adhirieran efectivamente al Partido, consagrando una parte de sus beneficios a obras de propaganda, de educación y de lucha para la emancipación de la clase obrera”. Pretendíase, pues, que el Congreso sancionara con carácter definitivo y universal lo que en Bélgica ha resultado accidentalmente de la entusiasta actividad de los primeros organizadores socialistas, esfuerzo muy plausible y fructífero, pero que parece acercarse ya al límite de su fecundidad. Desconociábase al mismo tiempo el gran valor educativo de la cooperación libre, pura y simple, así como su significado propio en la emancipación de la clase trabajadora.

La Democracia Social alemana rehuía una contestación categórica a la cuestión, pues la parte esencial de su informe consistía en decir que en Alemania la ley prohíbe a las cooperativas tomar parte alguna en el movimiento político. Podía haberse recibido mayor luz de un gran partido que se distingue por su oposición radical a toda ley burguesa, de la organización política obrera de un país donde la cooperación libre, ya muy poderosa, toma de día en día mayores proporciones.

Qué decir del silencio absoluto de los partidos

socialistas y obreros de Inglaterra respecto del punto?

El Partido Socialista de Francia distinguióse entre todos por la valentía y el alcance de su **proyecto de declaración**, que coloca a la **cooperación en el número de los “elementos necesarios a la transformación social”**, y **“le asigna un valor propio en el esfuerzo general de educación y de organización de los proletarios”**; y agrega: **“Fundado para servir a la clase obrera, y no para servirse de ella, el Partido Socialista contrae la obligación de aportar a los grupos proletarios una ayuda fraternal y vigorosa, sin reclamar el pago de sus buenos oficios. . . El invita, pues, a los militantes socialistas a dar sin restricción su concurso a la cooperación.”**

Después de largos debates, la Comisión delegó **en una subcomisión la tarea de redactar una fórmula de compromiso entre las diversas proposiciones, presentadas antes del Congreso o durante los debates de la Comisión. Se llegó así a la siguiente declaración, que el delegado austriaco Karfeles se encargó de sostener en la sesión plenaria:**

“Considerando que las sociedades cooperativas de consumo no procuran solamente ventajas materiales inmediatas a sus miembros, sino que están destinadas:

1o. a aumentar el poder del proletariado por la supresión de los intermediarios y por la creación de servicios de producción, dependientes de los consumidores organizados;

2o. a mejorar las condiciones de la vida obrera;

3o. a educar a los trabajadores para el manejo de sus asuntos propios con plena independencia, y a ayudarlos así a preparar la democratización y la socialización de los medios de cambio y de producción.

Considerando que la cooperación por sí sola sería impotente para realizar el objeto perseguido por el socialismo, que es la conquista de los poderes públicos para la apropiación colectiva de los medios de trabajo.

El Congreso, poniendo a los trabajadores en guardia contra los que sostienen que la cooperación se basta a sí misma, declara que la clase obrera tiene el más poderoso interés en utilizar en su lucha de clase el arma cooperativa. Estimula, pues, a todos los socialistas y a todos los miembros de los sindicatos a participar activamente en el movimiento cooperativo, a fin de desarrollar en él el espíritu del socialismo e impedir que las cooperativas se desvíen de su papel de educación y solidaridad obreras.

Los cooperadores socialistas deben luchar en sus sociedades:

1o. para que los beneficios no sean exclusivamente restituídos a los miembros, sino que en parte sean afectados, sea por las cooperativas mismas, sea por las federaciones o almacenes por mayor, al sostenimiento de sus miembros, al desarrollo de la producción cooperativa, a fines de educación y de enseñanza;

2o. para que las condiciones de salario y de trabajo de las cooperativas sean reguladas de acuerdo con los sindicatos;

3o. para que la organización del trabajo sea en ellas ejemplar, y que las compras de mercancías sean efectuadas teniendo en cuenta las condiciones de trabajo de los que las han producido.

Corresponde a las diversas cooperativas en cada país decir si y en qué medida ellas ayudarán directamente con sus recursos al movimiento político y sindical.

Siendo tanto más grandes los servicios que la cooperación puede prestar a la clase obrera cuanto más fuerte y más unido sea el movimiento co-

operativo mismo, el Congreso declara que las cooperativas de cada país, constituidas sobre la base de la presente resolución, deben formar una sola Federación.

Declara, además, que la clase obrera, en su lucha contra el capitalismo, tiene el mayor interés en que los sindicatos, las cooperativas y el Partido Socialista, conservando su autonomía y su unidad propias, estén unidos por relaciones cada día más íntimas.”

Esta traducción, hecha del texto francés, difiere algo del texto alemán, y más aun del inglés.

En la asamblea plenaria del Congreso no encontró más crítica que la que hice en los siguientes términos:

“Como representante de un país en que el movimiento obrero comienza y puede orientarse libre de toda tradición, debo declarar que encuentro insuficiente del punto de vista teórico la resolución propuesta por nuestra primera comisión.

La resolución es mejor que lo que se dice aún demasiado a menudo en los medios socialistas sobre la cooperación.

Pero con sus reticencias, ella puede desviar a los socialistas en su necesaria acción cooperativa, y alejar de nosotros a los cooperativistas en su necesaria acción política.

La resolución habla aún de “la conquista de los poderes públicos”, como del fin del socialismo. Ahora bien, cada día se hace más evidente que el socialismo es un proceso y una acción histórica mucho más compleja que la simple acción política de los trabajadores; que la conquista de los poderes públicos es nuestro objeto como partido político, pero que al lado de ella, la clase de los productores asalariados debe mirar a otros fines inmediatos que están fuera del campo de la política; que la conquista de los poderes públicos no es más que uno de los medios para estable-

cer la propiedad colectiva de los medios de trabajo, y que la cooperación libre, la acción económica de los trabajadores, es también desde ya una manera bien poderosa de establecerla.

Y a nosotros los socialistas nos corresponde el comprenderlo, puesto que nos jactamos con razón de tener una teoría de la historia, la teoría llamada de ordinario “materialista”, que pone a la acción económica, a la organización del trabajo, muy arriba de la acción política como función histórica.

Entiendo, pues, que los trabajadores tienen por lo menos tanta necesidad de capacitarse para la acción económica como para hacer leyes y aplicarlas; y que también en este caso, el de las relaciones del partido obrero con las cooperativas, es preciso renunciar en absoluto a una hegemonía cualquiera del partido”. Terminé proponiendo una enmienda para que en lugar de “ayudar así a preparar la democratización y la socialización de los medios de cambio y de producción”, la resolución dijera “a realizar”. La enmienda propuesta fué objetada por el miembro informante, y puesta a votación la declaración proyectada por la comisión, fué aprobada.

Terminó el Congreso con una fiesta de despedida en el palacio municipal de Copenhague. En el gran salón de recepciones habíase instalado una tribuna sobre la cual flameaba una bandera roja con la inscripción: “Proletarios de todos los países, uníos!” Saludando a los delegados en nombre de la población de Copenhague, el burgomaestre Jensen dijo que la organización política obrera es hoy la más poderosa garantía de paz entre las naciones y la mayor fuerza de emancipación de la humanidad. Knudsen, el otro burgomaestre socialista, encargado de la asistencia pública, afirmó la voluntad de su partido de hacer entrar en la práctica todo el programa del

socialismo. Resonaron después los acordes de la "Internacional", y la multitud de delegados coreó con entusiasmo sus palabras de lucha y esperanza. Y en el gran hall, adornado con las banderas de todos los pueblos allí representados, al ver la bandera argentina, comprendí una vez más que nadie la honra tanto como el pueblo trabajador de mi país cuando se educa y organiza para elevar su situación, y cuando en esa lucha se solidariza con el movimiento obrero mundial.

DESPUES DE LA GUERRA

LAS CONFERENCIAS DE BERNA Y AMSTERDAM

Buenos Aires, junio 27 de, 1919.

Al Comité Ejecutivo del Partido Socialista:

Honrado por ese Comité con la representación argentina en la Conferencia Socialista Internacional de Berna y en la Comisión Socialista Internacional que ha sesionado en Amsterdam, pude, gracias a la premura con que emprendí el largo y penoso viaje, llegar a Berna el 31 de enero, y tomar parte en las sesiones preparatorias, así como en los trabajos de los seis primeros días de la Conferencia, que comprendieron las importantes cuestiones tratadas en el seno de ese Comité en diciembre ppdo., habiéndome cabido el honor de ser designado vicepresidente de la Conferencia. Me fué imposible participar en las deliberaciones de los últimos dos días, por haber caído gravemente enfermo. Pero ya entonces se encontraba en plena labor mi compañero de delegación de Tomaso.

He de limitarme en este informe casi exclusivamente a las consideraciones generales que me sugieren las reuniones de Berna y Amsterdam.

Tanto por su aspecto exterior y su composición, como por las circunstancias en que se reunía,

la Conferencia de Berna

difería profundamente del Congreso Socialista de Copenhague, en que representé a nuestro Partido en 1910.

En ambas reuniones, hombres de diferentes patrias y lenguas se acercaban sin odio, antes y después de la guerra, y se entendían, o trataban de entenderse, acerca de la acción internacional del pueblo obrero. Asumían esa actitud simpática en forma espontánea y personal, y si acaso ella les era impuesta a algunos delegados por los sentimientos y la opinión de las masas trabajadoras que representaban, siempre tenía mucho valor como expresión de fraternidad internacional.

Pero no estaban en Berna aquellos muchos centenares de delegados, llenos del júbilo de un agradable viaje y del ruidoso entusiasmo de una fe superficial. Bajo los rigores del invierno y de la escasez de alimentos y de abrigo, y al través de mil mallas policiales opuestas al cambio de lugar de las personas, los socialistas llegaban a Berna movidos por una fe grave y dolorosa o dominados por preocupaciones prácticas, que no los predisponían a los himnos expansivos. Es que no iban a divagar, como en 1910, contra una posible guerra. Llegaban bajo la fresca impresión de la larga y terrible guerra que no habían podido evitar, y en medio de revoluciones que desgarraban y confundían a los partidos socialistas, al mismo tiempo que transformaban la vida política del centro y del este de Europa.

Y esto daba a muchos delegados una situación y una importancia completamente nuevas. Por primera vez los socialistas alemanes se presentaban como partido gobernante, y por primera vez también se presentaban divididos en dos delegaciones antagónicas. Numerosos delegados eran ministros o ex ministros de gobiernos de su país. Estaban allí Kurt Eisner, jefe del gobierno revolucionario de Baviera, Seitz, presidente del gobierno de la república austriaca, y los delegados del nuevo gobierno constituido en Georgia. No

estaba representado el partido comunista dominante en Rusia, pero sí varias fracciones socialistas rusas que le eran adversas.

De una asamblea así constituida, en medio de dolores de alumbramiento revolucionario y cuando la catástrofe infinita de la guerra parecía haber preparado los ánimos para grandes cambios, muchos esperaban actitudes trascendentales, que dieran o quisieran dar a los sucesos nuevo y grande impulso.

Tal era la creencia de algunos socialistas de San Pablo, ciudad brasileña donde el primero de enero hablé ante una pequeña reunión obrera que se había improvisado. Cuando hube expuesto el objeto de mi viaje y explicado las proposiciones argentinas, me preguntaron: ¿No irá la Conferencia Socialista Internacional mucho más allá de esas proposiciones? Yo no creía, por supuesto, que nuestras proposiciones agotaran el plan de trabajo de la Conferencia, pero manifesté mi seguridad de no ser dejados atrás en las cuestiones que planteábamos, dada la enorme dificultad con que se abren paso las ideas económicas, sobre todo cuando van contra intereses creados y prejuicios bastante difundidos para hacer callar la verdad a muchos políticos. Y en Berna fué manifiesta desde un principio la acción de los móviles políticos en el sentido estrecho de la palabra.

Se había encargado de organizar la conferencia principalmente el "Labour Party" británico, partido que nunca se ha distinguido por su doctrina, y Henderson, su delegado más conspicuo, dió a entender que el objeto de la Conferencia era ante todo el de declarar la opinión obrera sobre la Carta Internacional del Trabajo y la Sociedad de las Naciones, para ejercer presión sobre la Conferencia de la Paz, con algunos de cuyos miembros de más peso él ya había conversado al respecto. Esa recíproca influencia de y so-

bre los hombres, eminentemente políticos y hasta imperialistas, que en París dictaban en esos momentos las condiciones de la paz, si dió acaso mayor eficacia a algunas de las deliberaciones de Berna, no contribuyó a elevar el espíritu de nuestra asamblea.

Y así ella se engolfó desde luego en un debate sobre

la cuestión de las responsabilidades de la guerra,

cuestión retrospectiva y estéril, campo apropiado para el juego de móviles electorales, y que había de separar a mayoritarios y minoritarios alemanes más de lo que ya estaban. La suscitó el diputado Alberto Thomas, a quien muchos llaman el Scheidemann francés, que, como ministro de municiones, había ya patentizado suficientemente su opinión contraria a los alemanes, dirigiendo la fabricación de cartuchos y de obuses para diezmarlos. Más discreto fué Henderson, ex miembro del gabinete británico de guerra, que consideró superflua y fuera de lugar esa discusión de las responsabilidades. ¿A qué promoverla, en efecto, cuando no cabía en ella ninguna sanción? Si los socialistas alemanes de la mayoría habían tenido debilidades y cometido errores durante la guerra, ¿no estaban allí, en Berna, vencidos, y fraternizando con ingleses y franceses en busca de bases para la paz permanente?

La Conferencia entró propiamente en materia con la deliberación sobre

la Sociedad de las Naciones.

La declaración votada al respecto muestra que la guerra había disipado la idea del acercamiento necesario y espontáneo de los pueblos por obra de los factores económicos. Y, sin embargo, los horrores de la reciente guerra han sido tan gran-

des precisamente porque ella ha tenido en gran parte los caracteres de una guerra civil, que ha disuelto familias ya formadas o en formación, ha puesto a parientes, y hasta a hermanos, unos frente a otros, ha enlutado a muchos por la muerte del enemigo, ha sido un semillero de traiciones y de acusaciones de traición, ha hecho prisioneros a miles de hombres pacíficos que no eran invasores ni estaban en territorio invadido, ha cortado relaciones económicas indispensables, ha destruído en Rusia y en Francia valores alemanes, y valores británicos y franceses en Alemania, y ha debilitado y empobrecido a todos.

En la comisión encargada de informar acerca del proyecto de declaración sobre la Sociedad de las Naciones, comisión de la que formé parte, leí

la proposición argentina

al respecto, que había sido ya comunicada a la Conferencia en sesión plenaria, y expliqué nuestros puntos de vista, y al tratarse por la Conferencia en pleno el despacho de la Comisión pronuncié las siguientes palabras, apremiado por la estrecha limitación del tiempo de que disponía en ese momento cada orador:

“Execramos la violencia y la guerra, pero creemos en la necesidad del esfuerzo difícil y doloroso. Vemos en la guerra la explosión de energías humanas latentes y potenciales, acumuladas bajo la presión de instituciones bárbaras todavía no caducas. Necesitamos, pues, canalizar las energías humanas en un sentido constructivo si hemos de evitar que estallen en la dirección destructiva. Es por eso que vengo a insistir sobre el librecambio en la constitución y el mantenimiento de la sociedad de los pueblos, punto de vista burgués, si se quiere, de la burguesía más progresista y esclarecida, sobre el cual hay que insistir ahora en los medios obreros.

Se ha hablado aquí de la Sociedad de las Naciones como de una nueva creación, que hubiéramos de realizar nosotros por entero. Sostengo que la Sociedad de las Naciones está en germen desde hace mucho tiempo, y se ha desarrollado sin nosotros, y a veces, a pesar de nosotros.

Las migraciones humanas mezclan a los pueblos y las razas entre sí, y contribuyen a que los hombres se conozcan y se amen.

El comercio se desarrolla más y más, y une a los pueblos, que, en la medida en que lo practican entre sí, se penetran y anexan recíprocamente.

Los medios de transporte y de comunicación entre los pueblos se ensanchan y multiplican. La Unión Postal Universal es un importante aspecto, ya realizado, de la Sociedad de las Naciones.

Están las finanzas internacionales, las convenciones monetarias, como la Unión Monetaria Latina, que comprende a Francia, Bélgica, Suiza, Italia y Grecia.

Están los tratados y el arbitraje internacional, que no es de origen obrero, sino de origen burgués. Todos conocemos la amplitud dada por los Estados Unidos en los últimos años a ese sistema de relaciones internacionales; y nosotros mismos, en la Argentina, podemos jactarnos de haber resuelto mediante el arbitraje nuestros litigios con otros pueblos.

Está, por fin, el movimiento obrero internacional, gran factor de la Sociedad de las Naciones.

Pero mientras que los gobiernos han favorecido siempre el desarrollo de los transportes y comunicaciones internacionales, se han opuesto por motivos fiscales, y se oponen aún en gran medida, al desarrollo del comercio internacional, con derechos de aduana, a la sombra de los cuales se ha formado el sistema de intereses y falsas doctrinas conocido bajo el nombre de proteccionismo.

Y ésta es la peor forma del nacionalismo. El

proteccionismo aduanero crea dentro de cada país entre los capitalistas y obreros de cada rama de la producción, la peor solidaridad de clases, su solidaridad contra los capitalistas y obreros de la misma rama de la producción de los otros países, y contra los consumidores del propio país, que son en su gran mayor parte trabajadores.

Las aduanas alejan y aíslan a los pueblos entre sí. El socialista imperialista alemán Lensch ha dicho que la guerra europea recomenzó en 1879, con la primera ley aduanera alemana hecha después de la guerra de 1870. A esa mala ley, la siguieron en Alemania las leyes aduaneras de los años 1881, 1885, 1889 y 1902, cada vez más excluyentes y proteccionistas, las leyes francesas análogas de 1881, 1887, 1892 y 1910, las leyes italianas de 1883 y 1887 y las leyes norteamericanas de 1897 y 1909, leyes que han preparado la reciente guerra.

El punto de vista autoritario en la constitución de la nueva Sociedad de las Naciones corresponde a la Conferencia de París y de Versalles. Allí van a imponerse, por la potencia militar de los aliados, el desarme, el arbitraje obligatorio, la sanción penal y la policía internacional. Será la

paz anglo-franco-americana,

muy bien venida, pero en la que poco tenemos nosotros que hacer.

Lo que nos importa sobre todo, desde el punto de vista socialista, es dar a la paz bases sanas y durables, en el desarrollo del comercio internacional, y comenzar de inmediato la reducción gradual de los derechos de aduana hasta su extinción total en un plazo máximo de veinte años.

Deberíamos también hacer algo por el establecimiento de un sistema universal de medidas, que sería el sistema métrico, establecido en Francia

y Alemania, y que desgraciadamente los Estados Unidos e Inglaterra no han adoptado todavía. Esta rutina hace ilegibles para nosotros muchos libros de lengua inglesa, e impone a los obreros del mundo un enorme trabajo inútil.

Valdría también la pena votar una declaración tendente al establecimiento de una moneda internacional, lo que sería más fácil que el control internacional de la producción y distribución de los alimentos y materias primas propuesto por la comisión.

Traigo, por el libre comercio internacional, calificado solamente por la legislación del trabajo, no solamente el voto de los socialistas argentinos, que formamos un partido de cierta importancia, sino también el de los socialistas de la ciudad brasileña de San Pablo, quienes me han encargado de presentar su saludo a esta Conferencia, y me dieron el programa impreso de la Confederación Obrera Brasileña en formación, la que quiere la libertad de comercio y se propone emprender un constante y vivo movimiento de protesta contra los impuestos y tarifas de aduana.

Me sería muy agradable el haber contribuido a aclarar nuestras ideas sobre este punto y me sentiría así recompensado de mi largo viaje."

Pero no se miraba en Berna la asociación de las naciones como

un gran proceso histórico en curso,

como el desarrollo de un sistema de vinculaciones y armonías que ahora recibiría nuevo impulso. El diputado Renaudel, delegado francés, y autor de un folleto (1) sobre la Conferencia, refiriéndose a mis palabras sobre la Sociedad de las Naciones, dice que pronuncié "un discurso curioso, lleno de consideraciones prácticas, con la volun-

(1) Pierre Renaudel, "L'Internationale a Berne", página 72.

tad de mostrar que los lineamientos de la Sociedad de las Naciones se habían esbozado en el seno mismo del mundo capitalista.” Renaudel parece dudar de que las migraciones humanas modernas, los actuales sistemas mundiales de transportes y comunicaciones, el comercio internacional, las uniones monetarias y la finanza internacional, la Unión Postal Universal, los tratados de arbitraje y el movimiento obrero internacional, que enumera como en mi exposición, sean factores y manifestaciones de la comunidad de las naciones. Esa falta de comprensión de la historia en sus aspectos fundamentales, explica la importancia atribuída por Renaudel a la opinión del profesor Milhaud, de Ginebra, “especialista”, según él, en Sociedad de las Naciones, quien, como delegado de uno de los bandos en que está dividido el Partido Socialista francés, propuso “que se prohíba la guerra”. No habría entonces más guerras que las necesarias para hacer efectiva su prohibición.

No prevaleció este modo de ver. Pero la declaración votada en Berna sobre la Sociedad de las Naciones, antes que de las relaciones económicas entre los pueblos, habla de la corte internacional, “del desarme completo” y de “las fuerzas armadas cuya formación haga necesaria la situación internacional”, dando así el primer puesto en nuestras preocupaciones a lo militar y lo político, a lo jurídico y lo policial, cuando estos factores de paz habían de estar sobradamente representados por los gobernantes y diplomáticos que en París y Versalles iban a dar al mundo

la paz impuesta por los aliados.

Y se sabe lo que para ellos significa el desarme: la escuadra británica será más poderosa que nunca, y la americana se acrecerá por lo menos hasta igualarla.

La proposición argentina anteponía las consideraciones de orden económico a todas las otras, pareciéndonos más urgente suprimir los obstáculos puestos por malas leyes a la unión práctica de los pueblos que empeñarse en crear, mediante otras leyes, nuevos vínculos, siempre secundarios o ficticios mientras no estén los pueblos unidos en lo fundamental, que es la producción.

El más importante de nuestros postulados era

la libertad del comercio internacional,

a la que proponíamos acercarnos gradual, pero resueltamente, hasta realizarla por completo. La comisión aceptó vagamente nuestra proposición y la incorporó a su primer proyecto de declaración, aunque desvirtuándola con el agregado de que "si subsistían tarifas aduaneras, éstas deberían ser iguales para los productos de todos los otros países", lo que hubiera sido darnos por satisfechos con lo existente en materia aduanera. Después se mejoró el despacho, excluyendo toda tarifa de aduana no autorizada por la Sociedad de las Naciones, pero sin expresar el carácter fundamental del propósito, realizable aun fuera del nuevo aparato jurídico de la Liga de las Naciones, ni la necesidad de realizarlo por grados. Por fin, en la declaración de Amsterdam sobre el proyecto de sociedad de las naciones elaborado en París por la conferencia de la paz, se denunció la falta en éste de toda regla para la abolición de los obstáculos legales al comercio entre los pueblos, entendiéndose que los derechos de aduana son el principal de esos obstáculos.

No fué sin oposición que se aceptó la libertad de comercio. Era más fácil aclamar cualquier dogma sobre la absoluta autonomía y la eterna comunión de los pueblos, que obligarse al deber concreto de combatir en el propio país el proteccionismo aduanero. En Berna el profesor Milhaud, diciendo "aceptar el principio de la liber-

tad de comercio, encontró que no sería aplicable en países pequeños y devastados por la guerra, como la Bélgica, pues ello significaría, “después de la invasión de los ejércitos”, “una nueva invasión de productos”, que hundiría al país “en una situación económica desastrosa”, “paralizando definitivamente su posibilidad de renacer”. Fué preciso hacerle presente que los países chicos, dada la limitación de sus recursos naturales, necesitan del comercio exterior más aun que los grandes, y que un país que va a recibir una fuerte indemnización por los perjuicios de la guerra está en condiciones de establecer su nueva industria sobre bases técnico-económicas tan perfectas, que le aseguran el triunfo sobre la competencia extranjera, tanto en el mercado interno como en el mercado universal.

En Amsterdam las objeciones fueron menos banales, pero no más aceptables. El delegado Ryan, del partido obrero australiano, primer ministro de Queensland, pidió que en la declaración sobre la Sociedad de las Naciones se suprimiera lo votado en Berna pro comercio libre, pues, según él, éste no era posible en Australia, obligada a defenderse contra los productos del trabajo barato de las razas “de color”, sobre todo de las razas asiáticas. El motivo era especioso, ya que las tarifas de aduana de Australia excluyen por igual los productos de los trabajadores extranjeros de cualquier raza. Y aplicarlas en el sentido específicamente agresivo que con tanta franqueza proponía Ryan, prohibir mediante la aduana la entrada de los productos de chinos y japoneses, pueblos cuya inmigración ya está prohibida en Australia, sería preparar conflictos y nuevas guerras cuando la cooperación de todos los pueblos se hace más necesaria, cuando el Japón pide a la conferencia de la paz la declaración de igualdad de las razas, y se dicta la carta inter-

nacional del trabajo, que impondrá a los gobiernos de todas las razas leyes humanas y equitativas en defensa del productor. Las diferencias de nivel de vida y de cultura de los distintos países tiene que traducirse, no en un alejamiento artificial, impuesto por la ley, que redoble el sentimiento hostil de una raza por otra o de dos razas entre sí, sino en una división internacional del trabajo, que dejará fatalmente para los pueblos peor colocados las tareas pesadas y groseras que exijan el máximo esfuerzo ordinario, mientras las labores de habilidad, de precisión y de gusto corresponderían a los pueblos educados, que cuentan en mayor proporción los obreros adiestrados. Si no sucediera así, trataríase de una diferencia de sobriedad, no de cultura, y nada tan falso ni tan peligroso para un pueblo como ver en la sobriedad de otro pueblo un sello de inferioridad. Ante la actitud de Ryan, reclamé para los productos del trabajo argentino el derecho de ser admitidos en las mismas condiciones que los de cualquier otro país, aunque parte del pueblo trabajador argentino sería acaso clasificado en Australia como "colored", y observé que en Norte América jamás los estados del norte habían pedido trabas aduaneras que los protegieran contra el trabajo barato de los diez millones de negros de los estados del sur.

Los delegados belgas, diputados de Broukére y Anseele, ministro de trabajos públicos, presentaron en Amsterdam una observación que dió motivo a una explicación necesaria. En la abolición de los obstáculos legales al comercio internacional creyeron ver un peligro para las transacciones de comercio exterior hechas por los gobiernos mismos, como se han realizado en grandísima escala durante la guerra. Fué preciso hacerles notar que las operaciones de un gobierno para el aprovisionamiento de su país, lejos de

ser un obstáculo al comercio internacional, son la realización misma de este comercio en una forma nueva y doblemente económica, que simplifica esas relaciones y al mismo tiempo las extiende y consolida. La abolición del proteccionismo aduanero sólo amenaza las ganancias espurias que a su sombra realizan algunas empresas y la renta abusiva de tierras destinadas, gracias a la aduana, a cultivos que económicamente deberían ser hechos en otros países. Operando como poderosos trusts, los estados que hacen transacciones de comercio exterior tienen prácticamente el monopolio, y, a diferencia de aquéllos, no buscan ganancias, sino el bien general. La libertad de comercio es, pues, la mejor prueba de la eficacia de su gestión. Sólo si el estado, al comerciar, quisiera mantener altos o elevar los precios de ciertos artículos sin gravar los productos similares nacionales con un impuesto interno, necesitaría poner al comercio privado vallas aduaneras, caso vulgar de proteccionismo que la Internacional obrera y socialista debía condenar. Y así lo hizo en su última resolución de Amsterdam, no admitiendo excepción alguna al propósito de ir derechamente a la abolición de las trabas legales al comercio entre las naciones.

Preciso es, en efecto, desechar todo interés parcial, estrecho y rutinario, y llevar adelante

la unificación económica del mundo

como los más grandes estados existentes han realizado la suya, esto es, aboliendo las trabas fiscales al comercio interior, que cuando se trata del mundo es el comercio internacional, y dándose un sistema uniforme de moneda y de medidas.

Las proposiciones argentinas respecto de estas dos últimas cuestiones no fueron suficientemente apreciadas en la conferencia de Berna. La declaración allí votada sobre la Sociedad de las

Naciones no menciona siquiera la moneda, ni las medidas. Como yo explorara la opinión de Henderson sobre el sistema métrico, me dijo: "No hemos pensado sobre eso en Inglaterra". Y en la comisión para la Sociedad de las Naciones, el diputado austriaco Ellenbogen, entonces presidente de la cámara, refiriéndose al problema de la moneda internacional, me dijo: "Es como el esperanto", confusión lamentable entre el propósito de uniformar y dar validez internacional a las convenciones nacionales sobre la moneda, y la utopía de reemplazar con un idioma artificial las lenguas vivas que son el resultado espontáneo y natural de una larguísima evolución propia de cada pueblo. Felizmente ya se anuncia que el nuevo gobierno austriaco, con Ellenbogen de ministro, va a adoptar el franco como unidad monetaria, incorporándose Austria en esa forma a la unión monetaria llamada latina.

Para formular el proyecto de

la carta internacional del trabajo,

que habría de incorporarse al tratado de paz, funcionaron en Berna, al mismo tiempo, la conferencia socialista internacional y la conferencia internacional de los gremios proletarios. Muchos delegados pertenecían a la vez a ambas organizaciones, entre ellos el alemán Janson, presidente de la comisión de la carta del trabajo en la conferencia socialista. Asesoradas por el profesor Bauer, de Basilea, ambas conferencias convinieron en una misma declaración, extensa y detallada en algunos puntos como un reglamento.

Ella comprende todos los puntos de legislación del trabajo enumerados en mi conferencia del 8 de diciembre próximo pasado. (Véase "La Vanguardia" del 9 de diciembre), a saber: la jornada de ocho horas, el reposo hebdomadario, la instrucción obligatoria y la prohibición del tra-

bajo industrial de los niños (no hasta los 14 años de edad, como proponíamos, sino hasta los 15), la limitación especial del trabajo de los adolescentes y de las mujeres, el seguro contra los accidentes del trabajo, la libertad gremial, la libertad de migración de los trabajadores, el salario mínimo legal (que proponíamos para los trabajadores de las comunas y del Estado) establecido eventualmente para los ramos de la producción con salarios insuficientes que no pueden mejorarse por la sola acción gremial, y el pago de los salarios en moneda sana.

Este último punto no figuraba en el proyecto de carta internacional del trabajo de las comisiones de las conferencias socialista y gremial de Berna. En sesión plenaria de la conferencia socialista y en nombre de la delegación argentina, mi compañero de delegación, de Tomaso, propuso y fundó el siguiente agregado: "Pago de los salarios en moneda de oro o en papel moneda convertible a la par". Esta demanda fundamental hasta ahora en Sud América, no es hoy menos urgente en Europa, donde el oro ha desaparecido y los signos monetarios pululan, representando cada día menor parte de su valor representativo inicial. Seis meses después del armisticio, se anuncia en Francia una nueva emisión de 4.000 millones, que elevará la emisión total de billetes a 40.000 millones de francos. Mucho más depreciado aún que el billete francés, con relación al papel suizo o español, está el billete italiano. El marco papel vale menos de un tercio de lo que en julio de 1914, y, sin embargo, el único taller que funcionó en Berlín durante la huelga general de marzo de 1919, fué el de imprimir billetes de banco. Peor todavía es la situación monetaria en Austria, y el gobierno bolchevike de Rusia resuelve todas sus dificultades financieras prodigando y envileciendo el rublo de papel.

Como se ve, aun después de la conferencia de Berna, los gobiernos europeos tenidos por más revolucionarios no han cesado de emitir papel moneda depreciado, depreciándolo así aun más. No es extraño, entonces, que nuestra proposición no fuera inmediatamente aceptada. Insté a Janson a apoyarla, y me dijo: "Desgraciadamente, no tenemos bastante oro para eso", cuando el problema no era tener más oro, sino menos papel. Pero el profesor Bauer reconoció toda la importancia de la proposición argentina, como se lo comunicó en privado a de Tomaso, y ella fué votada en principio bajo la forma siguiente: "Los Estados contratantes convocarán tan pronto como sea posible una conferencia internacional encargada de tomar medidas eficaces contra el descenso del poder de compra de los salarios y de asegurar su pago en una moneda no depreciada". El saneamiento de la moneda nacional no deja por eso de ser en cada país un problema nacional, y la idea de una conferencia internacional para resolverlo sólo es feliz en cuanto ella sea el punto de partida de la creación de una moneda internacional, a la vez económica y sana.

Además de los puntos mencionados, el proyecto de carta internacional del trabajo elaborado por las conferencias de Berna comprendía los siguientes: prohibición del trabajo nocturno, salvo excepciones; reducción especial del tiempo de trabajo en las industrias peligrosas, y prohibición de los venenos industriales, siempre que se les pueda reemplazar; legislación y control del trabajo a domicilio; código internacional especial para la protección de los trabajadores del mar; información internacional sobre la oferta y la demanda de trabajo y seguro contra la desocupación; a trabajo igual, salario igual para los trabajadores de uno y otro sexo; inspección pública del trabajo y control de la aplicación de

las leyes sobre el trabajo per los sindicatos gremiales; organismo internacional permanente para aplicar y desarrollar la legislación internacional del trabajo, compuesto por mitad de delegados de los estados miembros de la Sociedad de las Naciones y delegados de la Federación Internacional de los gremios obreros.

Prueba del

consenso general

que empieza a reinar en esta materia es que la Conferencia de la Paz, previo informe de una comisión presidida por Gompers, presidente de la Federación Americana del Trabajo, ha adoptado como Carta Internacional del Trabajo, anexa al tratado de paz, la jornada de 8 horas; el reposo hebdomadario; la instrucción obligatoria y la prohibición del trabajo hasta los 14 años de edad; la limitación del trabajo de los adolescentes; el salario suficiente; la libertad gremial; el salario igual, sin distinción de sexo, para un trabajo igual en cantidad y calidad; la inspección pública del trabajo, para asegurar la aplicación de las leyes y reglamentos relativos a la protección de los trabajadores. Quedan fuera de esta convención puntos importantísimos de legislación social, pero el desarrollo ulterior de ésta ha sido previsto y preparado por la conferencia de París con la creación de un organismo permanente de legislación internacional del trabajo, compuesto de una oficina internacional del trabajo y una conferencia periódica de representantes de los estados miembros de la Sociedad de las Naciones, cuya primera reunión celebraráse en Washington en Octubre próximo.

Las cuestiones propiamente económicas

han sido en general las que han atraído menos la atención de las reuniones internacionales a que he asistido, y las tratadas con menos compe-

tencia, y esto es doblemente de sentir, hoy, cuando en varios importantes países los socialistas son el principal partido que gobierna.

Ese descuido de los principios económicos fundamentales ha hecho que en Berna y Amsterdam tomaran mucho vuelo y mucho tiempo

las cuestiones territoriales

entre las nacientes nacionalidades y entre los imperios y países que hicieron la guerra. Claro es que reguladas libremente las relaciones económicas entre los pueblos, las cuestiones territoriales pierden su importancia, no significando mucho para la masa del pueblo que tal puerto o tal mina quede de este o del otro lado de la frontera, ni que el gobierno de la propia unidad política extienda su dominio a países lejanos, poblados por razas explotadas, de éstos que se llaman colonias. Las cuestiones territoriales serían entonces ante todo cuestiones de raza, que suelen ser uno de los aspectos de la mala política y en que el socialismo no puede embarcarse si no son al mismo tiempo cuestiones de clase. Se pretende, por ejemplo, embanderar a la Internacional por la independencia política de Egipto, sin que se conozca la menor organización obrera egipcia.

Hasta cuestiones de sectarismo religioso se injertan en las deliberaciones de nuestras asambleas. Un artículo publicado en "L'Humanité", por un egipcio, quiere el acercamiento de la "verdadera" Internacional y el "verdadero" islamismo. Los judíos, por su parte, tratan de obtener de la Internacional declaraciones a favor o en contra de Poale Zion, y el reconocimiento, no sólo de la igualdad civil y política con los demás habitantes del país en que estén, igualdad que todos queremos, sino también el derecho de constituirse en nación dentro de cada nación, y de usar hasta en las relaciones oficiales el "jargón", que algunos llaman su lengua nacional.

Cuestiones como éstas, que son la negación misma del internacionalismo, contribuyeron a distraer a la conferencia de Amsterdam de dos puntos importantes de su orden del día: la actitud a asumir ante el manifiesto de Moscú, de la titulada tercera Internacional, y el proyecto de

estatutos de la Internacional Socialista.

La principal responsabilidad de que así sucediera le toca a Henderson, que si tiene el mérito de haber sido el principal organizador de las primeras reuniones de la Internacional después de la guerra, ha sido también quien las ha plagado con la superficialidad teórica y el oportunismo políticos ingleses. No había para qué responder al simulacro de congreso internacional de Moscú. Pero tanto más urgente era afirmar los principios y proclamar los propósitos de la Internacional Socialista a la luz de la guerra mundial, apenas terminada y de las revoluciones políticas que se desarrollan en Europa. Pudo hacérselo como preámbulo del proyecto de estatuto, pero también este proyecto quedó por hacer, a pesar de que Branting, el delegado sueco, presidente de la comisión permanente, pidió la preferencia para el asunto, moción que nos apresuramos a apoyar. Si era práctico, en efecto, ocuparnos de las resoluciones de la conferencia de París, nos incumbía por lo menos tanto trazar las grandes líneas que de hoy en adelante han de orientar el movimiento político obrero.

Pero la Internacional Socialista no puede continuar siendo lo que ha sido hasta ahora. Para la admisión de un partido en ella, no puede bastar ya la aceptación de unas pocas proposiciones abstractas. Los votos de sus asambleas no pueden más ser votos platónicos. En el mundo entero nuestro poder político aumenta a saltos. En importantes países, socialistas asumen la inmensa

responsabilidad de la dictadura, y aceptan la de la presidencia del gobierno. La fracción socialista crece en todos los parlamentos, hasta llegar en algunos a ser la más fuerte. Si ha habido muchos ministros socialistas durante la guerra, actividad la más opuesta a los sentimientos e ideas del pueblo trabajador, ¿cabe dudar de que los habrá muchos más durante la paz?

En la proporción en que acrece el socialismo su poder político, se agrava la responsabilidad de la Internacional Socialista, por lo que dice, por lo que hace y por lo que deja de hacer. Ella necesita perentoriamente darse un plan de acción, obligatorio para sus adherentes. Nos lo imponen también otros hechos nuevos de la vida social.

La Carta Internacional del Trabajo incorporada en París al tratado de paz, comienza con esta

afirmación teórica y doctrinaria de la mayor trascendencia:

“Ni de derecho, ni de hecho, el trabajo de un ser humano debe ser asimilado a una mercancía o a un artículo de comercio”. ¿Es ésta una frase, como en una conversación nos lo insinuaba Branting, o es una nueva y grande verdad social? Los que hemos negado todo valor científico al dicho vulgar de malos profesores y patrones de que el trabajo humano asalariado es una mercancía; los que en la teoría de la historia no hemos confundido jamás al hombre con los animales y las cosas, y en la doctrina de Marx sobre el salario hemos visto sólo una ingeniosa alegoría para patentizar la explotación del proletariado por el capital, valiéndose del arsenal doctrinario de los mismos economistas burgueses, saludamos con júbilo el advenimiento del principio de París, que, en su forma escueta y negativa, es de un contenido más vasto y substancial que la famosa declaración de los derechos del hombre. Y no es una

frase. Lo prueban el carácter objetivo y conciso del documento a que se ha incorporado, y el origen de la nueva doctrina en el texto de recientes leyes americanas, dadas con un fin tan práctico como el de proteger a las uniones obreras gremiales en sus esfuerzos por mejorar la situación del trabajador.

No es el nuevo principio expresión de misericordia, sino saludo alentador a los que trabajan y combaten. Equivale al reconocimiento por los principales gobiernos del mundo de la lucha de clases como proceso necesario y deseable en el momento actual de la historia. Podemos decir que ya en el concepto universal, el trabajador asalariado es, o debe ser, una persona moral que trata de alcanzar su pleno desarrollo. A mi juicio, la declaración internacional de París señala el momento en que la moderna lucha de clases sale de su fase principalmente crítica y negativa, e impone a la Internacional Socialista la necesidad y el deber de darse un método comprensivo de acción para la compleja obra de construcción histórica que espera al pueblo productor.

A ello nos obligan también

las profundas divisiones del socialismo,

en Alemania, donde los mayoritarios, denunciados sin consideración por los socialistas independientes o minoritarios, luchan a muerte con los espartaquistas, cuyos jefes fueron Liebknecht y Rosa Luxemburgo, figuras prominentes del socialismo internacional; en Rusia, donde en nombre del socialismo de Lenín se persigue y se mata a los que entienden el socialismo de otra manera, sobre todo al partido social revolucionario; en Italia, donde la fracción dominante en el partido está en pugna con la organización obrera sindical y con las inteligencias más acreditadas del movimiento; en Francia, donde se mantiene a

duras penas la unificación de forma a que tanto contribuyó Jaurés, pero no se descubre entre los socialistas un sistema serio de propósitos y procedimientos.

La presencia de representantes de esas fracciones en las reuniones de la Internacional Socialista, para exhibir en ella sus disensiones y volver a su país tan separados como antes o más irreconciliables que antes, pone en tela de juicio la claridad de propósitos y procedimientos de la misma Internacional.

Y en todas partes los que se suponen más avanzados dicen inspirarse en Marx y llaman desdenosamente

“revisionistas”

a los que creen haber encontrado ricas fuentes de información fuera de las palabras de aquel gran maestro. Cuando todos los procedimientos e ideas de los hombres están sujetos a continua crítica y control, a esa revisión tácita y sobreentendida que se llama desarrollo y progreso, ¿cómo admitir que la teoría de la acción política del proletariado no ha de desarrollarse sino al son de campanadas de alarma, anunciadoras de su “revisión”? ¿Puede la Internacional quedarse para siempre en lo que se decía hace setenta años, antes del gran esfuerzo económico del pueblo obrero en sus cooperativas, antes del poderoso movimiento gremial proletario, cuando no existía en Europa el sufragio universal, ni la clase obrera se había ensayado en rama alguna de la administración pública?

Rechacemos por estrecha y superflua esa denominación de “revisionistas”, los que, en la acción, quisiéramos enriquecer a diario el socialismo con nuevos hechos e ideas. Y opongámonos al efecto desastroso que la inmensa catástrofe de la guerra tendría sobre el socialismo si lo hi-

ciera retroceder a la teoría catastrófica de la historia.

De la revolución armada,

cada día más excepcional, no hay para qué hablar. Hay que hacerla cuando sea necesaria, sabiendo que en general sus resultados son puramente políticos.

Necesitamos desarrollar

un método de acción

basado sobre una concepción más dinámica, que avalore, antes que el esfuerzo episódico, el esfuerzo diario consciente de cada hombre en sus consecuencias infinitas, método que comprenda y regule nuestras actividades ordinarias, y, por eso, fundamentales, nueva moral, viva y eficiente, que desaloje los dogmas secos e insubstanciales de las iglesias.

La Internacional Socialista, federación de partidos obreros en el sentido amplio de la palabra, está llamada a darnos ese método de acción, a llevar adelante el desarrollo de lo que algunos llaman todavía el método de la democracia. Le toca hacerlo, no porque la política sea nuestra actividad fundamental, sino porque de las actividades ordinarias de los hombres es la más comprensiva, y, en bien o en mal, extiende o quiere extender su influencia a todas las otras actividades.

La vida humana misma, en sus manifestaciones elementales, debe ser objeto de nuestras preocupaciones de partido.

La técnica, actividad histórica fundamental, debe ser apreciada y reconocida por nosotros en todos sus grados, y no como hasta ahora, casi exclusivamente en los grados inferiores, propios del trabajo manual ordinario. Como artificio de dialéctica, calificó Marx de gratuita la acción de las fuerzas naturales aplicadas en la producción, asimilando a esas fuerzas naturales, que considera-

ba gratuitas, el resultado de la cooperación entre los hombres. Era el modo de patentizar, exagerándolo, el papel del trabajo manual asalariado en la creación del valor y la riqueza, y esa doctrina convencional, unida a la estrechez de ciertos sentimientos e ideas de clase y a la superficialidad interesada de la propaganda hablada y escrita, ha obscurecido ante muchos ojos

el papel esencial de la técnica superior y del trabajo económico

en la vida y el desarrollo de los pueblos.

El dogma sindicalista fué el anuncio de la toma de posesión del mundo por los gremios proletarios, cuando ni en las ramas superiores de la técnica ni en la economía existía organización gremial alguna, o si las había, estaban, como están aún en gran parte, muy distanciadas de los gremios más numerosos por el contenido y la forma de la misma propaganda sindicalista.

Y en Rusia, teatro de la revolución política que hasta ahora haya pretendido ser más fundamental, vemos a sus directores debatirse con las dificultades que ellos mismos se han creado, menospreciando y persiguiendo, por motivos políticos, a los hombres educados para los grados superiores del trabajo productor. Al comenzar la revolución rusa de 1917, predominaba en las asambleas (soviets, etc.), lo que en aquel país llámase la "inteligencia", técnicos, administradores, profesionales, literatos y estudiosos, afiliados en su gran mayoría al partido titulado socialista revolucionario. Por su parte, los jefes bolcheviques, cuyo primer campo de acción fué el soviét de Petrograd, eran también hombres de letras. Esto no les impidió, una vez en lucha irreconciliable con los socialistas revolucionarios y los mencheviques, denunciar como una usurpación el poder político que les había conferido el voto de sus conciuda-

danos, acusarlos y perseguirlos como a aliados del privilegio y, disolver, por fin, violenta e ignominiosamente, la Asamblea Constituyente, cuya inmensa mayoría era socialista revolucionaria. En nombre de la clase trabajadora, “a cuyo frente estaba nuestro partido”, como dice Trotzki, para el predominio inmediato y absoluto de “nuestro partido, que está a la cabeza del proletariado”, como lo repite a las dos páginas (1), la dictadura bolchevike rompió con los hombres aptos e indispensables para los trabajos superiores. Y cuando éstos, mirados como explotadores, confundidos calculadamente con ellos y despreciados por el personal técnico inferior, fueron expulsados de sus puestos de trabajo en las fábricas y en la administración, o los abandonaron desazonados, tronó de nuevo contra ellos la acusación bolchevike, esta vez para procesarlos por sabotaje, por deserción, “por la desorganización de todas las instituciones del gobierno y de muchas instituciones públicas y privadas por el personal técnico y administrativo que las dirigía” (2). En el primer momento de la lucha, dice Trotzki, las organizaciones de ese personal fueron “destruidas sin misericordia” (3). Cuando pareció consolidada la dictadura bolchevike y se hubo acentuado el espantoso desorden que reinaba en la producción rusa, el problema pasó a ser el de transformar aquel personal técnico y administrativo “en servidores, ejecutores y directores técnicos, allí donde lo exija el nuevo régimen. Si no lo conseguimos—dice Trotzki (4)—, si no atraemos todas las fuerzas que necesitamos poner al servicio de

(1) L. Trotzki, “Arbeit, Disziplin und Ordnung werden die sozialistische Sowjet-Republik retten”. Basilea, 1918, págs. 4 y 6. Conferencia en Moscú, el 28 de marzo de 1918.

(2) Trotzki, Ibidem, pág. 9.

(3) Trotzki, Ibidem, pág. 13.

(4) Trotzki, Ibidem, pág. 14.

los soviets, toda nuestra lucha de ayer, todo nuestro batallar militar revolucionario habría sido completamente inútil e infructífero". "Los consejos elegidos, compuestos de los mejores representantes obreros, pero que no poseen los conocimientos técnicos necesarios, no pueden reemplazar a un solo técnico que haya pasado por la escuela del ramo" (1). "Es necesario dejar al especialista la posibilidad de una libre actividad... pues ni el más capaz y dotado puede trabajar en su ramo, si está subordinado en su trabajo especial a un consejo de hombres que no conocen ese ramo" (2).

Y Radek, enviado con mucho dinero, para promover en Alemania algo como el bolchevikismo ruso, dice: "Como el dominio de la burguesía se basaba no sólo en la fuerza, sino también en su carácter de directora de la producción, ella trata de vencer a la revolución proletaria, no sólo con la fuerza armada; el sabotaje de la burguesía y de la inteligencia burguesa, que culminó en Rusia desde la insurrección de noviembre hasta marzo, no es producto solamente ruso. Es un aviso al proletariado europeo. Y si hoy los eunucos del marxismo hacen notar que el proletariado ruso no ha sido capaz hasta ahora de organizar la producción en forma socialista, se mofan de sí mismos sin notarlo. En todas partes la burguesía y la inteligencia burguesa preparan al proletariado los mayores obstáculos en su trabajo de organización, y en ninguna parte el proletariado, ni aun el más desarrollado, encontrará en breve plazo en sus propias filas las fuerzas necesarias para realizar el trabajo de la organización socialista. En la tierra alabada de la organización, en Alemania, es hoy extraordinariamente pequeño el número de los obreros capaces de dirigir ramas de la producción, y aun el

(1 y 2) Trotaki, *Ibidem*, págs. 14 y 15.

número de los obreros capaces de tomar en sus manos, como técnicos, la producción en una fábrica es muy pequeño. Esto lo sabe quien haya trabajado en el movimiento obrero alemán. Sólo después de miles de errores, la clase trabajadora de un país llegará a educarse para la dirección de la producción, y en ninguna parte podrá desde el principio renunciar a los servicios de los especialistas burgueses. Como la clase obrera rusa, ella necesitará los rigores de una dictadura de hierro para poner a los elementos burgueses al servicio de los trabajadores” (1).

No creemos en la bárbara y cruel receta bolchevique para asegurarse el trabajo técnico y económico superior en tiempos de revolución. El sutil esfuerzo mental, tan difícil de controlar, se presta menos aún que el trabajo manual a ser arrancado por la fuerza. Lo que la revolución rusa ha demostrado es lo que ya se sabía o podía suponerse: lo indispensable para la sociedad del trabajo técnico y económico superior. Esta debe ser una nueva y grande afirmación de la Internacional Socialista: el movimiento obrero revolucionario necesita y debe incorporar el personal técnico superior y el personal administrativo a la clase trabajadora, tanto en el campo gremial como en el político. No ha de haber interrupción, sino acuerdo creciente y seguro en las relaciones de los trabajadores de todo grado y categoría. Las capacidades técnicas superiores y las capacidades económicas, indispensables para el mantenimiento de la vida social y mucho más para su progreso, no ha de buscarlas el proletariado, llegado el caso, en las filas enemigas. Ha de formarlas y desarrollarlas desde ya dentro de su propio campo de acción socialista; en:

(1) Karl Radek, *Die Entwicklung des Sozialismus von der Wissenschaft zur Tat*—Bern—Beip—Promachos Verlag, 1918, pág. 29.

a) los servicios y la administración municipales;
b) los servicios y la administración del estado;
c) la cooperación libre, con sus establecimientos de producción cada vez más numerosos e importantes. En estos diversos campos hanse formado en Alemania, en Inglaterra y aun en Francia capacidades técnicas y económicas superiores, objetiva y subjetivamente incorporadas ya a la clase trabajadora.

De máxima importancia para el pueblo obrero es la cooperación libre en

**las sociedades económicas constituidas al
servicio del consumo**

organizado. La Internacional Socialista debe abandonar toda idea de hegemonía del Partido Socialista sobre esa actividad más fundamental. El espíritu de la declaración de Copenhague, de 1910, que miraba la acción económica de la masa obrera como relativamente accesoria y auxiliar de la acción política, declaración cuya deficiencia teórica y práctica critiqué en aquel congreso, reaparece en un proyecto de estatuto de la Internacional que no llegó a discutirse regularmente, pero del que se conversó en Amsterdam. Se quería constituir la Internacional con las organizaciones políticas, sindicales y cooperativas de cada país adherido, cuando hay muchos cooperadores y algunas cooperativas que no aceptan la política socialista, y a los cuales los socialistas debemos, sin embargo, reconocer y ayudar, y en ningún caso estorbar en su acción económica. Es muy deseable un lazo orgánico entre las diversas actividades obreras, pero no lo busquemos en ataduras estatutarias que debiliten a las organizaciones económicas y dificulten su desarrollo. Ese lazo orgánico hemos de crearlo en el corazón y el cerebro obreros, ampliando y enriqueciendo nuestro método de acción histó-

rica, ante todo entre los socialistas. Seamos todos cooperadores, aportemos a la cooperación conceptos positivos y vastos de acción económica, y las cooperativas, como ya sucede en casi todas partes, serán dirigidas por socialistas y harán suyos, cada día más, los propósitos de política económica de nuestro partido.

Mucho más afín de la acción política,

el sindicalismo proletario

puede más fácilmente ser asimilado en sus órganos a la Internacional Socialista, y esta incorporación era uno de los rasgos del proyecto de estatutos a que me he referido. Pero, a mi juicio, tampoco esta vinculación puede ni debe ser impuesta a los miembros de los sindicatos, estando todo su valor en la naturaleza libre y espontánea que tiene donde existe fuerte y viva.

Importante será que la Internacional impulse a sus adherentes a promover

la organización sindical de los gremios de la técnica superior y de las profesiones económicas.

Organizaciones de este orden han aparecido ya en Inglaterra y Francia, y existen de tiempo atrás en Alemania; se trata de robustecerlas y extenderlas. Uno de los grupos más numerosos de la manifestación del pueblo trabajador de París contra la absolución del asesino de Jaurés, fué el de los empleados de banco, gremio que pocas semanas después reivindicaba en una gran huelga triunfante mejoras de su situación.

La Internacional tiene también que manifestarse acerca de

los consejos de fábrica o de usina,

improvisación rusa de la revolución de 1905, que han reaparecido con más fuerza en 1917, como núcleos de agitación y activísimos órganos de

lucha política, en un país donde la autocracia había impedido toda organización normal de las fuerzas revolucionarias. Es evidente que donde la democracia obrera ha podido constituir y desarrollar en forma permanente sus órganos políticos, electorales y gremiales, los consejos de fábrica o de usina no tienen la misma razón de ser, y que si aparecen fuera de Rusia por motivos que no sean los de una simple imitación, sus funciones han de ser muy limitadas y siempre subordinadas a las de los fuertes organismos centrales del movimiento obrero sindical. Una declaración de la Internacional en este sentido contribuiría a evitar eventuales dificultades a la poderosa corriente, ya establecida y orientada, del gremialismo proletario.

Respecto de la política socialista, es urgente que la Internacional defina el sentido en que aspiramos a

la propiedad colectiva

y queremos realizarla. La revolución rusa con sus confiscaciones, con el reparto del suelo de las grandes propiedades, con el control obrero de las fábricas y el profundo trastorno producido tanto en la producción misma como en las relaciones de propiedad, si ha concretado groseramente la propiedad colectiva, no lo ha hecho en forma clara y racional que pueda servir de ejemplo al pueblo trabajador de los países más cultos de la Europa central y occidental y de América. Es difícil sustraerse a la idea de que aquella transformación confusa y contradictoria de la propiedad será en buena parte efímera. La revolución alemana, con sus leyes y promesas de "socialización de la propiedad", ha puesto también la cuestión a la orden del día.

Desde luego habría que sentar este principio general:

la madurez política de la clase trabajadora

consiste en poder modificar las relaciones de propiedad, por vía legislativa o gubernativa, elevando al mismo tiempo el nivel técnico-económico del país, o al menos sin deprimirlo. Toda reforma o revolución de la propiedad que se traduzca en la desorganización y menor productividad del trabajo, será prematura, opuesta al bien del pueblo trabajador y sin consistencia.

Tiene también la Internacional que disipar otro equívoco, la confusión de

la propiedad gremial

o de grupo con la propiedad pública o colectiva. Si los obreros de una fábrica toman posesión de ella, como parece que ha sucedido en Rusia en más de un caso, y, bien o mal, la manejan como cosa propia, en forma comparable a la de las cooperativas de producción, cuyo desarrollo ha sido hasta ahora tan precario y recurrente hacia el capitalismo, ¿se han realizado en esa fábrica los fines del socialismo? ¿Son nuestra aspiración la usina eléctrica de los obreros de la electricidad, el tranvía de los tranviarios, o el ferrocarril de los empleados ferroviarios? No lo son más que la calle de los pavimentadores, barrenderos y empleados del alumbrado, ni que la escuela de las maestras o el hospital de los médicos. Trataríase siempre de un privilegio o monopolio, idéntico a la propiedad privada, aunque distribuido entre mayor número de personas, y conducente a los mismos conflictos. Propiedad pública o colectiva sólo puede ser para nosotros la empleada por el pueblo entero en su propio bien, la propiedad nacional, provincial o municipal bien administrada, y la propiedad de las cooperativas de consumo, prácticamente abiertas a todo el mundo, y que, no buscando ganancias, sino la satisfacción de las necesidades de sus socios, no

tienen propiamente mercaderías ni capitales, sino artículos de consumo e instrumentos de producción.

La cuestión de la propiedad presenta su aspecto más trascendental y urgente en

la propiedad del suelo.

En la producción en general los elementos de trabajo se concentran y centralizan como resultado del mismo régimen capitalista, que prepara así el régimen de la propiedad social. En la producción agrícola, por el contrario, conserva toda su fuerza la unidad económica constituida por el campesino y su familia. Y allí donde la mala distribución de la propiedad raíz, y la falta de leyes que corrijan sus perniciosas consecuencias, se oponen a la sana constitución de unidades agrícolas de familia, sufre la vida colectiva entera, y arde la cuestión agraria de continuo. Ella ha estallado con toda su fuerza en la revolución rusa, ha enarbolado en las campañas húngaras la bandera roja, transformará revolucionariamente el régimen agrario en Bohemia, y será la esencia de toda sacudida política argentina digna de ser llamada revolución.

El problema está, entretanto, oscurecido por la actitud de los partidos políticos frente a los millones de campesinos propietarios ya existentes en los países democráticos, masa electoral que solicitan y atraen no precisamente con la verdad. No sólo se disimula su privilegio de dueños del suelo, sino que se estimula su egoísmo de propietarios, dándoles, mediante la aduana, un suplemento de ganancias a expensas del pueblo trabajador entero. Y, con calculada ignorancia, se deja en la sombra la cuestión de la renta del suelo, aun cuando, como en Rusia, en nombre de la libertad y de la igualdad, se trate de elevar a la categoría de agricultores indepen-

dientes clases enteras de la población rural, que conocen las diferencias de productividad de las tierras, según su fertilidad y su situación, y están habituadas a la relación del arriendo. Y a pesar también de que Tolstoi explicaba a los campesinos la doctrina de George, y de que Marx, después de analizar a fondo la renta del suelo, la declara confiscable aun bajo el régimen capitalista, sin el mínimo trastorno para la producción en general. Autorizando la toma de posesión de los latifundios por los campesinos sin tierra o que no la tienen en suficiente extensión, la revolución rusa ha resuelto el problema agrario en su aspecto más inmediato, aunque la posesión individual de campos de capacidad productiva muy diferente, y en que se producirá para el mercado capitalista, creará desde luego muchas nuevas fuentes de renta personal, sin relación con el trabajo de cada persona.

Esa solución empírica del problema agrario ruso, incompleta y provisoria, pues todos los revolucionarios del país convienen en que la última palabra en el asunto corresponderá a la asamblea constituyente, no puede satisfacer a la Internacional Socialista, que aborda la cuestión agraria en el mundo capitalista entero, más desarrollado en general y más culto que Rusia. Los socialistas argentinos debemos sostener ante la Internacional la necesidad de abolir la propiedad de la tierra como fuente de renta privada, antes que su apropiación individual como medio de producción. La nacionalización del suelo será en todas partes y por muchísimo tiempo incompatible con las formas efectivas del trabajo agrícola, mientras que la reforma que proponemos es inmediata y gradualmente realizable, simplemente por medio del impuesto. Una declaración semejante encontraría resistencias entre los socialistas del oeste de Europa, pero sería una sa-

bia ayuda a la buena evolución social en Europa y en América. Los pequeños propietarios europeos, ya existentes o en formación, necesitan elevarse plenamente a la dignidad de trabajadores, renunciando a su propiedad raíz como fuente de privilegio, o perdiéndola en este carácter por obra de la ley. Y en América, si ha de aparecer una numerosa clase de nuevos propietarios, eduquémoslos con la doctrina y con la ley, para que vean su fuerza y su respetabilidad en su propia capacidad técnico-económica; pero no en la posibilidad de apropiarse el producto del trabajo social en forma de renta. La importancia de esta cuestión resalta cuando se la extiende a la enorme renta que se saca del suelo urbano.

Tales son las ideas que, a mi juicio, nuestro partido debe aportar a la Internacional, en la esperanza de que ellas surjan también y se expresen en otras secciones de la gran organización. Prestaremos con ello nuevo y sano impulso a la acción política obrera, y contribuiremos a sacar a los partidos socialistas de Europa del nexo de prejuicios nacionales, rutina, ilusión y declamación en que están metidos. Me ha parecido que a aquellos hombres los problemas más concretos y prácticos son los que les parecen más difíciles. “¿Más difícil que el Socialismo?” — pregunté a uno de ellos, abrumado por efectivas responsabilidades de gobierno, que desechaba sin examen una proposición nuestra, y a quien la pregunta lo inmutó.—Inhibidos más que esclarecidos por la guerra, deseosos de agradar al pueblo, que también la guerra y la revolución rusa han exaltado y desorientado, muchos propagandistas europeos del socialismo parecen creer inoportuno todo lo que no sea hablar de la revolución social, entendida como el juicio final y el milenio. Así el Partido Socialista de Francia, acaba de nombrar

una comisión de estudios — ¿para estudiar el pago de los gastos de la guerra a expensas del privilegio, o los impuestos directos e indirectos que se proyectan sobre los salarios; o el exceso de papel moneda y la carestía de la vida; o el regalo de 2.700 millones de francos con que se soborna a Alsacia-Lorena a expensas del pueblo francés entero, so color de convertir en moneda francesa el papel moneda dejado allí por los alemanes; o la propiedad campesina; o el comercio internacional y la dinámica de la paz; o el bárbaro impuesto del “octroi”, subsistente en las comunas francesas; o el alcoholismo que devasta a Francia? — Nada de eso. La comisión está nombrada para proyectar la organización de la sociedad futura.

Si ese desdén por las cuestiones prácticas del día respondiera al propósito de no confundirse con otros partidos, su error estaría demostrado por el estado interno del Partido Socialista mismo. Faltos de una acción propia y actual, los hombres del Partido Socialista de Francia se confunden los unos con los políticos burgueses, y hacen los otros una oposición ciega y estéril, lo que los divide y subdivide en grupos enconados. Bien se lo vió en el congreso extraordinario celebrado en abril del corriente año. Estaban allí los de la “unión sagrada”, que todavía hoy, después de la guerra, buscan a los socialistas alemanes vanas pendeencias; otro grupo más numeroso hablaba mucho de revolución, y anunciaba para el 1o. de Mayo “acontecimientos”, que consistieron en algunos tumultos y un par de muertos en las calles de París; este matiz no satisfacía a un tercer grupo, de reducido número, encabezado por Loriot, ungido desde Rusia por Lenín como el único socialista genuino de Francia. Los debates fueron largos y violentos, y aquello amenazaba terminar mal. Pero Blum,

funcionario del consejo de estado y adherido al Partido, salvó la situación con un discurso elocuente, tan hábil como superficial. Ante aquel cuadro de disidencias ficticias y estériles, las explicó por una verdadera división del trabajo, que garantizaba la unidad del Partido. Tenía éste en su seno hombres prácticos para la obra prosaica de la política, y ciudadanos idealistas para contemplar siempre las más altas abstracciones y supremas bellezas del movimiento. División inadmisibles, preñada de mentira e infecundidad, y humillante para todo socialista consciente y sincero. Pobre práctica política y social será la del que sólo obedezca a los móviles vulgares del interés y de la vanidad. Ideal vacío e inconducente ha de ser el que ignore lo relativo y complejo de la realidad actual. Y admitir la separación, y más aun la oposición de esos dos aspectos de la personalidad, ¿no es dar rienda suelta en uno y otro campo a la simulación y el charlatanismo? He aquí un corifeo que en 1919 desfila solemnemente, con todas sus insignias, ante el muro del cementerio del Père Lachaise, donde en 1871 fueron fusilados los federados, y clama en los diarios o en la cámara contra la invasión de Francia por los productos alemanes. ¿En cuál de esas dos actitudes es práctico? ¿En cuál es idealista?

Sujetos estamos a error. Fácil nos es tomar por la realidad el resultado de una experiencia incompleta, o confundir con el ideal un estado emotivo obscuro y pasajero.

Pero necesitamos y debemos todos ser a la vez prácticos e idealistas.

Para la Internacional, como para el Partido Socialista de cada país, la base de la unidad es saber lo que se quiere y cómo se lo quiere; es afirmar y practicar en común sólo lo que se

eree y se quiere en común. Lo demás es secundario, y, si en un momento dado llegara a ser lo principal, una división sería sana e inevitable.

Y si la vida activa de una colectividad unida en sus fines esenciales, pero de matices diversos en las cuestiones accesorias, muestra la limitación necesaria de la unidad socialista, nos infunde también la idea de una unidad de propósitos ocasionalmente más vasta y general que la del Partido. La cuestión de la unidad de la Internacional Socialista está íntimamente vinculada a la de las relaciones de la Internacional con los otros partidos.

PROGRAMA DE ACCION SOCIALISTA INTERNACIONAL

Presentado por el grupo parlamentario socialista
al Congreso Socialista extraordinario cele-
brado en Bahía Blanca en enero de 1921,
y aprobado por éste

Igualdad de las razas

Libertad de migración.

Libertad de matrimonio entre personas de razas dife-
rentes.

Derechos civiles iguales para los individuos de todas las
razas.

Derechos políticos iguales para todos los nativos y na-
turalizados.

Derecho igual de naturalización para todos los extran-
jeros.

Legislación internacional del trabajo

sobre la base de la Carta internacional del trabajo de las
conferencias sindicales de Berna y Amsterdam.

Relaciones económicas internacionales

Abolición gradual y progresiva de los derechos de aduana
en el curso de veinte años.

Libertad de exportación, aun en los casos en que el
Estado se encargue de ésta.

Venta por el Estado al exterior, al precio del mercado
interno, más los gastos.

Libertad de importación, aun cuando ésta se haga por
el Estado, salvo restricciones, también de orden interno,
al vicio y al lujo.

En igualdad de las otras condiciones, preferencia al
producto del trabajo extranjero de más alto nivel de vida.

Las empresas pagarán impuestos sólo al gobierno del
país donde ocupen trabajadores.

Sistema métrico decimal. Moneda internacional.

Prohibición del "dumping" de importación y de expor-
tación.

Forma de las relaciones internacionales

Obligación constitucional del arbitraje en los litigios
internacionales.

Prohibición del cobro compulsivo de deudas internacio-
nales, públicas o privadas.

Diplomacia pública. Abolición de todos los tratados
secretos.

Control de las relaciones exteriores, por los representa-
ntes del pueblo.

Reducción gradual de los gastos militares y navales.

FUNDAMENTOS DEL PROGRAMA DE ACCION SOCIALISTA INTERNACIONAL

Hasta ahora, la vinculación internacional de los partidos socialistas y obreros ha sido simple simpatía de entidades afines o que profesan serlo. El estandarte de partido de la clase trabajadora asalariada, la lucha en el campo político y electoral, y, como fin, la propiedad social, colectiva o común, de los medios de producción y de cambio, eran los datos esenciales para la admisión de un partido en la Internacional. Esta no exigía de los partidos que la han formado sino caracteres internos, concebibles en simples entidades nacionales, y que tuvieron en buen grado el partido cartista de Inglaterra y el revolucionario de Blanqui en Francia, sin ser ni titularse internacionales.

Sobre la acción socialista propiamente internacional, no se formulaban propósitos concretos e inmediatas, contentándose con declaraciones vagas y laxas, votadas como parte del ceremonial de los congresos socialistas internacionales, y corroboradas por algunos raros casos de ayuda pecuniaria entre partidos socialistas de diferentes países. Se suponía tal vez que de la analogía de los partidos socialistas entre sí debía nacer la acción internacional concordante y necesaria, error funesto, pues, en materias de la mayor importancia internacional, los partidos socialistas obraron a su guisa o dejaron de obrar, y, activa o pasivamente, contribuyeron a crear en Europa el ambiente de la guerra. Y la guerra ha castigado esa insuficiencia de acción y de doctrina rompiendo los débiles vínculos internacionales que los partidos socialistas se habían dado, y, en muchos países, dividiendo el movimiento obrero y socialista.

Es cierto que la Internacional socialista comprendió desde un principio la conveniencia de

la legislación internacional del trabajo. Pero respecto de las relaciones comerciales de los pueblos entre sí, relaciones normales, permanentes, y que son, o deben ser, cada día absoluta y relativamente más considerables, no ha abierto opinión. La Internacional no ha afrontado los problemas económicos, que son los fundamentales en la vida internacional, ni ha dado ni sugerido a los partidos socialistas norma alguna para afrontarlos. En lugar de abrir campo al acercamiento y la compenetración de los pueblos por el comercio, por la prestación recíproca de servicios, que puede ser más grande y más regular a medida que progresa la técnica, y crece la unidad industrial y retrocede el privilegio, la Internacional descuidó ese aspecto material y mensurable del internacionalismo, e imitando al revés a los patrioterros, se distrajo en declaraciones sonoras contra el militarismo y la guerra, repetidas sin eficacia, y a veces sin convicción, hasta que la guerra estalló.

Choca en esas declaraciones la falta de proporción y de concordancia entre los fundamentos teóricos y las conclusiones prácticas. El Congreso Socialista Internacional de 1907, celebrado en Stuttgart, hizo también su declaración contra el militarismo y la guerra, que, entre otras cosas, decía: "Las guerras entre países capitalistas son, por regla general, consecuencia de la lucha de competencia en el mercado universal, pues cada Estado trata no sólo de asegurarse su territorio de venta, sino también de conquistar otros nuevos, subyugando pueblos y países extranjeros". La larga declaración de que tomo esas palabras no dice nada, sin embargo, ni propone nada en materia de comercio internacional y colonial, ni de aduanas. Al discutirla en comisión y en asamblea, Jaurés, Vaillant, Hervé, Rosa Luxemburgo, Víctor Adler, Bebel y Vollmar hicieron largos debates sin decir ni una sola vez "co-

mercio internacional”, “división del trabajo entre los pueblos”, “unificación económica del mundo”, “libertad de comercio”, “política de puerta abierta”.

Señalaban esas declaraciones los móviles de la guerra en forma dogmática y unilateral, y, atribuyéndola indistintamente al capitalismo, no podían reconocer los intereses comerciales y financieros contrarios a la guerra, intereses tan grandes hoy, y en tan rápido incremento, que del punto de vista económico, la guerra exterior se parece cada vez más a la guerra civil, así como del punto de vista político, la clase trabajadora tiende cada vez más a hacer una guerra civil de toda guerra internacional.

En lugar de atacar el fondo de la cuestión y esforzarse por crear un ambiente internacional sin móviles de guerra, refractario a la guerra, preparado para resolver los conflictos sin guerra, ambiente en que los armamentos no tuvieran razón de ser, dirigían su ataque a los armamentos mismos, que son simples medios al servicio de intereses antisociales y falsas doctrinas que cada país cultiva por separado bajo el nombre de proteccionismo.

Y la misma lucha contra los armamentos fué haciéndose cada vez más vana y verbal. Los laureles internacionales de Bebel, que protestó en 1870 contra la conquista de Alsacia-Lorena por Alemania, se marchitaron en 1890, cuando propuso un crédito para los nuevos uniformes militares, exigidos por la pólvora sin humo. Se trataba de defender a los propios soldados, haciéndolos blanco más difícil para el enemigo. De ahí a defenderlos, armándolos de mejores cañones y fusiles, no había más que un paso. Socialistas que votaban contra los créditos militares, hacían notar, satisfechos, que, a pesar de su voto, los créditos eran concedidos. Se empezó a hablar de compensaciones, y de conceder créditos militares

al gobierno a cambio de más derechos para el pueblo. La Democracia Social alemana sostenía en su programa de Erfurt el arbitraje como procedimiento para resolver los litigios entre los pueblos. Pero en el congreso internacional de Stuttgart no faltaron burlas a la conferencia de la paz de La Haya, ni jactancias de que el socialismo internacional era la mejor garantía de la paz. Y dos décadas después de Erfurt los socialistas alemanes votaban créditos militares para un gobierno que repudiaba todo arbitraje, y a los 25 años de reconstruída la Internacional, estallaba la guerra que ha desolado el mundo!

No se habían atrevido tampoco los congresos socialistas internacionales a promover una enérgica agitación antimilitarista, ni la huelga general en caso de guerra.

Es que en el fondo de las conciencias subsistía la idea de la lucha necesaria y eterna entre los pueblos, idea que, al no manifestarse en el reconocimiento pleno de las fuerzas históricas constructivas y en el cuidado de su amplio y libre desarrollo, tomaba fatalmente el camino de un imperialismo más o menos disimulado. No estableciendo explícitamente como su postulado fundamental el libre acceso de los hombres a las fuentes naturales de vida y a los productos del trabajo humano, la libre circulación de hombres y cosas por el mundo, los socialistas europeos tenían que inclinarse hacia el sistema colonial militarista, aunque en apariencia lo condenaran. El comercio entre Rusia y Alemania, o el de ésta con Francia, o el de Francia con sus otros vecinos inmediatos, Inglaterra, España, Suiza, Italia, el comercio entre los países europeos en general no parecía preocuparlos. No discurrían sobre él los congresos socialistas, como si fuera indiferente o benéfica la existencia de las vallas de aduana que dividen el no muy extenso continente europeo en muchos retazos estancos. En

cambio, el dominio holandés en Java, el de Francia en Madagascar, la vinculación violenta de Nueva Guinea, Togo y Camerún a la economía alemana, daban lugar a debates apasionados, y si muchos no creían necesario el gobierno portugués de Mozambique era porque lo codiciaba Alemania. De las palabras de Van Kol, David y Rouanet en Stuttgart sobre la cuestión colonial, podría inducirse un concepto común a los tres: cada nación europea debiera ser el centro de un sistema de países coloniales y de protectorado, desparramados por el planeta, en intrincado enredo étnico y geográfico con otros imperios semejantes, y separado de ellos, en el todo y en cada una de sus partes, por aduanas, encargadas de mantener la más universal división entre los hombres, alejando entre sí a los que están cerca y aproximando violentamente a aquellos a quienes todo los separa. En la conferencia internacional socialista de Amsterdam, en abril de 1919, Huysmans, secretario de la Internacional, trató de quitar todo sentido al voto dado en Berna en favor del libre comercio, y, contra la opinión de Haase, dijo que esa asamblea se mancillaría para siempre si no pedía la devolución de las colonias a Alemania.

Las declaraciones socialistas internacionales sobre las colonias, salvo algunas frases sobre la suerte de los nativos, se han limitado a negaciones insinceras y estériles. No mencionan siquiera la libertad de comercio, que hubiera sido la mejor garantía para los nativos y reducido la cuestión colonial a lo que debía ser, la lucha por un simple predominio político poco apetecido, dado su escaso valor mercantil, ya que no han de tomarse en serio los propósitos civilizadores de la política colonial capitalista.

El imperialismo subconsciente de muchos socialistas de Europa se manifiesta también cuando, a los fines del comercio internacional y del

aprovechamiento del mundo, distinguen y separan los alimentos y materias primas, por una parte, y los productos fabriles, por otra. Todavía en Berna debí oponerme, sin ser escuchado, a que la declaración sobre la sociedad de las naciones se refiriera únicamente al control “de la producción y la distribución mundiales de los artículos alimenticios y las materias primas”. ¿Por qué no también el control internacional del carbón y del petróleo, del hierro y del acero, de los cueros curtidos, de la industria textil y sus productos, del papel, de la maquinaria agrícola, etc.?

La Internacional comunista de Moscú no tiene tampoco un plan de acción política internacional para todos los días. Las 21 condiciones de admisión publicadas en “La Vanguardia” del 7 de noviembre, traducidas del “Avanti!”, se refieren casi todas a la composición y el manejo interno de los partidos (puntos 1, 2, 3, 4, 5, 7, 9, 11, 12, 13, 17, 19, 20 y 21).

El punto 15 exige la aprobación de los programas de los partidos afiliados por las autoridades de la Internacional, y el punto 16 hace obligatorias las decisiones de esas autoridades (congreso y comité ejecutivo). Estas condiciones realizan lo que proponía en mi informe del año pasado sobre las conferencias de Berna y Amsterdam, cuando decía de la Internacional: “Para la admisión de un partido en ella, no puede bastar ya la aceptación de unas pocas proposiciones abstractas... Ella necesita perentoriamente darse un plan de acción, obligatorio para sus adherentes”.

El punto 18 se refiere a la obligación de publicar los documentos importantes del comité ejecutivo de la Internacional en los diarios de cada partido.

El punto 10 impone el deber de luchar tenazmente contra “la Internacional de los sindica-

tos amarillos de Amsterdam”, a la que está afiliada la F. O. R. A.

El punto 14 exige el apoyo sin reservas a las repúblicas soviéticas en lucha con la contrarrevolución, mediante la huelga eventual de transportes y la propaganda en el ejército.

El punto 6 trata de una grave cuestión de forma en las relaciones internacionales. Dice: “Sin el derrumbamiento revolucionario del capitalismo, ningún tribunal arbitral internacional, ningún debate sobre la reducción de los armamentos, ninguna organización “democrática” de la Liga de las naciones, puede impedir a la humanidad nuevas guerras imperialistas”. Esta proposición puramente negativa no excluye la posibilidad de la aplicación feliz del arbitraje, de la que son ejemplos la serie de fallos internacionales que han dado término sucesivamente a las cuestiones de límites de la República Argentina con el Paraguay, el Brasil y Chile.

Sobre las relaciones internacionales fundamentales, que son las económicas, tampoco la Internacional moscovita dice nada. Parece dejar al arbitrio de los partidos el favorecerlas o estorbarlas. En todo caso, el inciso 1 del párrafo 49 de la constitución rusa de 1918 (1) atribuye al congreso panruso de los soviets y al comité central ejecutivo panruso la facultad de hacer tratados de comercio y aduana, lo que implica la persistencia eventual en Rusia de las trabas opuestas en los otros países por la política capitalista a las relaciones económicas con los otros pueblos.

Por último, la 8a. condición de admisión a la Internacional de Moscú impone a los partidos de los países que tienen colonias, la denuncia de las

(1) Die Verfassung der russischen sozialistischen föderativen Sowjetrepublik. Kommissionsverlag Belp-Bern. 1918; pág. 15.

“hazañas” del militarismo y del capital en las colonias y el apoyo de hecho a todo movimiento de emancipación. Nada dice de la política de los partidos de los países sin colonias respecto de las colonias, ni de las relaciones económicas actuales y diarias de las colonias entre sí y con los países libres.

En el exiguo programa de acción internacional de Moscú, lo que no es negativo es subversivo, y sólo tiene aplicación en momentos y circunstancias excepcionales, como los que han llevado a Rusia a la revolución.

Necesitamos un programa de acción socialista internacional para todos los días, para países y momentos de pocos soldados o sin soldados; programa que haga valer en la paz las virtudes para la guerra, que jerarquice a los pueblos pacíficamente, y dé a las unidades políticas o naciones la posibilidad de crecer y extenderse, aun geográficamente, sin guerra; que reconociendo la fatalidad de la lucha, la lleve al campo en que la lucha entre los pueblos es cooperación; que comprenda y realice, íntimamente vinculados, los intereses nacionales y el interés internacional.

Démonos ese programa, sin pretender con ello excluir toda posibilidad de guerra, como nos damos un programa nacional que no excluye la posibilidad de la insurrección.

Y pensemos en la política internacional que hemos de seguir no sólo ahora, sino cuando y a medida que se realice el Socialismo. De no ser así, la nacionalización o socialización, total o parcial, de la producción y del cambio, nos puede sorprender y encontrarnos todavía incapaces para relaciones de equidad y libertad con los otros pueblos.

El Partido Socialista de la República Argentina está en situación singularmente favorable para elaborar ese plan de acción socialista internacional y proponerlo a las entidades afines. Pue-

blo americano en formación, íntimamente vinculado al mercado universal por sus principales consumos y productos; tributario de la oligarquía de terratenientes, del incipiente capitalismo nacional y del capital extranjero; movido por fuerzas que hacen relativamente fácil el cambio de situación social de las personas; con enormes problemas político-económicos que resolver; habituado por el espectáculo de la política criolla a no confiar demasiado en el orden ni en la insurrección: de un cosmopolitismo sano, sin enemigos tradicionales ni recientes, sin imperio colonial ni tendencia a tenerlo, el pueblo trabajador argentino recibe ávido las impresiones de la política universal, y, sazónándolas con su propia experiencia, puede darse una norma de acción internacional que merezca la aceptación de los partidos socialistas.

Así siente y piensa el grupo parlamentario socialista al proponer su proyecto al congreso extraordinario del Partido.

El plan comienza con los puntos referentes a la igualdad de las razas, cuestión más honda todavía que la de las relaciones económicas entre los pueblos. Ella ha sido planteada por el Japón a la Liga de las Naciones, que no ha sido capaz de afrontarla. El odio de raza se manifiesta sobre todo en los países nuevos de lengua inglesa, y se traduce en costumbres y leyes bárbaras que ofenden a la solidaridad internacional, y a veces a la nacional de los trabajadores. El Partido Obrero de Australia tiene como primer punto de su programa el de "Australia blanca". En aquel continente se ha excluido la inmigración china, no permitiendo el desembarco de más de un trabajador chino por cada 10, y después por cada 300 toneladas de carga del buque, exigiendo a cada chino hasta 100 libras como impuesto de entrada; gravando a los residentes chinos con un fuerte im-

puesto anual por persona; prohibiéndoles trabajar en las minas, negándoles el derecho de naturalización, y, por fin, negando la entrada al país al que no sabe escribir al dictado 50 palabras en alguna lengua europea, con lo que la exclusión se ha extendido prácticamente a los japoneses, malayos, hindúes, etc., al mismo tiempo que se ha hecho menos odiosa, pues ya no es una exclusión puramente de raza. Es conocida la bárbara lucha de blancos contra negros en Norte América, muchos de cuyos Estados niegan, legal o ilegalmente, el derecho de voto a los negros. Está prohibida en los Estados Unidos la inmigración china, y en California se niegan a los japoneses derechos que tienen los demás trabajadores. En Canadá ha habido también persecuciones contra los trabajadores de color. Hasta en Sud Africa los trabajadores negros ven dificultada su vida, a la vez que por la explotación capitalista, por los gremios obreros blancos. En el congreso socialista internacional de Stuttgart, al tratarse de emigración e inmigración, prevaleció el principio de la igualdad de las razas, contra la opinión expresa de los representantes de Australia y Sud Africa y la del norteamericano Hillquit. Debemos sustentar esa idea con más fuerza, ahora que la revolución rusa repercute en los pueblos asiáticos, y se vale de ellos para debilitar al capitalismo imperialista blanco. Los trabajadores de las razas consideradas inferiores son los más explotados en toda forma por el capitalismo metropolitano y colonial. Dejémoslos, pues, levantarse, en lugar de sellar su miseria con estigmas que no tienen fundamento económico ni moral. Y los socialistas de Sud América, inmenso criadero de mestizos, debemos ser los campeones de la igualdad de las razas.

La legislación internacional del trabajo significa en nuestro plan la obligación de luchar por el

mínimum de protección legal de los trabajadores que piden sus organizaciones gremiales. Tomamos como base la Carta del Trabajo formulada por las conferencias obreras a que han concurrido delegados auténticos de genuinas federaciones obreras de los países más adelantados en industria y en legislación social: Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Francia, Bélgica, Holanda, etc. Estos son también, aunque los excomulgue Moscú, los gremios proletarios más capaces de llevar adelante y defender en el campo internacional la obra revolucionaria socialista, mediante la huelga de transportes, la huelga general, el boicot, etc.

En el proyectado plan de acción socialista internacional, las relaciones económicas internacionales merecen la mayor atención porque, siendo fundamentales, han sido casi ignoradas hasta ahora por los partidos socialistas. Reclutados éstos principalmente entre los obreros de las ciudades, han propendido a dejar subsistentes o aumentar los derechos de aduana con que ciertos gremios consiguen o creen alcanzar ventajas a expensas de los demás. No se han atrevido tampoco los socialistas europeos a ponerse enfrente de la numerosa clase de campesinos favorecidos por los derechos de aduana sobre los productos agrícolas. ¿No nos decía Jaurés, en 1911, que el proteccionismo le conviene al Partido Socialista? Y él, que tan elocuentemente había hablado en toda Europa por la paz internacional, fué la primera gran víctima de la guerra desencadenada en Europa por la lucha de los proteccionismos! Ni los más dogmáticos doctrinarios de la lucha de clases han comprendido que el proteccionismo aduanero, además de ser una traba al sano desarrollo nacional e internacional, engendra la peor forma de solidaridad entre los obreros y capitalistas, su solidaridad contra los obreros y empresarios del mismo ramo en el extranjero y contra los consu-

midores todos del propio país, que en su gran mayoría son trabajadores. La ceguera socialista internacional en esta materia se explica no sólo por prejuicios nacionales y por el velo con que los intereses electorales encubren a veces la verdad, sino también por el origen burgués del principio de la libertad de comercio, presentado como una panacea social por muchos de sus propagandistas de Inglaterra en el preciso momento en que Marx comenzaba sus grandes contribuciones a la teoría histórica y la doctrina del socialismo. En su discurso sobre el librecambio, Marx pone de relieve los intereses capitalistas en juego, niega que el librecambio conduzca por sí solo al bienestar de la clase trabajadora, pero, a pesar de su evidente empeño de no comprometerse en una causa que no era específicamente la suya, concluye diciendo que el librecambio es revolucionario y que por eso está con el librecambio. Creámoslo. Revolucionario es el librecambio porque dirige en todas partes el trabajo humano hacia su empleo más productivo; porque, a igualdad de aptitud para la acción gremial y política, permite a los productores más alto nivel de vida; porque rompe la rutina en cada país, destruye las empresas parasitarias e impone perentoriamente a todos el progreso técnicoeconómico; porque estrecha el campo de acción retrógrada de la corrupción política, del monopolio y del privilegio; porque define los antagonismos sociales internos y hace interdependientes a los pueblos.

Proponemos, pues, la abolición gradual y progresiva de los derechos de aduana como obligación de los legisladores y gobernantes socialistas, y la libertad de importar y exportar, aun cuando el Estado haga el comercio exterior en la máxima escala, y como el mejor control de las operaciones del Estado, siempre que exista en actividad el capital privado.

Las restricciones a la exportación de artículos de primera necesidad es fácilmente aceptada por los partidos socialistas como medio de abaratarlas en tiempo de carestía. Pero no es una política internacional aceptable, y, a la larga, influye desfavorablemente en la misma economía nacional. El precio interno de los productos nacionales de exportación, debe ser el del mercado universal, deducidos los fletes, seguros, etc. Cualquier diferencia mayor de precio, será con razón considerada extorsiva por el extranjero. No mostraríamos solidaridad con los trabajadores uruguayos, si dejáramos que en Montevideo el azúcar costara el doble que aquí. Italia se queja con motivo del alto precio que la obligan a pagar el gobierno inglés por el carbón y el gobierno argentino por el trigo, mediante leyes parciales, en favor del consumo interno. Nosotros también soportamos el pesado gravamen que nos impone Inglaterra sobre su carbón, y además fletes marítimos mucho más altos que los que pagan por distancias mayores los pueblos de lengua inglesa. Contra semejantes faltas de equidad, debe dirigirse la acción socialista internacional.

Ella debe también entrar en liza contra la explotación política que se hace a la sombra del capitalismo internacional, cuando un gobierno impone contribuciones a empresas cuyas operaciones efectivas se hacen en países extranjeros donde trabajan todos o casi todos sus empleados. Es lo que hace, por ejemplo, el gobierno británico, imponiendo contribuciones a empresas que hacen trabajar a nativos o residentes en la República Argentina, para el consumo o servicios argentinos, verdadero despojo que restringe las posibilidades de mejoramiento de las condiciones de empleo de los trabajadores de esas empresas, de su mejor asistencia social, y del abaratamiento de

los servicios o consumos atendidos por dichas empresas.

En el programa de acción que proyectamos, figura una cláusula de profundo sentido, aunque de difícil aplicación: la preferencia a los productos del trabajo extranjero de más alto nivel de vida. Sería el complemento de la legislación internacional del trabajo, complemento vivo del texto escrito de leyes cuya eficacia ha de medirse en la materialidad de la vida obrera, la cual refleja también la tendencia y los resultados de los otros aspectos de la política.

Está, por fin, la proposición de la moneda internacional, para facilitar las transacciones y la comparación internacional de los salarios y de los precios. Estas serían también más fáciles con un sistema universal de pesas y medidas que desalojara para siempre las arcaicas medidas inglesas. El sistema métrico decimal, aceptado ya en el continente europeo y en los países latinos de América, debe ser apoyado y difundido por el poder político de la Internacional. Si, como el ferrocarril y el telégrafo, el sistema métrico hubiera sido una creación burguesa, no debiéramos por eso tener inconveniente en adoptarlo. Pero fué obra de la Convención, la gran asamblea revolucionaria del siglo 18, que proclamó la República y el sufragio universal tres cuartos de siglo antes de que se hicieran realidad. También ahora las más generosas aspiraciones de equidad social e internacional han de ir acompañadas de propósitos de exactitud y de medida.

EN LA CAMARA

EL MAL USO DE LOS SIMBOLOS

Quiero sólo rebatir una afirmación del señor diputado Oliver, que es quien más nos ha estimulado a los socialistas a hablar en esta ocasión. Atribuyendo a la nueva ley de elecciones virtudes retroactivas, dijo que un hombre — según él, un prócer argentino y, para mí uno de los fautores de todo lo que aquí se condena o se simula condenar—pronosticó para el centenario un gran escándalo, y que la nueva ley nos da, en lugar del escándalo, un momento de gloria.

La profecía aquella se cumplió, sin embargo, no por los motivos que aquel argentino suponía en un momento en que sentía peligrar el logro de sus ambiciones, no por el choque de las facciones de la política criolla; el escándalo se produjo, y tan grande, señor presidente, que me da pena y vergüenza recordarlo. La primera ley que dictó este congreso en el año del centenario, días antes de celebrarse la gran fecha, fué la ley de estado de sitio. Y esa misma noche, señor presidente, hordas protegidas por la policía, organizadas por la policía, asaltaban los locales obreros!...

Yo estaba esa noche en la imprenta... desde la cual no había predicado sino lo que yo entiendo es la verdad, sin propiciar jamás la violencia en ninguna forma, y desde la cual había combatido la huelga general que se proyectaba; y tuve el dolor inolvidable de ver llegar hordas, con la bandera argentina, para asaltar la imprenta y la biblioteca y cometer actos de vandalismo bajo los ojos y el amparo de la policía!

Carranza — ¡Era la bandera celeste y blanca contra la bandera roja!

Justo—¡No había bandera ninguna en ese local!
¡Ni me importa nada de símbolos! (Murmullos).

A la noche siguiente, después que el jefe de policía nos hubo dicho que se lavaba las manos por lo sucedido y que garantizaba que no se repetirían los hechos, se repitieron éstos, con veinticuatro horas de intervalo, en condiciones agravantes, al mismo tiempo que el patriotismo militante o patrioterismo asaltaba en las calles a los extranjeros, porque no se sacaban el sombrero delante de un símbolo!

Escobar — ¡Era la canción de la patria, señor diputado!

Justo — Será lo que quiera; pero no hay ningún motivo para imponer a la gente la costumbre de sacarse el sombrero para oír unos acordes que pueden no conocerse; hechos que produjeron esta consecuencia deplorable del punto de vista sentimental: que al mismo tiempo que se celebraba tan magnamente, tan suntuosamente el centenario en Buenos Aires, en las ciudades brasileñas se vilipendiaba y se arrastraba por las calles la bandera argentina! (¡Muy bien! ¡Muy bien! — Aplausos en las galerías), lo que fué ocultado sistemáticamente, por orden de la policía, por la prensa diaria, la cual tampoco dijo una sola palabra de los asaltos a los diarios y locales obreros.

Cámara de Diputados de la Nación,
mayo 31 de 1912.

FORMAS CARAS DEL PATRIOTISMO

Seguramente la honorable Cámara, cuando dió licencia al señor presidente de la República para ausentarse de la capital, no creyó que esa autorización ocasionara este debate, tan prolongado, ni un gasto tan considerable e innecesario como el que se proyecta.

Esta celebración del 9 de Julio en Tucumán, parecería no deber tener mayor importancia que la que tiene lugar allí todos los años, porque, en realidad, toda la trascendencia que ha adquirido este año se debe al hecho de que estará allí pre-

sente el presidente de la Nación. De manera que yo niego que la votación que pueda hacerse de sumas de dinero en este caso, para dar mayor brillo a la fiesta de Tucumán, sea un homenaje a la fecha o al hecho que se celebra, sino que lo sería a la persona del presidente de la República.

Creo que la votación que se propone sería un gasto superfluo. Estamos embarcándonos en las formas más caras del patriotismo. Llamo sobre ello la atención de la Cámara porque todavía es tiempo.

Estamos al principio de una larga serie de aniversarios, de centenarios. Cada quince días, durante una larga serie de años, vamos a tener una asamblea, o una declaración, o una batalla que celebrar. De manera que si malgastáramos el dinero público de esta manera, votando estos 250.000 pesos con motivo de un aniversario celebrado de ordinario en Tucumán y en todas las otras partes del territorio, vamos a llegar a resultados verdaderamente desastrosos para la hacienda nacional. Tendríamos que establecer un ministerio del patriotismo, encargado de las fiestas y aniversarios del año, que señalara de antemano los gastos que hayan de hacerse para estos fines. (¡Muy bien!—Grandes aplausos en las bancas y en las galerías.)

Cámara de Diputados de la Nación.
Junio 21 de 1912.

INTERPELACION AL MINISTRO DE LA GUERRA

La proclama antimilitarista a que dió lectura el señor ministro de la guerra, como un argumento de efecto, ha sido presentada por él como una consecuencia del asunto Enríquez y de la propaganda que han hecho los diarios a su alrededor.

Considero un deber, de mi parte, hacer saber, porque son cosas no generalmente conocidas, que

se trata de una propaganda muy anterior al suceso Enríquez, propaganda que se hace en todos los países civilizados de la tierra, basada doctrinaria y teóricamente en que las relaciones pacíficas entre los pueblos se consolidan cada día más por el incremento del intercambio económico entre ellos, por el aumento de las corrientes comerciales y la solidaridad positiva e indisoluble de las naciones modernas entre sí.

Esta solidaridad tiene, por otra parte, manifestaciones visibles en la constitución de órganos arbitrales, como el bien conocido tribunal de La Haya, y en numerosos tratados de arbitraje que se han establecido entre pueblos de Europa y de América.

Que esa propaganda haya aparecido entre nosotros con caracteres especialmente intensos y agudos, ¿qué significaría, señor presidente?

Significa sin duda alguna que tampoco entre nosotros, en este organismo social nuevo, hay suficiente solidaridad social; que no somos una masa homogénea, concorde, de hombres que marchen al unísono en sus principales actividades. Quiere decir que se establece en este país, desde ya, el conflicto entre clases que anima la vida política de las modernas sociedades europeas.

Presidente — Si me permite el señor diputado?

No le he concedido el uso de la palabra sino para tratar el asunto en discusión.

Justo — Quiero referirme a puntos ligados con la institución armada del país.

Presidente — No está en discusión la propaganda que se haga en ningún sentido en el país.

Justo — Quiero emitir opiniones que considero del mayor interés e importancia para el porvenir del país.

Presidente — Permítame el señor diputado. La

presidencia cree que no está en la cuestión, y lo invita a entrar en la misma.

Justo — Quiero referirme a las bases de la disciplina en el ejército, a las bases del respeto de los inferiores para con los superiores en las filas militares.

Si eso no está en la cuestión, no sé qué podrá estarlo. (Aplausos).

Presidente — La cámara resolverá. A la presidencia le interesa siempre escuchar al señor diputado...

Justo — Muchas gracias.

Presidente — ...pero en este caso cumple con un deber reglamentario a que está obligada. La cámara resolverá si el señor diputado está o no en la cuestión.

Oliver — Entiendo que el señor diputado ha manifestado que se va a ocupar de otros tópicos referentes a la interpelación. Entonces no habría lugar a resolución de la cámara.

Presidente — Puede continuar el señor diputado, si es que va a ocuparse del asunto de la interpelación.

Justo — Sí, señor.

¿Cómo se ha de establecer sobre sólidas bases la disciplina en un ejército moderno, salido de diferentes clases sociales, para todas las cuales en los estados modernos, se halla establecido el derecho de sufragio universal?

Esa solidaridad en las filas del ejército, se manifiesta, no por la disciplina férrea de que nos ha hablado el señor ministro y que él considera como su ideal, sino por el amor, el respeto y la confianza de los subordinados por sus jefes, y está basada en primer término en la educación.

En este país, la clase gobernante es culpable de abandonar por completo la educación de la enorme masa de los ciudadanos que se crían y

se desarrollan analfabetos y llegan al cuartel obligados por una ley que ellos son incapaces de leer.

Por otra parte, ¿cómo hemos de contribuir a que los ciudadanos argentinos sean una masa homogénea y consciente de sus deberes nacionales, si el Estado argentino, que está en manos de una clase dirigente cerrada, propicia, por medio de impuestos sacados del pueblo trabajador argentino, la inmigración que viene de los países más atrasados de Europa, la inmigración que llega de las naciones que menos educación política tienen, y donde la propaganda antimilitarista asume las formas absolutas que toma la verdad en las cabezas poco cultas?

Quiero agregar esta otra consideración: ¿cómo no ha de ser especialmente grave en este país la desconfianza de los subordinados respecto de sus jefes en las filas militares, si el pueblo trabajador no tiene ante sí, ni siquiera el ejemplo de una clase dirigente solidaria en su propio seno, dentro de sus propias filas, en el reconocimiento de la verdad?

Hemos asistido recientemente a un debate vergonzoso, en que de uno y otro lado se han hecho inculpaciones de fraude y de violencia, y al fin de mes y medio no sabemos más que antes la verdad sobre uno solo de los hechos mencionados en tan prolongada disputa. Y era una discusión entre caballeros, una discusión...

Presidente — Me veo en la necesidad de observar al señor diputado que hay una sanción de la honorable cámara y ésa es la verdad del debate.

Justo — Yo no pongo en duda la sanción. Me refiero a las condiciones del debate y al estado social que ha puesto de manifiesto.

La institución del ejército está íntimamente

vinculada a la defensa de la bandera. Yo no quiero poner en duda la importancia de la bandera para los pueblos en su estado actual. Pero lo que sí afirmo, es que en el estado histórico en que vivimos, más importante para un pueblo que tener una bandera, es saber votar lealmente en una misma urna. Y de esto no nos da el ejemplo todavía la parte más culta y pudiente de la sociedad argentina.

Para llegar a establecer sobre sólidas bases la solidaridad interna en el ejército argentino — institución que, por otra parte, ha de ir atrofiándose a medida que progresa la vida social en Sud América, porque es evidente que nuestro ejército no tiene otra razón de ser que el hecho de que somos vecinos de pueblos más atrasados — para llegar a esa solidaridad, digo, será necesario que se salve previamente el gravísimo conflicto que aparece en todos los momentos dentro de la clase dirigente del país. Entonces podrá hacerse de verdad la legislación social, la legislación económica y tributaria que hoy se hacen de la peor manera, o que si se simula hacer algo mejor inspirado, es simplemente para dar al pueblo una especie de cebo, y dejarle creer en la realidad de un sufragio universal vacío de sentido.

En el mismo debate a que me he referido hemos asistido al cuadro bien significativo de que las dos agrupaciones en que estaban divididas las cámaras y la opinión pública de la provincia de Salta, se arrojaban al rostro recíprocamente, como una injuria, el interés por la clase baja. Decía una fracción a la otra: “Ustedes se han ocupado de salarios y de arrendamientos”. “Nosotros no — replicaban los contrarios — no tocamos semejantes problemas”. Uno de los grupos decía: “Somos el aristocrático club 20 de Febre-

ro y ustedes se han aliado con las cholas". Y el partido inculpada, contestaba: "No tenemos nada que ver con las cholas; sería como escupir al cielo para que nos cayera en la cara. Perteneecemos de lleno al club 20 de Febrero".

Es necesaria una nueva psicología social dentro de la clase gobernante; para que la masa laboriosa, todavía en gran parte analfabeta y casi completamente inculta, tenga inspiraciones nuevas y pueda adquirir la confianza de que hoy carece en la gestión de los jefes.

Cámara de Diputados de la Nación,
marzo 5 de 1913.

CONFIRMACION

Bas. — Dentro de este concepto, yo pudiera significar que podría ser, por ejemplo, una lección de moral cívica enseñar a los discípulos de la misma, en el colegio nacional, ésto que es un caso de lesa patria, que no se puede tolerar de ningún modo: que un miembro de la sociabilidad argentina se exprese respecto de nuestra bandera, del símbolo de nuestras glorias y triunfos, en la forma en que lo hacía el señor diputado Justo, en un informe que lleva su firma dando cuenta de su actuación en el congreso socialista de Copenhague.

(Leyendo): "Lucían allí los rojos estandartes de las agrupaciones socialistas de la ciudad, y estaban también los colores usuales de los veinte o más países representados. Para la obra de la paz y de la solidaridad humana, la bandera roja acogía allí las banderas nacionales que, como símbolos de los diferentes países, pueden subsistir sin peligro en nuestras solemnidades, como los escudos y estandartes medioevales de las provincias y ciudades persisten todavía en las ceremonias oficiales".

¡Este es el concepto del señor diputado sobre

la bandera de nuestras glorias, de nuestros triunfos! ¡Y aunque más no fuera por esto, estaría bien colocada en el presupuesto la clase de moral pública! (Aplausos y manifestaciones de aprobación en las bancas).

Justo — (De pie). ¡Afirmo que en el actual momento de la política del mundo no se han dicho palabras más inteligentes ni más nobles sobre las banderas! (Manifestaciones de desaprobación en las bancas).

Cámara de Diputados de la Nación, Mayo
19 de 1913

CONCESIONES FERROVIARIAS

Creo contribuir a mejorar el proyecto de ley en discusión proponiendo un agregado a este artículo, que espero que la comisión ha de aceptar.

Un ferrocarril argentino, para los accionistas ingleses, o franceses como en este caso, es una simple inversión de capital, del cual hay que sacar el más alto dividendo posible. Para la población del territorio argentino, es un gran sistema de transporte, indispensable para las principales operaciones de la vida nacional; y para los hombres que tenemos preocupaciones sociales, que nos preocupamos de la situación, en que se encuentra la clase trabajadora del país, es un sistema organizado de hombres que prestan un gran servicio público, servicio que no puede interrumpirse sin los más graves trastornos para la economía nacional, y que es necesario, por lo tanto, propender a mantener en orden, por todos los medios de que disponemos, mediante la ley.

Además, habemos ya muchos argentinos para quienes el servicio de ferrocarriles es un monopolio fatalmente destinado a ser regido por el Estado, a ser administrado directamente por el Estado. Creemos que si las empresas particulares

han podido hasta ahora apoderarse de este orden de servicios públicos, ha sido por una especie de sorpresa, porque no se ha comprendido en el primer momento de la historia económica, a partir de la invención del ferrocarril, el significado social de estas grandes empresas.

Se reacciona ya contra ese modo de ver ingenuo del primer momento; se comprende que se trata de servicios necesariamente de monopolio, que hay que colocar bajo la administración directa de la República.

Por todas estas consideraciones, cuando hubo de tratarse por la honorable Cámara el proyecto de fusión de las empresas de los ferrocarriles del Oeste y del Sur de la provincia de Buenos Aires, presenté a la comisión de obras públicas un agregado al proyecto por el cual se autorizaba dicha fusión, agregado por el cual se establecían algunas condiciones nuevas para esa autorización.

Me permito en esta oportunidad repetir la misma proposición, en forma de un agregado al artículo 4o. del proyecto, que diría así:

“Esta concesión se sujetará en un todo a la ley 5315, reglamentaria de concesiones de ferrocarriles, y a las condiciones siguientes:

“El directorio local de la empresa tendrá facultades plenas para resolver en los casos de pedidos de mejoras por el personal de empleados o de conflictos con este personal. La empresa se obliga a aceptar el árbitro que eventualmente designe el Poder Ejecutivo de la Nación para resolver en caso de conflicto de la empresa con su personal, y a publicar en español, y a su costa, las memorias, balances y demás documentos dirigidos a sus accionistas, y a distribuirlos a las autoridades nacionales, provinciales y municipales de las zonas recorridas por sus líneas”.

El sentido de este agregado es obvio. Nos

proponemos, en primer lugar, que ese sistema considerable de personas ocupadas en el transporte ferroviario, cuyas condiciones de trabajo y de vida sólo son conocidas por los hombres residentes en el país, por los directorios locales de los ferrocarriles, pueda contar con condiciones humanas de remuneración y de trabajo, sin necesidad de consulta a autoridades ferroviarias radicadas en el extranjero.

He intervenido el año pasado en un grave conflicto que acaeció en la ciudad de Rosario entre la compañía de tranvías eléctricos de aquella ciudad y su personal de motormen y de guardas; y con gran sorpresa y no poco dolor, vi al representante de la empresa, que era entonces diputado nacional, no poder contestar a proposiciones que se le hicieron, relativas a la mejora solicitada por los trabajadores, sin consultar previamente al directorio de Amberes. Me pareció esa una sujeción intolerable; creí que el directorio local debía tener amplias facultades para resolver en un caso así, porque en esos conflictos la solución, que es urgente y debe ser inmediata, depende de que haya en el país quien pueda resolver, desde luego, si se han de admitir o no los reclamos de los obreros.

La segunda condición se refiere a que en caso de producido el conflicto, y no pudiendo llegarse a una avenencia entre las dos partes, el Poder Ejecutivo tenga el derecho de imponer el arbitraje, a la empresa se entiende, porque es la empresa la que obtiene del Estado la franquicia, la que obtiene la concesión, mientras los obreros tienen un simple empleo como asalariados.

Por otra parte, la empresa debe tener la conciencia social necesaria para comprender la necesidad de un arbitraje en caso de conflicto. No se trataría de imponer, por supuesto, a las empresas la opinión de los trabajadores, sino el

arbitraje que propusiera el Poder Ejecutivo, el árbitro nombrado por él.

La tercera condición se refiere, como acabo de mencionarlo, a la publicación en español de los documentos que las empresas distribuyen a sus accionistas en país extranjero, a fin de que los argentinos tengamos ocasión de informarnos con fidelidad y exactitud de la marcha de la vida interna de esas empresas, que alguna vez estamos llamados a regentear.

Espero que estos fundamentos bastarán para que la comisión, sin mayores discusiones, acepte este pequeño agregado al artículo 4o. del proyecto de concesión de nuevas vías férreas que nos propone.

.....

A mí me parece excelente la oportunidad para introducir en la legislación ferroviaria una reforma de esta índole.

No todo lo importante se hace en las grandes ocasiones. Grandes movimientos legislativos y de otro orden han comenzado en momentos muy modestos, y no sería nada extraño que al tratar una pequeña concesión nosotros sentáramos una vez para siempre un gran principio.

La política ferroviaria argentina está regida por leyes anticuadas, anteriores a los grandes movimientos políticos de la actualidad.

La ley 2873, que es la general de ferrocarriles, dada del año 1891, cuando no se había producido aún en el país un solo movimiento obreiro de trascendencia.

La ley 5315 ha sido hecha bajo preocupaciones de un orden completamente distinto a las que me guían en este momento, al hacer la proposición que presento a la honorable Cámara, preocupaciones actuales del grupo socialista, que tengo la convicción son en gran parte compartidas ya por muchos de los señores diputados.

Empieza a comprenderse, cada vez más, la importancia de la opinión de la clase trabajadora respecto de su propia situación y de las medidas legislativas que se toman para evitar conflictos entre las empresas y el personal, sobre todo cuando se trata de servicios públicos, importancia bien comprensible después de los gravísimos perjuicios traídos al país por las dos grandes huelgas ferroviarias que se han producido.

Y la necesidad de introducir desde ya esta reforma se evidencia por la opinión enunciada por el señor diputado por Buenos Aires, doctor Demaría, de que las empresas casi seguramente no aceptarán esas condiciones.

Me llama la atención que se tenga de las empresas capitalistas que vienen a buscar concesiones a la Argentina, una opinión tan desfavorable respecto de su actitud para con el personal empleado.

¿Qué se les pediría a esas empresas? Se les pide que tengan un directorio en la Argentina para evitar y resolver los conflictos con el personal. Se les pide que en caso de producido el conflicto, y no pudiéndose poner de acuerdo, se atengan a la opinión del árbitro nombrado por el Poder Ejecutivo, porque sería inconcebible que se autorizase a las empresas a mantener su resistencia a exigencias legítimas de los trabajadores, causando con ello perjuicios enormes a toda la economía nacional. Por fin se les pide que informen a los argentinos de cuáles son los detalles de su vida interna, qué operaciones efectúan, qué dividendos producen, y cuáles son los negocios de esas empresas que realizan sus ganancias con el trabajo de obreros y empleados argentinos.

Todo esto, señores diputados, me parece del mejor nacionalismo; representamos en este momento, en el país argentino, la tendencia política que se encuentra más cerca de los obreros argentinos

o extranjeros establecidos en el país que de los tenedores del capital europeo; y esperamos que los señores diputados, aun cuando creyeran — y no veo fundamento para ello — que este agregado hubiera de molestar a las empresas, han de aceptarlo.

.....

Yo no creo, señores diputados, que aun cuando la empresa no aceptara la concesión que se le hace, por no estar de acuerdo con estas nuevas cláusulas, el perjuicio para el país fuera comparable al que sufre ya por el hecho de no estar aseguradas en ninguna forma la remuneración y las condiciones de trabajo de los empleados ferroviarios, por la eventualidad diaria de conflictos entre las empresas ferroviarias y su personal, por la ignorancia permanente de los argentinos sobre todo lo que se refiere al manejo de las empresas ferrocarrileras del país.

De manera que aun cuando la consecuencia de nuestro voto fuera la no construcción de este pequeño ramal de que tratamos, no puede compararse, lo repito, el perjuicio que nos pudiera traer, con los perjuicios reales y positivos que ya se nos producen a diario por el estado actual de cosas en materia de legislación ferroviaria.

Por otra parte, no puedo suponer que se me atribuya al hacer esta proposición, un propósito de obstruccionismo; es lo que menos se me ha ocurrido. Una vez votado en general el proyecto, he creído contribuir a mejorarlo con este agregado, entendiéndolo que si se lo hiciera en este caso, sería un agregado permanente en las concesiones futuras de ampliaciones de líneas, o de nuevas líneas.

.....

Para hacer notar, en respuesta a las consideraciones que acaba de hacer el señor diputado por Santa Fe, que las empresas de ferrocarriles

argentinos, en el seno de la comisión de Legislación, al tratarse del proyecto de jubilación de los empleados ferroviarios, hicieron saber que ellas no se consideran ligadas o atadas sino por las condiciones fijadas en los contratos de concesión, y no por las leyes nacionales. De manera que esta clausulita, agregada a este proyecto de concesión, sería más eficaz y más respetada por las empresas que si se dictara en forma de una nueva ley.

Se trata de algo no fundamental en sí mismo, porque no alteramos el tipo de dividendo que las leyes argentinas garantizan a las empresas. Y es bueno que la Cámara lo comprenda: al autorizar a las empresas a sacar el 6,8 o/o de su capital, se les garantiza realmente esa entrada, porque ellas han de sacar ese 6,8 por ciento de cualquier parte, si no de las malas líneas, recargando las buenas.

Se trata de algo fundamentalmente bueno, de algo nacional por excelencia, de algo argentino, de algo de interés popular, que no vendrá a modificar en nada la situación de esas empresas, sino en un buen sentido.

Insisto, pues, en que se vote esto que propongo, como agregado al artículo cuarto.

(El agregado es rechazado.)

Cámara de Diputados de la Nación, septiembre 9 de 1914

CONMEMORACION DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

PROYECTO DE LEY

El senado y la cámara de diputados, etcétera.

Artículo 1o. — Constrúyanse mil edificios para escuelas infantiles y elementales en la Capital, los territorios y las provincias, distribuidos los de éstas en la proporción de las escuelas de la ley 4874.

Art. 2o. — Destínase al cumplimiento de la presente ley la suma de veinticinco millones de pesos,

que serán entregados al poder ejecutivo por el Banco de la Nación, y deducidos de su capital.

Art. 3o. — Los edificios escolares a que se refiere la presente ley, serán inaugurados el 9 de julio de 1916.

Art. 4o. — Comuníquese al poder ejecutivo.

J. B. Justo — A. Zaccagnini — E. Dickmann — F. Cúneo — A. Giménez — Antonio de Tomaso — Mario Bravo — Nicolás Repetto.

Alterando la costumbre de fundar los proyectos por escrito, me ha parecido que el asunto me autoriza en el caso presente a hacerlo verbalmente, y lo haré en breves palabras.

Lo hago en esta forma, señores diputados, no sólo porque el asunto me estimula a ello, sino porque en recientes sesiones hemos sido llamados a explicar nuestro punto de vista en cuestiones atinentes con la independencia nacional, como el concepto que nosotros tenemos del patriotismo. Un diputado tan circunspecto como el señor Santillán, nos provocó en ese sentido, en términos muy correctos y muy amables, por otra parte, y creemos propicia la oportunidad para responder a una invitación de ese género.

Pretendemos, señor presidente, ser los más firmes sostenedores de la independencia nacional. Desde luego, porque nos proponemos en todos los momentos, en todos los actos de nuestra vida política, la elevación material, intelectual y moral de los pobladores del país argentino, de los ciudadanos argentinos y de los extranjeros que vienen aquí a aportar el esfuerzo de sus brazos; pretendemos serlo también porque trabajamos en el sentido de que se incorporen a nuestra entidad política, a nuestra nación, esos mismos extranjeros, para que dejen de vivir entre nosotros como una raza de metecos, extraños a nuestras preocupaciones nacionales, y contribuyan con su esfuerzo diario, intelectual y moral, a mejorar el modo de ser de las cosas políticas argentinas.

Y también estamos seguros de contribuir al afianzamiento de nuestra independencia, señores diputados, al mantener relaciones estrechas y firmes con grupos parlamentarios extranjeros, de cámaras de diputados como ésta, de las naciones de Europa y de otros países; grupos compuestos de hombres que han de sostener la independencia argentina con tanto ahinco como nosotros, si llegara el caso de producirse alguna veleidad imperialista contra los países de Sud América.

Tenemos, pues, los títulos más eminentes para querer solemnizar el centenario de la declaración de la independencia. Lo hacemos, porque creemos tener el patriotismo más sano y más inteligente, patriotismo que concuerda perfectamente con nuestras ideas internacionalistas. Vemos que en el mundo las cosas, los hombres y las ideas circulan con una rapidez creciente. Estamos ahora más cerca de Europa, en tiempo y en costo de transporte, que lo estábamos hace un siglo de Tucumán. El mundo se ha achicado y las razas se mezclan; las ideas también circulan hasta el punto de que las costumbres políticas se uniforman y se hacen aproximadamente homogéneas en todos los países. Muchas son, pues, las razones de que seamos internacionalistas. Lo somos también porque la competencia comercial entre los países exige que las condiciones de la producción sean análogas y que la legislación sobre el trabajo sea más o menos uniforme, de orden internacional.

Pero lejos de creer que la humanidad sea ya un todo homogéneo y único, descubrimos en ella diferencias evidentes. Sabemos que hay patriotismos activos en diversos pueblos, sobre todo en los pueblos fuertes. Nos consta, por ejemplo, que en Australia es la principal preocupación del partido obrero que gobierna aquel país la de la "Australia blanca", la exclusión de los hombres

de otras razas; vemos que en Norte América son los trabajadores los más empeñosos en excluir sistemáticamente del mercado de brazos de aquel gran país a los hombres de raza amarilla; sabemos que en otros países de lengua inglesa, en pueblos inferiores a la Argentina, por algunos de sus caracteres sociales, como la colonia de Sud Africa, se excluye a los hombres de razas que ellos consideran inferiores, y aún a hombres de nuestra raza, como los que llevaban allí los cargamentos de animales en pie que enviábamos hace algunos años; eran impedidos de desembarcar en la ciudad del Cabo. Todas esas formas de patriotismo activo, antagónicas con nuestros intereses, nos inducen a pensar y creer firmemente que el porvenir de nuestro país y del internacionalismo está en que cada pueblo tenga una creciente preocupación colectiva de su propio desarrollo histórico, y es lo que hacemos los socialistas argentinos, forma de patriotismo la más conducente y fecunda.

Concuerdan estas palabras que acabo de pronunciar con nuestra opinión respecto de esa afectación absurda, de esa aberración enfermiza del antipatriotismo, de que se nos ha acusado alguna vez. Y he de leer a este respecto un párrafo de un artículo publicado en "La Vanguardia" el 10 de junio de 1909, artículo que mereció el honor de ser leído en parte ante la cámara por el señor diputado Miguel Padilla en ocasión de una discusión sobre la ley de importación de azúcar.

Decía aquel artículo: "El desprecio, real o ficticio, por el propio grupo, es una aberración. Habrá mejores, pero no nos aproximamos a ellos, ni nos acreditamos en su opinión, despreciándonos nosotros mismos. El antipatriotismo es una monstruosidad que aleja entre sí a los hombres, en vez de conciliarlos."

Ahora, señores diputados, en las manifestacio-

nes externas, simbólicas, del patriotismo, también estamos muy contentos de las formas de esas manifestaciones en la Argentina. Creemos que nuestros símbolos nacionales: las manos que se estrechan, el gorro frigio, las palabras “libertad” e “igualdad”, los acordes del himno, los colores azul y blanco, son de los símbolos más simpáticos que en ese orden existen en el mundo. Los aceptamos y hasta los amamos; pero comprendemos esto: que cuando se trata de símbolos, de cosas materiales, que no son el sentimiento íntimo de los hombres, que no son la convicción, sino cosas externas, que se pueden reproducir en número cualquiera, que se pueden comprar y que se venden, que se pueden usar y agitar con fines interesados, hay que tener mucha moderación y cordura en la apreciación de ese uso y no hay que dejarse sugestionar por ellos.

Si dejáramos tomar incremento a ese patriotismo de símbolos, llegaríamos a confundirnos con el catolicismo de la empresa del Ferrocarril del Oeste, por ejemplo, cuando fomenta las peregrinaciones a Luján, o con el patriotismo incandescente de la compañía Alemana Transatlántica de Electricidad.

Hemos, pues, de ser muy moderados en el uso de los símbolos, y hemos de hacer consistir nuestro patriotismo en las manifestaciones actuales y efectivas de solidaridad nacional, de solidaridad social.

Es en este sentido que presentamos el proyecto que fundo en este momento para la celebración del centenario de la independencia argentina, centenario que tiene sus dos grandes fechas: el 25 de mayo y el 9 de julio.

Desde luego declaro que creemos de más significado el 25 de mayo, porque del 25 de mayo al 9 de julio hay la distancia que media entre el hecho y su simple enunciado; y nosotros estamos siempre y en primer lugar por el hecho. Pe-

ro también ese enunciado tuvo importancia en las relaciones de este pueblo con los pueblos extranjeros y deseamos que se celebre su centenario en la forma que proponemos, porque consideramos que lo proyectado hasta ahora en ese sentido es pequeño y mal encaminado. Se proyectan cosas referentes al cáncer, por ejemplo, que es una enfermedad de los viejos y nada tiene que hacer con la celebración de una fecha inicial, de un pueblo joven y vigoroso; se proyectan recepciones oficiales, recepciones necesariamente destinadas al placer y a la vanidad de clase de la alta sociedad argentina. Nosotros insistimos en que el centenario se ha de celebrar con solemnidades y con fiestas accesibles a todos los argentinos y a todos los habitantes del país; creemos que la celebración debe consistir en actos que afiancen la independencia, que la hagan más clara, que la hagan más evidente y nos propicien el porvenir. En ese sentido nada más urgente en nuestro pueblo que la fundación de escuelas, la construcción de edificios que alberguen a las escuelas mal alojadas ya existentes o a las escuelas que hayan de fundarse.

Proponemos que se construyan mil casas para escuelas primarias, destinando a este objeto 25.000.000 de pesos, a razón término medio de 25.000 pesos por edificio. Se trata de edificios que estarían distribuidos en la Capital, territorios nacionales y provincias; en estas últimas en la proporción en que están distribuidas las escuelas de la ley Lainez.

En cuanto al origen de los fondos, lo enuncia el proyecto. Dadas las condiciones precarias del erario argentino, no habría que pensar en sacar este dinero de rentas generales, ni tampoco en contraer empréstitos que hoy se negocian en condiciones onerosas. Proponemos sencillamente que el Banco de la Nación, que ahora no sabe qué hacer con el dinero porque efectivamente sobra

capital en el país y no se sabe qué destino darle, entregue al poder ejecutivo 25.000.000 de pesos que serán deducidos de su capital.

Nótese bien que el capital del Banco de la Nación está constituido en parte por un empréstito contraído hace pocos años a un interés superior a 5 por ciento, cuyo servicio de hace de rentas generales; es, entonces, un Banco sostenido mediante impuestos, luego, es evidentemente legítimo que en momentos como los actuales, en que ese dinero no hace falta para las necesidades bancarias, se restituya al pueblo una buena parte de aquellos millones para que se destinen a un objeto tan importante y patriótico como la construcción de escuelas.

Espero que en virtud de estas consideraciones la honorable cámara ha de prestar su apoyo a este proyecto, sin perjuicio de que se destine una pequeña suma para cohetes, bombas, banderas y algunos otros detalles de los festejos, que son de menor cuantía y que importan muy poca cosa.

Cámara de Diputados de la Nación,
Julio 28 de 1915

LA EMANCIPACION Y LA ESCUELA

PROYECTO DE LEY

El senado y la cámara de diputados, etcétera.

Artículo 1o. — El Consejo Nacional de Educación establecerá escuelas primarias en todos los puntos del territorio de la república donde haya veinte o más niños en edad escolar para quienes falte la escuela.

Art. 2o. — En las escuelas creadas en virtud de la presente ley, se dará el minimum de enseñanza indicado por el artículo 12 de la ley 1420.

Art. 3o. — Estas escuelas serán mixtas, y las que tengan una asistencia media diaria que no pase de veinticinco niños serán atendidas por un solo maestro.

Art. 4o. — No habrá en estas escuelas sino maestros generales o de grado, no debiendo nombrarse para ellas maestros de ramos especiales.

Art. 5o. — Además de los profesores y maestros diplomados en las escuelas normales nacionales y de las provincias, podrán ser directores o maestros de las escuelas creadas por la presente ley las personas que tengan aprobados dos años de estudios normales, o un certificado de estudios secundarios completos. Podrá también ser maestro en estas escuelas toda persona de diez y ocho o más años de edad, de buena salud y buena conducta, que pruebe ser capaz de impartir el minimum de enseñanza. Al efecto, el Consejo Nacional de Educación organizará mesas examinadoras que funcionen en escuelas nacionales de las diferentes regiones de la república, de modo que los aspirantes no tengan gastos considerables de traslado para pasar su prueba, la que será gratuita. Respecto de la salud y la conducta del aspirante bastarán los certificados de un médico y de vecinos de la localidad donde resida.

Art. 6o. — Los maestros con título supletorio recibirán el sueldo correspondiente en la capital y los territorios a la categoría que se les asigne, y podrán ascender en jerarquía según normas que dará el Consejo Nacional de Educación.

Art. 7o. — Mientras falten maestros para las escuelas públicas, estarán exceptuados del servicio militar los que en ellas ejerzan efectivamente el magisterio.

Art. 8o. — La obligación escolar alcanza a todos los niños de siete a diez años que residan dentro de un radio de tres kilómetros de la escuela y a los mayores de diez años hasta a seis kilómetros de la escuela.

Art. 9o. — El minimum de asistencia exigible es el de 120 días al año, comprendidos en los meses de marzo a noviembre.

Art. 10. — La inscripción de los alumnos de las escuelas primarias nacionales será gratuita.

Art. 11. — Mientras no se construyan edificios especiales para estas escuelas, ellas funcionarán en los locales disponibles, por alquiler, cesión o donación, o al aire libre.

Art. 12. — Para los distritos de campaña donde, por hallarse muy diseminada la población, no haya número suficiente de niños en edad escolar dentro del radio asignado por la ley a cada escuela, el Consejo Nacional de Educación nombrará y proveerá de medios de enseñanza y movilidad a los maestros ambulantes previstos por el artículo 11 de la ley 1420.

Art. 13. — El Consejo Nacional de Educación tomará desde ya las disposiciones conducentes para que al comenzar el año escolar de 1918 funcionen las escuelas y los maestros necesarios para la instrucción primaria de todos los niños de la república.

Art. 14. — Para la creación y el sostenimiento de las escuelas que faltan, el Consejo Nacional de Educación podrá invertir en sueldos y pasajes del personal docente, edificación, alquileres, refacciones, reparaciones, material de enseñanza, textos y útiles de servicio, hasta 30 millones de pesos al año.

Art. 15. — Mientras no sean incluidos en la ley de presupuesto, los gastos autorizados por la presente ley se harán con los 45.454.544 \$ mfn. recibidos por el Banco de la Nación en virtud de la ley 9479, y que el Banco acreditará al Consejo Nacional de Educación.

Art. 16. — Deróganse las leyes anteriores en cuanto se opongan a la presente.

Art. 17. — Comuníquese al poder ejecutivo.

Juan B. Justo. — Antonio Zaccagnini — Francisco Cúneo — Antonio de Tomaso — Enrique Dickmann — Angel M. Giménez — Augusto Bunge — Mario Bravo.

Pendiente aún de la consideración de la honorable cámara el proyecto presentado en julio de 1915 por la diputación socialista sobre la construcción de mil edificios para escuelas, reitero hoy el proyecto de 1913 sobre la creación de escuelas primarias en todos los puntos del territorio argentino donde haya veinte o más niños en edad escolar para quienes falte la escuela.

.....
.....

Sin pretender substituirse a las leyes 1420 y 4874, cuyo alto valor somos los primeros en reconocer, este proyecto se propone solamente arbitrar los medios para resolver de inmediato el problema del analfabetismo, no abrogando aquellas excelentes leyes, sino completándolas con prescripciones referentes al empleo de parte de los fondos escolares, para cuya aplicación da

normas a la vez libres y restrictivas, a fin de asegurar su eficacia inmediata.

De cada centenar de conscriptos que llegan a los cuarteles argentinos, unos 30 no saben leer ni escribir (véase diario de sesiones de la cámara de diputados de la nación del 4 de septiembre de 1913 y de junio 19 de 1915), proporción enorme de analfabetos entre los jóvenes de 20 años, que nos dice cuán mal se cumple la ley de educación común y cuánto más bajo es, seguramente el nivel de cultura de la población argentina mayor de edad. La ciencia data de la invención del alfabeto el comienzo de la civilización. Esta, pues, no ha comenzado aún para gran parte de la población argentina, sumida todavía en la más tenebrosa ignorancia.

Se quiere dar a la enseñanza pública un carácter práctico, se habla de la educación como de la preparación para la vida, y se buscan con empeño nuevos tipos de escuela que satisfagan ese fin utilitario de la enseñanza. ¿Pero qué instrucción más eminentemente práctica y utilitaria que las primeras letras? ¿Qué nociones más útiles al individuo y a la sociedad que las de leer, escribir y contar? La aptitud para interpretar los signos con que los hombres se transmiten sus sentimientos, nociones e ideas, la capacidad de servirse de esos signos para expresar el propio pensamiento, es el paso más trascendental en el desarrollo de la inteligencia del individuo y de la colectividad. Casi setenta años después que Sarmiento escribiera su admirable informe sobre la educación popular, presentado al gobierno de Chile en 1849, sería indisculpable que desconociéramos las infinitas proyecciones sociales de la educación elemental.

¿Qué madres, qué padres, qué ciudadanos podrán ser los centenares de miles de niños argentinos de edad escolar para quienes hoy falta la escuela?

No sabrán cuidar de su propia salud, ni la de sus hijos y formarán una raza decrepita y degenerada.

No servirán sino para los trabajos más groseros y peor remunerados, ni tendrán más aptitud que los esclavos para el progreso técnico.

Incapaces para toda forma de asociación, no podrán tampoco conocer las leyes escritas, que deberán cumplir, sin embargo, so pena de severos castigos, aunque las violaran por ignorancia.

Y en política ¿qué podrán ser los analfabetos, obligados a votar por una ley que no saben leer, sino pasto del charlatanismo y de la impostura?

Es traicionar a la república el dejar perpetuarse el analfabetismo en el país. No podemos disculparnos con la falta de recursos. En nuestras manos están la ley y la administración pública. Despertemos a la conciencia de nuestra responsabilidad; queramos hacer efectiva para todos la instrucción primaria que ordenan la constitución y la ley y nos sobrarán los medios.

La ley, con altísima razón, dice que la instrucción primaria es obligatoria: demos entonces a todos la posibilidad de cumplir tan sagrada obligación.

Una circunstancia demográfica, propia de país de inmigración, hace para nosotros excepcionalmente liviana la tarea de dar instrucción primaria a todos los niños en edad escolar. Me refiero a la proporción excepcionalmente alta de adultos jóvenes y productores en la población total y a la proporción relativamente baja de niños en edad escolar.

Es humillante para el pueblo argentino decir que faltan medios materiales o elementos personales para dar educación elemental a todos los niños de la república.

¿No seremos capaces de hacer para los niños de nuestro propio país y de nuestra propia len-

gua lo que los norteamericanos han realizado en pocos años en Puerto Rico y Filipinas para con niños de pueblos remotos, extraños, de otra lengua y considerados en Norte América de raza inferior?

Recursos hay todos los necesarios en hombres y en dinero; se trata solamente de substraerlos a destinos redundantes y superfluos.

Y es urgente que lo hagamos en honor de nuestra propia y verdadera independencia nacional. Antes de haber llegado a ser hablada por todos los habitantes de Hispano-América, la lengua castellana cae ya en algunos de estos países a la categoría inferior de lengua doméstica, de un valor decreciente en el comercio y en la vida pública. Si los gobiernos hispanoamericanos no dan a la instrucción primaria la importancia de una de las funciones primordiales del Estado, corremos el riesgo de que el español, degenerado en jergas locales, pase a ser algo como lo que los ingleses llaman lengua "vernacular" de los aborígenes de sus distintas colonias. Cuanto a la raza nacional, Sarmiento pintó ya claramente su triste porvenir, si, falta de educación, quedaba siempre incapaz de adaptarse a la evolución histórica. Hé aquí sus palabras: "Otro riesgo nacional y no menos inminente es el que resulta de la inmigración de la industria extraña que puede y debe fatalmente aclimatarse entre nosotros. La industria emigra de unas naciones a otras con los individuos que se expatrian buscando en suelo extraño mayores ventajas. Un crecido número de inmigrantes de otras naciones que no sean la española, la única que nos es análoga en atraso intelectual e incapacidad industrial, traerá por consecuencia forzosa la substitución de una sociedad a otra, haciendo lentamente descender a las últimas condiciones de la sociedad a los que no se hallen preparados por la educación de su capacidad intelectual e industrial, pa-

ra la impulsión de progreso y la transformación que experimentará la sociedad, de donde es fácil vaticinar a millares de padres de familia que hoy disfrutan de una posición social aventajada, la posibilidad de que con la acción de nuevos hombres y con su mayor capacidad de adquirir, sus hijos, en no muy larga serie de años, desciendan a las últimas clases de la sociedad.”

En la sociedad moderna, hombres y pueblos analfabetos están condenados a la servidumbre y la explotación.

Cámara de Diputados de la Nación.
Julio 17 de 1916

RUPTURA DE RELACIONES CON ALEMANIA

Aparte de las circunstancias de la hora, que nos son tan desfavorables, nos son desfavorables en este debate también otras circunstancias.

Se ha hecho uso abundante en él de las palabras honor y decoro nacional. Declaro que los diputados socialistas, al hablar de estas cuestiones, no sentimos más exaltados nuestros sentimientos del honor y del decoro nacional que en los debates diarios sobre temas de la administración pública, cuando se trata del empleo de los dineros públicos y de las fuentes del impuesto. No hacemos, pues, una excepción en ese sentido al afrontar la cuestión que nos preocupa, que no es tampoco un asunto que podamos tratar con la seguridad y la decisión que tenemos en el estudio de los temas generales debatidos en esta cámara. Hemos experimentado al respecto más de una sorpresa, no todas ellas agradables, y opinamos en cierta manera, y dentro de ciertos límites, desde un punto de vista subjetivo.

Somos internacionales, con lo que queremos decir que comprendemos como una realidad fundamental del mundo moderno, y como una necesidad cada vez más fuerte de la vida colecti-

va universal la vinculación práctica de los pueblos en su vida diaria, la colaboración de los pueblos entre sí para satisfacer recíprocamente sus necesidades mediante las corrientes del comercio, cooperación internacional que aun cuando se haga a impulso de los intereses del capital, es necesaria, aun para la masa popular que la realiza sin comprenderla; cooperación internacional que queremos sea cada día más amplia y más completa, más consciente y más libre.

Somos también pacifistas, lo que no significa, en manera alguna, que creamos que los pueblos todos van a poder llevar una vida simplemente vegetativa, importándoles poco de lo que suceda en el mundo. La paz sana, la paz firme y progresiva que concebimos y deseamos es la paz de la emulación y la concurrencia entre los pueblos. Creemos que será la sustitución de la lucha militar por la lucha diaria y continua en el campo de la producción y de la organización del trabajo, y en esa paz la energía humana, en sus manifestaciones superiores, no podrá economizarse más de lo que se la ahorra en la guerra, en la que tan pródigamente se la gasta.

Con esto queremos decir, señor presidente, que deseamos vía libre para la competencia entre los pueblos, que somos decididos partidarios y sostenedores de la libertad de comercio entre las naciones y condenamos y repudiamos, de la manera más completa, esa doctrina arcaica que se ha querido renovar en las últimas décadas y que pretende proteger el trabajo nacional con vallas de aduana.

Creemos que en el mundo moderno, más importantes que los conflictos entre los pueblos son los conflictos entre las clases sociales dentro de cada pueblo, y vemos en esa mala política, pretendida proteccionista, una manera de crear artificialmente la más perniciosa de las formas de

solidaridad entre las clases: aquella solidaridad que vincula al empresario con el obrero, no sólo contra el empresario y el obrero extranjeros del mismo ramo, sino contra los consumidores todos de su propio país.

No nos asombra, pues, que los azucareros argentinos no vean con buenos ojos que haya solidaridad americana, porque ella nos permitiría adquirir el azúcar a más bajo precio, con el aporte que de ese artículo nos hicieran el Perú, Brasil o Cuba. Comprendemos que no lo sean tampoco los empresarios egoístas de la yerba, que se verían más amenazados que hoy por la yerba brasileña. Pero nosotros, que no sostenemos ningún privilegio, que no hacemos causa común con ningún monopolio ni ningún interés sórdido del capital, nos desvinculamos por completo de esos pretendidos intereses nacionales; en todo el campo de la producción y del comercio queremos plena libertad y negamos que haya en el gobierno ninguna capacidad efectiva de dar protección al trabajo y a la producción nacional, fuera de darles libertad y de no esquilmarlas con impuestos y fuera de la obra técnico-económica del gobierno en las ramas de la producción que estén a su cargo.

Y esa falsa doctrina, pretendidamente económica, ha sido la causa principal entre las que han preparado el actual conflicto mundial. Es de notar que desde la última década del siglo pasado comenzaron a dictarse leyes de aduana, cada vez más severas y más aisladoras, en todos los países de Europa y en los Estados Unidos. Y eso ha creado un estado de cosas que ha preparado el conflicto a que asistimos y del cual somos parte pasiva.

A esa gran causa se han agregado, por supuesto, intereses dinásticos, intereses de casta, codicia de determinados empresarios y políticos. Y

de todo ello ha resultado el horrendo cuadro de destrucción y de muerte contra el cual protestamos en vano.

Nos ha sorprendido la guerra a los socialistas argentinos como un enorme retroceso en las relaciones humanas; nos hemos avergonzado por un momento de ser hombres, tan lejos nos creíamos ya de conflictos de esta naturaleza, y mucho más cuando, al comenzar la gran contienda, nada nos decía que de ella pudiera resultar un progreso histórico: de un lado estaba el imperialismo alemán, del otro, la autocracia rusa, y no sabíamos qué elegir.

Y nos afligió también profundamente ver que a los viejos modos de destrucción se agregaban formas nuevas de la técnica destructiva, la peor de las cuales para los pueblos en nuestra situación es la guerra de submarinos; forma nueva de destrucción de la propiedad y de la vida de los neutrales, que nos ha puesto a nosotros, desde el primer momento, dentro del radio de la guerra; pasivamente hemos estado, desde el comienzo, y estamos aún dentro de la guerra.

Somos, a mi juicio, el pueblo más internacional de la tierra. He tenido ocasión de decirlo en un congreso obrero, y me place repetirlo en esta asamblea. Lo somos por la raza, más que cualquier otro pueblo en el mundo; por nuestra psicología colectiva, tan variada y todavía tan caótica, y lo somos también por nuestra producción para el mundo y por la satisfacción de nuestras propias necesidades con los productos del mundo entero; por las cifras de nuestro comercio internacional, por habitante, estamos entre los primeros pueblos del universo; y por la parte que esa cifra representa en el consumo y en la producción, por habitante, es posible que seamos el primer pueblo del universo, porque si bien ciertos países de Europa, Australia, Nueva Zelan-

dia y Canadá tienen más comercio exterior por habitante que la república, como las necesidades y los consumos de los argentinos son inferiores, y como nuestra capacidad de producción también lo es respecto de aquellos pueblos, es seguro que el comercio exterior es para nosotros más importante que para los pueblos con que nos comparamos.

Luego, pues, la guerra de submarinos ha sido una amenaza fundamental para las condiciones de vida y de trabajo esenciales del pueblo de la república; y ha sido una amenaza desde el primer momento, a la vida de miles de trabajadores del mar que están a nuestro servicio, porque a nosotros nos sirven los trabajadores que tripulan los buques de cualquier bandera que acarrean productos para satisfacer nuestras necesidades y llevan a otros países los productos de la industria argentina.

En esas condiciones, el grupo parlamentario socialista pronto pensó, y mucho más al declararse la guerra submarina sin restricciones, que era de desear una reacción automática de todos los pueblos neutrales contra semejante procedimiento de guerra; que era indispensable hacer sentir al poderoso país que creía poder destruir el comercio del mundo porque tenía cien o doscientos submarinos, que esa conducta habría de traerle gravísimas consecuencias.

Hubiéramos deseado que esa actitud fuera tomada por todos los países neutrales, sin vanas declaraciones que a nada conducen. Los países que hacen la guerra de submarinos no han declarado la guerra a los que, como el nuestro, sufren de esa guerra. Han hundido inhumanamente en el mar a los tripulantes de los buques que llegan a la zona que han resuelto bloquear, lo han hecho sin consultar los códigos internacionales, y sin decir que eso era hacernos la guerra.

Creímos, pues, que no había necesidad alguna de declaraciones vanas que podrían comprometernos a acciones en que no podríamos hacer nada eficaz y que cabía una acción inmediata en el terreno de los hechos.

Con fecha 17 de abril de 1917 se publicó la siguiente declaración: “El grupo socialista parlamentario, en presencia de los actos de la guerra submarina que afectan los intereses de la nación, cree que el gobierno debe adoptar todas las medidas necesarias para hacer efectivo, tan ampliamente como sea posible, el comercio argentino en buques de cualquier bandera, inclusive los buques alemanes y austriacos refugiados en los puertos, que serían utilizados por el gobierno para el servicio de intercambio o fines de carácter militar. Dentro de estos conceptos el grupo socialista parlamentario ajustará su conducta en el congreso de la nación”.

Poco después debimos sostener este propósito en el tercer congreso extraordinario del Partido Socialista, convocado para definir opiniones respecto de estos graves asuntos, y allí tuve ocasión de declarar que nuestras declaraciones publicadas eran un punto de vista serio y firme con el que nos sería imposible ponernos en pugna en ningún caso.

El congreso extraordinario de nuestro partido no tomó ninguna resolución referente a la actitud del grupo socialista parlamentario, pero su mayoría manifestó opiniones que no están precisamente dentro de las corrientes de ideas que aquella declaración implica. Entre otros motivos, motivo muy atendible, y que constituye el fundamento séptimo de la resolución tomada — porque no podemos ni debemos, como partido político del proletariado, ser más celosos defensores de los principios del derecho internacional que los círculos políticos directores, encargados de hacerlos valer —, no se creyó en el congreso

extraordinario de nuestro partido que debíamos tomar iniciativa alguna a este respecto, y se votó una declaración según la cual el Partido debía orientar todas sus actividades en el sentido de que nuestro país no intervenga en forma alguna en la guerra.

Más tarde se han producido incidentes ruidosos a los cuales nosotros no atribuimos mayor importancia. No podríamos tomar ninguna actitud de consideración por dieterios empleados en mensajes secretos de una cancillería cualquiera, ni jamás autorizaríamos actos de significación en nuestra vida política y en nuestras relaciones exteriores, en virtud de pequeñas incidencias que suelen considerarse como ultrajes al honor nacional. No basaríamos en este concepto ninguna actitud definida de verdadera trascendencia. Consideramos que el honor y también el honor nacional es un sentimiento sutil y movedizo, interpretado y sentido en forma muy diversa por los diferentes ciudadanos y las diferentes clases, y que, por lo tanto, se presta no sólo a graves errores, sino a las más grandes mistificaciones. Toda política exterior que se base principalmente en los conceptos del honor será un campo propicio para las maniobras de los peores políticos. Eso bastaría para que nosotros no hiciéramos nunca pie en semejante concepto, al decidir nuestros actos en materia internacional. Sólo las consideraciones fundamentales relativas a nuestro comercio exterior, que están tan vinculadas a la existencia misma de nuestro país, pueden hacernos mantener nuestro punto de vista ya enunciado, y es evidente que esa conclusión nos llevaría a plantear ante nuestro partido la cuestión de nuestra actitud en el parlamento nacional, si eventualidades posibles nos obligaran a dar aquí votos que pudieran aparecer en contradicción con las resoluciones de la mayoría del Partido.

Para nosotros, por otra parte, el asunto que

aquí se debate, después de bien puesta en evidencia nuestra actitud — y ya que debemos considerar como tal el proyecto de declaración presentado por el señor diputado Arce — es un asunto realmente de menor cuantía.

Se trata de declarar rotas relaciones que de hecho lo están, aunque según el último papel que nos acaba de leer el señor ministro, no lo estarían aún del todo; relaciones que están ya reducidas al cambio de telegramas simples o falaces entre las dos cancillerías. No van de aquí a Alemania ni hombres ni cosas, y de allí tampoco nos viene nada. No tiene, pues, mayor significación declarar rotas esas relaciones, y sin atribuir mucha importancia a nuestro voto, votaríamos eso como una resolución más o menos indiferente, por razones de mera comodidad o cortesía con los ciudadanos que parecen anhelar esa declaración como un gran hecho. Lo único que habría cambiado con esa declaración sería acaso la situación legal de los alemanes que están en la república, que forman una de las colonias más inteligentes y cultas del país, y los diputados socialistas entendemos que eso nos impondría, en caso de suceder, una obligación nueva a los argentinos respetuosos del derecho ajeno y que entendemos bien la conveniencia nacional: nos obligaría a ser doblemente atentos en el respeto y las garantías de los derechos individuales de los alemanes honestos y laboriosos aquí residentes; a considerarlos hoy más que nunca como hermanos, desamparados como estarían del apoyo de su propia nacionalidad o de su propia bandera en la nueva situación que se les creara.

Así adoptaríamos una actitud simpática, humana y patriótica a la vez, hasta que llegue el feliz momento en que Alemania se vea libre de los enemigos exteriores que hoy la están estrechando y libre también del imperialismo que la domina por dentro — imperialismo de jerarquía

entre los hombres que hay todavía en aquel pueblo, lo que le ha hecho retroceder en el orden político en los últimos años, cuando los otros pueblos de la tierra progresaban en sus derechos cívicos. Hasta que llegue ese momento de la paz internacional y podamos de nuevo recibir de aquel país los artefactos de su industria, sus poderosos microscopios, sus instrumentos de precisión y sus excelentes libros, mantengamos relaciones de franca y cordial amistad con los alemanes aquí residentes, sin perjuicio de tomar todas las medidas necesarias para mantener nuestras relaciones comerciales con el mundo.

Cámara de Diputados de la Nación, septiembre 22 de 1917

PATRIOTISMO AZUCARERO

Es interesante, señor presidente, oír al señor diputado por la provincia de Buenos Aires reconocer tan reiteradas veces el patriotismo de los diputados del sector de enfrente.

Por mi parte — y lo he reconocido siempre — creo que esta cámara es tan patriota como todas las que han habido en el país. El patriotismo de los argentinos es tradicional. Sólo que en ciertas cuestiones, y sobre todo en esta materia del azúcar, el patriotismo conduce a las conclusiones más diferentes y a veces a las más opuestas. Así, por ejemplo, el patriotismo del señor diputado Páddilla, cuando era gobernador de Tucumán, lo llevaba, en materia de azúcar, a ver como obra de la providencia una helada que destruyera las tres cuartas partes de la cosecha y que evitara el funcionamiento de una ley provincial de impuesto destinada a pagar el azúcar que no se cosechara, impuesto sobre el azúcar que habría de pagar el pueblo entero de la república.

El patriotismo del poder ejecutivo consiste en negar los informes sobre el azúcar que ha pedi-

do la cámara en oportunidad y en mandarnos ahora este mensaje que a nosotros nos es sumamente simpático, así, “a priori”, sin conocer todos los detalles del fondo del asunto, porque no nos preocupa tanto su aspecto constitucional como que baje el precio del azúcar. Se traduce también el patriotismo del poder ejecutivo en que ha dejado exportar azúcar contra lo ordenado por la ley, que establece un gravamen de 15 por ciento “ad valorem”, sobre el azúcar que se exporte: pero el poder ejecutivo, “motu proprio”, violando la ley una vez más, como tiene el hábito de hacerlo, habría dejado exportar el azúcar del país sin pagar ese impuesto.

Nuestro patriotismo, como diputados socialistas, está en que la industria azucarera prospere libremente, sanamente, sobre la base de una producción hecha con equidad y economía, y que el pueblo de la república no pague permanentemente un alto tributo por tener la felicidad de consumir azúcar de producción argentina.

En este caso, señor presidente, nos alarma ver entregado este asunto a la comisión de negocios constitucionales y nos alarma ver que el señor diputado por la provincia de Buenos Aires quiera darle un matiz constitucional, desviando hacia ese terreno el interesante y urgente debate sobre el precio del azúcar y las medidas que es necesario tomar para disminuirlo.

Es conocida del país la existencia del “trust” del azúcar; la hemos denunciado desde hace largos años. Hemos visto aquí al doctor Miguel Padilla, presidente del centro azucarero, siendo diputado, y abogado de un ferrocarril transportador de azúcar, decir en un largo debate sobre este asunto, con aire de hombre que sabe lo que hay por dentro en esta cuestión, pero que tiene la habilidad necesaria para ocultarlo: ¿dónde está el “trust”? El “trust” lo teníamos todos en la conciencia y ha sido demostrada su existen-

cia en sus maniobras, aunque no como entidad jurídica.

La comisión de los "trusts" averiguó, en la conciencia y en el juicio de la mayor parte de sus miembros, que el comercio del azúcar está sujeto en el país a maniobras capitalistas de monopolio, maniobras tendentes a elevar artificialmente el precio de este artículo, esencial para el consumo. Ahí están las declaraciones de los capitalistas del "trust". Hemos hecho comparecer ante la comisión al señor Hagemann, "deus ex machina" del "trust", que inspira al señor Moss, que maneja el comercio del azúcar del país, y hemos sabido lo que se ha publicado en un documento que todo el mundo puede leer y que los señores diputados tienen en sus manos.

De manera que no hay nada que disimular. Existe un "trust" del azúcar que opera sobre el azúcar producido en el país y también sobre el azúcar que se importa, pues todo el azúcar que se importó hace un año o un año y medio, en momentos en que la carestía era muy grande, también cayó en manos de la camarilla comercial o sindicato que opera por medio del señor Moss, agente de venta de la Refinería Argentina, empresa que tiene grandes ingenios en la provincia de Tucumán.

Se trata de saber, pues, si la cámara cree urgente dictar una medida contra el "trust" del azúcar, a fin de que este artículo de producción y consumo nacional pueda adquirirse a un precio menos exorbitante.

En Montevideo se ha estado vendiendo azúcar argentina a un precio inferior al que pagamos los consumidores del país, si se tiene en cuenta que ese azúcar ha tenido que pagar un impuesto de exportación, de 15 por ciento aquí en la república, y allá un alto impuesto de importación; lo que indica que en plena carestía y en plena crisis y en plena época

de permisos excepcionales de exportación de azúcar, el "trust" sigue operando con los mismos métodos, encareciendo el consumo nacional, aunque sea beneficiando violenta y artificialmente al consumo extranjero; procedimiento destructivo de valores, antieconómico, que reprobamos y debemos denunciar una vez más, y creemos que si la cámara ha de proceder con patriotismo, como siempre, pero esta vez también con sinceridad y con verdadero conocimiento del asunto, ha de resolver que se trate el mensaje del poder ejecutivo con toda premura. Nosotros desearíamos que fuera mañana, con o sin despacho de comisión, y hacemos moción en ese sentido. Y por supuesto que los informes anteriormente pedidos por la honorable cámara y los nuevos que acaba de solicitar el señor diputado Repetto deben ser aportados en la primera oportunidad, y ninguna sería mejor que la discusión del mensaje y proyecto del poder ejecutivo.

Cámara de diputados de la Nación.
Agosto 10 de 1920.

EL NUEVO NACIONALISMO

Se trata de la ampliación de la red del Ferrocarril Central Córdoba que, como los señores diputados saben, es una empresa netamente extranjera, de capital británico. Tiene, o tenía hasta hace poco, por gerente al señor Cabrett, quien ante la comisión investigadora de los trusts — habiendo sido uno de los declarantes más simpáticos y amenos — declaró que es principio de las empresas ferroviarias el cobrar por pasajes y fletes "todo lo que soporte el tráfico", es decir, aplicar un principio neto de monopolio, de trust, como lo es toda empresa ferroviaria dueña del terreno que explota. Entonces, señores diputados, aprobando proposiciones como las que ha hecho el diputado González Iramain, hemos de comenzar a

hacer efectivo el nuevo nacionalismo que nos hace falta.

Hace pocos días un hombre mezclado en graves irregularidades de orden administrativo, acusado públicamente de estar comprometido en malos negocios, en negocios sucios con el gobierno de la nación, de haber obtenido concesiones de favor, de perjudicar el interés público, ha pretendido cubrirse con la bandera azul y blanca de las acusaciones que le han hecho y han sostenido diputados que no repudian la bandera roja.

Nos perdonarán entonces los señores diputados que insistamos en nuestro neo-nacionalismo y les pidamos que nos reconozcan esta ventaja: si podemos asustar o irritar a algunos con la bandera roja, nadie nos irrita ni nos asusta con la bandera azul y blanca.

El señor diputado Ortiz ha dicho muy oportunamente que se trata, en las concesiones en que él votó...

Ortiz. — De reformas de contratos de concesión.

Justo. — Exactamente, es este caso.

Se trata de una reforma de contrato. A la empresa Central Córdoba, que pide el derecho de construir este ramal y de explotarlo, le vamos a permitir esa ampliación. Tenemos el derecho de establecer las condiciones, y una de ellas ha de ser ésta, como las otras propuestas por el diputado González Iramain.

Este modo de ver lo presentamos bajo distintos aspectos y en diferentes proyectos hacia el 9 de julio de 1916, al festejarse el centenario de la independencia. Nosotros, que estábamos lejos de las ceremonias oficiales, que no participábamos en los festejos agradables de aquella fecha, ni nos ostentábamos como representantes oficiales del pueblo de la república, presentamos una serie de proyectos concordantes.

El primero proponía establecer una escuela en todos los puntos del territorio donde hubiera veinte niños en edad escolar que no dispusieran de escuela. El segundo gravaba con un impuesto especial los inmuebles de los propietarios ausentes; era un impuesto al ausentismo, que rige ya en diferentes países mejor gobernados que el nuestro, pero de la misma índole, países nuevos, coloniales, poblados en gran parte por extranjeros y explotados por el capital extranjero. El tercer proyecto establecía un sistema de política impositiva que nos asegurara obtener de las sociedades anónimas extranjeras establecidas en el país por lo menos tanto como sacan de ellas ciertos gobiernos extranjeros.

No sé si los señores diputados saben que el impuesto sobre la renta que se paga al gobierno británico pesa sobre una cantidad de empresas establecidas entre nosotros, que no hacen trabajar sino a argentinos o a hombres que pueden ser argentinos en cualquier momento, que no sirven sino a consumidores o personas que habitan en nuestro país, y en gran parte empresas que han nacido del capital argentino y han sido fundadas, organizadas y dirigidas durante largo tiempo por hombres del país.

Me basta referirme a la tienda "Gath y Chaves", que es una empresa cuyas asambleas se celebran en Londres y acaba de refundirse con la empresa Harrods, y a la Compañía General de Tabacos, que ha aparecido últimamente comprada por la de los cigarrillos 43, empresa muy poderosa del ramo, pero creo que lo que en realidad se ha hecho ha sido refundir la gran empresa local, más o menos local, con la extranjera, y llevar todo al extranjero.

La casa Vasena es otro caso notable de este fenómeno. Fundada por un hombre oscuro que habitaba en el país — un simple herrero — llegó

a ser una empresa considerable, y pronto el capital extranjero encontró conveniente adquirirla y transportarla legalmente a Londres; y hoy se manejan desde Londres los principales negocios de hierro en el país y en esta cámara se votan leyes para enriquecer más a los accionistas dueños de la sociedad anónima inglesa que se llama "empresa Vasena".

Necesitamos, pues, hacer que esta empresa y todas las de su género contribuyan al fisco nacional, por lo menos, en la proporción en que contribuyen al fisco extranjero. Lo mismo es exigible a las empresas de transporte, ferrocarriles y tranvías .

Por fin, señores diputados, presentamos también en 1916, como manifestación de este nuestro nacionalismo bien entendido, proposiciones como la que acaba de hacer en este momento el diputado González Iramain. Yo rogaría a los señores diputados que no se comprometieran rechazando proposiciones de este género. La primera vez que ellas vinieron a la cámara aparecieron de improviso, en un debate de esta naturaleza, y, juzgadas inoportunas del punto de vista de los intereses de las empresas, cuya fácil tramitación de negocios en esta cámara se pretendía que se quería obstruir, fueron desechadas. Después volvieron como proyecto de ley a esta cámara y jamás ese proyecto de ley fué considerado. Ahora reaparecen en la primera forma y se nos viene a decir: ¿por qué no han proyectado ustedes la reforma de la ley de ferrocarriles?

Esto no se refiere solamente a los ferrocarriles: a cualquier otra empresa de servicio público o de naturaleza semejante hay que aplicarlo en igual forma y grado.

Hace pocas sesiones se hizo en esta cámara una ceremonia, una sesión especial celebrando el centenario de la independencia del Perú. Se pro-

nunciaron discursos del estilo y del fondo usuales, se dió lugar a que hablara un diputado no designado de antemano, para caracterizar más como un vínculo místico el que nos une a aquella república, y se dió por terminado el acto. Yo me quedé con un discurso "in pectore". Me dieron ganas de hablar, no quise perturbar talvez la fiesta y me abstuve de hacerlo; pero oí con verdadera pena hablar tanto de la independencia del Perú cuando aquel país, como el nuestro, señores diputados, son hoy más tributarios del extranjero que en 1810. Aparecemos con una independencia y una libertad políticas de forma, pero en el fondo dependemos hoy más que hace un siglo de la autoridad y del poder extranjeros; y no hay poder más absoluto, más absorbente, más tiránico que el poder del monopolio, que el poder de las empresas capitalistas. El Perú está bajo la férula de la "Peruvian Corporation", dueña de ferrocarriles y de minas, acaso de la mitad de la riqueza del Perú. Y no dudo de que tiene una influencia preponderante en todo lo que allí se hace. Nosotros estamos sujetos a las grandes empresas ferroviarias del país que son todas extranjeras. No son de propiedad nacional sino las líneas que no transportan casi nada. Las grandes empresas son bien conocidas. Todas tienen su sede en Londres y todas nos ocultan sus negocios. El diputado González Iramain se ha referido a los negocios de la empresa de tranvías Anglo Argentina. Se presentó como en quiebra para conseguir la nueva concesión de elevar los pasajes 20 por ciento, y el primer resultado de esa elevación del boleto a 12 centavos ha sido que esa empresa ha pagado, con los beneficios de un año, los dividendos atrasados de tres años junto con el del último ejercicio, según se ha dicho en Londres.

Yo creo, señores diputados, que mucho más

importante que esa ceremonia que nos están prometiendo los diarios hace varias semanas, a celebrarse en Kiel, de desagravio a la bandera, la misma bandera hundida repetidas veces por los submarinos alemanes, y que ahora se va a desagraviar tirando algunos cañonazos en el momento en que sea izada en el palo mayor de un buque cualquiera; mucho más importante para afirmar nuestro sano nacionalismo es que se tomen en cuenta proposiciones como ésta, repetidas veces presentadas, suficientemente aclaradas y que hoy sería imposible desechar.

Fox — En el curso de su exposición el señor diputado Justo ha pronunciado las siguientes palabras, más o menos: que si alguien puede asustar con la bandera roja, nadie los va a asustar con la bandera azul y blanca.

Yo entiendo que esto importa una irreverencia para el pabellón nacional, y por eso pido al señor diputado por la capital que se sirva explicar esas palabras.

Justo. — No tengo inconveniente.

El señor diputado, a quien podemos manejar, como los toreros al toro, presentándole un trapo rojo, no nos puede alejar de ninguna cuestión que creamos conducente al bien público refiriéndose a la bandera.

Cámara de Diputados de la Nación.
Septiembre 22 de 1921.

EN REUNIONES PUBLICAS, Etc.

EXPRESION DE SENTIMIENTOS

Amo el país en que vivo, y deseo que sean muchos los que tengan motivos de amarlo; una viva simpatía me une a todos los que aquí trabajan y luchan, y para ellos deseo la vida de los hombres fuertes, inteligentes y libres; amo la lengua de mis padres, y quiero que sea hablada con ingenio por millones de hombres, que en ella sean escritas obras grandes y hermosas, que esas obras sean muy leídas; me llamo argentino, y quiero que éste sea el nombre de un pueblo respetado por sus propósitos sanos y sus acciones eficientes; veo que todavía cada pueblo tiene una bandera, y deseo que, mientras la humanidad no tenga una, la argentina o la sudamericana flamee en estas tierras.

De una conferencia sobre la teoría científica de la historia y la política argentina. — Julio 18 de 1898.

PRO CUBA LIBRE

En el Centro Socialista de Estudios

El doctor Carlos Malagarriga disertó sobre socialismo y patriotismo.

El doctor Justo, reconociendo la importancia de algunas de las consideraciones aducidas por el conferenciante, demostró que ellas están en abierta contradicción con las preocupaciones del patriotismo vulgar, que es ya lo único designado hoy bajo el nombre de patriotismo. Señaló en primer lugar el error cometido por el doctor Malagarriga al derivar el sentimiento patriótico de la idea de patria, siendo así que los sentimientos no derivan de las ideas, sino que tienen las ideas

a su servicio. Es muy cierto que si todos los hombres fueran absolutamente iguales, la humanidad no progresaría. Pero hay entre los hombres demasiadas diferencias reales, para que necesitemos buscar en el patriotismo diferencias ficticias, que, por otra parte, no pueden conducir al progreso, sino al retroceso. Y hoy menos que nunca, y un socialista menos que nadie, puede buscar el progreso en el juego de las preocupaciones patrióticas, cuando en el mundo entero civilizado está planteada la lucha de clases, la lucha entre los poseedores y los desposeídos, diferencia y contraste frente a los cuales desaparecen las distinciones de frontera, de lengua o de raza, lucha en que se unen los trabajadores del mundo entero, y de la cual tiene que resultar en primer término el progreso social. Nadie puede desconocer la existencia de afinidades de raza, y es seguro que la figura y el carácter de un blanco son diferentes de los de un hotentote o de un chino; pero esas diferencias no pueden determinar las relaciones políticas de un pueblo de raza blanca con el pueblo de los hotentotes, o de los chinos. Al doctor Malagarriga parecen disgustarle las injusticias que se cometen a nombre del patriotismo. Los socialistas tenemos de la justicia una idea muy relativa, porque vemos que acerca de lo que es justo las opiniones varían mucho, según las personas, los tiempos o los lugares. Los socialistas sabemos lo que necesitamos y lo que queremos, y luchamos por conseguirlo, aunque a nuestros enemigos nuestras aspiraciones les parezcan injustas. Por eso a nosotros nos importan menos las injusticias, que los absurdos que se cometen en nombre del patriotismo. No nos indignamos demasiado porque los ingleses exterminen algunas tribus de negros en el Africa austral; pero lamentamos profundamente la ruinosa guerra en que está comprometida España para mantener su

dominación en Cuba, que es para España una carcoma y un motivo de atraso, y por la cual España a su vez no puede hoy hacer nada en el sentido de administrarla bien y fomentarla.

El más fuerte argumento del doctor Malagarriga había sido la necesidad de ideas y prácticas comunes a todos los habitantes de un país, que viven en sociedad, para que ésta pueda marchar bien y sea una sociedad fuerte. El doctor Justo mostró cómo el patriotismo vulgar se opone a la realización de ese orden. A nombre del patriotismo español, por ejemplo, se quiere asimilar Cuba a España, cuando son dos países completamente separados y diferentes, que no tienen siquiera la tradición histórica común de que había hablado el conferenciante. Y a nombre también del patriotismo, se mantienen extraños a este país la mayor parte de los extranjeros que en él viven. El doctor Malagarriga, por ejemplo, vive en Buenos Aires, está en la sociedad argentina, y, sin embargo, políticamente se mantiene ajeno a ella, como un extraño, sin prestar muy buenos servicios que podría prestar al pueblo del país, sólo por preocupaciones patrióticas que le hacen creer estar aún políticamente ligado a España. El doctor Malagarriga no se nacionaliza, y con eso prueba que también lo que él llama patriotismo es el patriotismo vulgar, que él, en una palabra, es también un patriotero. Compárese su actitud con la de los trabajadores socialistas que, despreciando toda preocupación patriótica, han tomado carta de ciudadanía y se han incorporado a la vida política del país en que viven! El doctor Malagarriga ha dicho que en este país, sobre todo, es necesario ser patriota. Desgraciadamente, es cierto que cada dos o tres meses recorre nuestras calles una de esas ridículas manifestaciones patriotas, que sirven tan poco al país en que se verifican, como al país que pretenden honrar. Des-

graciadamente, es cierto también que la mayoría de los argentinos son todavía tan ignorantes, que se creen mejores que los extranjeros, y que muy pocos comprenden la necesidad de la unión y cooperación más completa, entre argentinos y extranjeros que tengan iguales intereses que defender, si es que esos intereses han de ser bien defendidos. Pero todo eso, que causa la miserable situación política de la República Argentina, y la lentitud de su progreso, es una razón para que veamos en el llamado patriotismo uno de los mayores obstáculos que se oponen a nuestra causa. Y ese carácter negativo, esa esterilidad del patriotismo para el bien, tan grande como su fecundidad para el mal, la vemos en todas sus formas y en todas sus manifestaciones. El patriota criollo desea la fiebre amarilla en Río de Janeiro, que en Chile haya terremotos, y ve con disgusto la prosperidad de los países vecinos, que tanto tiene que contribuir a la de éste. Un patriota inglés no sabrá nada de la obra de Darwin, ni hará nada por propagarla, pero estará muy orgulloso de que Darwin haya sido inglés; un argentino podrá prestar grandes servicios divulgando en su país la doctrina de Darwin, y no se dirá patriota. Antes, cuando las relaciones entre las colectividades humanas no podían ser determinadas como hoy por claros principios económicos, ni había en todos los países una clase entera que, como el proletariado moderno, estuviera en abierta revolución contra el sistema social reinante, ese oscuro y ciego instinto que se llama patriotismo ha tenido su razón de ser y ha sido una fuerza. Hoy es una causa de debilidad y de atraso. Como el amor de la familia, así evoluciona el sentimiento patriótico, en lo que tiene de substancial. Para nosotros el amor de la familia no es ya el apego ciego y exclusivo a los propios hijos, sino el amor a los niños en general, que se manifiesta to-

davía principalmente en el cuidado de la propia familia, pero que tiende a hacerse cada vez más un sentimiento y una virtud sociales. Para nosotros los socialistas, el patriotismo vulgar es un sentimiento bajo y dañino; queremos el bienestar y el progreso de la humanidad, y por él luchamos cuando defendemos nuestros intereses de clase, y contribuimos a la prosperidad y al desarrollo del país en que vivimos.

Antes de disolverse la reunión, y a fin de mostrar su opinión casi unánime, no sólo sobre el patriotismo en general, sino sobre dos casos concretos que con él se relacionan, se votaron las tres proposiciones siguientes:

“Si conviene al sano patriotismo español el mantenimiento del dominio español en Cuba”. Sólo votaron por la afirmativa dos señores allí presentes.

“Si son justificables las empresas italianas en Africa”. Negativa general.

“Si los abisinios han hecho bien en defender su país”. Afirmativa general.

“La Vanguardia”, enero 8 de 1897.

LA INMIGRACION

Creo responder a los deseos del Centro Socialista Noroeste, que ha organizado esta reunión, ocupándome en ella de la inmigración, asunto de interés permanente para la clase trabajadora de este país, y que hoy ha sido puesto a la orden del día por recientes medidas de los gobiernos italiano y argentino.

El Partido Socialista Argentino incluyó desde un principio en su programa de acción inmediata la supresión de todo fomento artificial de la inmigración.

Al formular nuestra demanda en esos términos, mostramos comprender que, en general, las migraciones humanas son un fenómeno necesario y sano. Ellas responden a la evolución económi-

ca impuesta por nuestra conquista del medio físico-biológico y por el progreso de la técnica.

Dentro mismo de un país, cuando se concentran la industria y el comercio en grandes empresas, cuando se establece una red ferroviaria para el fácil transporte de grandes masas de productos, cuando las tareas accesorias de la cabaña pasan a hacerse en la usina y se industrializa la elaboración primera de los productos agrícolas y algunos de éstos son substituídos por productos de la química y de la mecánica, y en la labor misma de los campos las máquinas hacen superfluos muchos brazos, prodúcese un éxodo rural, la migración de campesinos hacia las ciudades.

Y en el mundo, al abrirse a la producción vastísimos y feraces campos en los cuales no choca el arado con las trabas de la propiedad desmenuzada, ni está atada la técnica a procedimientos arcaicos, al establecerse transportes y comunicaciones fáciles entre las viejas civilizaciones y los nuevos países despoblados, donde la máquina no desaloja a trabajadores reales, sino que reemplaza brazos humanos que faltan, una activa migración de hombres se ha orientado hacia estas tierras coloniales.

La más copiosa corriente ha sido atraída por los Estados Unidos de Norte América, que a la extensión, la bondad y la variedad de su suelo, agregaron desde un principio la igualdad política auténtica y el respeto por el trabajador, sentimiento propio de una nación de chacareros. Tierra al alcance del cultivador, que podía adquirirla por un precio nominal o por la simple ocupación, buena moneda, poder político efectivo del pueblo, traducido en leyes protectoras del trabajo, libertad amplísima de asociación y reunión, tales son las ventajas ofrecidas al productor asalariado por Norte América, cuya población aumentó ya a principios del siglo pasado,

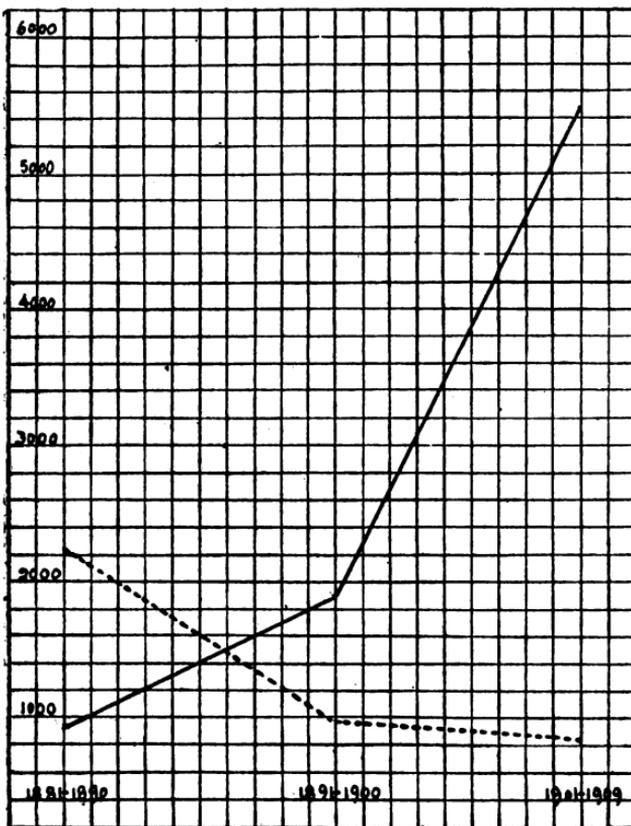
antes del ferrocarril, del buque a vapor y del telégrafo, más rápidamente que la población argentina entre los dos últimos censos (1869-1895). Esa política de elevación del propio pueblo trabajador ha sido el fomento idealmente bueno y eficaz de la inmigración. Por decenas de millones se cuentan los europeos que han cruzado el Atlántico para establecerse en los Estados Unidos, sin que el gobierno de este gran país hiciera nada para inducirlos a la travesía ni para facilitársela.

La corriente inmigratoria a los Estados Unidos ha ido en rápido aumento: en 1842 pasó por primera vez de 100.000 individuos, en 1881 excedió ya el medio millón, y ha pasado del millón en 1905. Al mismo tiempo ha cambiado notablemente su composición. La primera inmigración había sido principalmente irlandesa y británica; después predominó la alemana y escandinava. Pero el progreso histórico ha reducido considerablemente la emigración de los países del norte de Europa; y las compañías de vapores, a caza de emigrantes que transportar, han dirigido su propaganda a los pueblos del sud y del este, que inundan ahora los Estados Unidos con su ola inmigratoria. Y así, mientras los inmigrantes de Alemania, Holanda, Suecia, Noruega, Suiza y Dinamarca fueron 2.245.153 en los años 1881-1890, bajaron a 977.500 en la década 1891-1900, y a 839.389 en el período 1901-1909, la inmigración procedente de Austria-Hungría, Rusia, Grecia, Italia, Rumania y Turquía se elevó de 926.116 en el primer período a 1.887.959 en el segundo, y a 5.477.118 en el tercero.

Semejante cambio ha determinado en Norte América gran alarma. Repítese el caso de que el mismo movimiento es mirado por los unos como una migración de pueblos y temido por los otros como una invasión de bárbaros. El naciona-

La inmigración del norte de Europa y la del sur y este a los Estados Unidos. (La línea entrecortada representa la del norte).

Miles
de
perso-
nas



lismo norteamericano protesta contra esa irrupción de gente inculta (25 o/o de analfabetos entre los inmigrantes austrohúngaros de más de 14 años, 27 o/o entre los rusos, 47 o/o entre los italianos, debido al fuerte predominio de los del sud), acostumbrada a un bajísimo nivel de vida, indigno de hombres en el sentir americano, y sin capacidad política. Claman también contra esa inmigración las organizaciones obreras, amenazadas por esos competidores, dispuestos a trabajar por bajos salarios, sin educación gremial, y empleados con frecuencia como rompehuelgas, quejas en parte tendenciosas y falsas, pues importantes gremios proletarios enrolados en la "American Federation of Labor", con un estrecho espíritu de corporación cerrada, exigen cuotas de entrada excesivamente altas y a veces cierto tiempo de residencia en la localidad, para excluir de la organización a los hombres del oficio recién inmigrados. Parece haber gremios que no han admitido un solo nuevo miembro durante años.

Las quejas contra la excesiva y mala inmigración han encontrado eco en los legisladores de los Estados Unidos, que han puesto trabas legales a la inmigración general desde 1882, año en que se votó también la primera ley prohibiendo la inmigración china. Nuevas leyes, dadas en 1885, 1887, 1891, 1893, 1903 y 1907 han aumentado las restricciones.

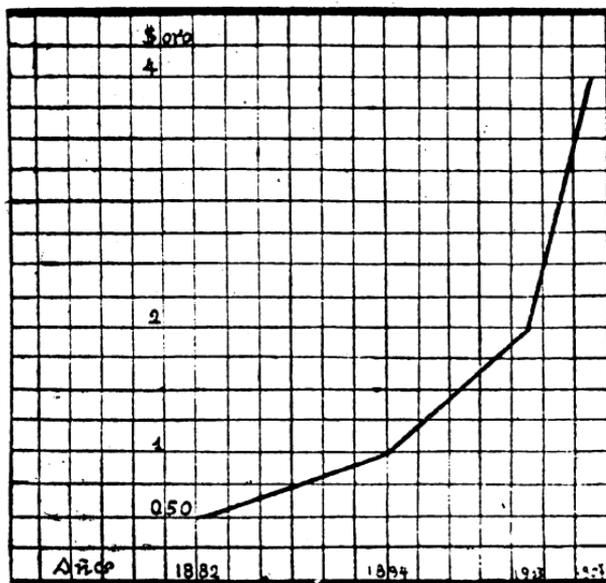
El impuesto por cabeza de inmigrante, de 50 centavos en 1882, se ha elevado a 1 dólar en 1894, a 2 en 1903, y a 4 dólares en 1907, lo que importa un gasto de cierta consideración para una familia trabajadora de varios miembros.

Además de a los enfermos y mendigos, a las prostitutas, los rufianes y los antiguos penados, la ley impide inmigrar a Norte América a las personas que no se mantienen por sí mismas, y

que probablemente pasarían a ser una carga pública, y a aquellas cuyo pasaje haya sido pagado con dinero de otros o que han sido ayudadas por otros para llegar al país, a menos que prueben no estar en ninguna de las categorías excluidas.

La más importante de éstas es la de las personas que dentro del año anterior a su pedido de admisión en los Estados Unidos hayan reci-

El impuesto por cabeza de inmigrante en los Estados Unidos



tionada desde 1874 por las organizaciones gremiales que habían sido derrotadas en algunos grandes movimientos, pues las empresas contrahieron ofertas, solicitudes o promesas, o hayan hecho convenios para ejecutar algún trabajo o prestar algún servicio en el país. Esta prohibición de entrar como trabajador contratado fué gestada en Europa, y no sólo en el sud, legiones de rompehuelgas. La orden de los Caballeros del

Trabajo, cuyo gran maestro Powderly sería pronto comisario general de inmigración, apoyó enérgicamente la iniciativa contra la contratación previa de inmigrantes, y el congreso federal cedió ante la voluntad de los electores obreros. La ley de 1885 prohibió el reclutamiento de trabajadores en país extranjero, declaró esos convenios nulos y de ningún valor, penó cada infracción con 1000 dólares de multa, autorizó a los mismos obreros así conchabados a iniciar la demanda, y a cada uno de ellos por separado, amenazó con 500 \$ de multa y seis meses de prisión al capitán del buque que llevase a sabiendas gente contratada, y estableció algunas excepciones para los conferenciantes, artistas, obreros diestros en industrias nuevas y sirvientes. La ley de 1891 ha hecho la prohibición más severa, excluyendo también a todo el que llegue atraído por avisos impresos o publicados en el extranjero. Y se la cumple estrictamente: durante los años 1892-1905 más de 10.000 inmigrantes han sido rechazados en virtud de ella, y cuántos otros habrán desistido o sido disuadidos de su viaje ante las amenazas de la ley!

Desde 1897 el Canadá, país inmenso y ávido de población, tiene también una ley que prohíbe “a toda persona, compañía, sociedad o corporación, pagar de antemano el pasaje, o ayudar o estimular de otro modo la inmigración al Canadá de extranjeros bajo convenio previo, expreso o implícito, de ejecutar trabajos o prestar servicios de cualquier clase en Canadá”.

La ley australiana de inmigración rechaza al inmigrante que no sepa escribir, al dictado, cincuenta palabras en una lengua europea, cláusula que no parece cumplirse estrictamente. Prohíbe también la entrada al país de personas previamente conchabadas para trabajo manual, si bien últimamente ha sido reformada en el senti-

do de admitir el convenio previo, siempre que sea escrito y sometido a la aprobación de la autoridad, la cual rechazará al inmigrante sólo cuando haya sido buscado para reemplazar obreros en huelga, cuando en Australia haya disponibles obreros igualmente diestros del mismo ramo, y cuando el salario estipulado sea inferior al usual. Tanto Canadá como Australia y Nueva Zelandia y hasta Sud Africa han tomado severas medidas contra la inmigración asiática.

Nuestros sentimientos, nuestras costumbres, nuestras leyes difieren notablemente de las de los países coloniales de lengua inglesa en lo que a inmigración se refiere. No damos tanta importancia a los valores étnicos y los medimos en todo caso con una escala muy diferente. El nivel de vida y la cultura de nuestras masas trabajadoras son muy diferentes de los del pueblo obrero de aquellos países; y su influencia en la legislación y el gobierno, está mucho más abajo aún.

Choca desde luego este dato: en 44 años, desde 1865 hasta 1908 han inmigrado a la Argentina 4.195.873 personas, y han emigrado 1.690.783, lo que da 40,29 emigrantes por cada 100 inmigrantes. En los Estados Unidos esa proporción no pasa del 20 o/o. Y el viaje de Europa a la Argentina es casi doble en distancia recorrida y más del doble en tiempo, como que se hace en vapores de marcha más lenta.

Es porque aquí no hay techo para abrigar durante el invierno a miles de hombres de trabajo, que hacen en el verano vida de campamento.

Más significativa es aún la diferencia del papel de la inmigración italiana en este país y en Norte América. Nunca ha tenido ni tendrá probablemente en los Estados Unidos la importancia numérica relativa que tiene entre nosotros. De los 4.195.873 inmigrantes llegados aquí en los años 1865-1908 eran italianos 1.755.623, es

decir, 41,84 o/o de nuestra inmigración provenía de Italia.

Con mucho menos que eso ha cundido la alarma en Norte América, donde, a la inversa de lo que pasa en estos países, las preocupaciones de raza son mucho más intensas que las de clase. Mírase allí la inmigración italiana como de calidad ínfima; y en realidad queda, en general, relegada entre los norteamericanos a los trabajos más groseros, en el movimiento de tierra para la construcción de ferrocarriles, en las excavaciones, como peones de albañil, lustrabotas, etc. El Boletín del Departamento del Trabajo de Norte América dedica toda una monografía, basada en el estudio de una pequeña localidad del estado de Nueva Jersey, donde se ocupan en producir frutilla cierto número de italianos, para mostrar que éstos también pueden encontrar empleo en el cultivo del suelo. Pero están casi excluidos allá de la agricultura, que se encuentra en manos de norteamericanos nativos, alemanes y escandinavos. Se encuentran, pues, los italianos en los Estados Unidos al margen de la sociedad, considerados como una población exótica, como una amenaza de miseria y de crimen, como una raza inferior entre cuyos individuos se establecen relaciones extorsivas y deprimentes. Repetidos y prolijos estudios se han hecho en Norte América sobre el nivel de vida de los italianos inmigrados y especialmente sobre su modo de iniciarse en el ambiente nuevo mediante los "padrone", intermediarios equívocos que les sirven a la vez de banqueros, para el adelanto del pasaje y del dinero más indispensable, de agentes de conchabo que los transportan, los alojan, los proveen de artículos de consumo, se encargan de sus giros de dinero a Italia, y les venden también el pasaje de retorno, todo ello bajo una estrecha tutela y con un lucro exorbitante.

Pero cuán digno y humano aparece ese sistema de subcontratistas de brazos baratos cuando se le compara con la ley de conchabos que regía hasta hace poco para los trabajadores más genuinamente argentinos, al sistema de salariado que esclaviza todavía a los peones de los yerbales de Misiones y de los obrajes del Chaco! Fuera de los países latinoamericanos, esto no tiene parangón sino en la colonia sudafricana de Natal, donde los coolíes inmigrados de la India se “contratan con los empresarios blancos por largos años, durante los cuales pierden todo derecho de cambiar de amo y de ocupación, ni pueden alejarse sin permiso más de una milla del lugar de trabajo”.

Si, como se ha dicho, los conflictos entre asalariados de distinta nacionalidad son conflictos entre distintos tratos de salario, se comprende que la entrada de trabajadores italianos a nuestro país no haya promovido conflicto alguno con los trabajadores criollos, pues aquéllos tratan en general con sus patrones según normas superiores y más usuales en los países cultos.

Y que en todo sentido la inmigración italiana ha sido para este país un factor de progreso, lo indica ya el más superficial estudio de nuestra agricultura, de nuestra industria, de nuestro comercio.

El productor asalariado argentino no ha de quejarse, sin embargo, de que el gobierno italiano estorbe ahora, bajo pretextos fútiles, la emigración a este país. Son los trabajadores italianos quienes deben condenar esa política antiproletaria, que restringe su libertad de movimiento, derecho esencial del jornalero en la sociedad burguesa. Ella damnifica gravemente a miles de proletarios italianos, y es también antiitaliana en cuanto perjudique a la agricultura argentina.

que está muy principalmente en manos de empresarios italianos.

Extraño es que dicha política no haya sido combatida por los diputados socialistas del parlamento italiano. Busquemos la explicación en el conocimiento que ellos tienen de la situación de la clase obrera en este país desde la ley anti-social del Centenario. No creen seguramente que valga la pena cruzar el Atlántico para ir donde los trabajadores no pueden reunirse sin permiso de la policía, donde un gesto o una palabra durante una huelga pueden ser castigados como un crimen, donde la prisión y el destierro de los organizadores obreros son prácticamente facultades de la policía. Nuestros amigos de Montecitorio saben que en Norte América sus connacionales no están sujetos a esos vejámenes. Allá son excluidos los anarquistas, entendiéndose legalmente por tales a "las personas que creen o preconizan la fuerza o la violencia para derribar al gobierno de los Estados Unidos o todo gobierno o toda ley o que creen en o preconizan el asesinato de funcionarios públicos". Pero la organización obrera es libérrima y protegida por la ley, y las huelgas no son estorbadas por la autoridad, que, como en todos los países democráticos, tiene aún para las violencias que tan a menudo las acompañan una gran tolerancia. Allá no se induce a nadie a inmigrar, pero una vez admitido, el trabajador extranjero goza de la protección de las leyes, hechas para bien del pueblo todo del país. Por americanizar al asalariado inmigrado, se entiende hacerle sentir nuevas necesidades y adquirir nuevas aptitudes, levantar lo, dignificarlo. Así el estado de Nueva York, por cuyo gran puerto llegan al país casi todos los inmigrantes, ha dictado una ley especialmente destinada a proteger a los inmigrantes menos capaces contra las trampas de las agencias de coloca-

ciones, ley que exige una licencia y un depósito de 1000 pesos oro como garantía para abrir una de esas agencias, y regula en detalle su funcionamiento, y obliga tanto al empresario que busque obreros por medio de la agencia, como a ésta al ofrecer colocación al trabajador, a declarar si los brazos buscados son para reemplazar a otros en huelga.

Aquí, en cambio, se trata por todos los medios de atraer trabajadores extranjeros al país, para triturarlos después entre las muelas del capital y la autoridad.

Los cónsules son encargados de hacer propaganda por la inmigración a este país, sin perjuicio de que se paguen otros propagandistas de más fuste, bajo diversos disfraces y pretextos. Y cuando el inmigrante llega, lejos de exigírsele que tenga algún dinero para su propio sostén, se le aloja, se le mantiene, se le busca empleo y se le transporta hasta el lugar de trabajo, gratuitamente, es decir, con los dineros quitados al trabajador argentino mediante impuestos sobre la vida y el trabajo.

Ahora, ante la actitud del gobierno italiano, el apetito de brazos baratos se ha exacerbado, y el gobierno ha resuelto reducir a dos tercios los derechos portuarios para los vapores que traigan 400 o más inmigrantes, a un tercio para los que conduzcan más de 800, y eximir de toda contribución a los que traigan más de 1.200.

Y los Bancos, encabezados por el de la Nación, ofrecen dinero, con la garantía "moral" de una sola persona, para traer gente de Europa, préstamos a amortizarse con mucha comodidad. De ese modo, quien quiere efectuar un giro para pasaje y gastos de viaje, no tiene que hacer desembolso alguno inmediato.

Esta política de inmigración a toda costa es de un antinacionalismo furioso. Nuestros gober-

nantes parecen dispuestos a que perdamos todo carácter de raza nacional, si ello es necesario para que los trabajadores argentinos no puedan exigir altos salarios en la próxima cosecha. Y no son difíciles en la elección: coquetean con los turcos, mahometanos o maronitas, y sonsacan a los rotos chilenos.

Es que nada consigue sacarlos de sus estrechos prejuicios de clase, y hacen a su modo obra patriótica seleccionando la inmigración al revés. No se quieren sino extranjeros inconscientes y sumisos. Para que el trabajador europeo sea bueno, ha de parecerse a los peones de Tucumán! Es un modo tan inteligente de argentinizar como el de prodigar la carta de ciudadanía a los instrumentos del fraude y de la venalidad, y negarla, o estorbar su obtención con la chicana policial, a los extranjeros que aspiran al voto para hacerlo valer en bien del pueblo trabajador argentino.

Así también los extranjeros, una vez incorporados a la masa laboriosa del país, son tratados con la tradicional consideración de nuestros señores por el proletariado criollo. Buen ejemplo de ello es la reciente restricción de la emigración por el gobierno argentino, bajo cuya presión las compañías de vapores acaban de elevar de 35 a 70 pesos el precio del pasaje de 3a. para Europa, imitación del atropello del gobierno italiano contra la libertad de movimientos del proletario, libre como los pájaros, por definición. ¿Garantízase acaso alguna ventaja en este país a los trabajadores que se hayan visto impedidos de emigrar por ese alza del pasaje? ¿Es seguro siquiera que sus brazos encontrarán empleo en una cosecha expuesta todavía a tantas contingencias?

Al nacionalismo espurio de la oligarquía, oponemos el nacionalismo obrero, para el cual la nación son los hombres que trabajan en el país

en un momento dado, y que mide nuestro progreso, no por el brillo de la colonia argentina en París, sino por el nivel de vida y de cultura de los productores en suelo argentino.

En nombre de este nacionalismo obrero, protestemos siempre contra todo fomento artificial de la inmigración, opongámonos a ese mal recurso de la colonización capitalista, que hace pagar al pueblo trabajador del país el aporte de competidores en la lucha por el salario.

Vengan en buena hora obreros extranjeros, pero vengan espontáneamente, en prueba de que aquí los trabajadores están mejor que en otra parte, y vengan sobre todo los que tengan ya la levadura de ideas, la chispa de conciencia histórica que haya puesto en su cerebro el socialismo europeo, e incorpórense cuanto antes a nuestros gremios y a nuestra organización política.

Y precisamente porque no excluimos a nadie, porque no tenemos odio ni prejuicios de raza, garanticemos a todos los trabajadores del país, mediante la ley, contra los excesos de explotación a que da lugar la incapacidad proletaria para organizarse y defenderse.

Y así ha de formarse un pueblo argentino, vigoroso y progresivo, para el cual la salud y la libertad no sean meras palabras, sino realidades conquistadas por su esfuerzo.

“La Vanguardia”, septiembre 29 de 1911.

AL PUEBLO DE LA REPUBLICA

La hermosa victoria del Partido Socialista en las elecciones del 30 de marzo en la capital, primera gran batalla electoral ganada en Sud América por el pueblo auténtico, ha sorprendido e irritado a ciertos círculos de la “clase dirigente”.

Misoneístas y rutinarios, se asombran de que el pueblo elija para sus representantes a hombres formados en la lucha diaria y multiforme

por la elevación del pueblo; y murmuran explicaciones triviales de nuestro triunfo, llenas de contradicciones y reticencias, que acusan insana-blemente falta de la sinceridad y el discernimiento necesarios para toda política progresiva y creadora.

Se ha distinguido por sus ineptias la facción titulada radical, cuyo éxito electoral en distintos puntos de la república ha sido últimamente en proporción inversa a la capacidad política del pueblo, y que si pudo sobrevivir a la obra nula o contraproducente de la numerosa representación parlamentaria que tuvo desde 1892 hasta 1896, y obtener la mayoría de votos en los primeros momentos de aplicación de la nueva ley electoral, perderá toda importancia a medida que el pueblo se eduque para ejercer conscientemente el derecho de sufragio.

¡El pueblo de la capital sabe ya ejercerlo! Esta es la explicación sana y patriótica del reciente triunfo socialista, acontecimiento que no ha sorprendido, por supuesto, a las masas trabajadoras de la ciudad, no a tal punto conformes y resignadas a la opresión y al despojo que pueda parecerles demasiado rápido nuestro movimiento emancipador.

¿No vimos hace veinte años al pueblo obrero belga exigir el derecho de sufragio, y llevar desde la primera elección en que pudo tomar parte 28 diputados socialistas al parlamento de su país?

¿No sabemos que en Austria, al establecerse en 1907 el sufragio universal, la clase trabajadora sacó triunfantes, desde luego, a 87 de sus candidatos a diputados?

¿No ha tomado en Norte América enorme desarrollo la legislación social? ¿No está el gobierno federal de Australia en manos del Partido Obrero?

Hasta las sociedades asiáticas se transforman al impulso de las nuevas ideas. ¿Podíamos que-

dar nosotros sumidos en la corrupta y sangrienta mentira de la política criolla?

El avance del Partido Socialista prueba que, a lo menos en la zona más culta del país, somos ya una democracia de verdad, la que hoy no se concibe sino como democracia social. Para el pueblo trabajador, el derecho de sufragio no es un tema de declamación ni un obscuro mito, bueno sólo para adornar a los mandatarios con el nimbo de la popularidad. El voto es un nuevo útil y un nuevo procedimiento en la colectiva labor histórica, una amplia vía abierta a la marcha de las aspiraciones populares, un modo de proclamar las reivindicaciones contra la prepotencia y el privilegio, y de exigir su satisfacción.

Tal es el altísimo significado del triunfo socialista del 30, que lleva a la cámara dos nuevos diputados surgidos del seno del pueblo trabajador, y entrega a un colegio electoral de obreros la designación de un senador por la capital.

Y la trascendencia de nuestra obra política se acrece en esta ocasión porque muchos de los electores socialistas de senador y nuestro mismo candidato a este alto puesto son ciudadanos naturalizados.

Queda así públicamente resuelto en los hechos el problema de la incorporación de los extranjeros a nuestra vida política, problema capital en un país despoblado, cuya población aumenta y ha de aumentar aún más por la inmigración.

Quedan así definitivamente echadas las bases de la organización política argentina, que se consolidarán más pronto si los extranjeros de las clases privilegiadas siguen el alto ejemplo de los trabajadores inmigrados, deseosos de formar parte de la sociedad argentina al mismo título que sus hijos.

No haya entre nosotros una numerosa población de individuos ajenos a los afectos y las obli-

gaciones de la vida nacional, como los metecos de la Grecia de la decadencia.

Y si, por desgracia para el país, intentaran desatarse las furias de la reacción y del nacionalismo mentido, los trabajadores nativos han de saber defender los derechos políticos de sus compañeros de clase nacidos fuera del territorio y han de evitar al pueblo argentino la vergüenza y la ruina de una situación análoga a la que motivó la rebelión de los "uitlanders" y la guerra que dió al traste con la independencia del Transvaal.

Ciudadanos: La política argentina pasa por un momento de revolución pacífica. Es preciso que ésta se extienda y se afirme.

Ayudad, pues, al Partido Socialista que, consciente de las obligaciones que le impone su nueva importancia, al cimentar sólidamente su obra en esta metrópoli, ha de intensificarla en las otras ciudades argentinas, y ha de propagarla a la población trabajadora del campo, agitada ya por la cuestión agraria.

El Comité Ejecutivo del Partido Socialista.

"La Vanguardia", abril 11 de 1913.

SOBRE LA GUERRA EUROPEA

Ante numeroso auditorio habló anteayer el diputado Justo en el salón de la calle Rondeau 3043, sobre la guerra europea, desarrollando las proposiciones siguientes:

Por su extensión y sus consecuencias, tanto como por motivos sentimentales, esta guerra alcanza al mundo entero.

Es una verdadera guerra civil, pues se hace entre pueblos que viven en inmediata vecindad, íntimamente vinculados, y de civilización homogénea. Había en Francia, antes de la guerra, unos 100.000 alemanes, y en Rusia como 2 millones. Generales rusos son de apellido alemán, y gene-

rales alemanes, de apellido francés o italiano. El kaiser y el rey de Inglaterra son primos hermanos. La reina de Bélgica se ha visto arrojada fuera del país por las tropas de su hermano, príncipe de Baviera.

A los lazos de raza y de idioma entre los pueblos europeos, se agregan fuertes vínculos económicos, a pesar de las vallas aduaneras.

En 1913, sobre 534.750.000 libras esterlinas de importaciones a Alemania, 40.695.000 provenían del Reino Unido (7,6 o/o); y sobre los 495.630.000 libras esterlinas de exportaciones alemanas, correspondieron al Reino Unido 80.511.000 libras esterlinas (16,2 o/o).

Sobre 8.508,3 millones de francos a que ascendieron en el mismo año las importaciones a Francia, 1.074,2 millones correspondieron a Alemania, y 102 millones a Austria-Hungría, en conjunto, 1176,2 millones (13,8 o/o) y sobre 6.875,3 millones de francos de exportación francesa total, correspondieron ese año a Alemania 869,4 millones y a Austria-Hungría 43,7 millones, en total 913,1 millones (13,2 o/o).

Sobre 1.220.474.000 rublos a que ascendieron en 1913 las importaciones a Rusia, correspondieron 642.756.000 a Alemania, y 34.633.000 a Austria-Hungría; en conjunto 677.389.000 rublos (55,5 o/o). Y, sobre un total de 1.420.855.000 rublos de exportación, correspondieron a Alemania 452.637.000, y a Austria Hungría 65.256.000, en conjunto, 517.893.000 (36,4 o/o).

Pasando a estudiar las causas de la guerra, dijo el conferenciante que no podía mirársela como una consecuencia del regicidio de Sarajevo, sino como una manifestación de un largo antagonismo de orden aristocrático y dinástico.

La monarquía austriaca, que rompió el fuego declarando la guerra a Serbia, lo ha hecho para afirmar su poder en la península balcánica, donde ya se había anexado la Bosnia-Herzegovina, de población eslava, en momentos en que Rusia era vencida por el Japón.

En Francia estaba siempre latente el deseo de la revancha del desastre de 1870-71, y de recuperar la Alsacia-Lorena, que 44 años después de la conquista alemana, elegía aún diputados tan franceses que pelean hoy en las filas del ejército de Francia.

Inglaterra se ha movido contra Alemania para aniquilar la creciente potencia marítima que amenazaba disputarle el dominio del mar.

Y Alemania, al declarar la guerra a Rusia, ha obedecido al espíritu militarista que la gobierna.

Tiene anexadas provincias de la antigua Polonia, que ha querido en vano germanizar, y cuyos diputados al Reichstag se titulan todavía "polacos"; se anexó también, por vía de conquista, parte de Dinamarca, que elige también diputados cuya divisa en el parlamento alemán es la de "daneses".

Alemania se opuso al desarme en la conferencia de la paz de La Haya, y no acepta tratados de arbitraje.

La necesidad de expansión territorial del pueblo alemán, que se invoca para justificar la tardía política colonial de Alemania, es una ficción. La emigración alemana ha disminuído mucho en las últimas décadas.

La emigración alemana

Años		Porcentaje de la población
1890	97.103	1.97
1891	120.089	2.41
1892	116.339	2.31
1893	87.677	1.73
1894	40.964	0.80
1895	37.498	0.72
1896	33.824	0.64
1897	24.631	0.46
1898	22.221	0.41
1899	24.323	0.44
1900	22.309	0.40
1901	22.073	0.39
1902	32.098	0.56
1903	36.310	0.62
1904	27.984	0.47
1905	28.075	0.47
1906	31.074	0.50
1907	31.696	0.51
1908	19.883	0.36
1909	24.921	0.39
1910	25.531	
1911	22.690	
1912	18.545	

Gracias al enorme progreso técnico-económico, la población alemana, a pesar de su rápido aumento, se ha encontrado cada año más holgada.

Y la emigración alemana era cada vez menos de trabajadores manuales, ni se dirigía al imperio colonial que las clases gobernantes alemanas pretendían necesitar. A las colonias alemanas de Africa, casi tan vastas como la República Argentina, no han ido anualmente desde 1903 ni 100 alemanes, y en 1912 sólo fueron 4.

No se trata, pues, de conseguir suelo nuevo para colonos alemanes. La pretendida necesidad de asegurar a la industria alemana la provisión de materias primas, fórmula que aparece ahora también en periódicos socialistas de Alemania, no es más que un pretexto y una amenaza de nuevas conquistas.

El enorme desarrollo de su riqueza capitalista en los últimos años, ha hecho de Alemania lo que ya eran Inglaterra y Francia, un país expor-

tador de capitales que coloca fuera del propio territorio.

El tributo extranjero a ese capital está representado por el excedente de las importaciones sobre las exportaciones en Alemania.

El capitalismo alemán, más joven y vigoroso, pero llegado tarde a la conquista del mundo, propicia la política más peligrosa para los grandes imperios ya establecidos, y para los pueblos débiles.

Esa política de presa es favorecida por las clases gobernantes de Alemania, en interés dinástico, para derivar la atención pública de las cuestiones internas, pues en ningún país europeo parecía mayor que en Alemania el distanciamiento entre el monarca y el pueblo.

Política de presa también favorecida por el orgullo de la cultura alemana, civilización admirable por su empuje y por su método, pero que, viciada por el militarismo, es para los otros pueblos una amenaza. El mundo está por eso contra Alemania.

Así lo dice el diputado socialista, Wolfgang Heine en un artículo titulado "La Unidad de la Nación", del número del 18 de febrero de la revista "Sozialistische Monatshefte": "El mundo está unido (o casi como unido) contra nosotros los alemanes". — "Esta uniforme enemistad del mundo entero contra nosotros", dice después; y agrega: "ahora que todos los pueblos están unidos contra nosotros".

Después de las repetidas declaraciones de los congresos socialistas internacionales contra el militarismo y la guerra, ha sorprendido la participación casi uniforme de los partidos obreros en la guerra actual.

Los socialistas de la Duma han protestado contra ella y han negado su solidaridad al zar; Carlos Liebknecht ha votado en Alemania contra

los nuevos créditos militares; el ministro obrero inglés Juan Burns renunció, antes que solidarizarse con la declaración de guerra. Pero la fracción socialista del Reichstag ha votado los gastos militares, el diputado socialista alemán Frank fué, como voluntario, a hacerse matar en Luneville, las uniones gremiales alemanas apoyan decididamente al gobierno; en Francia se ha alistado el mismo Hervé, Guesde y Sembat han entrado a formar parte del ministerio, y el "Labour Party" de Inglaterra favorece el reclutamiento de voluntarios.

¿Cómo se explica? Por el error y la ilusión en que hemos vivido. Los socialistas están todavía en minoría, en los países aun donde son más numerosos.

No pudieron evitar la preparación de la guerra; aceptaron la alianza con el zar, y se opusieron en vano al servicio militar de tres años en Francia; votaron los nuevos impuestos alemanes, con fines militares, so pretexto de que eran impuestos sobre el privilegio. ¿Como habrían de estorbar la guerra una vez estallada?

En el sentimiento y en el concepto de los mismos socialistas, no era tan grande la solidaridad obrera internacional, como se la declamaba, ni tan profundo el antagonismo de clases.

Por intereses estrechos de gremio y prejuicios de partido contra la libertad del comercio internacional, principio de origen burgués, se ha cultivado la peor forma de solidaridad entre los patrones y obreros, la basada en la titulada protección aduanera, que mancomuna a los empresarios y trabajadores de cada ramo, no sólo contra los empresarios y trabajadores del mismo ramo en el extranjero, sino también contra los otros trabajadores del propio pueblo. En Francia los socialistas no han hecho nada importante contra la muralla aduanera que los separaba

de los otros pueblos. En Alemania, había en el seno del Partido Socialista fuertes corrientes de proteccionismo agrario e industrial.

No se encuentra una palabra sobre la libertad de comercio en las largas declaraciones de los congresos socialistas internacionales sobre la guerra y los medios de evitarla. Las relaciones económicas de los pueblos eran completamente ignoradas en esas fórmulas inspiradas aparentemente por el "materialismo histórico". Se decía en ellas que el militarismo era engendrado por el capitalismo en busca de nuevos mercados, pero no se sugería la necesidad de quitar esa razón de ser al militarismo abriendo todos los mercados a la libre circulación del capital internacional.

Y conscientemente, con fines electorales, se ha ocultado o disimulado ante los obreros esa gran verdad.

¿Cómo terminará esta guerra?

El resultado nos importa sobremanera. De él dependerá que la paz sea firme y duradera entre los pueblos cultos. Podemos esperarla, si es vencida Alemania. Esta quedará como la escuela del mundo, no como su dominadora.

La Federación europea — Por lo menos, de la Europa occidental. La nacionalidad por plebiscito y migración pacífica.

Homogeneidad política necesaria de los estados federados. Sufragio universal. Gobierno parlamentario. Paz o guerra, cuestión parlamentaria. Arbitraje internacional obligatorio. Nada de diplomacia secreta.

El comercio libre entre las naciones, como fin a cumplirse gradualmente, y en un plazo tan breve como lo permita la utilización de la maquinaria existente en las industrias "protegidas", tiempo en que éstas deberán ponerse en condi-

ciones de competir con la industria extranjera o desaparecer.

De la guerra actual, tal vez resulte también la adopción del sistema métrico por Inglaterra y la extensión de la legislación internacional del trabajo.

Consecuencias de la guerra para el socialismo internacional.

Mayor importancia de los partidos obreros en la política práctica. No se discutirá más la participación socialista en el gobierno en tiempo de paz, habiéndola aceptado en tiempo de guerra. Reconocimiento explícito de dos grandes principios de origen burgués: el librecambio; el régimen republicano y parlamentario.

Habremos salido del pacifismo utópico.

La paz, como la propiedad colectiva, es un desarrollo, no una revelación.

La paz futura depende de nuestra voluntad, en cuanto ésta la prepare con su obra actual.

Conclusiones prácticas para nosotros.

Que la guerra estorbe nuestro desarrollo lo menos posible. Eduquémonos. Formemos un pueblo homogéneo, físicamente fuerte y de mentalidad activa. Ubi bene, ibi patria. Naturalización de los extranjeros con la suficiente residencia.

Sin exigir que pierdan la ciudadanía de origen, en caso de volver a su antiguo país. Sería un paso hacia la ciudadanía universal práctica.

Mantenernos libres de odios de razas.

Nada de inmigración artificial.

Encaminarnos hacia la plena libertad del comercio exterior.

Reconocer como medio único de resolver las dificultades internacionales el arbitraje, que con tanto éxito hemos aceptado en varios casos.

Entrar eventualmente en una liga pacifista

internacional que aísle pacíficamente a todo pueblo agresor.

Defender nuestra autonomía.

Con someterse a la dominación extranjera, no se gana ni la tranquilidad. Ahí están los polacos, humillados y sujetos, despedazándose entre sí bajo tres diferentes banderas.

Hagamos de este país una verdadera patria, fuerte y esclarecida, y aspiremos a que se acerque de más en más a la patria de todos, a la patria universal.

“La Vanguardia”, Marzo 30 de 1915.

10. DE MAYO

¡Y he aquí que este año celebramos la Fiesta del Trabajo en medio de la horrenda guerra que devasta al mundo! El 10. de Mayo, que coincide en Europa con el renacer de la vida orgánica y el cubrirse la tierra de sus mejores galas, llega este año en medio del derrumbamiento de la vida social, de la masacre intencional de multitudes y de la destrucción en masa de la obra del trabajo!

En vano se han mezclado las razas, y han sido libres las migraciones en el territorio europeo.

En vano, con el progreso de los transportes y las comunicaciones, los países de Europa están ahora mucho más cerca entre sí que hace un siglo lo estaban sus provincias.

En vano el intercambio comercial entre ellos, aunque no libre, era activo.

En vano la clase obrera europea ha formado poderosos partidos nacionales, que aspiran a la paz internacional.

En vano se han acercado entre sí las inmensas asociaciones cooperativas de las distintas lenguas.

En vano se han celebrado congresos socialistas internacionales, y se ha constituido una secretaría parlamentaria socialista internacional.

Más que todas esas fuerzas de salud y de solidaridad, han podido los disolventes elementos dinásticos, las intrigas de la diplomacia, las bajas codicias del capital; y la guerra ha estallado, inmensa, contándose en los ejércitos por millones los combatientes obreros. ¿Puede hablarse de la derrota socialista, porque hemos querido, y no hemos podido evitar el inmenso desastre? Esto sólo significaría que la consolidación de la paz es una empresa de tal magnitud, que exige esfuerzos mayores de lo que hasta ahora han sido los nuestros.

Y para ellos nos preparamos desde ya. Somos el único partido que habla seriamente de la paz.

Hemos de salir más fuertes de la contienda. Si en estos momentos críticos para los pueblos europeos se ha llamado a los socialistas a los consejos de gobierno, fuerza será oírlos más que antes, cuando vuelva la paz. Ya el diputado Haase ha dicho en el Reichstag que los miembros de las uniones gremiales de Alemania forman veinte cuerpos de ejército, y ha basado en esa prevención su exigencia de inmediatas reformas políticas.

La guerra costará a la clase trabajadora torrentes de sangre, y dejará tras sí grandes miserias. Pero se habrán disipado con ella ilusiones que se oponían a nuestro progreso, la ilusión del internacionalismo a lo Anacarsis Clootz, aquel noble y millonario prusiano que, enamorado de los principios de la revolución francesa del siglo 18, predicó la fraternidad absoluta de los pueblos, se naturalizó francés, fué de la Convención, y subió pronto al cadalso proclamando la república universal. Ha pasado a la historia con el título de orador del género humano. Y siglo y medio después de él, los pueblos blancos de lengua inglesa, de los que estamos más cerca que de sus enemigos en el conflicto actual, mues-

tran aún profunda aversión por los negros y por los inmigrantes amarillos. No veamos en ello un ejemplo, pero sí un hecho de profundo interés y una grave advertencia.

Habremos perdido también la ilusión del poder político, que ha desviado en parte en los últimos años a los partidos socialistas, como esterilizó a mediados del siglo pasado al partido cartista de Inglaterra, tan abstraído en sus reivindicaciones electorales, que llegó a ignorar los problemas prácticos más importantes de la época, la limitación de la jornada de trabajo y la libre importación del trigo, obcecación que lo condujo a la disolución. También para nosotros se han obscurecido algunas viejas verdades, como el librecambio, por los dogmas de partido.

Esperemos que las fuerzas históricas permanentes restablezcan y consoliden la paz. Y en ningún caso nuestro dolor, ante el cuadro horrendo de la guerra, sea el dolor pusilánime que paraliza. Espíritus timoratos se han preguntado si tenemos siquiera el derecho de oír música y regocijarnos, cuando son tan grandes los dolores de la humanidad. Los mismos pueblos en guerra les contestan: en plena guerra se ha representado por quinientésima vez la ópera francesa "Carmen" en los teatros de Berlín, y se cantan "Lohengrin" y "Freischütz" en la ópera de Lille, la ciudad francesa ocupada por los alemanes. Para Prusia Oriental, dos veces invadida por los rusos, se estudia ya la reconstrucción de aldeas y ciudades según el arte arquitectónico más perfecto, y un periódico socialista alemán, que presenta en su primera página un artículo de Legien sobre los sindicatos obreros como órganos de la economía nacional, finaliza con otro que aconseja moderación a los que han tomado a su cargo la emancipación de la moda alemana de las modas extranjeras, pues, por falta nacional de

gusto, las damas alemanas podrían encontrarse sin vestidos con que cruzar las fronteras, cuando se haga la paz.

Disipadas las ilusiones, es más esclarecida la afirmación de nuestra voluntad colectiva.

Creemos en la solidaridad internacional, afianzada por el desarrollo técnico-económico de los pueblos. Llevemos esa solidaridad al terreno político, en la federación de los pueblos, y el arbitraje.

Y si el mundo fuera caótico y malo hasta exigir la lucha sangrienta para la extensión de la unidad política, si el internacionalismo no fuera sino la hegemonía del más fuerte nacionalismo, afirmemos con más fuerza que nunca nuestras reivindicaciones de orden político nacional.

¿Se debe acaso la asombrosa resistencia de Alemania sólo a las usinas de Essen? Se debe también su enorme poder militar a que la población alemana tiene la instrucción popular más perfecta, la máxima capacidad societaria, un gran movimiento gremial y cooperativo, un vasto sistema de seguros sociales cuyos beneficios alcanzan al pueblo entero.

Levantemos físicamente la raza. Eduquémosla. Orientémosla en la lucha posible, hacia el lado que combata por la libertad y por el progreso, y también por la paz.

Del discurso de abril 30 de 1915, en la fiesta del Coliseo.

POLITICA NACIONAL

El diputado Justo comenzó diciendo que la propaganda política más atractiva para el conferenciante es la que consiste en exponer y demostrar las propias verdades, desentendiéndose, tanto como sea posible, de los errores y malignidades de los adversarios; pero resuena todavía en este recinto, —dijo—, el eco de la titulada con-

vención radical, en que el Partido Socialista fué blanco de ataques por parte del señor José Camilo Crotto, una de las grandes cabezas del radicalismo, famoso descubridor de la “conjuración siniestra” que nos dió el triunfo en 1913, quien, a falta de otro cargo, nos acusa, como es de regla, de enemigos de la nacionalidad y del orden.

Hemos, pues, de defendernos. Por ser más internacional nuestro partido, es el que más cree en las naciones y necesita de ellas. Tanto en Alemania como en Italia, los socialistas han sido los más decididos partidarios de la unidad nacional, conseguida en esos países en 1871. Nuestra unidad nacional, según la constitución, es más antigua, pero, debido a la incapacidad de la oligarquía gobernante, no podemos hablar aún de una verdadera unidad nacional.

Así lo dice la actitud de los representantes parlamentarios de las provincias, que no sostienen una sola idea ni propósito de interés realmente nacional. El diputado por San Luis pedirá, por ejemplo, que se construya a costa del estado un ramal que favorezca a la empresa del F. C. P.; el de Mendoza sostendrá la necesidad de la línea a Algarrobal, ésta para competir con la misma empresa de ferrocarril; tal diputado por San Juan solicitará un obispo auxiliar, los de Córdoba una aduana mediterránea, en Tucumán querrán los diputados sacar la mayor ventaja posible para la provincia de la celebración del centenario, y los de Corrientes, si no consiguen un frigorífico privilegiado, querrán que no se dejen entrar las naranjas del Paraguay.

Sólo los socialistas celebramos grandes reuniones en todos los puntos del país para sostener un programa general de ideas políticas necesarias para todos.

En su falso federalismo, los diputados de las

facciones han limitado la legislación nacional sobre el trabajo a la capital y los territorios nacionales, privando al mismo departamento nacional del trabajo de toda atribución fuera de esos límites.

Carecemos aún de una moneda nacional, pues varias provincias emiten un papel local degradado para pagar los salarios, y somos los socialistas los que luchamos contra esos resabios de la vieja y bárbara federación.

En materia de impuestos, hay provincias que tratan al resto del país no como país extranjero sino como país conquistado, gobernadores, jefes de trusts, que convienen con los azucareros y viñateros las gabelas provinciales que han de establecerse sobre el consumo nacional, para pagar la caña de azúcar que se destruya y el vino que se vierta en las acequias, para encarecer esos artículos del consumo nacional, destrucción extorsiva y odiosa de que son responsables los representantes de la facción radical, que pretende personificar la unidad de la patria.

No hay más conciencia nacional en las concesiones ferroviarias que, hechas en las condiciones actuales, permitan a las empresas apoderarse del país, haciendo pagar al país mismo el costo de la extensión de sus líneas, que aparece como nueva incorporación de capital.

Explicó en seguida el conferenciante la proposición socialista de que se incluyera en las nuevas concesiones ferroviarias las siguientes tres cláusulas:

1a. Un directorio local con facultades para resolver en todo conflicto con el personal empleado.

2a. Arbitraje obligatorio para las empresas en esos conflictos.

3a. Publicación de las memorias y balances de esas empresas en lengua castellana y su distribución gratuita en el país, triple proposición que,

so color de reconocerle demasiada importancia para aceptarla de improviso, la cámara se apresuró a rechazar, con el voto de la diputación radical.

Se extendió después el diputado Justo sobre la minuciosa consideración que los gobernantes argentinos conceden a lo que ellos llaman la balanza del comercio o el balance de pagos, que pretenden tanto más favorable cuanto más exceda la exportación a la importación. Si hubiera — dijo — perfecta equivalencia de servicios entre el pueblo trabajador argentino y el extranjero, la importación para el consumo equivaldría a la exportación de productos nacionales, y aun sería mayor la importación si llegaran al país nuevos capitales.

Si ahora predomina la exportación, es porque el consumo nacional se restringe en beneficio del privilegio del capital extranjero, que nos arranca como tributo ese excedente de exportación.

Agregó el conferenciante que la pretendida actual importación de capitales no es más que la inversión en el país de las ganancias realizadas en él por empresas extranjeras a expensas de los trabajadores argentinos; por ejemplo, cuando los ferrocarriles, en lugar de enviar a Europa el oro de sus dividendos, lo invierten en la construcción de nuevas líneas.

Y para establecer definitivamente el punto de vista propiamente nacional en esta cuestión de las relaciones comerciales con el extranjero, el diputado Justo afirmó que, a igualdad de las otras circunstancias, el excedente de la exportación disminuirá: 1o., si suben en nuestro país los salarios de los empleados del capital extranjero (ferrocarriles, vapores, usinas eléctricas, tranvías, aguas corrientes, etc., etc.); 2o., si esas mismas empresas bajan sus tarifas o sus precios; 3o., si el estado argentino estableciera el impues-

to sobre la renta en general; 4o., si se gravara con un impuesto al ausentismo.

Nada de eso preocupa a la facción radical, ni a las otras de la política criolla que pretenden representar la nacionalidad porque hablan de la bandera.

Toleran que los ferrocarriles argentinos paguen la "income tax" en Inglaterra, como un renglón de sus gastos, y a expensas por consiguiente del pueblo argentino. Toleran que ese mismo impuesto extranjero pese sobre otras empresas argentinas, gran parte de cuyo capital pertenece a tenedores argentinos aquí residentes y que no pagan al fisco nacional ningún impuesto.

Miran con indiferencia que se mantenga por el imperio de la ley la supremacía del papa italiano sobre el pueblo de la república.

Fomentan artificialmente la inmigración, los brazos baratos, que deprimen la situación del trabajador argentino, y se oponen tanto como pueden a la indispensable incorporación de los extranjeros al organismo político nacional.

Caracterizó así el diputado Justo la obra negativa de los bandos de la política criolla, en cuanto al desarrollo de la nación, y terminó diciendo que eso no es sino uno de los aspectos del abismo de sentimientos e ideas que los separan del Partido Socialista, el cual, a la civilización inconsciente, que resulta de la acción anárquica y ciega de las empresas del capital, civilización en que la masa trabajadora vegeta miserablemente, opone la civilización socialista, que levanta la salud, la mente y la moral del pueblo trabajador en la misma medida en que se extiende y diversifica la producción.

"La Vanguardia", marzo 23 de 1916.

POR LA PAZ

Declaración votada en el mitin del 10 de Febrero de 1917

El pueblo trabajador, reunido en la plaza del Congreso de Buenos Aires a invitación del Partido Socialista, ante la prolongación de la guerra, que extiende de más en más su campo de muerte y devastación;

ante la ciega inconciencia de los gobiernos que subordinan a intereses dinásticos y codicias de clase la suerte de los pueblos;

ante la intención manifiesta de continuar en el terreno comercial la lucha destructiva entre las naciones, aun después de la guerra, lo que prepararía nuevos y todavía más horribles conflictos armados;

ante la impotencia del pueblo trabajador consciente de los países en guerra, primero para evitarla o impedirle, y ahora para darle término, alimentada como está por pasiones y prejuicios malsanos que dominan a la mayoría de la población:

afirma su voluntad de escapar a la maldición cada vez más terrible de la guerra, extendiendo e intensificando su lucha diaria por su propia elevación, lucha en que se declara solidario del pueblo trabajador consciente de los otros países;

condena los prejuicios y sentimientos colectivos de raza, fatalmente antisociales en el mundo moderno, y especialmente en los países de inmigración;

proclama la nacionalidad, no como una cuestión de dogma religioso, de tradición, ni de color de la piel, sino como la tendencia a la plena solidaridad social entre los habitantes todos de

cada territorio constituido como entidad política autónoma;

manifiesta su anhelo de que a la barbarie cruenta y destructiva de la guerra se substituya la lucha libre y esclarecida en el campo de la procreación, de la producción y del comercio,

y anhela que cese cuanto antes la absurda y espantosa guerra actual, con la paz basada en la extensión y el robustecimiento del sufragio popular y de la república en Europa, en la libertad de los mares, en el libre cambio entre las naciones y en una fuerte organización internacional que resuelva jurídicamente en lo futuro los posibles conflictos.

LA DEFENSA MILITAR DEL COMERCIO EXTERIOR

En el Congreso Socialista extraordinario de 1917

Somos el pueblo más internacional. — Por eso el Partido Socialista es por excelencia el partido nacional. — La defensa del comercio exterior. — No es cuestión de bandera. — ¿Tendremos armas sólo para la guerra civil? — La guerra de submarinos. — La declaración del grupo socialista parlamentario. — En principio el socialismo no excluye el empleo de la fuerza. — Trabajadores que preparan la guerra en tiempo de paz. — Debemos defender a los trabajadores del mar. — Guerra mundial. — La última. — Actitud seria y firme.

Me complace sobremanera tomar parte en una asamblea como ésta, que es la más alta expresión de la conciencia ciudadana del país. Tengo la convicción de que no sería posible, en otro ambiente que el de nuestro partido, una reunión de ciudadanos que discurren como lo hacemos nosotros, sobre un grave problema de actualidad, que queremos resolver con decisión y eficacia.

Somos el pueblo más internacional de la tierra. Bastaría, para creerlo y admitirlo, ver el aspecto exterior de esta asamblea, en que hay hombres de los matices más distintos, de los ape-

lidos más diferentes, y de los orígenes más diversos. Aun el tono de muchas de las voces, denota un congreso netamente argentino y netamente internacional. Somos internacionales no sólo por la raza, sino también por lo que consumimos: cada clase de inmigrantes tiene sus necesidades propias y trata de satisfacerlas a su manera tradicional. Nuestros instrumentos de trabajo los recibimos del exterior. Lo somos también por lo que producimos; y producimos para el mundo, más que cualquier otro país. Hay una estadística oficial referente al monto del comercio exterior por cabeza de la población: ese monto es en nuestro país uno de los más altos de la tierra. Ya en la cámara, hice notar que nuestro país no tenía el primer lugar en las cifras del comercio exterior, pero que éste era muy superior entre nosotros al de los Estados Unidos en cuanto al monto por habitante. Sólo los pueblos más chicos y ricos de Europa, como Holanda, Bélgica, Suíza, Dinamarca y Noruega, e Inglaterra con su gran comercio de tránsito, nos superan en la cantidad de valor que entra y sale por habitante; y en América nos supera solamente el Canadá, país colonial vastísimo y productor de artículos similares a los nuestros, y acaso Cuba. Nos superan también otros dos países: Australia y Nueva Zelandia. Pero todo el resto del mundo tiene un índice inferior a nosotros. En cifras absolutas, exportamos e importamos al año noventa y tantos pesos oro por habitante, mientras que los principales países del mundo tienen cifras muy inferiores.

Y este dato, si lo combinamos con la inferioridad evidente del nivel de vida de la clase trabajadora argentina — que vive muy por debajo del nivel que tienen los trabajadores de Norte América y Australia —, significa que la propor-

ción del trabajo que se hace para el extranjero es aquí tal vez la más alta del mundo, porque nuestros noventa y ocho pesos oro de comercio exterior por habitante forman una parte mayor del total de lo que consume y produce un trabajador argentino. Si agregamos a esa consideración esta otra: que casi todo nuestro comercio exterior es marítimo y que no tenemos buques argentinos para hacerlo, se notará que estas otras dos circunstancias nos hacen los más internacionales de la tierra. Y que es así, lo revela este hecho: desde que ha existido aquí el sufragio universal auténtico, el pueblo trabajador argentino ha llevado conscientemente, para representantes suyos, en el parlamento de la nación, a un hombre nacido en Rusia, a otro nacido en España y a otro de Italia; y a la legislatura de la provincia de Buenos Aires han ido también hombres nacidos en Rusia, en Italia y en España. No hay otro país de la tierra en que se produzca fenómeno semejante.

Somos, pues, el pueblo más internacional, y porque lo somos, el partido internacional argentino es el verdadero partido nacional argentino. No hay otro partido argentino que tenga un concepto nacional tan claro como el nuestro. Cuando los legisladores socialistas juramos en el congreso por la patria, sabemos lo que queremos decir. La patria es para nosotros una noción concreta, es la población toda del distrito político República Argentina, y elegidos para darle leyes, hemos jurado por la patria, es decir, por el bien de la población que ocupa ese territorio, cumplir en debida forma nuestro mandato. El Partido Socialista es entre nosotros el partido nacional por excelencia.

No cabe duda de que la iniciativa que aquí nos congrega pudo salir de otra parte; no me asom-

braría que hubiera nacido en otro ambiente político la iniciativa de ocuparse en forma definida de una situación externa como la actual. Pero el Partido está ya habituado a actitudes como ésta. No se nos puede reprochar el haber suscitado esta vez una cuestión que interese sólo a los trabajadores. En el parlamento enseñamos a diario lo que hay que hacer aun desde el punto de vista capitalista inteligente. Los gobernantes argentinos no lo saben. El autor de "Utopía", Tomás Moro, dijo que "el gobierno es un complot de ricos que se ocupan de lo que les conviene". Citándolo, agregué una vez en el congreso: "sin comprenderlo siempre".

Hemos dicho a los capitalistas que presentan como favorable al país el exceso de las exportaciones sobre las importaciones, que el país, al exportar más de lo que importa, no hace sino pagar tributo al capital extranjero.

Les hemos llamado la atención sobre las empresas extranjeras; hemos propuesto que las que explotan en este país servicios públicos acepten el arbitraje del P. E. en caso de conflicto con sus obreros y que se den un directorio local argentino con plenas facultades para resolver sobre las condiciones de trabajo; y hemos dicho que las compañías extranjeras deben publicar en castellano y distribuir en el país las memorias y balances de sus operaciones. Hemos propuesto el impuesto al ausentismo. Hemos querido impedir que el fisco extranjero cobre impuestos sobre la renta argentina. Nada de eso se ha conseguido, pero hemos continuado en esa actitud, caracterizándonos como el órgano esencial de la conciencia política argentina.

No lo hacemos, ni nadie lo ha creído, por chauvinismo. No son cuestiones éstas que se refieran a la bandera; y para felicidad nuestra, en estos

mismos momentos el gobierno ha dado un decreto que nos allana el camino; se ha podido confundir hasta ahora la cuestión del respeto a nuestro comercio exterior con la cuestión de la bandera, pero el gobierno las ha separado, prohibiendo que se lleve la bandera argentina en la zona amenazada por los submarinos. Es un modo de resolver la cuestión, en cuanto se refiere a la bandera.

Pero eso mismo nos presenta el fondo del asunto: se trata de la defensa del comercio exterior, de la necesidad de mantener expeditas las vías marítimas por las cuales vienen al país las cosas que necesitamos y salen las que producimos para el pueblo trabajador de otros países. Porque no producimos aquí artículos de lujo: producimos alimentos y materias primas para las poblaciones europeas.

Nuestro internacionalismo ha aparecido en un ambiente de política criolla que tenía también, a su modo, su internacionalismo. Los latifundistas argentinos han sido internacionalistas absolutos, en este sentido: han sacrificado conscientemente al pueblo trabajador nativo importando trabajadores extranjeros. Han favorecido, a expensas de la clase trabajadora argentina, la inmigración de brazos baratos que vinieran a valorizar sus tierras, y ha sido necesario que el partido internacional fuera al congreso a poner de manifiesto ese atentado al progreso de la clase trabajadora del país. Ahora, ante esta cuestión de defensa del comercio exterior, vemos cerrar los ojos a este gobierno argentino de una época decadente, que no sale todavía del pantano de la política criolla. El gobierno radical no sabe hacer con los medios de defensa del país, más que lo que hacía con ellos la facción radical cuando estaba en la oposición.

En 1896, en un artículo que envié anónimo y se publicó en "La Nación", a propósito de fiestas de confraternidad ítaloargentina, celebradas porque se había adquirido en Italia el buque de guerra "Garibaldi" y la colonia italiana le había regalado la bandera, artículo titulado "La mejor fraternidad es la nacionalización", decía que la escuadra argentina nunca había bombardeado sino a Buenos Aires, palabras que fueron suprimidas en "La Nación".

La escuadra argentina bombardeó a Buenos Aires en 1880 y en 1890; y cuando la revuelta radical del 93, hubo un combate naval en el Rosario. Recordé esto, ciudadanos, en mi viaje al Congreso internacional de Copenhague, al contemplar en la bahía de Río Janeiro el dreadnought "Minas Geraes". Temí por Río de Janeiro; y un pasajero de ingenio me dijo: Efectivamente; éstos son perros que ladran a los de afuera y muerden a los de adentro.

Hemos creído, los miembros del grupo parlamentario (y yo desde que comenzó la destrucción de buques mercantes por submarinos alemanes y austriacos, los únicos que lo han hecho), que la destrucción sistemática de los vapores correos y de pasajeros y de los buques mercantes es un fenómeno nuevo, tan inhumano y destructivo que merece toda nuestra atención y oposición; si somos enemigos de la guerra, lo debemos ser mucho más de la forma triplemente bárbara de estos atentados. Pienso que todos los países neutrales debieron automáticamente tomar medidas, para demostrar a Alemania que este procedimiento no la conducirá al triunfo, ni podrá dejarla en buena situación frente a los pueblos que no están comprometidos en la actual contienda. Pero no nos correspondía la iniciativa ni la hemos tomado. Sólo en las últimas semanas la opinión se agitó por la acción de algún

•

D'Anunzio argentino, y cuando el asunto presentaba la posibilidad de ser tratado en el congreso de la nación, el grupo creyó conveniente hacer la declaración que se conoce. La historia de la declaración es simple: nos reunimos en mi casa, porque mi estado no me permite subir escaleras, y convinimos en que era oportuna una declaración que expusiera nuestro punto de vista en este asunto. Propuse que se comenzara por declarar que no queríamos la guerra ni tampoco la ruptura de relaciones con ningún país. La ruptura de relaciones, en realidad, no tiene sentido: lo primero que hacen dos países que rompen sus relaciones es encargar cada uno de ellos la representación de sus intereses en el país enemigo al ministro de otro país. La ruptura no tendría más consecuencia que la de recargar de trabajo al ministro español, que ya representa en Alemania los intereses de medio mundo, y probablemente también al ministro suizo, que representaría los de Alemania en la Argentina. Las otras relaciones están rotas; no conduciría a nada semejante declaración; y la de guerra no sería tampoco más eficaz. Alemania ni siquiera se ha dignado recoger el guante que le ha arrojado Norte América, porque Alemania reconoce que ella hace ya a Norte América toda la guerra que le es posible, destruyendo los hombres, buques y valores norteamericanos que llegan a la zona en que Alemania cree conveniente destruirlos. No creo que el pueblo alemán apruebe esto; tengo la convicción de que la masa del pueblo alemán repudia y condena el procedimiento, y ésta ha sido la actitud de los socialistas de los imperios centrales.

Lo importante y factible serían medidas de hecho. Hay una frase alemana que siempre se cita: "Al principio fué el hecho". Se ha hablado aquí del nuevo derecho que está creando la clase

obrero. Esta es una oportunidad de que el pueblo trabajador sienta un nuevo principio de derecho internacional. No se concibe que un gobierno, por el simple hecho de poseer cien submarinos, pueda aniquilar el comercio del mundo, como pretende hacerlo Alemania.

Debemos desterrar para siempre de las posibles prácticas de la beligerancia futura, si es que la hay, pues muchos creemos que esta guerra será la última, el procedimiento de la guerra submarina contra los buques mercantes.

Es esto lo que hemos entendido los miembros del grupo parlamentario, sin tener el propósito de llevar esa iniciativa a la cámara. Y hemos hablado así, porque la cuestión de la guerra se nos puede plantear en el congreso de la nación, y sólo los que hayan dicho lo que hay que hacer tendrán autoridad suficiente para oponerse a lo que no hay que hacer.

Bueno es que nos libremos de cierto recargo doctrinario y verbal que fatalmente obscurece estas cuestiones. Se ha pretendido que estamos en esto contra la doctrina. El Partido Socialista Argentino no tiene más doctrina que su declaración de principios.

He buscado en esta declaración, que conozco bien, pero que he revisado nuevamente, y no he encontrado en ninguna parte de ella que el Partido esté contra el empleo de la pólvora. Si busco esta pretendida doctrina en la práctica del movimiento obrero de mi país, tampoco la encuentro aplicada, pues ha sabido en ocasiones usar la pólvora con alguna eficacia; y ningún obrero leal ha podido protestar contra los hechos. Aun en el crimen de motivos sociales, cuya responsabilidad y castigo recaen sobre quien lo comete, no daremos con gusto la mano al asesino, pero no vamos tampoco a recargar la triste suerte del hombre que se condena a ser eje-

cutor de lo que considera bueno, con la pena infamante de nuestra propia condenación.

Por mi parte, siento mucho no haber podido emplear la pólvora para defenderme en una ocasión reciente.

Quiero también disipar de la cabeza de los compañeros que me escuchan esta otra suposición: la de que la clase trabajadora nada tiene que hacer con la guerra, durante la paz. Lo niego. Durante la guerra los trabajadores no hacen sino obedecer las órdenes de los que mandan, y durante la paz, gran parte de la clase trabajadora vive fabricando instrumentos de destrucción. Visité en 1910 la gran cooperativa de Woolwich, suburbio de Londres, una de las mejores cooperativas británicas. Era un sábado a la tarde. Recibíome la comisión reunida ese día para ocuparse de los asuntos sociales; me invitaron a participar de una pequeña colación de productos de la sociedad, y conversamos sobre este país y aquella ciudad. Y aquellos hombres tranquilos, honestos y laboriosos padres de familia, del trato más cordial, me dijeron: "La cooperativa anda un poco despacio, como toda la población trabajadora de Woolwich, desde que terminó la guerra angloboer." La ciudad, formada alrededor del gran arsenal, había prosperado sobre todo durante la guerra angloboer, y aquellos trabajadores que no propiciaban la guerra, vivían de ella, y seguramente no habrán recibido mal, en ocasión de la guerra actual, algún aumento de salario.

En Alemania, una de las más florecientes ciudades, notable tanto por sus instituciones sociales como porque elige siempre representantes socialistas, es la ciudad de Essen, cuya razón de ser son las usinas de Krupp, en las cuales se arman Alemania y medio mundo.

Entonces, pues, la clase trabajadora, en ma-

teria de guerra, tiene que comprender que su posición no es por el momento de una completa irresponsabilidad.

Tiene una participación activa en la guerra, aun durante la paz; contribuye a crear elementos de destrucción, y cuando entran en juego esas máquinas, la clase trabajadora ha seguido hasta ahora las órdenes de los que mandan. Significa esto que la guerra obedece aún a fuerzas que la clase trabajadora no puede dominar, y que no podemos pretender nosotros solos dar la pauta de lo que haya que hacer en caso de guerra.

Punta Alta, cuyo delegado a este congreso me agradecería saludar, es un pueblo entero de unos 7.000 habitantes, cuyo motivo de existencia es el puerto militar, donde trabajan miles de hombres que ganan así sus recursos diarios. Sería absurdo, pues, que el Partido Socialista dijera: Dejemos a los demás emplear a su gusto los elementos de destrucción, y paralicemos en absoluto el empleo de nuestras propias armas, aun con fines defensivos. Sería una inconsecuencia que no probaría sino la insignificancia del movimiento político de la clase trabajadora.

Contamos con toda una escuadrilla de torpederas de mar hechas en 1912 en Alemania, que deben ser famosas para perseguir y destruir los submarinos alemanes, y me gustaría verlas en ese empeño, aunque algunas de ellas se hundieran gloriosamente.

No sé si todos los delegados han pensado en que hay miles de pacíficos trabajadores embarcados, en la santa tarea de servirnos a nosotros los habitantes de la Argentina. No sé si todos se han dado cuenta de ello. Esos miles de hombres están expuestos a perecer ahogados o a tener que refugiarse en botes a centenares de millas de la costa, y a morir de hambre y de sed, y ser

mutilados o muertos por las descargas de los submarinos que persiguen a los buques mercantes en que navegan. Cuando esta persecución salva-je consigue su objeto, ¿son esos marinos víctimas de accidentes del trabajo o víctimas de la guerra? En cualquiera de los dos casos me parecería profundamente humanitario ir en su ayuda y defensa, aunque no se trate de hombres de nuestro pueblo. Es indispensable, en cuanto sea posible, tomar medidas de prevención y de protección efectiva en favor de esa porción de la clase trabajadora internacional.

Esto no sería una declaración de guerra a Alemania, como lo acabo de explicar. Sería simplemente una cuestión de hecho, y si esa actitud tuviera como consecuencia la de envolvernos en la guerra más de lo que ya estamos, porque estamos pasivamente en la guerra, si esa actitud tuviera la consecuencia de envolvernos en ella un poco más, sería una eventualidad dolorosa pero inevitable que nos pondría al lado de la mayor parte de los pueblos de la tierra.

Ayer vi en "La Razón" un mapa de los países en guerra. Era el mundo entero, excepto España y los pequeños países linderos con Alemania; Persia y Afghanistán, los estados hispanoamericanos, inclusive la Argentina y las islas del mar Indico. Y pensé si esta situación nos era especialmente honrosa. Dudo un poco de que lo sea. No estoy seguro de que esta situación vaya a redundar en beneficio permanente de la clase trabajadora argentina, y nótese bien que no podemos abordar esta cuestión con criterio transitorio, basándonos sobre los resultados de la última cosecha, sino sobre el de todas las cosechas; no podemos tampoco guiarnos por el auge transitorio de alguna fábrica, debido al entorpecimiento del comercio exterior por la guerra. Hemos de tomar la actitud que consulte el interés

más general y permanente de la clase trabajadora argentina, y así serviremos con máxima eficacia a la clase trabajadora mundial.

Se dice que ésta va a ser la última guerra. No deseo otra cosa. Es una esperanza fundada; puede ser ésta la última guerra entre los grandes pueblos capaces de hacer la guerra; y los conflictos con los pueblos incapaces, pequeños y bárbaros, que acaso se produzcan por desnivel de civilización, esos conflictos, en los cuales seguramente nada tendremos que hacer nosotros, serán comparables a nuestro conflicto tradicional, en la frontera, con los indios, conflicto que tengo presente, pues casi he nacido en la frontera de los indios y he pasado mi primera infancia en una estancia situada entre Tapalqué y Las Flores, uno de cuyos puestos se titulaba “La Vanguardia”.

Esos posibles conflictos futuros no nos alcanzarán.

No hay sino una clase trabajadora heterogénea que uniformar y levantar haciéndola consciente de sus derechos y deberes. Entre los pueblos libres, la guerra ha de evitarse y creemos que de esta conflagración universal va a resultar ese mundo más libre y democrático a que aspira el presidente Wilson, esa paz para los siglos que nos augura Lloyd George, sintiendo y pensando en cierta manera como el francés Pottier, autor del himno cuya última estrofa dice: “Es la lucha final: marchemos todos, y mañana la Internacional será la humanidad”.

Compañeros: He explicado el punto de vista del grupo parlamentario, punto de vista serio y firme, con el que nos será imposible ponernos en pugna en ningún caso. Lo probable es que esta cuestión no se suscite, porque es casi seguro que el gobierno no va a llevarla al congreso de la nación.

Creo que esta asamblea adelantaría mucho si votara, no largas declaraciones precedidas de considerandos numerosos y extensos, cada uno de los cuales podría dar lugar a interminables discusiones teóricas, sino las siguientes resoluciones claras y concretas que serían inmediatamente comprendidas por todos, votación que podría hacerse en breves momentos: El Partido Socialista no quiere la ruptura de relaciones con ningún pueblo. El Partido Socialista no quiere ninguna declaración de guerra. El Partido Socialista no quiere ninguna iniciativa parlamentaria socialista referente a la guerra. Y nada más.

RENUNCIA DE LOS PARLAMENTARIOS SOCIALISTAS

“Buenos Aires, octubre 2 de 1917. — Al Comité Ejecutivo del Partido Socialista. — Una declaración que ciertos diarios han publicado y atribuido al Centro Socialista de la sección 18a. de esta capital, y una circular del Centro Socialista de la sección 15a., que también hemos leído, y, como la primera, suponemos auténtica, presentan al grupo socialista del parlamento argentino en pugna con la doctrina del Partido y faltando a su disciplina.

En circunstancias ordinarias esas declaraciones no hubieran determinado de nuestra parte ninguna actitud particular, expuestos como estamos los legisladores socialistas a los juicios ocasionalmente desfavorables de las agrupaciones. Hoy nos obligan a presentar al Partido nuestra renuncia de los puestos que ocupamos en el congreso de la nación, para que nuestra actitud sea sometida al voto general de los ciudadanos que forman el Partido, y los afiliados manifiesten si merecemos siempre su confianza como representantes del pueblo.

Elegidos y reelectos con un mandato que es-

taba en nuestra conciencia, hemos continuado en las cámaras al servicio del pueblo trabajador después del último congreso extraordinario del Partido, en la esperanza de que la marcha de los sucesos evitaría la ocasión de un conflicto. No ha sucedido así. La cuestión internacional se ha exacerbado con la publicación de documentos que exhiben cómo el gobierno imperial de Alemania puede simular respeto por la vida, los derechos y la bandera de los neutrales: aniquilándolos sin dejar rastros.

Se han corroborado entonces los principios fundamentales que sostuvimos en el último congreso del Partido, y si se considerare como un nuevo mandato la declaración de la minoría del Comité Ejecutivo votada en aquella asamblea, ese mandato no lo aceptamos, ni podríamos hacer nuestros los fundamentos de aquella declaración, ni adaptar a ellos nuestra conducta.

No creemos que la guerra mundial — como dice el considerando primero de la resolución presentada por la minoría del Comité Ejecutivo y aprobada por el congreso extraordinario — sea consecuencia simple y fatal de la propiedad privada y la producción mercantil. En el inmenso imperio británico, en un país tan vasto y poblado como los Estados Unidos, la propiedad privada y la producción para el mercado existen y se desarrollan libremente, en proporciones jamás vistas en el mundo, sin que dentro de esos países o imperios haya guerras. Concebimos y deseamos entre las naciones la solidaridad que existe ya entre los estados o regiones de esas grandes unidades políticas, y que así la guerra sea imposible ya, aun bajo el régimen capitalista.

No creemos tampoco que el comercio exterior — como se desprende del considerando segundo de la misma resolución — consista en llevar a mercados extraños la producción, confiscada al

proletariado de cada país. Lo que sale del país, para cambiarse por artículos necesarios para la vida y el trabajo de los trabajadores, no es producción confiscada, como no lo es la parte de la producción nacional que los mismos trabajadores consumen. El comercio exterior es una necesidad cada día más fundamental de los pueblos modernos, y muy singularmente de nosotros, pueblo nuevo e internacional por excelencia. Y que parte de ese comercio exterior sea de artículos para el consumo de la clase parasitaria o salga para el pago de dividendos al capital extranjero, no puede preocuparnos más que el consumo local de productos nacionales por los privilegiados del capital.

¿Y hemos de ignorar, o mirar indiferentes, el conflicto de principios políticos y morales que caracteriza a la actual guerra? ¿No continúa en la lucha la Rusia revolucionaria? ¿No ha entrado en la contienda la gran democracia norteamericana, para combatir en nombre de la libertad y la paz, al lado de la Inglaterra sin papa y sin aduanas, y de la república francesa?

Seguros de conocer, desarrollar y aplicar la doctrina y los principios del Partido Socialista, y respetuosos de nuestro mandato, no admitimos que se nos sospeche de faltar a él. Ponémoslo, pues, en manos del Partido, dispuestos a continuar como simples ciudadanos, la obra magna del esclarecimiento y la organización económica y política del pueblo que trabaja.”

DISCURSO EN EL SALON “VERDI”

El diputado Justo comenzó significando cuánto le había reconfortado el reciente voto general, y cuánta más decisión, seguridad y confianza en el Partido y en sí mismos tendrán los legisladores socialistas al reanudar sus tareas parlamentarias. El Partido Socialista ha mostrado una vez

más su vitalidad y su solidez. Ellas no peligran porque se produzcan divergencias de opiniones en el seno del Partido. Por el contrario, como dentro de toda organización de hombres que piensan por sí mismos, en el Partido pueden y deben aparecer diferentes modos de ver, cada vez que nos encontramos frente a problemas no previstos ni resueltos por el programa y los estatutos, y el Partido sabrá siempre resolver esos conflictos por los resortes simples y seguros de su propia organización. El peligro está en las disidencias simuladas con mezquinos fines personales y en la obstrucción de la vida del Partido por elementos extraños colocados dentro de él con el propósito de dañarlo. Creemos, ciudadanos — agregó el doctor Justo —, que en las últimas incidencias del Partido no han intervenido estos perniciosos factores, y que los ciudadanos separados recientemente de nuestras filas reconocerán su error, y volverán a ellas para colaborar en nuestra futura obra social.

Y el Partido — continuó — puede estar seguro de que no en vano nos ha renovado su confianza. No tenemos la menor tendencia a arrastrar al país a aventuras guerreras inmotivadas, y creemos nuestro estado político más propicio para la guerra civil que para una eficiente acción exterior. Pero ser pacifista no significa ignorar la guerra, cuando ésta existe y se impone a nuestra atención en nuestro despertar de cada día. Ella es una dolorosa realidad, como tantas otras calamidades. Y hemos de afrontarla como tal, hemos de comprenderla y, si fuera necesario y posible, hemos de dirigirla para dominarla. Pensemos en los polacos, que no han querido la guerra, y han peleado tres años en tres ejércitos distintos y contrarios. Pensemos en los rusos fanáticos de la paz: no quieren pelear con los alemanes, y por eso pelean ahora con otros rusos.

No vamos a insistir en actitudes inconducentes con un gobierno como el actual, y que en parte de la clase gobernante han sido una simple maniobra de oposición. Necesitamos, ante todo, no dejarnos confundir en la política criolla. “La Nación” anuncia para mañana una reunión de todos los diputados “no afiliados al partido radical”, para proceder de común acuerdo en las próximas sesiones extraordinarias.

No conozco — dijo el doctor Justo — el fundamento de la noticia. Sólo sé que no he sido invitado a semejante reunión, y que ningún legislador socialista asistiría a ella. Comprendemos bastante las necesidades de la clase trabajadora, y tenemos suficiente confianza en nosotros mismos para aceptar y aun recabar el apoyo de otros diputados para nuestros proyectos, como para apoyar unánimemente iniciativas extrañas que nos parecen convenientes. Nunca hemos incurrido en la estúpida jactancia de intransigencia de los titulados radicales. Pero no estamos menos lejos del “antirradicalismo”, la pobre fórmula actual de las facciones conservadoras, ni nos dejaremos embarcar en una oposición obcecada y estéril. El porvenir político del país está en que la agitación superficial de las facciones de la política criolla sea cada vez más obscurecida por la lucha de graves intereses y altos ideales que promueve el Partido Socialista.

“La Vanguardia”, Diciembre 13 de 1917.

10. DE MAYO DE 1918

Entre el Himno al Sol, de Mascagni, y la Sonata Heroica, de Beethoven, quedaría mejor que la mía alguna palabra sonora y brillante que explicara con elocuencia el significado de esta fecha.

Pero no todo es cuestión de forma; no se trata aquí de un rito como los de las religiones

muertas. Las ceremonias socialistas deben ser siempre frescas y originales, y el lugar preferente en ellas es para la vida actual. Necesitamos, hoy más que nunca, la inspiración de la sinceridad y de la verdad, si hemos de conservar el sentido de nuestra fiesta.

Como en esas grandes crisis del sentimiento, en que hemos de echar mano de todas nuestras reservas de energía para que nuestro amor no se vuelva odio destructivo, necesitamos un gran sentimiento de solidaridad social y una plena conciencia histórica para comprender y orientarnos en medio del caos en que se debate el mundo.

El significado de esta fiesta era antes muy sencillo: era la fiesta del trabajo. De las reivindicaciones que en ella se planteaban, algunas han sido satisfechas ya por obra de los gremios o de la ley. En el vecino país del Uruguay ya es ley nacional la jornada de 8 horas, y aquí contamos con algunas disposiciones legales en favor del trabajo femenino.

Era la fiesta internacional obrera por excelencia; era la afirmación del pacifismo obrero, enemigo de la guerra, que creía posible llevar la historia adelante sin el concurso de la violencia.

Hoy la celebramos por cuarta vez entre los horrores de la guerra.

Las madres que hace tres años abrazaban a sus hijos adolescentes creyéndolos a salvo de la contienda, están en vísperas de entregarlos hoy a Moloch. La guerra quiere más víctimas.

Y en este cuadro horrendo toman parte activa las clases obreras de todos los países.

Sería una ilusión creer que la guerra es sostenida sólo por las clases gobernantes. Ellas son las responsables, pero el pueblo hace la guerra. En Francia los socialistas están con el gobierno, en Inglaterra Henderson ha formado parte del mi-

nisterio de guerra, y en los Estados Unidos Gompers sostiene que lo principal es defender el país contra la autocracia alemana.

Y en Alemania, responsable directa de la guerra, país que ha rechazado el arbitraje y el desarme, la clase obrera, que tenía una excelente organización gremial y cooperativa, está con el gobierno.

¿Hemos de pensar por eso en la bancarrota de nuestra doctrina? No sería tan grave, ya que la doctrina se rehace y se adapta a las nuevas circunstancias. Y tenemos vivo el sentimiento que es la esencia del socialismo: la aspiración de la masa trabajadora a elevarse moral y materialmente. Y para ello siempre conservamos nuestra intención y nuestra hipótesis de la propiedad colectiva de los medios de producción.

Lejos de haberse producido una bancarrota de nuestras opiniones, los acontecimientos deben reforzarlas. La historia ha de ser más internacional que nunca. El mundo lucha hoy contra los imperios centrales. Es, pues, una guerra mundial, y esto refuerza nuestra convicción internacional. Las relaciones que hagan posible la paz deben materializarse en relaciones económicas efectivas. Contra los intereses de empresa o de círculo, es necesario acercar a los pueblos sobre la base de la libertad de comercio.

Y también han de espiritualizarse estas relaciones. Nos interesa conocer de los pueblos, tanto como sus productos, su organización social, sus formas políticas y su moral.

El pueblo obrero del mundo tiene la más alta opinión de la clase obrera alemana, y, si admira lo que ella ha sido capaz de hacer en el campo gremial y cooperativo, observa también lo que ha sido incapaz de hacer en el campo político.

Mientras en el mundo hacía camino el sufragio universal, en Alemania se lo restringía. Se-

guro es que de haber existido vida parlamentaria en Alemania, no presenciáramos el cuadro horrible de la guerra.

En Francia asistimos a un contraste comparable. El pueblo francés creyó en la alianza, no con el pueblo ruso, sino con el zarismo, y la alianza le ha servido de contrapeso en la guerra.

Hemos, pues, de preocuparnos no sólo de los productos que puedan mandarnos otros pueblos y de su legislación, sino de todas sus relaciones, a fin de acercarnos a la homogeneidad política.

Al robustecer nuestra convicción internacional, afirmamos a la vez nuestro carácter nacional. Es un absurdo suponer que el socialismo sea destructor de lo que el nacionalismo tenga de sano y de sólido.

La lucha de clases, siendo una gran verdad, es hoy sólo una verdad relativa, frente a la guerra. Pensemos, pues, que el sentimiento nacional es un factor importante en cuanto expresa solidaridad entre los miembros de una unidad política.

El socialismo es un factor esencial del sentimiento nacional. Una madre italiana que entre nosotros amamanta a futuras madres y a futuros ciudadanos argentinos, es más argentina que la dama criolla de abolengo que sólo piensa en despilfarrar en Europa las rentas de su esposo.

Los trabajadores se preocupan ante todo del país en que trabajan, deseosos de formarse un hogar y un porvenir para ellos mismos y para sus hijos.

Del discurso pronunciado en la fiesta del Coliseo.

CIMENTAR LA PAZ

Sobre el socialismo y las relaciones internacionales habló ayer de mañana, en el salón Canning 117, bajo los auspicios del Centro Socialista de la 15a., el diputado Justo.

Al salir de la guerra que ha desolado al mundo, bueno es — dijo — que el socialismo, tenido de ordinario como un concepto de derecho, de simpatía humana y de justicia, se afirme también como un concepto de fuerza. Recordó su primera conversación con Enrique Dickmann, a quien conoció en 1895, no en un salón, ni en un aula de la universidad, sino en una de las mazmorras de la policía, donde habían sido encerrados, junto con otros muchos socialistas, por el libertador del Parque, general Manuel J. Campos. Dickmann le decía haberse hecho socialista por simpatía con los débiles, a lo que él había replicado que, al alistarse en el partido de los trabajadores, consideraba estar con los fuertes, con los hombres adiestrados y disciplinados en el trabajo necesario y útil, fuertes también por la capacidad que adquieren para organizar el trabajo en la cooperación y en la administración de la cosa pública, y fuertes aún en el sentido de la fuerza destructiva y de la violencia, por su número, por su conciencia y solidaridad de clase, que manifiestan en las huelgas, episodios de la guerra social, y por su decisión a la violencia colectiva y revolucionaria, si en la reivindicación de los derechos populares les fuera cerrado u obstruido el camino del sufragio. Así el socialismo, concepto de armonía y de paz, se afirma también como concepto de lucha, de lucha de la clase trabajadora por su propia emancipación, de lucha contra el predominio de los pueblos menos cultos, de lucha eterna con el medio físico, siempre reactio a las crecientes e incesantes exigencias del hombre.

En el eterno conflicto que es la vida, podemos interpretar la guerra como la explosión de energías humanas latentes, potenciales, acumuladas

bajo la presión de instituciones bárbaras, todavía no caducas.

¿Cómo evitar esos destructivos estallidos sino dando normalmente libre juego a las fuerzas sanas e inteligentes?

Anhelamos que la nueva paz sea muy diferente de la paz armada, llena de miseria, de mentira y de zozobra, que precedió a la guerra. Queremos la nueva paz estable y duradera. Para ello ha de ser toda de acción y de lucha, ha de dar libre campo a las fuerzas constructivas y creadoras, única manera de librarnos del robo, del bombardeo, del incendio y del asesinato en masa sistemáticos que son la guerra. Nos preocupan las nuevas relaciones entre los pueblos, y las queremos basadas en el derecho y la justicia. ¿Pero hemos de pagarnos de frases? La justicia y el derecho se los entiende por los unos y los otros de muy distinta manera. De ahí la guerra. El derecho de Italia sobre Trípoli, sostenido por socialistas como Bissolati, fué un asalto para Turquía. En plena paz, los políticos alemanes hablaban de anexarse militarmente las colonias portuguesas de Africa. Porque no reconoce ese derecho, y quería tener el de apoderarse de los buques alemanes refugiados en sus puertos, Portugal entró en la guerra.

La imposición de la paz, la justicia y la policía internacionales, como la reglamentación internacional actual de la guerra, son, en cuanto tengan eficacia, un simple desarrollo de la tradicional política de la guerra, una afirmación más amplia del poder de las fuerzas militares y destructivas. Las vallas a la fuerza destructiva no son respetadas por ésta si tras de aquéllas no hay una mayor fuerza destructiva.

¿No será mejor, para evitar la guerra, librar

de trébas las fuerzas constructivas que necesitan y afianzan la paz?

¿No es más fundamental que la liga de las naciones para el desarme y el mantenimiento coercitivo de la paz, el desarrollo de relaciones entre los pueblos que los alejen cada vez más de los armamentos y de la guerra?

¿Y qué relaciones tan importantes en este sentido como las relaciones económicas o comerciales? Ellas dan las bases materiales y mensurables de la solidaridad internacional.

En cuanto los pueblos comercian en libertad, se compenentran y anexas recíprocamente, y la guerra entre ellos toma los caracteres y el aspecto de una guerra civil, como lo ha sido en gran parte la reciente guerra europea. Ella ha disuelto o perturbado la paz de muchas familias, ha empobrecido a muchos alemanes, destruyendo sus bienes en Francia, Rusia y Bélgica, y terminará con una transformación interna de esos pueblos, tan grande por lo menos como los cambios que traiga en su situación externa.

A pesar de su fundado "materialismo histórico" y de su internacionalismo pacifista, los socialistas europeos no han dado la importancia debida al comercio entre los pueblos, o no lo han comprendido absolutamente.

Atribuyó en parte el conferenciante esta deficiencia a la actitud de Marx en la cuestión del librecambio, que culminó en Inglaterra hacia 1846, cuando en la mente del gran agitador tomaba forma definitiva la doctrina de la moderna lucha de clases, expuesta poco después en el Manifiesto Comunista. Su propósito de polarizar y oponer los intereses e ideas de proletarios y burgueses le hizo desconocer la trascendencia de la lucha librada en Inglaterra por la libre importación del alimento para el pueblo, y mirarla co-

mo un conflicto entre terratenientes y capitalistas de la industria, deseosos éstos de tener pan barato y así, salarios bajos. “Hoy día — dijo Marx en enero de 1848 — el proteccionismo es por lo regular una medida conservadora, mientras que el librecambio... destruye las viejas nacionalidades y lleva hasta los extremos el antagonismo entre el proletariado y la burguesía. El librecambio acelera la revolución social. Es únicamente en este sentido que soy librecambista”.

Seámoslo nosotros en este sentido y también en el sentido que el librecambio no tuvo para Marx, como poderoso factor de solidaridad efectiva y actual entre los pueblos, como el agente por excelencia de la paz internacional.

Como delegado argentino al congreso socialista internacional de Copenhague en 1910, dijo el conferenciante haber oído largas deliberaciones sobre la huelga general en caso de declaración de guerra, actitud que los delegados alemanes se negaron a aceptar. Pero nadie mencionó siquiera en aquella asamblea el fomento del intercambio entre los pueblos. Recordó que el gran orador Jaurés que, como paladín del pacifismo internacional, hacía giras de propaganda por Alemania, pudo decirles a él y al hoy diputado Repetto, en una visita que hicieron a la Exposición Rural de Palermo, que el proteccionismo le convenía al Partido Socialista. Marcel Sembat, importante socialista francés, ha dedicado un tomo a denunciar los peligros de la política exterior francesa de antes de la guerra, sin mencionar para nada los derechos de aduana. En Alemania, hombres como Hildebrand y Schippel, amigos de la política colonial y del imperialismo, que proclamaban sus prejuicios proteccionistas, fueron eliminados de la Democracia Social, pero continua-

ron envenenando con sus malas doctrinas el movimiento obrero.

El proteccionismo aduanero — dijo el diputado Justo — aísla y divide a los pueblos; separó a Norte América de Inglaterra, y nos obligó a cortar nuestras vinculaciones coloniales con España para acercarnos a los otros pueblos. El proteccionismo crea la mala solidaridad entre patrones y obreros de cada gremio contra todos los demás trabajadores del propio país y contra los obreros del mismo ramo de los otros países. El proteccionismo preparó la guerra que acaba de terminar. Lo ha dicho el socialista imperialista alemán Lensch, en un libro reciente, escrito cuando confiaba todavía en el triunfo de Alemania. La guerra no resulta de los celos comerciales de Inglaterra; ha tenido por origen la adopción del proteccionismo por Alemania en el año 1879.

Y si era absurdo el aislamiento de las provincias de un mismo país por aduanas interiores, como sucedía en Francia antes de Turgot, si lo es también la separación de pueblos vecinos, como nosotros y el Uruguay, a los que todo los acerca y sólo la aduana los aleja, ¡cuánto más no lo será el propósito de aislar entre sí, por vallas proteccionistas, imperios extendidos por el mundo entero, y cuyas ramificaciones se cruzan, se entrelazan y se confunden en todas partes!

Es el mal sueño de la expoliación del mundo por oligarquías militares y capitalistas con asiento en Londres, Nueva York, París y Berlín, mientras otras guerras no decidieran acerca de la metrópoli última y definitiva.

Se cierne entretanto una amenaza contra la nueva paz, esta vez de origen exclusivamente aliado. En conferencias oficiales, se ha tratado del aislamiento comercial y del boicot a Alemania después de la guerra.

Contra esa política retrógrada se manifestó la conferencia socialista internacional de los países neutrales celebrada en La Haya en 1916, que adoptó por unanimidad la proposición argentina del libre cambio como base de la paz internacional, presentada por nuestro delegado el diputado Repetto.

Y a combatir el mal propósito de perpetuar la discordia internacional debe responder el viaje del presidente Wilson, quien, como gobernante de su país, ha favorecido la importación de todo lo que el pueblo necesita para vivir y trabajar y ha sostenido la conveniencia de que la industria norteamericana deba hacer frente a la competencia extranjera. La tercera de sus famosas 14 bases para la sociedad de las naciones y la paz internacional se refiere a la libertad en las relaciones económicas de los pueblos.

Y hay también franceses eminentes que se oponen a la guerra comercial contra Alemania, en nombre de los propios intereses de Francia.

El profesor Gide, más capaz que el vulgo de los profesores, porque no sólo da lecciones, sino que es también uno de los principales propagandistas y organizadores de la acción económica del pueblo trabajador en las cooperativas de consumo, dice en un notable artículo de la "Revue d'Economie Politique", que boicotear y empobrecer intencionalmente a Alemania sería instalar un Japón en el centro de Europa, con todos los inconvenientes que la vecindad del trabajo prolijo y barato puede acarrear.

Siempre habría que recibir de ella — agrega -- por lo menos revistas y libros. Dos institutos de enseñanza superior avisaron a Gide, en plena guerra, haber sido por fin autorizados por el gobierno a recibir publicaciones alemanas.

¿Por qué no entonces, después de la guerra, los

productos químicos, el coque, los abonos agrícolas de potasa, los aparatos eléctricos y ópticos que son especialidad de Alemania?

“Aun durante la guerra ha habido que servir-se de magnetos alemanes, y los fabricantes de artículos de punto han tenido que hacer venir de Alemania su agujas de tejer.” El gobierno francés hacía la vista gorda, como si esos artículos provinieran de países neutrales.

“Para destruir la preponderancia comercial alemana no hay más que un medio: es el de aprender a hacer como ella y mejor que ella”, dice, finalmente, Gide con profundo acierto.

Lo que ha justificado la guerra hasta el fin era el anhelo de concluir definitivamente con la guerra. ¿Cómo, pues, crear nuevas causas de guerra con el aislamiento intencional de la nueva Alemania? Ella quiere y debe ser admitida desde luego en la sociedad de las naciones, sin perjuicio de que pague, hasta donde sea posible, los daños causados por el militarismo imperial.

El librecambio es, por otra parte, proclamado como una necesidad absoluta e inmediata para las pequeñas nuevas nacionalidades que se organizan ahora en Europa como flamantes repúblicas. En un importante trabajo, cuya traducción ha aparecido en “La Vanguardia”, el fabricante belga Lambert sostiene que la independencia política de las pequeñas nacionalidades no es una base de seguridad, de paz, ni tampoco de bienestar material, si no va acompañada del librecambio. Multiplicar las unidades políticas sin dar nuevas normas a las relaciones entre los pueblos que aseguren la libertad económica, es multiplicar los motivos y las ocasiones de conflictos y de guerras. Para ese ciudadano de la pequeña nación belga, la independencia política de los pequeños pueblos debe ser el fruto de su liber-

tad económica. De otro modo, acaso echarían de menos sus antiguas ataduras a un gran imperio. Imperialismo militar o librecambio es la disyuntiva.

La misma opinión acaba de ser publicada como del ex ministro de hacienda de Hungría, que separada de los pueblos anexados a ella hasta ayer, ha pasado a ser un país pequeño.

Pasó en seguida el conferenciante a formular las proposiciones que la sección argentina de la Internacional debe presentar, a su juicio, al próximo congreso socialista internacional.

El librecambio, reconocido como medio y como fin, a realizarse por la rebaja inmediata y gradual de las tasas aduaneras hasta su desaparición en un tiempo máximo de veinte años, plazo suficiente para que las industrias se adapten a las nuevas condiciones de libre competencia mundial, o se liquide sin pérdidas el inventario de las industrias no viables.

El objetivo sería no tener más derechos de aduana que los equivalentes a impuestos internos sobre consumos no deseables o de lujo.

Tendería también a acrecer las relaciones económicas internacionales la adopción general del sistema métrico, sabio y práctico sistema francés de medidas, adoptado por Alemania. Que el triunfo sobre ésta de Inglaterra y Norte América no vaya a ser el de las bárbaras medidas inglesas, que imponen a los trabajadores cálculos molestos e inútiles y hacen para nosotros ilegibles muchos libros científicos británicos y americanos.

La moneda sana de oro, o de papel convertible a la par, debe también ser un postulado obrero internacional, sobre todo en países, como los de Sud América, donde el envilecimiento de la moneda es todavía uno de los procedimientos prefe-

ridos para intensificar la explotación del trabajador. Y podría proponerse como sistema monetario internacional el del Perú, cuya base es la libra esterlina inglesa, dividida en diez soles, y éstos en centavos.

Con el acercamiento económico de los pueblos, se hace más perentoria nuestra vieja demanda de la legislación internacional del trabajo, pues los trabajadores relativamente libres sufren de la competencia de los que, por su situación, se acercan más a los esclavos. Habría que exigir como medidas de orden internacional la jornada de ocho horas para los trabajadores de las comunas y del estado, y para los de la producción privada, lo que ya es ley en el Uruguay y en el Ecuador, y costumbre en Australia; el descanso hebdomadario; el salario mínimo para los trabajadores de las comunas y del estado; la educación obligatoria hasta los 14 años cumplidos; la limitación especial del trabajo de las mujeres y los adolescentes; el seguro contra los accidentes del trabajo; la libertad gremial, y la libre migración de los trabajadores al o del país.

Las leyes políticas son de efectos menos seguros, e influyen menos directamente en la lucha económica internacional. No por eso dejaremos de formular como reivindicaciones socialistas mundiales la república, el sufragio universal auténtico, y, hasta que no se encuentre algo mejor, el gobierno parlamentario, encargado de la gestión pública de los asuntos internacionales.

Se ocupó, por fin, el diputado Justo de lo que llamó la dinámica de la paz, de las bases para relaciones internacionales a la vez variables y estables.

Hay y habrá, fatalmente, una jerarquía de las naciones, que se impone por sí misma, como resultado de la guerra o la coerción.

¿Por qué no buscar y establecer criterios que permitan la evolución de esa jerarquía sin nuevas guerras?

No puede ser uno de ellos la raza, dato antisocial, que para nosotros sólo es de considerar en los museos de antropología.

La jerarquía de las naciones podría basarse en el número de individuos que las forman; en su energía vital, medida por el aumento vegetativo de la población; en la menor mortalidad infantil, que significa mayor eficacia del esfuerzo biológico; en la inmigración, que quiere decir espacio para admitir extranjeros y alicientes para atraerlos; en las cifras del comercio exterior, como medida de la vinculación real con los otros pueblos, y, hasta cierto punto, de la capacidad productiva; en el alfabetismo; en la libertad de pensamiento; en la extensión de los derechos políticos de los habitantes y el coeficiente electoral.

“La Vanguardia”, Diciembre 9 de 1918.

LA GUERRA Y LA PAZ

Celebramos, ciudadanos y trabajadores, la paz. Hace cuatro años y medio nos sumimos en el silencio y el estupor. No teníamos que comunicarnos sino sentimientos de dolor y de espanto. Ahora renacen la alegría y la esperanza y oímos de nuevo los cantos y los himnos. Es menester meditar acerca de los puntos de vista nuevos que hemos de incorporar a nuestras ideas para darnos un plan de acción.

¿Qué es lo que nos horroriza en la guerra? No son la fatiga y el dolor, inseparables de los más nobles esfuerzos y de los trabajos más santos; no son las tragedias individuales, porque la complejidad de los sentimientos en la vida moderna deja siempre un amplio margen a conflictos que hacen fracasar muchas existencias; no es la

muerte, porque la admiramos cuando se la encuentra en la lucha contra las enfermedades, contra la ignorancia y en pos de investigaciones científicas; no nos horroriza cuando se la encuentra, sin buscarla, en las expediciones a los polos, en el aire y en las montañas. No nos horroriza tampoco que haya vencidos y vencedores, por cuanto este proceso se verifica en todas las especies. Siempre nacen con más fuerza que otros los que han de imponerse en la lucha por la vida. Si bien no creemos que el derecho haya de basarse en la fuerza bruta, menos creemos que pueda basarse en la debilidad. No creemos en el derecho de los sordos incurables a oír, ni en el de los paráliticos a andar, ni en el derecho a la libertad de los que no son capaces de ser libres.

Lo que nos horroriza en la guerra es el derroche de energías humanas, físicas y mentales, con fines antihumanos; es el sacrificio de las vidas más jóvenes, fuertes y valientes; es el empleo del trabajo humano para destruir las creaciones y los productos del trabajo humano; es el heroísmo vinculado a las acciones que más nos repugnan; es la tragedia colectiva — no inevitable — debida a las mentiras e intrigas fraguadas por los hombres que gobiernan.

Para que la paz sea firme es necesario cimentarla en la acción y en la lucha, no en la inercia. Hay que mantener viva la lucha de las fuerzas creadoras. El Partido Socialista de la Argentina, como contribución a la consolidación de la paz, aporta el principio de la libre circulación de los productos, calificado por la legislación internacional del trabajo. Esta última será un poderoso estímulo para la acción local de los partidos obreros, ahora fuertemente impulsada por lo que sucede en el mundo.

En Alemania, al imperio ha sucedido la república socialista. Hombres prominentes del movi-

miento gremial se encuentran en el gobierno. Quiere decir esto que no se trata de un gobierno efímero, pues tiene hondo arraigo en la opinión popular. Sobre esta base puede allí desarrollarse una profunda renovación social. Es el pueblo alemán, el pueblo educado por excelencia, pues su inmensa mayoría sabe leer y tiene hábitos de asociación. La acción económica obrera se manifiesta en un gran movimiento cooperativo — desarrollado a pesar de las bárbaras persecuciones del gobierno autocrático y de los terratenientes — que supera al de todos los países por su doctrina y sus costumbres. El movimiento gremial, no obstante ser reciente, puede servir de modelo. Es seguro que este movimiento informará y asesorará al gobierno en el buen sentido. Los socialistas han reunido cuatro millones y medio de votos, a pesar de las bárbaras represiones decretadas contra ellos.

Cuenta aquel país con una institución social de seguros contra la vejez, enfermedad e invalidez, cuya organización está en manos del pueblo. En las cajas locales tienen los socialistas numerosos representantes.

El estado alemán es el único gran estado que ha organizado los ferrocarriles como servicio público, los que son notables por su exactitud, comodidad y costo, dando al estado copiosos recursos. Todo esto indica que hay allí fuerzas suficientes para realizar grandes cambios en la organización social, aunque poco se hable de maximalismo.

El cuadro de la revolución rusa se desarrolla en condiciones históricas diferentes. Los trabajadores no saben allí leer y los campesinos son analfabetos en su casi totalidad. En Rusia no ha habido campo para las grandes actividades modernas. No hay allí un movimiento cooperativo ni gremial desarrollado. El hecho substancial de

la actual revolución rusa es la distribución entre los campesinos de la tierra que pertenecía a los señores, para que aquéllos la cultiven individualmente, como ocurrió en Francia hace 130 años. El maximalismo agrario consistiría más bien en la organización colectiva y nacional de la producción agrícola como una sola empresa nacional, libre de intereses individuales y aislados, y, por tanto, de la formación y de la apropiación individual de la renta del suelo.

Nosotros, que no nos pagamos de la letra de la constitución, no podemos conceder demasiada importancia a la constitución de los soviets de Rusia, uno de cuyos grandes principios es el de "quien no trabaja no come". Más importante es que los que trabajan coman. Y el hambre es hoy la calamidad que agobia a Rusia, país que exportaba grandes cantidades de alimentos.

El maximalismo, si quiere decir algo, es subjetivismo, individualismo.

Todo individualismo doctrinario está lleno de peligros en la aplicación. Recordó el caso de un joven italiano que solicitó el local del Centro Socialista de Junín para dar una conferencia sobre el regicidio, declarándose anarquista individualista, y resultando ser zapatero. Recorría los distintos pueblos sin prosperar en su oficio porque no paraba con ningún patrón y tenía que buscarse encargos particulares. Pero su pobreza no le permitía tener más de un par de hormas, con lo que sufría el individualismo de los pies de sus pocos clientes.

Necesitamos mirar de frente a la verdad, reconocerla y aceptarla, venga de donde viniere. Hay gente que retrocede por cobardía ante la verdad.

Creemos en lo bueno que haya en el movimiento que se ha dado en llamar maximalismo. Infundamos vida a la verdad incorporándola a nuestras costumbres, y así tendremos no una paz

inerte, ni una paz armada, sino una paz militante que nos acompañe por la senda de la libertad y del progreso.

Para terminar, citó el doctor Justo un principio que había leído en un antipático libro de von Bülow, titulado “La política alemana”, en el cual se desarrollan con todo cinismo las pretensiones imperialistas: “Sólo merecen la libertad quienes tienen que conquistarla día a día”. Adoptemos — dijo — también nosotros ese principio.

“La Vanguardia”, diciembre 20 de 1918.

EL ASPECTO INTERNACIONAL DEL SOCIALISMO

En la conferencia matinal del domingo, organizada por el Centro Socialista de la 12a., en el salón Irigoyen 1489, habló el diputado Justo sobre el aspecto internacional del socialismo.

El socialismo — dijo — como movimiento de resistencia a la explotación capitalista, de organización de la clase obrera, de educación societaria, de capacitación económica y política de las masas productoras, de alta cultura general del pueblo, es originariamente y ante todo un movimiento nacional.

Aquí mismo lo ha sido y lo es, a pesar de haberse iniciado principalmente por extranjeros. Aquellos fundadores del Partido no se acercaron entre sí porque habían nacido en el territorio de otras diversas naciones, sino porque comprendían mejor que la generalidad de los trabajadores argentinos las necesidades políticas y sociales de la clase productora del país, y contribuyeron a fundar la organización política obrera argentina, para vincularla e incorporarla como nueva entidad nacional al socialismo internacional. Y los problemas de que nos ocupamos desde luego fueron ante todo problemas de orden nacional. Así, el

alemán Avé-Lallemant, establecido en San Luis y casado con mujer argentina, fundador de "El Obrero", primer periódico socialista argentino, ilustró el primer número de "La Vanguardia" con un artículo sobre la depreciación del papel moneda y su nefanda influencia sobre los salarios, lo que, en aquellos tiempos de sana moneda en los países civilizados, constituía un problema esencialmente argentino.

No han tenido el mismo acierto los fundadores del Partido Socialista en Norte América, donde se lo ha organizado por ramas de nacionalidad, de raza y de lengua, en secciones alemanas, secciones escandinavas, secciones italianas, secciones polacas, judías, etc., y también secciones "americanas". Así divididos, los socialistas de los Estados Unidos no han entrado a fondo en la política del país, se han atenido demasiado a las doctrinas y fórmulas europeas, han sido de escasísima influencia en la organización obrera gremial y pesan en la política de aquella gran nación mucho menos que nosotros en la de ésta.

Por el momento, nuestro partido parece más preocupado de las relaciones internacionales del socialismo que de las cuestiones de la política nacional. Muchas agrupaciones se han manifestado por que nos desprendamos de la llamada segunda Internacional, o por que entablemos relaciones con la llamada tercera, o nos incorporemos a ésta, o celebremos un congreso extraordinario para resolver cuanto antes la cuestión.

Me parece — dijo el conferenciante — que es exagerar la importancia y la urgencia de esa resolución, y anteponer el nombre, el símbolo de la Internacional a la substancia misma de las relaciones socialistas internacionales. Bueno es notar que se trata solamente de la forma de las relaciones entre los partidos políticos socialistas y

entre estos partidos y el gobierno revolucionario de Rusia.

Hay un internacionalismo político que nace del predominio de un pueblo y la constitución de un gran imperio, como el romano, o de una teocracia, como la iglesia católica en la Europa de la Edad Media, o como el panamericanismo, expresión de la hegemonía de la plutocracia norteamericana en este continente. Comerciantes ingleses del siglo 17 se elevaron ya al concepto de la solidaridad económica de los pueblos que trafican entre sí. En la revolución francesa del siglo 18 aparecen manifestaciones individuales de simpatía internacional por la abolición de los privilegios feudales. El noble y millonario alemán que, bajo el nombre de Anacarsis Clootz, se declaró ciudadano del mundo y participó en las agitaciones revolucionarias de París hasta terminar en la guillotina, y el británico americanizado Tomás Payne, cuyos escritos todavía nos iluminan, fueron ejemplos elocuentes de aquella nueva solidaridad política y moral entre los hombres de distintos países. El socialismo utópico de principios del siglo 19 dió a sus sueños proporciones mundiales. Fourier planeó la organización del género humano en falansterios, dirigidos por una vasta y abigarrada jerarquía de jefes, todos ellos gobernados por un omniarca. Owen creyó poder unir a los diferentes pueblos y príncipes de Europa para la realización de sus ideas de un nuevo mundo social.

Todo eso era antes de la navegación a vapor, del ferrocarril y del telégrafo. Se comprende cuánto habrán contribuído estos enormes progresos de la técnica del transporte y las comunicaciones a ahondar y difundir la conciencia política internacional. En 1846 fueron abolidas en la Gran Bretaña e Irlanda las trabas aduaneras al comercio con los otros pueblos. A principios de

1848 apareció el Manifiesto Comunista, redactado por Marx y Engels, por encargo de una liga obrera internacional, que funcionaba en secreto. Impreso primero en Londres y en idioma alemán, pronto el famoso documento circuló por Europa, traducido a todas sus principales lenguas. Proletarios de todos los países, uníos! — decía aquel manifiesto, y el grito fatídico respondía a tal punto a los sentimientos populares de la época, que en febrero de 1848 estalló en París la revolución que enarboló por primera vez la bandera roja, llevó a un puesto del gobierno a un obrero, y estableció en Francia el sufragio universal. La conmoción revolucionaria extendióse a toda Europa; fué la época de la nueva república romana, de las revoluciones de Viena y de Berlín. Aquella sacudida democrática internacional no tuvo, así mismo, grandes consecuencias inmediatas. En Francia el plebiscito preparó el neo-cesarismo de Napoleón III, que, si bien aplicó los principios de la libertad de comercio, corrompió y prácticamente anuló el sufragio político popular.

Aquel déspota, con sus maniobras demagógicas, preparó la fundación de la primera Internacional. En 1862 celebrábase en Inglaterra el enorme incremento de su industria y su comercio con una exposición universal. El gobierno francés autorizó la elección de delegados obreros para que fueran a visitarla con dineros del estado. Llegados a Londres, los delegados obreros franceses entraron en inmediato contacto con los organizadores de los gremios británicos y celebraron juntos la Fiesta de la Fraternidad Internacional. Al año siguiente estalló la insurrección polaca contra la cruel tiranía de los zares, odiada por todo lo que había de democrático en la Europa occidental. Celebráronse en Londres grandes mítines obreros pro Polonia, a uno de los cuales asistieron obreros franceses. Lanzóse desde allí un nue-

vo llamado a los trabajadores de París, y para responderlo, cruzó la Mancha en 1864 una nueva delegación obrera francesa, y, en el mitin ya legendario de la Saint Martin's Hall, fundóse la Asociación Internacional de Trabajadores.

El mensaje inaugural de la naciente entidad revolucionaria, redactado por Marx, denunció abiertamente los vicios de la sociedad capitalista y proclamó la lucha por la abolición de la explotación del hombre por el hombre, señalando dos grandes conquistas obtenidas ya por la clase obrera: la ley que limitaba a 10 horas la jornada de trabajo de las mujeres y los niños, de la que dice el manifiesto “fué no sólo un gran éxito práctico, sino también el triunfo de un principio”, y el primer desarrollo de la cooperación obrera, pero entendida como cooperación de producción, de trabajo técnico, como la fábrica de los obreros empleados en ella, y con ayuda pecuniaria del estado, según las ideas de Luis Blanc y de Lasalle, que en ese punto, el mensaje de la Internacional se limitó a repetir.

Hablaba aquel documento de la conquista del poder político por los trabajadores, pero nada decía del sufragio universal, ni de la república, puntos que — dice Mehring, historiógrafo marxista — “tenían significado completamente distinto para los obreros alemanes y los ingleses, para los franceses e italianos”. En general, los fines concretos e inmediatos quedaron indeterminados en aquel manifiesto de la primera Internacional, que muchos miran como un simple estandarte, como un símbolo, como un marco en que cupieran las más diversas tendencias del movimiento obrero, los gremialistas ingleses, los lasalleanos alemanes y los franceses inspirados por Proudhon, cuyas doctrinas repudiaba Marx. No se acreditó, pues, aquella primera asociación internacional de trabajadores para la acción polí-

tica por su capacidad para esta acción. Acaso la más importante manifestación de su influencia fué la insurrección de la Comuna de París, en 1871, a raíz del desastre de la guerra con Alemania. Después fué perseguida por los gobiernos, segregáronse de ella los anarquistas, inspirados por los rusos Bakounine y Kropotkine, que no querían la centralización, ni transigían con el estado, y desde 1872 pudo considerársela prácticamente muerta.

Era precisamente la época en que los partidos obreros y socialistas de Europa entraban en pleno desarrollo electoral y parlamentario y acentuaban su influencia directa e indirecta en la legislación. Pronto tuvieron bastante para afirmar públicamente sus tendencias internacionales, y en ocasión de la Exposición universal de 1889, en conmemoración de la revolución francesa, reunióse en París el congreso obrero socialista internacional que instituyó la fiesta obrera internacional del Primero de Mayo. Dos años después hubo otro congreso socialista internacional en Bruselas, en 1893 celebróse el de Zurich, y después otros, hasta los de Stuttgart, en 1907, y Copenhague, en 1910, los últimos celebrados antes de la guerra.

En esa serie de congresos sólo llegaron a formularse principios generales y abstractos, la lucha de clases, en el campo político y electoral, para abolir la propiedad privada de los medios de producción, normas insuficientes para la acción política diaria, sobre todo en materia internacional. No han podido tampoco las declaraciones contra la guerra, votadas en esos congresos y repetidas por Jaurés y Haase en Bruselas horas antes de estallar el terrible conflicto, impedir la catástrofe que ha desangrado y devastado a Europa durante cinco años.

Refirióse después el diputado Justo a sus im-

presiones en las conferencias internacionales de Berna y Amsterdam, de principios del año pasado, en que tomó parte como delegado argentino. Reiteró su juicio desfavorable al empleo del tiempo de aquellas asambleas, a la insignificancia de los proyectos de doctrina y estatutos elaborados después de la guerra para reconstituir la Internacional, y mencionó la separación de varios importantes partidos socialistas de la organización que tuvo su sede en Bruselas.

Cuanto a la llamada tercera Internacional, dijo, se constituyó nominalmente, en plena guerra civil, en medio de una cruel represión de manifestaciones políticas de otras fracciones socialistas, en un país y en una ciudad aislados del resto del mundo, por el gobierno bolchevique en compañía de algunos ciudadanos extranjeros que no representaban regularmente partidos ni otras organizaciones obreras. Se han adherido después a ella el Partido Socialista italiano, el español, acaso el suizo, que no participó en la conferencia de Berna, y algunas otras pequeñas fracciones nacionales. Ella es en todo caso algo completamente nuevo, una asociación internacional de trabajadores encabezada por un gobierno, con todos los órganos coercitivos de tal, gobierno revolucionario que los socialistas de todos los países defienden contra las tentativas hostiles de los gobiernos capitalistas, gobierno cuyo reconocimiento los parlamentarios socialistas argentinos hemos de pedir y apoyar tan pronto como ese reconocimiento se solicite, pero que, si es insensato criticarlo a la distancia, sin conocer las circunstancias en que ha nacido y desarrolla su acción, ni cargar en nada con las grandes responsabilidades que sobre él pesan, sería no menos insensato querer imitar en todas partes sus principios y procedimientos circunstanciales.

Nada hay entretanto que temer acerca de la so-

lidaridad internacional obrera. Esta se afirma y organiza hoy más fuerte que nunca. Nos falta por el momento una organización internacional única que aúne los esfuerzos de los partidos políticos socialistas. Surgen, en cambio, con nuevas energías la Internacional obrera gremial y la Internacional obrera cooperativa.

Recordó el conferenciante que en Berna, al lado del congreso de los delegados de los partidos socialistas, había sesionado el de los delegados de las organizaciones nacionales gremiales, que elaboró el proyecto de Carta internacional del trabajo, aprobada íntegramente y ampliada por la asamblea internacional política e incorporada en buena parte al tratado de paz de Versalles, como base de la legislación social internacional.

Leyó después en "La Organización Obrera", órgano de la F. O. R. A., datos sobre la constitución de la Internacional obrera sindical en el congreso celebrado en Amsterdam en julio y agosto del año pasado, por delegados norteamericanos, entre ellos Gompers, presidente de la "American Federation of Labor", por ingleses, por franceses, entre ellos Jouhaux, Bidegaray y Merrheim, por alemanes, entre ellos Legien, secretario sindical internacional antes de la guerra, y coordinador de los muchos gremios que ya tenían una vinculación internacional, por delegados de las organizaciones gremiales proletarias de Bélgica, Bohemia, Dinamarca, Holanda, Luxemburgo, Noruega, España, Austria, Suecia y Suiza. Aquella asamblea ratificó la carta internacional del trabajo formulada en Berna, estableció los fines netamente gremiales de la Unión sindical internacional, dióle estatutos y eligió presidente al inglés Appleton, vice primero a Jouhaux, vice segundo al belga Mertens, y secretario y tesorero a los holandeses Fimmen y Oudegeest.

Está, pues, sólidamente constituida la internacional de los gremios proletarios, que tiene ahora una nueva razón de ser en la reciente creación de una oficina internacional de los gobiernos para la legislación social. Ese organismo, establecido en cumplimiento de cláusulas del tratado de paz, se acompaña de la reunión periódica de congresos de delegados de los gobiernos y de las organizaciones obreras sindicales para deliberar sobre las cuestiones de la legislación del trabajo. El primero de esos congresos tuvo lugar en Washington a fines del año pasado, con asistencia de delegados obreros auténticos de los países principales. Acaba de sesionar en Génova otra de esas conferencias síndico-gubernativas internacionales para ocuparse de la legislación del trabajo de la gente de mar. Hay que contar con esta internacional de los gobiernos como con una realidad que se impone a la atención de los organizadores de la clase obrera, por muy excluyentes que algunos pretendan ser en sus ideas antilegalitarias o de acción directa.

Pasó después el conferenciante a ocuparse de la Internacional obrera económica, de la Internacional cooperativa. Ya en 1867, en ocasión de la exposición universal de París, hubo de reunirse el primer congreso cooperativo internacional en la capital francesa. Pero aunque el orden del día anunciado era estrictamente objetivo, la reunión fué prohibida por el gobierno de Napoleón III, que cinco años antes, sin comprenderlo, había contribuído a la preparación de la Asociación internacional de trabajadores. No reapareció el propósito de un congreso cooperativo internacional hasta 1889, en que se lo realizó en París, fundándose al año siguiente la Alianza Cooperativa Internacional. Los primeros congresos que celebró, a partir de 1895, malgastaron su tiempo en discutir casi exclusivamente sobre la participación de

los empleados en los beneficios, pequeña cuestión que dividía a las cooperativas inglesas. Los congresos cooperativos internacionales de Manchester (1902) y Budapest (1904) dejaron por fin de lado ese detalle para ocuparse de sentar los principios esenciales del movimiento.

Se reconoció internacionalmente su carácter anticapitalista, que hace al capitalismo superfluo, sustituyéndose a él en la dirección de la economía social y crea desde luego un mundo económico nuevo, sin mercancías ni ganancias, que reduce y desaloja al mundo mercantil. El otro gran principio establecido por la Internacional cooperativa es que, a diferencia de lo que pensaron Luis Blanc, Lasalle y Marx, la cooperación de consumo, mucha más que la de producción, es la revolucionaria por excelencia. Durante la guerra, la cooperación ha hecho en Europa grandes progresos, y a principios de este año se reunieron en Ginebra los miembros de la comisión central de la Alianza Cooperativa Internacional y resolvieron. 1o. Todas las organizaciones nacionales quedan encargadas de crear, donde todavía no la haya, una organización central de compra y venta que opere en todos los artículos cooperativos y comprenda a todas las organizaciones. 2o. En cada una de estas sociedades por mayor se creará inmediatamente una sección de exportación, que importe y exporte artículos para el movimiento entero. 3o. En cada país no se reconocerá sino una sociedad por mayor, única que podrá vincularse a la sociedad por mayor internacional. 4o. Créase en la cooperativa inglesa por mayor, la más grande y rica de todas las cooperativas por mayor, una sección internacional de exportación que establezca exactamente qué artículos tienen que ser exportados e importados en cada país.

La vinculación económica entre los pueblos va

a entrar, pues, en una nueva fase. Ella será el resultado querido y consciente del trabajo económico de los pueblos mismos, y no, como hasta ahora, obra casi exclusiva de comerciantes en busca de ganancias.

Sólo en sus órganos políticos la Internacional socialista parece debilitada. Pero la obra política efectiva de solidaridad socialista internacional no depende de que en Bruselas o en Moscú exista una oficina llamada socialista internacional. Depende de la inteligencia y la voluntad de las masas productoras organizadas en los partidos obreros socialistas. La guerra y la revolución han esclarecido esa inteligencia y robustecido esa voluntad. Con o sin una nueva Internacional política, que todos deseamos reconstruir cuanto antes, la influencia política socialista en la formación y aplicación de las leyes que atañen a las relaciones internacionales ha de ser cada día más grande. Ella ha de dar sus caracteres nuevos a la nueva paz, y ha de librarnos para siempre de los horrores de la guerra, si no concebimos ni deseamos la paz como el reino milenario, como un idilio universal. La política socialista ha de hacer que la lucha entre los pueblos no sea epistódica y destructiva, sino una emulación constante, pacífica y fecunda, para cooperar y ser libres, y sentirnos iguales en nuestra diversidad.

La igualdad de las razas, no reconocida en el tratado de paz de Versalles, a pesar de haber sido sostenida por la representación japonesa, y su corolario, la libertad de los trabajadores de emigrar e inmigrar, derecho internacional que los pueblos de lengua inglesa niegan todavía, deben ser principios directivos de nuestra política internacional.

Como a la libre circulación de los hombres por el mundo, debemos propender a la libre circulación de los productos del trabajo humano, e im-

poner el comercio libre entre los pueblos, única forma de llegar a su compenetración y unificación económica. Con el proteccionismo aduanero renace cada día el antagonismo destructivo entre los pueblos, al mismo tiempo que dentro de cada país se establece la peor forma de solidaridad de clases, la de explotadores y productores de cada ramo de la industria contra los productores del mismo ramo en el extranjero, y también contra los consumidores del propio país, que son en su gran mayoría trabajadores.

Sea la política internacional socialista la antítesis del sistema de extorsión fiscal, intereses capitalistas espurios y falsas doctrinas que se llama proteccionismo. Este trata de elevar artificialmente los precios de ciertos artículos para mayores y más fáciles ganancias de ciertos capitalistas y dueños del suelo, a expensas del propio pueblo y distanciándolo de los otros.

El socialismo internacional quiere elevar en todas partes el nivel de vida del pueblo trabajador, y debe dar más libre circulación a los productos del trabajo humano mejor situado. La legislación social internacional que propiciamos se inspira en los mismos propósitos defensivos de los obreros ingleses que fundaron la primera Internacional, alarmados por la condición inferior en que trabajaban los obreros franceses, alemanes y belgas.

En el mundo de nuevos sentimientos, ideas y costumbres que está en formación, en el método amplio y completo que elaboramos para la acción social del pueblo, tiene importancia creciente la conciencia de la necesaria solidaridad entre las naciones, para que la fatal rivalidad internacional sea en todas sus manifestaciones una fuerza creadora.

“La Vanguardia”, agosto 4 de 1920.

LA ASOCIACION INTERNACIONAL POLITICA DE LOS TRABAJADORES

Comenzó en 1863, como un acercamiento entre obreros europeos, principalmente ingleses y franceses, para apoyar la insurrección nacionalista de Polonia.

La segunda Internacional, constituida en 1889, ha sido una organización casi exclusivamente europea. Los socialistas norteamericanos no han tenido en ella la menor influencia. Es cierto que forman un partido exótico en su propio país, por haberse organizado en grupos basados, no en el domicilio, ni en la ocupación, sino en la nacionalidad de origen y en la lengua materna de sus componentes.

Poco ha influido también en ella el naciente socialismo argentino. Nuestro idioma es ignorado en el mundo, ya que, a pesar de la enorme extensión y numerosa población de los países en que se habla, la obra literaria y científica en nuestra lengua es menos importante que la de pueblos tan pequeños como Suiza, Holanda o Noruega.

Australia y Sud Africa, representadas en algunas de las últimas reuniones obreras internacionales, no han tenido en ellas apreciable significación. El Japón envió algún delegado, que fué tan solo un curioso eco de simpatía, y el resto del mundo no ha tenido relación con la 2a. Internacional.

En su intento de reorganización obrera internacional, los revolucionarios rusos han agitado a los pueblos asiáticos, despertando también en ellos el sentimiento de la independencia nacional. Antes que política de clase, el nuevo gobierno ruso les ha enseñado política nacionalista. Y a los débiles pueblos de Sud América, los ha ins-

tado también a defenderse del capitalismo imperialista europeo.

El movimiento obrero político internacional ha sido hasta ahora y ante todo, un conato más o menos consciente de constituir la nueva y grande nacionalidad europea. Toda Europa es apenas de una extensión mayor que los Estados Unidos, y los 120 millones de habitantes de este gran país hablan un solo idioma y saben casi todos leer y escribir. Dentro de la Argentina, caben Portugal, España, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Dinamarca, Polonia, Checoeslovaquia, Hungría, Austria, Suiza e Italia. En la misma extensión de territorio tienen su asiento en Europa los gobiernos de esos 13 pueblos soberanos, faltos de un órgano de coordinación general, con 13 constituciones, 13 distintos sistemas de leyes civiles, comerciales y penales, 13 distintos regímenes electorales, 13 sistemas aduaneros, 13 direcciones de correos y telégrafos. Y se hablan en ese territorio 12 idiomas oficiales distintos!

Siempre, y ahora más que antes de la guerra, la Internacional europea ha estado dominada por cuestiones de nacionalidad, de fronteras, de colonias, de guerra, de obligaciones e indemnizaciones internacionales, más que por asuntos de política mundial. Ni en los medios socialistas europeos se ha extinguido la idea de que Europa, descubridora de los otros continentes, debe dominarlos. Y ese prejuicio colonial, favorable a ciertas oligarquías europeas, conspira contra los intereses de los productores del mundo. La misma 3a. Internacional ha nacido para fines nacionales de resistencia a los gobiernos burgueses de la Europa Occidental, a los que ha querido debilitar, amagándolos en sus colonias.

El desarrollo en el mundo no europeo de un movimiento político obrero que lleve la política obrera internacional a su verdadero terreno con-

tribuirá a debilitar aquellos estrechos nacionalismos y a acelerar la evolución de Europa hacia su necesaria unidad política.

A pesar de su poder, los Estados Unidos no parecen ser los que más contribuyan a esa obra. El socialismo está allí contenido y deformado por los dogmas religiosos. Se hace en aquel gran país mucho bueno en materia social, pero sin ideas generales, capaces de irradiar a los otros pueblos. La misma afirmación hecha por Wilson del derecho absoluto de cualquier pueblo a la autonomía, cuando la interdependencia entre las naciones es y debe ser cada vez mayor, contradice no solamente la moderna teoría histórica, sino también la política de los Estados Unidos en Puerto Rico, en Filipinas, en Centro América y en Cuba.

A esclarecer y metodizar la acción socialista internacional han de contribuir sobre todo pueblos que tengan en el internacionalismo uno de sus más fuertes caracteres nacionales.

La República Argentina es el país y el pueblo internacional por excelencia. Más de la mitad de los habitantes provienen directamente de Europa o son descendientes inmediatos de europeos, cuya superioridad demográfica en el país está demostrada por la estadística. Somos internacionales por la magnitud absoluta y relativa de nuestro comercio exterior, por la participación del capital extranjero en las principales empresas, por la emigración de la sede legal de éstas. Cuando hice referencias en Europa a los diputados y el senador argentinos nacidos en Rusia, en Italia y en España, entendieron allá que habían sido elegidos por votantes originarios de Rusia, de Italia y de España, respectivamente. Expliqué que eran legisladores nacionales, elegidos por la mayoría de los ciudadanos argentinos, en razón de sus aptitudes y no de su origen.

Debemos hacer valer nuestro eminente internacionalismo en momentos en que se habla de realizar la unidad socialista internacional.

La unidad sentimental es el fondo necesario sobre el cual ha de desarrollarse la unidad internacional de las fuerzas obreras capaces para la acción política.

La unión obrera internacional para la acción política debe tratar de ser universal, pero ante todo de ser eficiente.

Es un error sacrificar al número la capacidad efectiva para la acción. Lo esencial para la unión internacional de los partidos obreros es la conducta internacional de los mismos.

Los caracteres nacionales de los partidos dicen menos de su conducta internacional que ésta de sus caracteres nacionales.

La contribución argentina a la unidad es nuestro plan de acción socialista internacional.

De la conferencia de mayo 7 de 1922.

EN LA PRENSA

CAPITAL EXTRANJERO

La empresa del Ferrocarril del Sud va a construir la línea férrea al Neuquén. Esa compañía, que ya es una potencia, extenderá ahora su dominio sobre la zona más vasta y más productiva del país. Su poder va a ser inmenso, su influencia sobre la marcha de los negocios, mucho mayor que la de un gobierno cualquiera. Esa compañía inglesa va a poder más en este país que el Estado argentino.

La clase gobernante no se alarma por eso en lo más mínimo.

Lo que quiere es valorizar nuevas tierras, y no pudiendo construir el ferrocarril ella misma, confía la obra al capital extranjero, dando prueba de un internacionalismo muy plausible.

En realidad, la entrada de grandes masas de capital extranjero es necesaria e inevitable. En Europa el dinero gana un interés bajísimo, aquí uno relativamente alto.

Las grandes empresas de construcción, que es necesario realizar para completar la explotación del país y del pueblo trabajador que lo habita, no pueden ser hechas por la clase rica criolla, disipada e inepta. Y no sólo los ferrocarriles, los puentes, las obras de salubridad, las aguas corrientes, el alumbrado público, los tranvías, etc., etc., pertenecen a empresas extranjeras, o lo que es equivalente, han sido hechos con dinero tomado en préstamo del extranjero, sino que hasta el suelo va cayendo en sus manos.

Para que este país se desarrolle, es necesario que así suceda.

El capital extranjero va a acelerar la evolución económica del país; y con mayor fuerza aun va a acelerar su evolución política y social.

Si hay un profundo antagonismo entre los capitalistas y los proletarios que habitan un mismo país, lo hay más profundo aun cuando los señores del capital están a distancia.

La clase rica del país es para el pueblo un motivo de miseria, porque le quita una gran parte del producto de su trabajo. Pero ese despojo es en cierta medida atenuado, porque el capitalista aquí establecido gasta aquí también la mayor parte de sus rentas. La satisfacción de su vanidad, y de sus apetitos de lujo, da ocupación a muchos. Ese trabajo es casi siempre inútil y humillante, pero al menos proporciona al que lo hace medios de vida.

Con el capital extranjero no es así. Los millones que van anualmente a Europa como dividendos e intereses de las empresas y del capital extranjero, no contribuyen más a sostener el pueblo argentino, que si se quemaran o fueran arrojados al mar.

El ausentismo es siempre una agravación del capitalismo.

Inglaterra va a tener pronto más de una Irlanda.

El pueblo trabajador argentino tendrá entonces que reclamar también su "home rule". Sólo que, más avisado que el pueblo irlandés, no va a hacer de ella una cuestión local, de religión, ni de raza, sino uno de los factores del gran movimiento socialista universal.

"La Vanguardia", Noviembre 2 de 1895.

LA MEJOR FRATERNIDAD ES LA NATURALIZACION

Grandes desfiles, oradores argentinos encomiando a Italia, discursos italianos muy halagadores para los argentinos, saludos de banderas, promesas, votos, música... han puesto últimamente de manifiesto el acercamiento de los dos pueblos.

Todo esto está muy bueno como comienzo; pe-

ro no satisface a los que tienen de la fraternidad una idea más positiva y la reconocen en elementos más palpables.

De muchos años a esta parte hay en el país cientos de miles de italianos. ¿Cómo creer que sólo ante el peligro de una guerra con Chile deban reconocer los lazos que indisolublemente los ligan a nosotros? Así comprendida, la fraternidad ítalo-argentina sería un hermoso sentimiento, pero casi siempre sin empleo.

Ya no va a haber guerra con Chile. Lo probable es que el acorazado "Garibaldi" pasee tranquilamente su bandera sin disparar un tiro, hasta que dentro de algunos años pase a la categoría de hierro viejo.

¿No podrán hacer los italianos nada mejor por la nación argentina, que vendernos sus buques y regalarles la bandera?

¿No podremos darles nosotros puestos de honor y de confianza, sino el que ocupa un nombre italiano en la proa de un buque de guerra?

Esas son muestras de una fraternidad ficticia, de palabra, muerta. Faltaría siempre la fraternidad en la acción.

Si es necesaria la perspectiva horrible y conmovedora de la guerra para que los italianos sientan todo su amor por el país, esa perspectiva siempre está presente. Nuestros conflictos internos son más frecuentes y desastrosos que los externos. La lucha armada es todavía el elemento decisivo en nuestras contiendas. No dejará de serlo mientras la política no cambie fundamentalmente de carácter, mientras no se constituyan partidos económicos, **mientras no se incorpore la población extranjera a nuestro organismo político.**

¿Qué hacer, pues, si después de las procesiones y de los discursos, argentinos e italianos queremos seguir fraternizando? Trabajar juntos en la obra de la organización del país. Tomar todos la

parte que nos corresponde en la gestión de los negocios públicos. Los italianos, naturalizarse; los argentinos, recibir con honor a los nuevos ciudadanos.

La política no es un juego de niños. Es la manifestación permanente y necesaria de la vida nacional. Es el campo en que se lucha por la buena marcha interna, y por las relaciones correctas con los demás pueblos. Si una gran parte de la población de un país se mantiene alejada de ella, el país sufre, y esa población no comprende sus intereses ni cumple sus deberes.

Por su propio bien y por amor a la nación argentina, los italianos residentes entre nosotros deben desear que este país prospere.

Ellos deben desear que su marcha política y administrativa sea regular, que esté limpio de gobiernos opresores y ladrones.

Ellos forman parte del pueblo, que tiene que ser activo si quiere ser libre.

Sin sacrificar nada del amor a su lengua, ni del cariñoso recuerdo de la patria de origen, deben, pues, ponerse en condiciones de influir sobre la marcha del país, no sólo por su participación en la industria y el comercio, sino también por su acción en el campo de la política.

Veán el ejemplo que dan los pueblos de mayor educación cuando están en país extranjero.

En el Transvaal, los extranjeros, casi todos de origen inglés, pelean con las armas en la mano por la obtención de los derechos políticos.

En los Estados Unidos, alemanes, ingleses, irlandeses, escandinavos, todos consideran tan esencial hacerse ciudadanos del país en que viven, como hacer uso del correo y pagar los impuestos. Y eso prestando el más vivo interés, y en ciertos casos la cooperación más decidida, a la política de sus países de origen. Es bien conocido el podero-

so apoyo pecuniario y moral que el movimiento nacionalista irlandés recibe de los Estados Unidos.

Hasta las preocupaciones del patriotismo vulgar obtienen a veces satisfacción para los extranjeros que se nacionalizan. Bismarck ha sido saludado oficialmente en su cumpleaños por la cámara de diputados del estado norteamericano de Wisconsin, donde los electores alemanes son una potencia.

Para que los hijos de extranjeros amen y respeten la tierra donde nacieron sus padres, nada más eficaz que éstos les den el ejemplo nacionalizándose donde sus hijos han nacido, militando al lado de ellos en la política del país. Hay en los Estados Unidos varios millones de ciudadanos que se llaman ellos mismos "german-americans": son los inmigrados de Alemania y sus hijos nacidos en el país, que ponen así de manifiesto y honran su origen, dándose una denominación común. ¡Qué diferencia con lo que pasa entre nosotros, donde los padres creen honrar su nacionalidad conservándose extranjeros!

Las relaciones políticas entre Italia y la República Argentina nunca serán tan cordiales, ni las relaciones comerciales tan prósperas, como cuando haya en este país cientos de miles de "italo-argentinos".

Por supuesto, que si hablamos especialmente de los italianos, es porque las últimas manifestaciones ponen esta cuestión a la orden del día especialmente respecto de ellos, y porque ellos forman en este país el grupo extranjero más numeroso.

La naturalización tendría iguales ventajas, y es igualmente un deber para los extranjeros de cualquier otra nacionalidad.

No hay duda de que los inmigrantes a este país están lejos de tener todos siquiera una mediana

educación política. Pero una parte de ellos la tiene muy buena, y los demás no son seguramente inferiores en ese respecto a la mayor parte del cuerpo electoral argentino.

No hay por qué creer que la actitud asumida hasta ahora por los extranjeros en este país vaya a ser una incorregible rutina.

No hay que pedir nuevas leyes de naturalización, porque la que rige es excelente, y hasta concede un privilegio al extranjero naturalizado, eximiéndolo por diez años del servicio militar.

Lo que hace falta es hacer sentir a los argentinos la necesidad de que los extranjeros se hagan ciudadanos, y convencer a los extranjeros de las ventajas y del deber de la naturalización.

Hágase propaganda en este sentido, abréviense los trámites de la naturalización y se habrá trabajado bien por suprimir uno de los mayores obstáculos al bienestar y al progreso del país.

“La Nación”, Junio 4 de 1896.

LAS FIESTAS NACIONALES

La Sociedad de Trabajadores de Tolosa fué invitada a tomar parte en una procesión patriótica que se celebró en La Plata el día 25 de mayo.

Nuestros compañeros de Tolosa no aceptaron la invitación, contestándola con una nota que decía: “Siendo esta sociedad de carácter socialista y de consiguiente internacional, adhiriéndose a la columna cívica, sería ir en contradicción con sus principios, que son la emancipación de la clase trabajadora”.

Creemos que la abstención de los trabajadores de Tolosa ha sido muy correcta. Pero en las razones que han aducido nos parece que se han equivocado, y aprovechamos la ocasión para dilucidar la actitud del proletariado militante respecto de las fiestas nacionales en general.

Los socialistas se abstienen en las fiestas nacionales porque tienen fiestas propias, mucho más significativas y simpáticas, por cierto, que la más grande de las fiestas nacionales. Se abstienen también porque éstas ordinariamente no sirven sino para que los charlatanes y los hombres de presa de la burguesía exhiban su cómodo patriotismo de circunstancias. Son fiestas en que cada día tiene menos participación el sentimiento espontáneo del pueblo.

Para los trabajadores conscientes es indispensable demostrar que ya no se alegran cuando a sus señores les place colgar trapos de colores, quemar cohetes y hacer sonar fanfarras.

Pero de ahí a creer que el internacionalismo destruye todo sano sentimiento de nacionalidad y pensar que no ha habido hasta ahora en la historia ningún fausto acontecimiento hay mucha distancia.

Los proletarios franceses tienen que admirar la gloriosa revolución de 1789, que destruyó los privilegios feudales, emancipó las inteligencias y allanó el camino de la igualdad política.

Los proletarios alemanes tienen que ver en el desarrollo de Prusia, y en la formación del imperio actual, un cambio político de la mayor trascendencia, que unificando la Alemania, ha sido el punto de partida de su poderoso crecimiento económico, y ha colocado en ella, como lo dijo Carlos Marx, "el centro de gravedad del movimiento proletario europeo".

Los proletarios italianos ven con razón en la unificación de Italia y el fin del poder temporal del papa, un progreso para su país y para la humanidad.

La independencia argentina ha abierto este país igualmente para todos los europeos, nos ha librado siquiera en parte del clericalismo que todavía hoy aplasta con su peso enorme a la inteligencia

española, y muy probablemente ha contribuido a un progreso económico más rápido, tan absurda ha sido siempre la política colonial de España. Ahí va un dato: una carta de España a Cuba española paga doble porte (50 céntimos) que una a Buenos Aires (25 céntimos), teniendo que recorrer menor distancia. De modo que la independencia viene a facilitar hasta nuestras relaciones con España. En Buenos Aires fué abolida la esclavitud de los negros muchos años antes que en Cuba.

A los adelantados, gobernadores y virreyes ha sucedido, es cierto, la clase rica que se ha apoderado del suelo; la sujeción política a España ha sido reemplazada por la sujeción económica a los capitalistas ingleses, franceses y alemanes, y el pueblo empieza a comprender que queda por hacer la más grande de las revoluciones, y como base de la independencia y de la libertad política, establecer la libertad económica.

Pero para llegar a este punto ha sido necesaria toda la evolución anterior, y una de sus momentos más simpáticos es sin duda la Revolución de Mayo, que en nada fué contraria a los intereses de la clase trabajadora.

No es, pues, tanto una razón de principios la que aleja a los proletarios de las fiestas nacionales, como una razón de táctica: la de no confundirse con el vulgo patriotero que toma parte en esas fiestas sin ver un más allá, la de no servir de marco a las tristes figuras de los personajes encargados de honrar sentimientos que en el fondo desprecian y odian.

Lo que repugna a nuestros principios es el aparato bélico-religioso que se despliega en estos casos.

Aparte de que el ardor y la emoción de la lucha que sostiene la clase obrera por su emancipación, lucha la más grandiosa y trascendental para

la Humanidad, la distraen de la admiración por sucesos históricos, de una importancia menor, y que sólo indirectamente la tocan.

“La Vanguardia”, Junio 6 de 1896.

NO ES CUESTION DE RAZA

Somos un pueblo de patriotas, o al menos parecemos serlo. Nos entusiasmos por la bandera azul y blanca; nos conmueve el himno nacional, que queremos oír cantar íntegro; honramos el nombre de los grandes argentinos, ya que no siempre sus ideas, y con facilidad nos dejamos decir que éste es el país más grande, más rico y más floreciente de la tierra.

Sin embargo, en tratándose de hechos que no sean de guerra, en el campo de la actividad industrial, comercial y social, nos creemos capaces de muy poca cosa. ¡Cómo pensar en construir nosotros mismos nuestros ferrocarriles y nuestros puertos! ¡Cómo esperar que nazcan aquí grandes sociedades anónimas o cooperativas! ¡Cómo pretender que todos los argentinos sepan leer, ni que nuestra política sea mejor que la de las repúblicas italianas del siglo XII! No daría resultado, decimos. Nos parece que un pecado original nos incapacita para esas cosas. Dejamos que ingleses, alemanes y norteamericanos las hagan por nosotros, hasta donde les pueden dar honra y provecho, contentándonos en lo demás con admirar a la distancia instituciones y costumbres que no creemos poder igualar ni mejorar.

En la patriótica España sucede lo mismo. Allí se celebra mucho el submarino Peral, pero si se habla de la máquina de segar, dicen que no da resultado. Y sus riquísimas minas y sus mejores viñedos pertenecen a ingleses y franceses.

¡Cuestión de raza! Lo es indudablemente si se quiere decir con eso que hoy la raza anglosajona

es más fuerte que la nuestra. Pero no es más que uno de los resultados de nuestra inferioridad actual, la creencia que tenemos de nuestra inferioridad permanente. Hay en esta preocupación anti-patriótica algo de la superstición del salvaje ante un reloj o un arma de fuego.

No fueron ingleses quienes inventaron la palanca y la rueda. Los primeros bancos florecieron en Italia, cuna de las leyes que aun sirven de modelo en el mundo civilizado. Españoles y portugueses han sido los descubridores de la mayor parte del mundo.

Cuestión de clima, dicen otros. Como si las fuerzas no se combinaran y descompusieran siguiendo las mismas leyes en el ecuador y cerca del polo; como si en la República Argentina y en el Canadá no fuera igualmente cierto que si varios hombres necesitan mover un peso tirando de una cuerda, deben todos tirar a un tiempo; como si en Buenos Aires y en Chicago las máquinas no funcionaran lo mismo, y el comercio en grande escala no fuera igualmente el más económico y el más fácil.

Es seguro que el clima influye sobre los individuos y sobre la raza; pero si en ciertos límites el frío vigoriza y el calor debilita y enerva, éste nos hace más sensibles, y en los países templados o cálidos reaccionamos más pronto y ponemos en la reacción más de nuestra fuerza. Es cierto que somos menos fuertes para el trabajo, pero también lo es que, para vivir lo mismo o mejor, necesitaríamos trabajar menos; nuestro clima es más benigno, no nos exige tanto alimento, tanto abrigo, ni tanto fuego. Si no somos tan capaces como el pueblo alemán, por ejemplo, de una observación paciente y prolongada, en cambio nos ayuda una asociación de ideas más fácil, una imaginación más viva.

Pero hoy no sólo podemos menos, no sólo creemos menos e influimos menos en la marcha del mundo, sino que, para llegar a ese resultado, trabajamos relativamente más. Nuestros obreros viven mucho menos bien que los trabajadores norteamericanos, pero trabajan más horas cada día y más días en el año. Nuestros comerciantes gastan mucho más de su tiempo en manejar sus capitales que el accionista inglés en controlar las operaciones de la sociedad de que forma parte. Nuestros políticos derrochan tanta inteligencia y energía para llevar a buen término sus maquinaciones y sus intrigas, como el más activo propagandista de una reforma o de una idea.

¿Qué es, pues, lo que nos falta? ¿A qué se debe esa inferioridad, que no sentimos bastante, pero que nos inclinamos demasiado a creer irremediable y definitiva?

A que nos faltan la instrucción y la educación que tienen los pueblos más fuertes que nosotros. Los pueblos anglosajones saben más y emplean mejor lo que saben. Entre ellos todo el mundo lee y tiene a su alcance medios de instrucción objetiva; en todos hay cultores insignes de la ciencia. Las nociones elementales del pueblo son más exactas y sus preocupaciones menos absurdas. Por regla general, un inglés o un norteamericano tienen una idea mucho más verdadera del mundo que un italiano o un argentino. Y no porque allá prosperen las facultades de filosofía y letras, sino porque tienen escuelas comunes y la industria les obliga y les enseña a comprender las leyes naturales, y el comercio les pone en contacto con el mundo entero. Un dogma religioso menos estrecho les ha permitido, por otra parte, adquirir hábitos de libre examen y de discusión, y así al mismo tiempo que han comprendido las ventajas de la asociación, se han hecho aptos para asociarse. Aunque rapaces y sin ley en sus relaciones con los

demás pueblos, los anglosajones obedecen en sus relaciones internas a una disciplina y a una moral que constituyen una buena parte de su fuerza. Entre ellos, son tan amigos de la verdad como partidarios del orden. Así es cómo se han apoderado de una gran parte del mundo, cómo han hecho económicamente tributarios suyos a los otros pueblos, cómo son los menos desgarrados por luchas internas, y siendo los que hablan menos de patriotismo, son los que lo sirven mejor. Su historia, como la de todos los pueblos, prueba que el progreso en las distintas facetas de la vida social tiene que ser sinérgico; sin el progreso económico no es posible el progreso intelectual, y si éste se retarda, aquél no deja también de retardarse.

El pueblo argentino está muy al principio de su evolución, y en su desarrollo han de influir muy poderosamente todas las verdades que desde ahora entren en juego. Si esto fuera generalmente comprendido y aplicado en la prensa y en la política, pronto seríamos capaces de lo que ahora nos parece imposible.

La clase capitalista dejaría de dividirse en partidos personales y formaría partidos económicos que representarían los diversos intereses de las distintas clases de propietarios.

El pueblo trabajador comprendería que, excepto abstenerse, lo peor que puede hacer en política es vender su voto, y buscaría más que hoy en la unión y la acción colectiva el mejoramiento de su situación.

Los extranjeros se darían cuenta de la necesidad y del deber en que están de tomar parte en la política del país, y contribuirían a hacerla impersonal y científica.

Y todos sabrían que el bienestar general depende del orden y el progreso; que arriba de los intereses particulares y momentáneos hay intereses

permanentes y generales que respetar. El país prosperaría y tendríamos menos que admirar en los demás pueblos.

Si fuera verdad tanta belleza, veríamos que no es cuestión de raza, sino de doctrina y de método, de educación y de instrucción.

“La Nación”. Junio 24 de 1896.

NOTAS DE LA SEMANA

Durante la semana se ha discutido sobre el sitio que ha de darse en la ciudad de Buenos Aires a las estatuas de extranjeros ilustres. Algunos diputados han propuesto que no se las admita en el centro de la ciudad, y se las coloque en el parque 3 de Febrero. Nos parece que es dar al asunto una solución muy casuística.

Esa colocación debe ser determinada sobre todo por razones artísticas. Si se autoriza la erección de la estatua de un extranjero ilustre, es de esperar que éste lo habrá sido bastante para que su figura quede bien en cualquier parte de la ciudad, siempre que armonice con el marco por sus formas y dimensiones.

Lo que es de lamentar en todo esto es que los extranjeros se preocupen más de la colocación de sus estatuas en nuestras plazas, que de su propia colocación dentro del organismo político del país. Mientras no se naturalicen, no será de extrañar que, al discutirse cuestiones como esta de las estatuas, tropiecen con el espíritu de exclusivismo local. Los extranjeros no se incorporan a nuestra sociedad; y esto lo hacen, según parece, por patriotismo. ¿No es lógico, entonces, que se mantengan vivos en la población argentina las susceptibilidades y los pruritos, que se confunden también con el patriotismo?

Si a la estatua de Garibaldi en Buenos Aires fueran a inaugurarla cien mil ciudadanos argen-

tinios nacidos en Italia, todo el mundo estaría de acuerdo en darle un lugar preferente.

“La Nación”, Julio 26 de 1896.

El recuerdo de la defensa de Buenos Aires contra las invasiones inglesas se ha reavivado en un aniversario de acontecimientos tan memorables. Fueron pocos miles de hombres los que pelearon en 1806 y 1807 en esta tierra, que era entonces un rincón del mundo, y sus combates poco se celebran. Su importancia histórica, sin embargo, ha sido grande. La tenaz resistencia de Buenos Aires contra los ingleses ha conservado bajo el dominio latino la inmensa cuenca del Río de la Plata, que es hoy el país colonial por excelencia para los pueblos meridionales de Europa. Es seguro que bajo el dominio inglés estos países hubieran adquirido mucho mayor desarrollo económico. Pero la población de origen latino y nuestra lengua no hubieran podido desarrollarse y conservarse bajo el régimen británico. Hoy el mundo americano parecería menos equitativamente repartido entre las razas europeas, que lo han descubierto y conquistado. A lo más seríamos en este país algo como en el dominio del Canadá la población de lengua francesa, que tiene ahora una influencia tan secundaria, aunque ella fué la que realizó la obra más dura de la colonización.

Lo que no pudieron los ejércitos, lo ha podido entretante el capital inglés. Hoy nuestro país es tributario de Inglaterra. Cada año salen para allá muchos millones de pesos oro, para los accionistas de las empresas inglesas establecidas en el país. Nadie puede poner en duda los beneficios que reportan los ferrocarriles, los tranvías, las usinas de gas, los telégrafos y teléfonos. Nadie puede negar a sociedades inglesas el derecho de poseer vastas extensiones de campo en nuestro país, desde que los señores territoriales

argentinos tienen el de vivir de sus rentas donde más les plazca. El oro que los capitalistas ingleses sacan del país, o que se llevan en forma de productos, no nos aprovecha más, sin embargo, que si se volatilizara o se fuera al fondo del mar, como se ha dicho que aprovechan a los irlandeses las rentas que los señores ingleses sacan de Irlanda. También nosotros sufrimos del ausentismo de los capitalistas, y, sin oponernos a que vengan, no debemos mirar como un favor el establecimiento en el país de más capitales extranjeros. Son ellos en gran parte lo que nos impide tener una buena moneda, sometiendo nuestro mercado a un continuo drenaje metálico.

Que vengan en buena hora los capitales, pero que vengan con los capitalistas.

“La Nación”. Agosto 16 de 1896.

Ante la amenaza de la guerra con los chilenos, fraternizamos ostensiblemente italianos y argentinos, sentimiento de fraternidad que se exaltó de nuevo ante las desgracias de Italia en su guerra con los abisinios. Ahora son los españoles quienes fraternizan con nosotros, en celebración de nuestra común contienda con los ingleses.

A juzgar, pues, por las ocasiones en que se manifiesta con más pompa, la fraternidad entre nacionales y extranjeros va siempre en este país acompañada de odio, y sólo encuentra aplicación cuando de pelear se trata. Parece que fuera de la guerra no tuviéramos un campo donde poder trabajar generosamente juntos; que en la lucha pacífica por el progreso político y social del país no necesitaríamos de la abnegación y de la virtud de los extranjeros radicados en el país.

Mientras argentinos, italianos y españoles no se acerquen entre sí sino por lo que los aleja de otros pueblos, van a llegar con toda su fraternidad a muy pobres resultados. Ella sólo será ver-

dadera y fecunda cuando se base no en antagonismos sino en armonías, no en diferencias sino en semejanzas, y en primer lugar en el sentimiento común a todas las naciones del mundo: el deseo de ver prosperar la tierra que se habita.

El día que los italianos y españoles entiendan así su fraternidad con los argentinos, comprenderán también que su acción es indispensable en la política del país, y tomarán todos carta de ciudadanía. Los invitamos a hacerlo cuanto antes, y hacemos extensiva esta invitación a todos los chilenos e ingleses que haya en el país, y, si los hubiere, aun a los abisinios.

“La Nación”, Agosto 16 de 1896.

POLITICA CONTRA LOS “GRINGOS”

Estos deben defenderse

Los mismos gobiernos que han sofocado la vida económica del país bajo una montaña de papel, y que ahora hacen todo lo que pueden por alejar el momento en que tengamos un régimen monetario normal, pretenden atraer la inmigración europea, e invierten sumas de consideración en oficinas y propaganda a ese efecto.

Como en todo lo demás, también en materia de inmigración mienten por sistema, y no cuentan con la natural atracción que un país libre y próspero ejercería sobre los trabajadores de Europa, sino con la propaganda inflada y falsa que costea el Estado.

Aquí despojan, por medio de emisiones de papel depreciado, al pueblo que trabaja; lo engañan con conversiones ficticias; lo esquilman con impuestos; lo humillan con una parodia política repugnante y bárbara. En Europa hacen cantar en todos los tonos las grandezas del país, y la fortuna que sonrío a todos los que a él vienen.

Debe ser para sostener oficinas y empleados de

complacencia. De otro modo no se explica tan absurda contradicción.

Los Tornquist y los Uriburu, para quienes el papel moneda y los salarios están siempre demasiado altos, no necesitan inmigración europea, como no la quieren tampoco los senadores que han votado que el peso no valga nunca más de 44 centavos, aunque pueda siempre llegar a valer mucho menos.

El pueblo que ellos necesitan es una raza miserable y abyecta, manejada a látigo, que sufra indiferente las extorsiones a que lo sometan; algo como los desgraciados que trabajan en la más protegida de las ramas de la industria nacional, los peones de los ingenios del norte.

La política económica criolla está calculada para un pueblo de indios, ya que ahora no es posible pensar más en tener esclavos negros; es una política "contra los gringos".

Cada día este país atrae menos a los trabajadores europeos, aun a los mismos italianos, que en Estados Unidos son tan mal tratados. Y para los que están aquí, para los que ya han caído en la trampa de las emisiones y las falsas conversiones, cada día es más remota la perspectiva de un bienestar real, aquí o en Europa.

Si este aislamiento del país, debido a la mala moneda, se tradujese al menos en un acercamiento de todos los que aquí sufren las consecuencias del ruinoso e inmoral gobierno del país, algo se habría conseguido.

Piensen los italianos, los españoles, los franceses, que aquí trabajan, en la muralla que el papel moneda, manejado por manos torpes y sucias, establece entre ellos y sus compatriotas de Europa. Piensen que el papel moneda así manejado los aísla cada vez más en este país.

Tal vez entonces se den cuenta de que suya es,

en gran parte, la culpa, por haber sido indiferentes a la marcha de la política argentina.

Tal vez entonces comprendan que ejerciendo los derechos de la ciudadanía argentina es cómo mejor pueden servir aquí sus simpatías de italianos, españoles y franceses.

“El Diario del Pueblo”, Octubre 5 de 1899.

LA CULPA DE LA PRENSA EN LOS VICIOS DE LA POLITICA

En un artículo titulado “Degeneración política”, “L'Italia al Plata” comenta la situación política del país, que es realmente muy triste.

Haciendo coro a otros “dos diarios autorizados”, deplora el vacío que se ha hecho en el escenario político argentino. “Ya no hay hombres”, dice, y se pone a explicar por qué no los hay: todo el mal está en el gobierno, que es una sociedad comercial para la explotación del país. De ahí que no haya verdadera vida política, ni juventud ilustrada en actividad, etc., etc.

El remedio que propone o desea es también el mismo de siempre: una sacudida, la “revolución”, fin y norte de todo movimiento de la política criolla.

No podemos dejar pasar esas cosas sin contestación, porque, como diario “no autorizado”, creemos que, más que grandes hombres, nos hace falta un pueblo numeroso, consciente y políticamente activo, y que si no lo hay, es porque falta también una propaganda política sana y eficaz en la prensa.

Hay la más estrecha relación entre la vida electoral y administrativa de un país y el estado de la opinión pública, y ésta se forma y se manifiesta en la prensa diaria.

En una sociedad moderna, por consiguiente, si la vida política es viciosa, sus vicios provienen

en gran parte de la prensa, y en ella se reflejan.

¿Qué hacen y dicen en este país los diarios “autorizados”?

“La Nación” habla de política, en el alto y verdadero sentido de la palabra, como hablaría un “amateur”, con curiosidad de dilettante; pero reserva su energía y su influencia para defender las porquerías de la camarilla mitrista.

“La Prensa” hace oposición por sistema; pero, ¿enseña acaso a substituir las prácticas existentes con otras mejores? ¿Hay algún monumento político o social que corresponda al fastuoso monumento industrial de la Avenida de Mayo? Si ese diario callara, ¿quedaría sin representación alguna gran corriente de opinión?

¿Y los diarios extranjeros?

Hacen creer a los hombres de su lengua aquí residentes que este país no es el suyo, que la política de ellos está en otra parte. Un pequeño diario de idioma alemán, el “Argentinisches Tageblatt”, es el único que ha sostenido la necesidad de que los extranjeros tomen parte en la política argentina. Los otros les hablan de Cavite y de Abi-Garima más que de las cuestiones vitales para el país en que viven y la población de que forman parte. Y si se ocupan de política, lo que pueden hacer con toda libertad, es para repetir las trivialidades de los politicastos del país, no para sugerir una acción fecunda y práctica.

El país puede pasarlo bien sin grandes hombres; bastaría que todos supiéramos cumplir con inteligencia las modestas funciones políticas que tocan a los miembros de una sociedad organizada.

Y para eso no serviría una “sacudida”, sino la propaganda seria y tenaz de la prensa diaria.

“El Diario del Pueblo”, octubre 7 de 1899.

LA CONVERSION MAS URGENTE

Ante la amenaza de nueva expoliación que importan para el pueblo los proyectos monetarios, "La Patria degli Italiani" se cree en el caso de dar un consejo a los italianos aquí residentes, diciéndoles que conviertan en oro el papel que hayan ahorrado, porque "la moneda del país dentro de pocas semanas perderá la mitad de su valor, y dentro de algunos meses valdrá tanto como el papel viejo".

Mucho nos complace la vehemencia con que nuestro colega de lengua italiana combate los malhadados proyectos del gobierno, en un lenguaje más expresivo y franco, por supuesto, que los convencionalismos usuales en la prensa del país. Pero las conclusiones prácticas a que arriba nos parecen bien pobres.

Convertir los ahorros en oro, y dar aviso a los italianos de Italia de lo que pasa en este país, para que no vengan, son dos medidas secundarias y transitorias que no pueden remediar un mal permanente y cada día más grave como el gobierno de la oligarquía criolla.

Los proyectos son perversos porque se han opuesto a una baja saludable que obedecía a las necesidades y anhelos de la población laboriosa del país. Son malos también, porque revelan la insolente temeridad con que el gobierno argentino interviene en relaciones económicas fundamentales, que deberían estar a cubierto de sus caprichos o de su clarovidencia.

Pero nada prueba que el oro vaya inmediatamente a subir, aunque posible es que esto suceda. Transformar los ahorros en oro es, pues, asegurarse su valor actual en oro, pero nada más.

Lo que importa a todos los habitantes del país, y entre ellos al medio millón de italianos aquí residentes, si esta manipulación del gobierno se

lleva a efecto, es que sea la última, que en el futuro nó sea posible un escamoteo semejante, que el gobierno esté sometido a un control inmediato y severo. Lo que no será posible si el millón de extranjeros que hay en el país y que figuran en primera línea entre la población productora, se mantienen ajenos a la vida política argentina, de la cual directamente depende el régimen monetario.

Mientras los extranjeros dejen pesar sobre el país gobiernos como el actual, no deberán extrañar que se les impongan empréstitos forzosos en forma de emisiones de papel depreciado o se les someta a cualquier otra expoliación.

La conversión más urgente para nosotros no es la de oro por papel ni la de papel por oro, sino la de los habitantes de este país nacidos en Europa en hombres provistos de todos los derechos inherentes a los miembros de una sociedad civilizada, la conversión de los súbditos extranjeros en ciudadanos.

“El Diario del Pueblo”, octubre 9 de 1899

LA NATURALIZACION DE LOS EXTRANJEROS ES UNA NECESIDAD Y UN DEBER

Contestando a nuestro artículo del domingo sobre la conversión de los extranjeros en ciudadanos, dice “La Patria degli Italiani”:

“¿Conviene al extranjero renunciar a su propia ciudadanía para obtener la argentina, la de un país en formación, donde una oligarquía rica, compacta, prepotente, desprovista de sentido moral, impera, sin control y sin resistencia, sobre una pobre plebe, ignorante, desorganizada, dispersa en un territorio inmenso?”

Esto lo contesta negativamente el colega de lengua italiana, después de insinuar que pedimos a los extranjeros que combatan la oligarquía criolla “porque los argentinos no se han preocupado de eso hasta ahora”.

En realidad, los argentinos no se han preocupado mucho de combatir la oligarquía, unos porque de ella forman parte o la sirven, otros porque son la porción más ignorante y desorganizada de la plebe.

Pero los que ven con dolor y vergüenza el cuadro de la política del país, no pueden dejar de comprender que la oligarquía es tan fuerte porque a ella se han asimilado muchos extranjeros pudientes, que, sin necesidad de tener los derechos políticos, comparten el botín, mientras otros de sus compatriotas de origen entran a confundirse con la plebe nativa, explotada e inerme.

No hay, pues, objeto ni ventaja para nadie en llevar la cuestión al terreno de los méritos retrospectivos de nativos y extranjeros en la política del país. Lo importante para todos es saber lo que debe hacerse.

Afirmamos que para todo el que habita un país en permanencia y tiene criterio político, es una necesidad y un deber ejercer los derechos del ciudadano.

Los italianos, españoles, franceses, etc., que se incorporen a la vida política argentina no van a transformarla porque sean extranjeros, sino porque entrarán armados de ideas y empujados por móviles infinitamente más sanos y fecundos que los que hoy la esterilizan y desvían.

Si no fueran capaces de esa elevación de miras, nada cambiaría con su intervención.

Ya se ha tratado una vez de constituir aquí un "Centro Político Extranjero". La intención era muy buena, pero el modo de realizarla fué bien singular: una asociación política sin más vínculo de unión entre los asociados que el hecho de ser extranjeros, es decir, de no haber tomado parte o de no poder tomar parte en la política. Por ese camino no puede llegarse sino a la Babel de que habla "La Patria degli Italiani".

Pero si los extranjeros se unen según sus intereses y afinidades para tomar parte en la política junto con los nativos de iguales afinidades e intereses, no habrá diversidad de lengua, de educación, ni de tradiciones que puedan debilitar la fuerza de tan grandioso movimiento. El resultado será la constitución de partidos orgánicos, que, dominando en el litoral, dominarán en el congreso y en el gobierno del país.

Lo que ha impedido hasta ahora que esto suceda no es la diversidad de lenguas y de razas de la población de este país, sino su uniformidad en la ignorancia y la falta de educación política. Los italianos, que se naturalizan en Norte América, país de lengua, costumbres e ideología tan diferentes de las suyas, donde los maltratan y desprecian, ¿será por diversidad que no se naturalizarán aquí?

Ha sido precisamente entre el elemento extranjero más extraño a nuestro medio, entre los extranjeros de lengua alemana, donde la idea de la participación en la vida política del país que habitan ha sido primero comprendida como un deber y como una necesidad.

Teme el colega de lengua italiana que si los extranjeros toman parte en la política, "el pobre "gringo" pague por todos el susto que se dé a la oligarquía criolla, perturbando sus laboriosas digestiones". No nos parece que el pobre "gringo" pueda pagar nunca más que ahora. El "gringo" paga impuesto por comer arroz, por ponerse camisa, por tener una segadora, por producir trigo. El "gringo" costea una iglesia oficial y sus hijos tal vez no tienen escuela. El "gringo" se ve amenazado todos los días en sus ahorros y sus salarios por la pillería y la locura de los gobiernos que trasiegan la moneda. El "gringo" no tiene apoyo legal alguno contra la tiranía de quien lo emplea.

Así lo han comprendido los españoles, italia-

nos y alemanes que forman parte del “núcleo” socialista argentino, a excepción del cual, como dice “La Patria degli Italiani”, “no hay en este país más que “camorre” políticas”. Ellos han comprendido su situación, han roto con complacencias y prejuicios, y se han naturalizado, dando un alto ejemplo de educación política, y conservando una simpatía más activa y más eficaz por las cosas de su país de origen.

La necesidad y el deber en que están los extranjeros de entrar en la vida política es para nosotros evidente.

La cuestión está en que sepan para qué y cómo deben entrar en ella.

“El Diario del Pueblo”, octubre 11 de 1899.

LOS UITLANDERS DE LA ARGENTINA

Por mucho que se esfuerza, “La Patria degli Italiani” no consigue disimular el italianismo que motiva su actitud en la cuestión de la naturalización de los extranjeros.

Ese sentimiento, ese amor a la tierra donde se ha nacido y vivido, lo aplaudimos sin reserva mientras, traduciéndose en fuerza y en vida, sirve a sus altos fines.

Pero cuando se manifiesta, al contrario, por su lado negativo, paralizando, restringiendo el desenvolvimiento de los que anima, no vemos en él sino una de las tantas manifestaciones del chauvinismo latino, y lo combatimos.

Lo combatimos en los argentinos que de buena fe no ven en la entrada de los extranjeros en nuestra política una necesidad y un bien. Lo combatimos en los extranjeros que no ven en la acción política local e inmediata un medio de elevar aquí la situación de sus connacionales, y de estrechar las relaciones entre este país y su país de origen.

Ese chauvinismo es el que mira en la natura-

lización, no la adquisición de nuevos derechos que dan en cualquier caso más fuerza y más dignidad, sino la negación de la patria de origen, a la que se pretende honrar con la abstinencia de toda actividad política.

Ese chauvinismo es el que prefiere la naturalización impuesta y en masa, a la entrada, “mediante un acto espontáneo de la propia voluntad”, en la vida política del país.

Las ruidosas manifestaciones de fraternidad italoargentina, a que también “La Patria degli Italiani” prestó su concurso, habrían sido una farsa grotesca o ingenua si no condujeran a un movimiento franco y enérgico para corregir los males denunciados por nuestro colega de lengua italiana, que tanto ponen en peligro “la piel” de los italianos aquí residentes.

Y en ese movimiento llamamos a tomar parte a los italianos mismos, para que, con su participación en la vida política, impidan la repetición de hechos como el que se cita del coronel Falcón y el exterminio de la familia Cerutti.

Estos son casos especiales que han tenido gran resonancia. ¡Cuántas son las víctimas ignoradas y silenciosas que la política bárbara del país hace entre la población extranjera! En julio del 90, el suelo del galpón de la Asistencia Pública, en la calle de Esmeralda, estaba cubierto de cadáveres recogidos de las calles. Eran en su mayor parte extranjeros, muertos casualmente por las balas del gobierno o de la revolución, sin que para eso hubieran ellos adquirido los derechos políticos.

“En la Argentina, partidos políticos no hay más que uno: el socialista”, dice “La Patria degli Italiani”, y de ahí deduce que, una vez obtenida la ciudadanía, los extranjeros “deberían en buena lógica unirse al partido socialista”.

Nosotros creemos que, aquí como en Europa, un partido socialista consciente es el mejor

agente de una política de orden y progreso, porque representa los intereses más fundamentales de la masa de la población y adapta su propaganda a la época y a las necesidades locales. Así entendido, el socialismo no es la hueca y bizantina controversia con el individualismo, que se imagina “La Patria degli Italiani”, sino un método científico de acción política para elevar la situación material, intelectual y moral del pueblo.

Pero no creemos absolutamente que, porque no hay ahora aquí otro partido que merezca ese nombre, todo extranjero que adquiriera los derechos políticos deba entrar en el partido socialista.

Puede haber muchos que, como “La Patria degli Italiani”, no lo entiendan o hasta lo encuentren antipático, sin dejar por eso de tener mucho que hacer en el campo de la política.

¿Por qué no se encarga “La Patria degli Italiani” de sostener por sí misma el programa político que en su artículo de fondo recomienda a la atención del... Poder Ejecutivo?

¿Por qué, si la mayoría de los inmigrantes tienen, como ella dice, escasísima o ninguna cultura, no se empeña en elevarlos a una cultura mayor, educándolos para la acción política?

¿Por qué “El Correo Español”, “L’Italia al Plata” y “L’Italiano” no han dicho hasta ahora una palabra en esta controversia?

“El Diario del Pueblo”, octubre 13 de 1899

NUEVAS PRACTICAS Y NO NUEVAS LEYES

“L’Italia al Plata” se ha puesto a decir cosas muy importantes sobre la vida política nacional.

“En la Argentina los partidos no representan diferencia substancial alguna de criterio político o administrativo. Cada uno de ellos se propone únicamente llevar al poder a sus respectivos je-

fes, al solo fin de apoderarse de los empleos públicos.”

“Los extranjeros, contentos con poder rezongar libremente contra el mal gobierno, se entregan a una resignación musulmana, desdeñando casi el participar en la administración de la cosa pública, que, sin embargo, abraza especialmente sus más vitales intereses.”

Después de lo dicho por el ministro Rosa, define los proyectos financieros como “un nuevo sistema de robar inventado por el honorable Pellegrini y patentado por el congreso argentino.”

Y atribuye el triunfo de la trapisonda monetaria al ambiente corrompido y servil que hay en el parlamento, debido al abandono que hace el pueblo de sus propios derechos, y a que los extranjeros están fuera de la vida pública del país.

“L'Italia al Plata” anima a los extranjeros a la acción política, a “intervenir todo lo posible en los negocios públicos, a empezar a formar los verdaderos partidos políticos que deberán substituir a los actuales partidos personales. Propone la formación de un partido “informado en criterios modernos, animado de ideas prácticas, inspirado en conceptos amplios de gobierno liberal, honesto, moral, y que incluya en su programa cuanto el viejo mundo ofrece de fresco, útil y genial”.

Estas son verdades y tendencias cuya oportunidad e importancia no es posible exagerar. Las aplaudimos, porque su actuación será la condición fundamental de todo cambio favorable en la vida política argentina.

No podemos, sin embargo, dejar pasar sin réplica algunas afirmaciones del mismo diario en lo que se refiere a la abstención de los extranjeros en nuestra pasado político.

No es exacto que los extranjeros hayan sido excluidos de la vida pública.

La constitución argentina concede a los extran-

jeros los derechos políticos bajo condiciones que nada tienen de excesivas. Con dos años de residencia y la solicitud de la ciudadanía se tiene ésta, más el privilegio de estar libre por diez años de todo servicio militar obligatorio.

En otros países es necesario residir un tiempo mucho más largo, y pagar una cuota bastante alta de naturalización para conseguir lo mismo, sin privilegio de ninguna clase.

En esto, como en todo, lo mejor que tenemos son las leyes, y lo peor las ideas y las prácticas.

Los extranjeros no han hecho uso de los derechos políticos, que tan poco les cuesta adquirir, por falta de valor para combatir de frente los vicios de la política criolla, o por ignorancia y falta de educación política, o por un mercantilismo absorbente, o por una preocupación patriótica, negativa y estéril, fomentada por la prensa de lengua extranjera y por el necio orgullo patriótico de muchos nativos.

El elemento extranjero de mayor cultura política, los suizos, y el animado por los móviles más prácticos y los más altos ideales, los trabajadores, han resuelto ya el problema, aunque en pequeñas proporciones, naturalizándose bajo la ley vigente.

Diecisiete diputados del parlamento italiano han enviado a los trabajadores, sus connacionales establecidos en este país, el más franco y terminante consejo de naturalizarse, para ser ciudadanos del país donde tienen necesidades que llenar y principios que sostener.

Es absurdo pretender que los extranjeros conserven vínculos de subordinación y protección con sus países de origen y tengan aquí los derechos del ciudadano.

Los que así lo pretendan, van a recibir lecciones de buen sentido desde su vieja patria de Europa.

En Italia se está comprendiendo que las obliga-

ciones militares impuestas a los italianos que vuelven a Italia después de años de emigración y a los hijos de italianos nacidos en país extranjero son un motivo de que unos y otros no vayan a la península, lo que perjudica a la industria y el comercio italianos. Hay, pues, algunos militares italianos que piden la abolición de esas obligaciones. Esta medida, si se lleva a efecto, será un inteligente paso hacia el acercamiento práctico de los dos pueblos, y una lección a los que aquí no son nada en política por no renunciar a ser súbditos del rey Humberto.

No hace falta ninguna agitación popular para que a los extranjeros de ciertas condiciones de fortuna y de capacidad intelectual se les reconozcan los derechos políticos.

Estos derechos los tienen archirreconocidos los extranjeros de cualquier fortuna y capacidad, y a lo más hace falta que se simplifiquen las formalidades de orden reglamentario para su ejercicio.

Lo urgente es que los extranjeros sientan y sepan a qué fin deben dirigir en este país su acción política, y aprender a ejercerla.

Pedir otra cosa es caer una vez más en el vicio latino, de esperar que las leyes hagan lo que sólo podemos hacer los hombres.

“El Diario del Pueblo”, Octubre 22 de 1899.

POR QUE LOS EXTRANJEROS VOTEN

Se queja “L’Italia al Plata” de que aquí los extranjeros no tienen sino el derecho de “pedir” la ciudadanía.

Lo asombroso es que eso le parezca excesivo. También los ciudadanos nativos, para hacer valer su voto, tienen que pedir la inscripción en el registro cívico y que llevar después su voto a la urna, porque nadie va a ir a pedírselo a su casa.

Una ciudadanía impuesta o concedida a los

extranjeros sin que ellos la necesiten ni la pidan no sería apreciada, y esos nuevos ciudadanos poco o nada harían en el terreno político para el bien suyo y del pueblo.

Hay en esta cuestión un "quid pro quo" funesto para el desenvolvimiento del país y el bienestar de los extranjeros que lo pueblan. La renuncia voluntaria a ser súbdito de Humberto o de Alfonso XIII no es la renuncia a ninguno de los sentimientos nobles y hermosos que unen a los italianos y españoles aquí residentes con sus respectivos países; es la renuncia a un vínculo puramente legal y político, no étnico, ni sentimental, ni moral; a un vínculo político remoto y estéril, para adquirir otro inmediato y fecundo, que haga valer mejor aquí toda la simpatía que tengan los italianos y españoles por sus respectivas patrias.

No se trata de pedir un favor, sino de reclamar un derecho.

Hablar de humillación, como hace otro colega de lengua italiana, a propósito de la solicitud de ciudadanía, es tan absurdo como suponer que los extranjeros de este país tienen más dignidad que los varios millones de alemanes, ingleses y escandinavos establecidos en los Estados Unidos, a cuya grandeza contribuyen con su industria y con su voto.

Por nuestra parte, estamos dispuestísimos a apoyar toda agitación tendente a modificar las formalidades para hacerse ciudadano, y hemos propuesto que, a este fin, baste la inscripción en el registro cívico con presentación de dos testigos.

Esta simplificación es urgente, sobre todo en el campo, de donde es muy caro e incómodo ir hasta donde está el juez federal.

Respecto del manifiesto del grupo socialista del parlamento italiano invitando a los trabajadores italianos aquí residentes a adquirir la ciu-

dadanía, nos extraña que “L’Italia al Plata” diga que lo conoce por nosotros cuando ella misma lo publicó íntegro en sus columnas, a fines de 1897, aunque acompañándolo de comentarios desgraciados.

Ese documento no merece el asentimiento de muchos tal vez porque no proviene de hombres de “la comprensión política y del sentido práctico” de Mansilla y de Morel, sino de agitadores y propagandistas como Ferri, Turati y Costa, que saben “abstraerse de la fuerza del ambiente” cuando a este ambiente lo ven lleno de mentira y de corrupción.

“El Diario del Pueblo”, octubre 25 de 1899

SOBRE EL MISMO TEMA

Combatir la preocupación contra la naturalización de los extranjeros podrá ser un mal negocio, pero es una obra inteligente y buena.

Es urgente decir la verdad sobre eso a extranjeros y argentinos: a aquéllos, para que se libren de la influencia de quienes explotan su credulidad haciéndoles pensar que reniegan de su origen si adquieren aquí los derechos políticos; a los argentinos, para que comprendan que si los extranjeros no entran en la vida política del país, la corrupción y el atraso en que nos encontramos se prolongarán mucho más tiempo.

Adquirir los derechos políticos es para los extranjeros completar su personalidad, elevarse de la categoría de colonos o súbditos a la de ciudadanos, sin dejar por eso de ser tan amigos como antes de su país de origen.

Tener voz y voto en la política del país que se habita no implica el abandono de la lengua madre, ni un cambio de costumbres, ni mucho menos de carácter. Puede uno comer puchero y tomar mate sin perder la afición a la cerveza, a los tallarines o a los garbanzos. Así también pue-

de un europeo mostrar un interés activo y eficiente por la administración del país donde paga impuestos y se sirve del correo, sin dejar de recordar y amar el otro país donde ha nacido y vivido.

Los extranjeros establecidos en Norte América, provenientes de los pueblos europeos de mayor educación política, son casi todos ciudadanos, y al mismo tiempo muestran el más vivo interés por la política de su país de origen, para la cual contribuyen con su simpatía y con su dinero.

No hay en Buenos Aires quienes sigan con más atención la política europea que los trabajadores extranjeros socialistas, los mismos que han dado entre nosotros el alto ejemplo de su naturalización.

No hay en Italia partido político que se interese más que el partido socialista por la suerte de los italianos en el extranjero, y son los diputados de ese partido en el parlamento italiano quienes han animado a los trabajadores italianos aquí residentes a adquirir la ciudadanía.

Hablar, como "La Patria degli Italiani", de heroísmo, de abnegación y de sacrificio, a propósito de los sentimientos que impiden a algunos extranjeros adquirir los derechos políticos, es charlatanismo puro. Los héroes y los mártires italianos son los caídos en Africa o los encerrados en las cárceles del reino.

Alta y digna es aquí la actitud de los extranjeros que fraternizan en verdad con el pueblo en que viven y se hacen ciudadanos. Dirán, y con mucha razón, que lo hacen por su propio interés, porque la mala política del país también pesa sobre ellos. Pero es un interés tan desconocido, un interés tan en pugna a veces con el inmediato y mezquino interés personal, un interés que se confunde tanto con el interés de to-

dos, que sostenerlo suele ser un verdadero acto de abnegación y sacrificio.

“El Diario del Pueblo”, octubre 27 de 1899

LA BUENA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

Como lo ha anunciado “El Tiempo”, el grupo socialista del parlamento italiano ha resuelto presentar un proyecto de ley para la abolición de los derechos de aduana sobre el trigo.

La opinión inteligente de nuestro país ve con viva simpatía esta iniciativa de los diputados socialistas italianos, que, hace tres años, merecieron ya el más caluroso aplauso por el manifiesto en que animaban a los italianos residentes en el Plata a hacerse ciudadanos del país donde viven y trabajan.

Durante las tres últimas décadas, la población y la producción de cereales han seguido en Italia un movimiento inverso. Mientras la población se ha elevado de 26 millones a 31 millones y medio, la extensión de tierra sembrada de trigo y maíz apenas ha aumentado, y la producción media por hectárea cultivada ha disminuído. Cuando la densidad de la población era de 93,50 habitantes por kilómetro cuadrado, producíanse 82 millones de hectolitros de trigo y maíz; cuando ha llegado a haber 109 habitantes por kilómetro, el trigo y el maíz producidos no han pasado de 66 millones de hectolitros.

No sólo se ha visto desaparecer la exportación de trigo y reducirse a casi nada la de maíz, sino que la importación de esos dos granos ha llegado a una cifra anual de conjunto de 800 mil toneladas.

Entretanto, el gobierno, so pretexto de proteger la agricultura, elevaba el derecho aduanero sobre el trigo de 1,40 liras por quintal en 1871 a 7,50 liras en 1898, agravando cada año ese impues-

to de consumo sobre el pan, que ha llegado a ser de 7 1/2 centésimos de lira por kilo.

En los momentos de crisis y escasez ha habido, pues, en Italia sobrada razón para acusar al Estado de agravar el hambre del pueblo, y no han sido sino demasiado explicable revueltas como las del 98 en Milán.

Ante ese conflicto, el Partido Socialista italiano ha sostenido la buena doctrina: la libre introducción de los granos, que ahora va a proponer categóricamente en el parlamento.

Esta reforma aduanera, abaratando el pan del pueblo, no sería solo una obra de equidad y de higiene social.

Con el pan barato, como ya lo comprendieron a mediados del siglo los políticos ingleses del "big loaf", gana la industria que no necesita entonces elevar relativamente tanto los salarios.

No menos favorable para la joven y próspera industria italiana sería la actividad del comercio exterior debida al libre tráfico de trigos.

Y si del punto de vista agrícola, el libre comercio de granos pudiera ser una amenaza, lo sería sólo de una saludable revolución en los procedimientos de cultivo y cosecha.

Para el bien de Italia es, por consiguiente, de desear que pronto sea un hecho en aquel país la libre introducción del trigo, lo que, por otra parte, sería altamente benéfico para la agricultura en nuestro país.

Abolido en Italia el derecho aduanero sobre el trigo, aumentaría allí la importación de este grano, y tocaría a la agricultura argentina proveer a una buena parte de ese aumento. El trigo argentino tendría mayor demanda, tal vez fletes marítimos más baratos, su cultivo se extendería. Habría mayor inmigración, sobre todo de agricultores italianos, y el valor de la tierra subiría.

Comprendiendo todo esto, las cámaras italianas de comercio en el Plata, deberían hacer que los

propietarios y cultivadores argentinos manifestaran su apoyo a la libre introducción del trigo en Italia enviando al Partido Socialista italiano alguna ayuda pecuniaria destinada a la agitación que va a emprender por esa reforma aduanera.

Seguirían así el admirable ejemplo de inteligente solidaridad internacional que nos han dado los diputados socialistas italianos.

A sus compatriotas de origen que están en la República Argentina les han dicho que se naturalicen para elevar su situación valiéndose de los derechos políticos, y para el bien del pueblo trabajador de Italia, piden ahora que se dé libre entrada al trigo extranjero, del que una buena parte, el argentino, por ejemplo, es en gran parte cultivado por trabajadores italianos.

Compárese esa política con la del gobierno argentino. Para fomentar la inmigración, no facilita la ocupación del suelo por quiénes lo cultivan, ni abarata la vida del pueblo productor, ni lo dignifica con leyes protectoras del trabajo. Paga en cambio, agentes de propaganda para traer inmigrantes ignorantes y sumisos, que se contenten con cualquier salario y sufran en silencio las exacciones fiscales y monetarias. Y en lo que se refiere a mercancías, de Italia, por ejemplo, de dónde se pretende atraer inmigración, no se deja entrar libremente sino acorazados.

Para atraer la inmigración, la buena política no contaría con la miseria de otros pueblos, sino con la prosperidad de éste.

Suprimidos los impuestos aduaneros de consumo que en nuestro país empobrecen al pueblo, detrás de las telas de algodón, el arroz, la sal y el "olio d'oliva", vendrían también de Italia más y mejores inmigrantes.

"El Tiempo", Agosto 11 de 1900.

EL IMPERIALISMO EN ACCION — CONTRA LOS OBREROS DE PUERTO RICO

Hace pocos días, los diarios daban este telegrama :

San Juan de Puerto Rico. — El señor Santiago Iglesias, presidente de la Federación Obrera de Puerto Rico, ha sido condenado hoy a la pena de tres años, cuatro meses y ocho días de prisión, por el delito de haber formado parte de una sociedad ilegal y de haber tramado una conspiración con objeto de conseguir que se aumente los salarios de los obreros valiéndose de medios violentos.

Otros siete agitadores fueron condenados a la pena de cuatro meses de prisión, y dos resultaron absueltos. Los condenados tendrán que pagar además las costas del proceso.

La condena fué pronunciada de acuerdo con las leyes españolas, que están aún en vigencia en Puerto Rico".

Los antecedentes de esta noticia, digna de nuestra mayor atención, son los siguientes, que tomamos de un periódico socialista norteamericano :

Conquistada la isla por los Estados Unidos, fué rápidamente invadida por el capital yanqui; junto con el imperio de los "trusts" del azúcar y del hierro, se estableció el sistema monetario norteamericano, y el dolar reemplazó a la pieza de cinco pesetas, depreciada del 15 al 30 o/o, como todo el papel moneda y la moneda de plata de España. El brusco desarrollo económico del país hizo subir los precios; las provisiones y los alquileres que antes valían cinco pesetas, pasaron a valer un dolar. Sólo una cosa se quiso continuar pagando con la moneda vieja: los salarios. Las empresas obligaron a los trabajadores a recibir los salarios de antes en la moneda de antes, viejos cuños españoles, de los cuales los obreros no podían deshacerse sino con un fuerte descuento. No todos los trabajadores se sometieron sin protesta a recibir sus salarios en esta moneda inferior. En las plantaciones de caña de azúcar de Canovenas y Buena Vista se declararon en huelga, pidiendo más altos salarios. En Vignes pidieron los obreros que se les pagara en dólares.

Los empresarios acusaron a los comerciantes de causar el descontento entre los obreros, al no reducir sus precios al equivalente en oro de los antiguos precios en plata, y los amenazaron con establecer almacenes propios para proveer a los trabajadores.

Pero todo no se limitó a eso. Aunque no había habido ninguna violencia grave, las autoridades y la prensa de lengua inglesa emprendieron una cruel campaña contra los organizadores de la resistencia. Un diario decía entonces: "La policía municipal trabaja duramente, y sabiendo que las autoridades se proponen perseguir a todos los agitadores obreros, arrestan a los organizadores obreros así que los ven".

Iglesias, el más activo y prestigioso, fué puesto preso, así como Zoilo Betancourt, Gregorio Pérez y Nicomedes Canales, acusados de amenazas a los trabajadores de Casa Blanca y de la fábrica de Finlay. Con todo, los obreros socialistas lanzaron un periodiquito, "La Huelga", con artículos firmados por Iglesias, Conde, Carrillo y Dones.

Iglesias, puesto en libertad por un momento, pronto fué encerrado de nuevo en la cárcel de Puerta de Tierra. El procurador general Russell aconsejó al tribunal que lo condenara "en toda la extensión de la ley". Al cumplimiento de sus deseos, y a las intenciones generales de los que gobiernan en Puerto Rico, responde la monstruosa condena que acaba de transmitir el telégrafo.

¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué semejantes condenas, en ocasión de una simple huelga, cuando los gobernantes norteamericanos están acostumbrados a ver los más graves conflictos en su propio país, y a tolerar las mayores violencias?

¿Por qué reservar para los propagandistas obreros el rigor de las leyes españolas, cuando en Norte América son libres todas las propagandas, aun las más absurdas y descabelladas?

El gobierno yanqui trata a los portorriqueños

como a una raza inferior y quiere mantenerlos como a casta sometida, que reciba grata los beneficios que quieran concederle sus amos, sin pretender conseguirlos por su propio esfuerzo libre y consciente. Ve en el movimiento obrero el embrión del nacionalismo portorriqueño, y quiere a toda costa sofocarlo.

Poco podrán contra esta tendencia los socialistas norteamericanos; por mucho tiempo carecerán de influencia sobre la política de su país. Reina actualmente en los Estados Unidos el más franco espíritu de dominación y de conquista. El genio de Napoleón es el que más se admira. El almirante Dewey es el héroe nacional que más se celebra. Los representantes de Norte América en el congreso panamericano de Méjico no han aceptado el arbitraje obligatorio para todas las cuestiones entre las naciones americanas; han reservado para su país la libertad de emplear medios de solución más "imperialistas" que el fallo de un juez imparcial.

Lo que pasa en Puerto Rico es una lección para los sudamericanos, sean patriotas en el sentido estrecho, séanlo como los socialistas, en el más amplio sentido de la palabra.

Hay hombres sinceros, apegados a la tradición y a los símbolos, para quienes nada es tan precioso como su nombre nacional y su bandera. Que ellos se convenzan de que sólo un pueblo trabajador despierto y celoso de la equidad económica es capaz de defender su independencia política. Los siervos, sumisos a los señores del país, se someten sin resistencia a los dominadores extranjeros. Tomen el ejemplo de los imperialistas ingleses, quienes dicen que "tres piezas y una cocina por familia, son el mínimun necesario para criar una mediana raza imperial". ¡Cuánto más necesarias serán para un pueblo sano y fuerte, que quiera y sepa defender su libertad! Y en

las sociedades modernas no hay salud ni fuerza para el pueblo trabajador, si éste no lucha por su bienestar en el terreno gremial y político. En el mundo capitalista el socialismo es el fermento de la libertad.

Y los que vemos en la patria ante todo a los hombres que la habitan, y ciframos nuestro patriotismo en la holgura material y la elevación mental de nuestros conciudadanos, no seamos indiferentes a las cuestiones de política externa. Nuestros gobiernos son muy malos: esforcémonos por mejorarlos, mediante el voto, y, si es necesario, mediante el fusil. Pero pensemos siempre que sería aún mayor calamidad la dominación extranjera.

Si el imperialismo norteamericano, inglés o alemán quisiera tratarnos como a Puerto Rico, bueno sería ofrecerle alguna resistencia. Hay que frecuentar los "stands".

"La Vanguardia", Enero 11 de 1902.

EL PATRIOTISMO

La proximidad del congreso del Partido Socialista Argentino nos obliga a dedicar a las cosas internas de nuestra agrupación parte del espacio que ordinariamente nos ocupa la lucha con los enemigos del pueblo que trabaja.

Necesario es discurrir sobre los tópicos presentados por las agrupaciones a la consideración del congreso, para que las resoluciones de éste sean oportunas y fundadas.

Por una omisión de los estatutos del Partido, que sería conveniente subsanar, ellos no ordenan que los asuntos presentados a los congresos deban serlo en la forma de una resolución o de una expresión de opinión. El congreso no puede, sin perder un tiempo precioso, tratar académicamente sobre cuestiones presentadas en general, sin que se conozca siquiera la opinión

al respecto de quienes llevan el tema a la deliberación. Para ser conducente, ésta ha de tener por punto de partida una proposición en que se afirme o se niegue alguna cosa, o se proponga alguna resolución.

Es de suponer que, llegado el momento, las agrupaciones, por medio de sus representantes, así lo harán.

Entretanto, entorpece la discusión previa la ignorancia en que nos encontramos respecto del modo de ver de los miembros del Partido que presentan ciertas cuestiones.

Y si alguna vez uno ha podido estar perplejo acerca del sentido que quiere darse al título de una proposición, es al leer que varias agrupaciones del Partido proponen al congreso como tema la “propaganda antipatriótica”.

¿Qué quiere decir eso?

Tan sobrios como somos en el uso de las palabras “patriota” y “patriotismo”, que no empleamos casi sino en sentido irónico, y muy excepcionalmente hablando de nosotros mismos, no necesitamos los socialistas ocuparnos en nuestros congresos del patriotismo declamador y farsaico, sobre el cual manifestamos todos los días nuestro asco y nuestro desprecio.

¿De qué se trata entonces? Ha llegado a oídos de nuestros compañeros alguna extravagante e insensata propaganda antipatriótica que ellos quieran hacer condenar por el congreso con toda su autoridad? La intención no sería mala, pero, si nos ocupáramos de eso, pecaríamos por exceso de celo, pues basta y sobra con los falsos patriotas para combatir toda propaganda intencionalmente antipatriótica.

Queda otra hipótesis, que enunciamos última porque es para nosotros la más desagradable: la de que los compañeros proponentes quieran embarcar al Partido en esa propaganda antipatriótica. A nuestro juicio, ésta sería, lo repeti-

mos, extravagante e insensata; no traería mal sino para nosotros mismos, y serviría a las mil maravillas a los fines de los patriotas de profesión.

Nuestra propaganda antipatriótica sería ruinoso para el Partido Socialista, y, en lo demás, absurda y estéril, sin el menor poder de dañar.

Por esto no decimos que sería una propaganda funesta, ni una calamidad pública.

En el fondo, sería siempre una cuestión de palabras.

Ningún hombre en uso de razón puede querer mal para el país en que vive, para el grupo humano de que forma parte. Sólo un estado mental como el que conduce al suicidio puede hacer desear la ruina del propio país, de la propia comunidad social.

Cuanto más lejos llegan nuestra vista y nuestras aspiraciones, cuanto más internacionalistas somos, tanto más sentimos y comprendemos que donde vivimos y trabajamos es donde más podemos hacer por el bien social.

¿Vamos a dejar agostarse la planta vecina, que vemos sedienta de riego, pensando que, allá muy lejos, donde no alcanzamos, hay tal vez plantas más hermosas?

¿Vamos a dejar sucia la letrina porque en alguna parte hay quizás letrinas más inmundas?

Agradables o desagradables, las impresiones directas e inmediatas son las que determinan más fuerte reacción en los hombres de sistema nervioso normal.

En lo político, esta reacción conducente a cultivar lo bueno y corregir lo malo del medio en que vivimos, es lo que se llama patriotismo en la mejor acepción de la palabra. Y reaccionando así, es cómo mejor contribuimos al bien universal.

Seamos, pues, patriotas en este sentido. Y en

nuestro próximo congreso, en lugar de votos vacíos e inconducentes, estudiemos la naturalización de los extranjeros.

¿Qué hacer para que los argentinos sientan su desamparo de ciudadanos perdidos en medio de una masa humana indiferente e incapaz para la política?

¿Qué hacer para que los trabajadores extranjeros comprendan sus deberes de solidaridad política para con los trabajadores nativos, y estrechen los vínculos de su país de origen con su país de residencia haciéndose aquí ciudadanos?

“La Vanguardia”, marzo 22 de 1906.

SE RUEGA NO MALTRATAR A LOS EXTRANJEROS

Decididamente, hacemos grandes progresos.

Lo dicen los numerosos signos exteriores del desarrollo del movimiento obrero argentino, lo dicen también los violentos esfuerzos de cierta prensa para desacreditarlo y detenerlo.

Hasta ahora era “El Diario” la hoja que más embrollaba respecto del socialismo y mentía sobre el movimiento obrero. Pero sus laureles tenían sin sueño a “La Nación”, y ésta se ha puesto, con no menor celo, a la obra torpe y mezquina.

En uno de sus últimos números publicaba, en lugar preferente, sobre “la bandera roja” una pedantesca diatriba, por la que no sabemos cuánto habrá pagado a su asiduo colaborador Grifo.

Es una larga tirada, hecha de encargo, a instancias de los peores elementos reaccionarios que hay en el país, en la cual se esbozan ya las líneas doctrinarias que tenderán contra los avances del socialismo los teóricos de la rutina y del privilegio.

Y es curioso ver cómo en todas partes esa

defensa toma la misma forma y combina los mismos elementos.

Cuando “los pilares de la sociedad” se yer-guen para sostener mejor la bóveda que ame-naza aplastarlos, llaman siempre en su auxilio, como los más preciados refuerzos, a la supersti-ción, el odio de razas y el localismo.

En Rusia, el gobierno excita al pueblo contra la infeliz raza judía, a la cual atribuye el ori-gen de todos los males; en Alemania, el germa-nismo fanático y el antisemitismo son las de-rivaciones que se buscan desde arriba para las incómodas ideas tan propagadas ya entre el pueblo; en Francia, la reacción bulle en la olla podrida del nacionalismo, mezcla pestilente y oscura de aventureros a lo Boulanger, patrio-tas a lo Derouléde, príncipes en desgracia, ele-ricales, duquesas, agiotistas a lo Jaluzot, anti-semitas a lo Drumont y judíos renegados a lo Meyer.

Y he aquí que estamos en camino de tener también nuestro “nacionalismo”. No en vano las iglesias atesoran, codiciosas, las reliquias de todo lo que puede halagar el amor propio “nacional”. Los restos del masón San Martín en la Catedral, la osamenta de Belgrano en Santo Domingo, son signos visibles de una negra alianza, que pretende sofocar en este país el movimiento de ideas, co-rrelativo del progreso técnico-económico.

La arremetida de Grifo contra el socialismo em-pieza con un himno cursi a la grandeza y ge-nerosidad nacionales.

“Hubo un tiempo — dice el Syveton criollo — en que teníamos todo lo que viene de la natura-leza, y lo que nace de la conciencia humana, triunfante, fuerte y satisfecha”. Es cierto que no comíamos sino carne, o pan criollo, pesado e in-digesto, hecho de trigo extranjero, o de trigo del país, trillado con yeguas; es cierto que las ove-jas criollas, sarnosas, daban poca lana y mala;

que las vacas criollas, pobres lecheras, eran de poca carne y grandes cuernos; que nuestra técnica toda era primitiva; pero habíamos copiado-malamente la constitución norteamericana, y esto bastaba para que “viviéramos entre las vibraciones jubilosas de la nueva era de reconstrucción nacional”.

Gozábamos de “la paz sólida y segura”, que nos depara la crónica lucha intestina entre los bandos de la oligarquía, cuando se nos ocurrió “abrir de par en par las puertas del hogar nacional a todos los hombres del mundo”, “con verdadera hospitalidad castellana”, pues mientras a los extranjeros los dejábamos cultivar el territorio, los hijos del país nos reservábamos “todos los inconvenientes y aun todos los dolores” de las revueltas, las elecciones falsas, el despilfarro de los dineros públicos y el envilecimiento de la moneda.

Ingratos a tanto beneficio, los trabajadores extranjeros no se han limitado a traernos el esfuerzo de sus brazos, su habilidad técnica, su educación intelectual y moral; y se han atrevido a introducir al país teorías nuevas: “quieren suprimir a Dios” y protestan contra “esclavitudes, abyecciones y miserias”, que Grifo no sospecha cuáles pueden ser. En su bienaventuranza de habitante de este “suelo manso, pastoril, eglógico”, él no ha visto niños de cinco años en las fábricas, ignora los conventillos y supone a los campesinos en un picnic continuo.

De ahí que deteste el socialismo, esa “lepra exótica” “hija de la opresión y la miseria”; a su juicio tenemos bastante con la otra lepra, la lepra sin figura de retórica, que aflige en Corrientes a pueblos enteros, y con la peste bubónica, endémica en el litoral, hijas ambas, como se sabe, de la libertad y la abundancia.

Felizmente, para el señor Grifo, la “acción morbosa” del socialismo, que “cunde” entre nos-

otros, y cuyas “manifestaciones híbridas y ana-crónicas se producen casi a diario”, será un “contagio efímero”.

Felizmente para el país, decimos nosotros, nuestro movimiento socialista obrero ha aparecido bien a tiempo para librarlo de la yergüenza y la ruina de la política criolla.

El nos acerca a los pueblos fuertes y cultos, que se defienden contra la explotación interna y externa; él nos presenta como pueblo capaz de alimentar ideales vivos y fecundos; él incorpora al organismo político argentino lo mejor de la masa laboriosa extranjera; él sustrae al envenenamiento y la corrupción de la política criolla a los obreros argentinos inteligentes y honestos.

Grifo puede declamar todo lo que quiera contra el socialismo; no lo oirán sino los señores que le pagan como a su vil instrumento.

Cuanto a la hospitalidad, que tanto ensalza, de este país para los extranjeros, tememos mucho que no sea sino demasiado “castellana”, como la que se estilaba en Burgos, capital de Castilla la Vieja, hace algunos años, cuando vimos en las calles de esa ciudad grandes carteles aconsejando al vecindario que “no maltratara a los extranjeros”.

Así nosotros, decimos a la burguesía criolla: nada tiene el país que temer de los extranjeros; es lógico y necesario que teniendo tan gran papel en nuestro adelanto técnico-económico, lo tengan también muy grande en nuestro adelanto político-social; la más estrecha de sus fórmulas políticas, tiene más valor que las viejas declamaciones de la democracia criolla, porque es más sincera. Sea abolida la ley de residencia.

Rogamos a la clase gobernante que no maltrate a los extranjeros.

“La Vanguardia”, mayo 4 de 1906.

LUCHA DE RAZAS

La infame política criolla de la oligarquía cubana, la codicia de los dueños del suelo de Cuba y la voracidad del capital norteamericano amenazan entregar aquel hermoso país a la administración extranjera. Los yanquis tratan de dorar la píldora de su protectorado con todo género de protestas de respeto a la libertad cubana.

Cuál será, sin embargo, ese respeto, siendo Cuba un país de negros y mulatos y de blancos que se mezclan sin dificultad con aquéllos, nos lo dice el odio atroz y la persecución cruel de que son víctimas los negros en Norte América. ¡Qué administradores para Cuba podrán salir de un país donde mezclarse al negro es la acción más indigna que pueda cometer un hombre blanco, falta tan grave contra los prejuicios corrientes que se la paga muchas veces con la vida?

Lo probable es que los gobernadores norteamericanos traten a todos los cubanos como a negros.

Y esta sujeción pasiva y casi espontánea de un país de nuestra lengua a la dominación extranjera sería precisamente cuando en el mundo entero se agita la idea de la autonomía nacional.

La India, Egipto, los mismos negros de Africa, levantan hoy el estandarte de la independencia.

Sus aspiraciones y tentativas encuentran la más resuelta y despiadada oposición de los gobiernos extranjeros a que están sujetos.

Y en esta tenacidad en la opresión, vemos aún a gobiernos de origen civilizado retroceder a los procedimientos más atrasados y más bárbaros. Hijos de la libre Inglaterra son los que exterminan tribus enteras de negros en Natal, los que azotan a los predicadores del etiopianismo, los que ahorcan y flagelan infelices felahs, los que

persiguen a los niños que en las ciudades de la India entonan el himno patrio "Bande Mataram" (¡Salve, oh madre!), que augura la libertad nacional.

¡Hasta qué punto son relativos los sentimientos y los conceptos sociales!

El pueblo británico, inspirado siempre en la Biblia, el más conservador de su fe, tiene agentes en Africa que escarnecen a los sacerdotes del cristianismo negro. El pueblo británico, celoso de los fueros individuales, cultor del "habeas corpus", da a Egipto gobernantes que levantan ostensiblemente la horca antes de dictada la pena de muerte. El pueblo británico, que ha hecho una especialidad de la ayuda propia (self-help) y del gobierno propio (self government), envía al Asia virreyes que condenan como criminal insensatez los deseos de autonomía de los indos.

Es que los antagonismos de razas son todavía en la historia una considerable realidad.

Los alemanes han reglamentado prolijamente la conservación de los elefantes y las jirafas en sus colonias de Africa, cuya población negra extinguen por sistema, matando a sangre y fuego o de hambre y sed, hasta las mujeres y los niños.

Pesada y dolorosa es la dominación extranjera, sobre todo cuando a la brutalidad militar se agregan en ella la avidez del capital y los prejuicios del pueblo.

"La Vanguardia", octubre 27 de 1906.

LA PATRIA

Quando señores ingleses que se respetan desean informarse acerca de la prostitución en una ciudad, preguntan muy seriamente: ¿Y cómo está la moral?

Así palabras muy usuales pierden por completo su sentido primitivo, al ser aplicadas para simu-

lar sentimientos que no se tienen o para disimular lacras.

“Patria” es otra de esas palabras cuyo significado degenera.

La gran mayoría de los hombres la usa cada vez menos.

Para los millones de seres humanos en vías de movilización industrial, siempre dispuestos a embarcarse para ir indistintamente a trabajar en las fábricas de Norte América, o en los cafetales del Brasil, o en las estancias uruguayas, o en las chacras argentinas, o en las salitreras del Pacífico, la palabra apenas si tiene sentido.

No lo tiene tampoco muy grande para el productor o comerciante en trigos del Plata, cuyo precio depende de las oscilaciones del mercado europeo; ni para el Banco de Londres, cuya sucursal de Buenos Aires iza la bandera argentina con la misma convicción con que la de Río la bandera brasilera; ni para los Rothschild, familia internacional que, con toda equidad, presta dinero a los dos soberanos en guerra, ni para los fabricantes de armamento, que dejarían conquistar el mundo por Menelik, si éste pudiera comprarles y usar todos sus artefactos de destrucción.

Para la ciencia, la patria no aparece sino cuando se trata de subvenciones del gobierno. Y el arte se está volviendo tan mundial, que hombres de todas las lenguas quieren celebrar en el mármol o el bronce la independencia argentina. Boers e ingleses fraternizan en Sud Africa, y cooperan en la organización política del territorio; ¿lo harán en nombre de la patria?

La palabra pierde en fuerza tanto como gana en extensión. Para todo hombre de entendimiento sano, la patria es el mundo donde puede vivir y desarrollarse como un ser libre e inteligente. Por supuesto que los asuntos colectivos le intere-

san más cuanto le tocan más de cerca; pero no porque sean los de la patria, sino porque son los del país en que está.

La palabra, entretanto, en manos de cierta gente, sirve con fines muy concretos.

Al joven ciudadano llamado al cuartel, que corta su carrera y entrega su puesto de trabajo, tal vez definitivamente, a un extranjero, se le llama en nombre de la patria.

Al padre de familia, agobiado por las necesidades, a quien se le imponen contribuciones extraordinarias para malgastarlas en alarmas internacionales, verdaderas o falsas, se le esquilma en nombre de la patria.

Y la patria es la más socorrida de las frases de los gobiernos corrompidos e ineptos, de los ambiciosos a lo Boulanger, de la prensa venal, de los nacionalistas de pega. La bandera de la patria es la de todas las facciones y camarillas.

Patriotismo es entre cierta gente sinónimo de zoncera. "No crea usted que lo hago por patriotismo", dicen cuando quieren pasar por vivos.

Empieza ya a sucedernos con la patria como a los ingleses con la moral.

"La Vanguardia", 26 de mayo de 1909.

LA PATRIA Y LAS BANDERAS

Característico de las discusiones verbales y académicas es que no tienen nada que resolver. Por larga y abundante que sea la actual polémica sobre la patria y la bandera, ella dejará al Partido como estaba antes, sin modificar en lo mínimo su fuerza ni su acción.

Instado a tomar parte en el torneo, lo hago para poner punto final en nuestro diario a la discusión.

Toda ella proviene del hábito de formular conceptos absolutos, y, por añadidura, fijos.

A la patria, que algunos miran como una entidad rigurosamente delimitada, tradicional, sagrada, de un misticismo que embrutece y aplasta, se opone el concepto absoluto de la humanidad, toda solidaria e igual.

Entre los dos modos de ver, el último responde más a las modernas tendencias históricas, pero con tantas limitaciones actuales, de una manera tan relativa, que sólo gracias a la creciente preocupación de cada pueblo por su desarrollo histórico propio es que la humanidad puede acercarse a esa armonía y homogeneidad. De otro modo, la historia no sería el consenso creciente y la vinculación cada vez más estrecha de las diversas patrias, sino el predominio cada vez mayor de los patriotismos activos, el ensanche violento y antagónico de ciertas patrias hasta el triunfo total de alguna de ellas; y entonces las diferencias de clase que dividen a la Humanidad, se reforzarían al superponerse con ellas nuevas diferencias de raza.

Y estos patriotismos activos existen, aunque prefiramos ignorarlos. Bajo el gobierno del Partido del Trabajo, Australia no tiene actualmente preocupación más grande que la de su defensa nacional. Si bien han aparecido delegados del Japón en el último congreso socialista internacional, no se cree en Australia que ellos representen el estado mental de la masa del pueblo japonés ni de su gobierno.

Con el progreso del transporte y las comunicaciones, se ensancha la porción de corteza terrestre que nos interesa, hasta abarcarla por completo. ¿Cómo encerrarse en un concepto estrecho de la patria cuando el globo entero nos parece chico? Los lugares que amamos, nuestras relaciones económicas, nuestra actividad política, nuestros afectos personales, nuestros gustos artísticos se

desparraman en una extensión siempre mayor del mundo.

Pero al mismo tiempo nacen infinitos vínculos nuevos, necesidades y posibilidades de acción común para los hombres que viven cerca. Una ciudad antigua era un simple hacinamiento de casas yuxtapuestas. Una ciudad moderna es un sistema de cañerías de agua, de cloacas, de cables eléctricos, de rieles, de calzadas, de aceras, de buzones, de hilos telefónicos, de focos de luz, etc., en cuyos intersticios vive la población. He ahí otros tantos vínculos nuevos para los habitantes de una ciudad, sin contar los infinitos que en su seno establecen la centralización de la industria, el comercio, la educación. La ciudad moderna, más extendida y más vinculada a otras ciudades que la antigua, es al mismo tiempo una unidad mucho más orgánica que aquélla, separada del resto del mundo por sus murallas.

El mismo proceso se pasa en cada país, por los ferrocarriles, los teléfonos, los canales, el correo, la prensa, etc..

Todas sus partes se vinculan más íntimamente y se hacen más interdependientes. La unidad nacional es una realidad más tangible. La anexión de una parte de Francia a Inglaterra, que fué posible hace algunos siglos, sería hoy de un absurdo infinito.

Multiplicanse, pues, y se hacen más indispensables las afinidades colectivas locales, de municipio, de provincia, de país, que ocupan tanto más a los hombres cuanto los tocan más de cerca.

E indudablemente, cuanto más locales son esas actividades colectivas, tanto más informados y preparados están los hombres en general para desempeñarlas. Sirviendo al grupo humano en que estamos es cómo mejor podemos servir a la humanidad.

Nuestra psicología se adapta a esa necesidad, y fatalmente nuestros sentimientos son más vivos por lo que nos toca más de cerca; queremos sobre todo el bien del país en que estamos, odiamos sobre todo a los agentes de su atraso y mal-estar. Esta mayor intensidad de la emoción política local es lo que todavía puede designarse bajo el nombre de patriotismo, pasión que se entibia al extenderse de la ciudad o la aldea a la provincia y de ésta al país. ¿Por qué? No sólo porque al ensancharse el territorio y el grupo demográfico a que se refieren, nuestras impresiones son menos frecuentes e inmediatas y nuestras emociones menos vivas, sino también porque las unidades políticas, a medida que se agrandan, son de límites más caprichosos y contenido más heterogéneo. Por mi parte, soy más patriota de Montevideo que de la Quiaca.

No hay conflicto entre el amor por el pueblo de que formamos parte y el amor por la humanidad, sino cuando se señalan al pueblo lindes arbitrarias, que sólo responden al mantenimiento de predomios tradicionales. Y también cuando se ignoran las diferencias reales que separan a los hombres. Parte de mi internacionalismo consiste en reconocer los prejuicios nacionales de otros hombres, que me impiden acercarme más a ellos. En las obras de Panamá, bajo el gobierno norteamericano, ningún trabajador de origen hispanoamericano puede pasar de capataz.

El desprecio, real o ficticio, por el propio grupo es una aberración. Habrá mejores, pero no nos aproximamos a ellos ni nos acreditamos en su opinión, despreciándonos nosotros mismos. El antipatriotismo es una monstruosidad que aleja entre sí a los hombres en vez de conciliarlos. A los últimos congresos gremiales internacionales, a las conferencias de los organizadores del movimiento de los distintos países, a las estadísticas de la or-

ganización obrera gremial del mundo, no se ha negado a concurrir sino la Confederación Obrera de un gran país de Europa, la de Francia, manejada a la sazón por furiosos antipatriotas.

Cuanto a las banderas, no tienen importancia. Se ha hablado de suprimirla en los batallones, por razones de táctica. El abanderado con su símbolo es un estorbo, no combate, y los otros soldados, por defender el pabellón, tal vez abandonen puntos o cosas de más importancia.

De cualquier color, la bandera no sirve sino para sugestionar y arrastrar inconscientes. ¿Para qué ese color, que habla a los sentidos y excita los instintos de los hombres, sino porque no se quiere hablar a su inteligencia?

Tienen entretanto las banderas un valor negativo. Me gusta la argentina porque no es la paraguaya que ondea sobre el oro a 1700, ni la boliviana, bandera de pongos y corveas, ni la de un país cuyos trabajadores se llaman "rotos", ni la de Méjico, donde se llaman "pelados". Me dolería su substitución violenta, que significaría nuestra incapacidad colectiva para el progreso histórico sin la coerción extranjera y sin sangre. Me gustaría más la sudamericana, de cualquier color, que resultara de la vinculación pacífica de estos pueblos. Y prefiero la roja, porque significa que no me hipnotiza la azul y blanca, y presagia una humanidad libre e inteligente, sin banderas.

"La Vanguardia", 10 de Junio de 1909.

¿RESTAURACION NACIONALISTA?

El señor Wall, recién vuelto de Inglaterra, adonde lleva a su esposa cuando está en cinta, para que sus hijos nazcan en suelo inglés, acaba de echar violentamente a la calle a 70 empleados argentinos del Tranvía del Puerto de Buenos Aires; porque no se prestaban a inscribirse en falso en

el Registro Electoral, ni a entregar las libretas, como se lo exigía la empresa; y en la patriótica operación lo ha ayudado entusiastamente la policía. Se dice que las libretas eran para un gran canalla y alto funcionario, pariente o no de Figueroa Alcorta, que cuenta con el decidido apoyo de éste para conservar su importancia política.

La infame imposición, además de violar torpemente la ley electoral, es un verdadero crimen de lesa humanidad. ¡Cuántos sufrimientos y miseria no significará para los despedidos esa baja participación de un empresario inglés en una sucia maniobra de la política criolla!

Y si patriotismo quiere decir algo, ¿no es también éste un crimen de leso patriotismo?

Henos aquí a los argentinos, en el centenario de la independencia argentina, a merced de la opinión de capitalistas ingleses que nos dicen cuántas veces y por quién hemos de votar!

He aquí el capital extranjero inoculando la lepra de su codicia en la política criolla, para podrir la aún más!

Henos aquí, ciudadanos de nombre, vendidos a la canalla gobernante, en cambio de favores prometidos o ya concedidos a capital extranjero! Nuestras calles, monopolizadas por las empresas inglesas, que nos roban el derecho del voto, para que los patriotas oficiales les permitan cobrar nos más caro el pasaje!

El atentado es tan grande, que ha indignado aún a los diarios extranjeros que se publican aquí, el más inteligente de los cuales, "Argentinisches Tageblatt", le dedica las siguientes palabras: "Se ve que hay gringos que aventajan a los criollos en el fraude electoral. Y a tan desvergonzados embrollones han de estar entregados sin defensa los trabajadores? No hay contra ello sino un remedio eficaz: la organización política de los trabajadores! Tipos como Wall con-

tribuyen poderosamente a ello. Abren los ojos aun a los dormidos.”

“La Vanguardia”, febrero 5 de 1910.

EL CAPITAL EXTRANJERO

Cruzábamos ayer la ciudad con un extranjero, nacido en un libre país de lengua inglesa. Y señalándonos las grandes estaciones de ferrocarril, las vías, las usinas eléctricas, nos decía: —“¡Qué lástima que todo esto se encuentre en manos de extranjeros!”

Por cortesía, y también porque carecemos de prejuicios de lengua o de raza, le respondimos que esa circunstancia no nos preocupaba, y que nos complacía ver a los extranjeros ocupando cualquier situación en nuestro país. “Lo que sentimos es que siendo tan enérgicos y capaces para posesionarse de toda empresa privada importante, esos mismos extranjeros no intervengan en nuestra política.”

—Es que intervienen en ella mucho más y con mucho mayor daño para el país, de lo que usted se imagina —, díjonos nuestro interlocutor. Y nos hizo pensar en las concesiones solicitadas como un favor y obtenidas por medio de gratificaciones a los caciques de la política criolla, para ser negociadas después en Londres por sumas cuantiosas; en el servilismo de esas empresas con la gente oficial y en su brutal tiranía con el público; en su falta de consideración para los empleados, a quienes prohíben toda acción colectiva digna y libre, cuando no les imponen la sumisión a administradores y jefes determinados, aun en cosas que nada tienen que ver con su trabajo; en las ganancias enormes de esas empresas pulpos, que aguan su capital enormemente para disimularlas; en el creciente monopolio de todas las vías por donde circulan en el país los trabajadores y sus productos, de todos

los servicios públicos que no entran en la rutina de los gobiernos criollos, de todos los puertos importantes para el comercio exterior; en su gradual apropiación del suelo de las zonas y puntos más importantes del territorio argentino.

Y comprendimos como nunca que el capital extranjero es ya entre nosotros una gran potencia política, contra cuya acción extorsiva y corruptora es especialmente urgente luchar.

“La Vanguardia”, febrero 8 de 1910.

EN MAYO

La prensa rica y algunos caudillos del movimiento gremial hablan de una huelga general en ocasión del Centenario, y, en consecuencia, también en los centros obreros organizados se discurre sobre el tema.

Contribuyamos, pues, en la medida de nuestros alcances, a definir las ideas al respecto, porque si bien ya nadie tiembla cuando se habla de huelga general, es ésta un procedimiento de lucha cuya eficacia y trascendencia conviene no comprometer en intentonas extemporáneas e inmotivadas.

Se habla de vengar agravios recibidos por la clase trabajadora, idea pueril de venganza que, aun como sentimiento individual, es una preocupación grosera e inconducente. El ofendido que se deja dominar por ese sentimiento atávico recibe doble ofensa: la que le infligió el ofensor y la que se inflige a sí mismo al subordinar su conducta a la de otro, al distraerse de sus fines propios en la obsesión de castigar al ofensor. Quien está realmente por encima de éste no sujeta su línea de conducta a una pasada brutalidad ajena, sino que sigue su camino en la vida, acrecienta y disciplina sus fuerzas en la obra creadora, hasta confundir al ofensor en su im-

potencia e insignificancia, para lo que no necesita siquiera acordarse más de él. Nuestra venganza de Figueroa Alcorta será empequeñecerlo en la historia. A medida que la clase trabajadora argentina realice su grandiosa misión en nuestra evolución social, los tiranuelos a lo Figueroa aparecerán en toda su pequeñez y miseria.

La huelga general es una gran solemnidad obrera. Declararla en ocasión de las fiestas del Centenario sería, pues, asociarse a ellas, contribuir por contraste a darles importancia, subordinar a la tradición burguesa un acontecimiento de la vida obrera que se pretende sea grande.

Ni es posible declarar a plazo fijo un movimiento colectivo de esa índole, cuando la organización gremial proletaria es tan deficiente y falta un estado pasional como el horror y la indignación populares ante la masacre del 10. de Mayo del año pasado.

Actos recientes de la autoridad, y en primer término la importante ordenanza sobre la intervención de la policía en las huelgas, preparan una época de progreso ordenado y rápido para la organización obrera. Grave error sería malograr esta buena oportunidad por el capricho de hacer un poco de ruido o de escándalo.

El papel del pueblo trabajador consciente en las próximas fiestas debe ser otro.

Cualesquiera que sean nuestro respeto y nuestra admiración por la obra de 1810, que dió al país más libertad de comercio, acelerando así su desenvolvimiento, vinculando su pueblo a los otros pueblos del mundo, y abriéndolo a los mismos hijos de España, alejados hasta entonces de esta región por vetustas ordenanzas, no podemos servir de coro ni de marco a los advenedizos que nos gobiernan y preparan sus más groseras farasas de patriotas profesionales. Celebremos el Centenario en nuestro fuero interno, pero no de-

jemos creer que las fórmulas de independencia y libertad nos colman de entusiasmo cuando nos oprime y nos despoja una oligarquía corrompida, incapaz de respetar siquiera las reglas elementales de la libertad burguesa. Mantengámonos, pues, lejos de los altares en que los politicastros van a ofrendar sus sonados y mentidos sacrificios a la patria.

Y si entre los empresarios de la industria y del comercio hay algún fanático o servil que pretenda imponer a sus empleados demasiados días de asueto, y asociarlos así a festejos redundantes y exagerados, hágasele entender que la clase trabajadora no participa de esa superstición estúpida o mentida por mayo de 1910, y exíjasele, por los días de fiesta, el pago de los salarios.

"La Vanguardia", abril 10 de 1910.

LA DECLARACION DE COPENHAGUE

Un gran congreso de representantes del pueblo trabajador del mundo se ha ocupado de asuntos argentinos. En la magna asamblea, reunida en una capital europea y agasajada por sus autoridades, estaban delegados del más poderoso partido de Alemania, de la fracción más fuerte del Parlamento de Austria, de las más nuevas y progresivas fuerzas políticas de la Gran Bretaña, el primer orador de Francia, hombres eminentes en la política de Bélgica y Suiza, diputados auténticos de los pueblos de Italia y España, cabezas que piensan para la masa de los pueblos todos de Europa, y corazones que sienten con ellos, hombres representativos de la nueva democracia en gestación en Norte América.

Y ante el triste cuadro de las costumbres de la política criolla, aquel gran Consejo de la política mundial ha censurado severamente a la oligarquía responsable en la Argentina de tanta corrupción y tanta barbarie, a la "clase dirigente" que se

atribuye el mérito del progreso material del país, resultado de la expansión de la población y del capital europeos, y, en cambio, ignora o descuida por completo su función propia de organización y progreso social, no encontrando en la política más incentivos que la satisfacción de su vanidad y de sus vicios.

En el mundo entero, centenares de diarios han publicado la declaración de Copenhague.

Sólo la prensa rica de Buenos Aires, la misma que registra prolijamente la más insignificante impresión de cualquier charlatán europeo sobre la Argentina, la ha callado cuidadosamente.

¿Por qué? Porque la prensa rica se siente y comprende solidaria de la política criolla, porque toda ella está más o menos embanderada en las facciones de la oligarquía, porque siente menos afecto por el pueblo trabajador que miedo a las bandas negras que en la ciudad de Buenos Aires asaltan imprentas al grito de ¡viva la policía!

Si hablaran de la resolución de Copenhague sería para calificar de antipatriótica la actitud del Partido Socialista Argentino al proponerla, y en los crudos términos que le dan tan acentuado sabor local.

Con esta acusación, sin embargo, mostrarían una vez más su hipocresía o su ignorancia.

Al desarrollarse las relaciones internacionales en el terreno económico, las cuestiones políticas toman todas un aspecto internacional. Ligados íntimamente los países entre sí por los vínculos del comercio y de las migraciones humanas, casi no hay en ellos cuestiones propiamente internas.

Pensábanlo ya hace muchos años los directores de la política burguesa de Buenos Aires. Para dominar la insurrección campesina encabezada por Artigas en la Banda Oriental, hicieron invadir aquel país por un ejército brasilero que ocu-

pó a Montevideo. Contra Rosas, los emigrados se aliaron primero a las armas de Francia, y como el dictador venciera a esa combinación internacional, se recurrió para derrocarlo años después a otra alianza con el Brasil, que engrosó con sus batallones el ejército de Urquiza, y protegió con su escuadra el paso de los ríos por las tropas que habían de triunfar en Caseros.

¿Qué decir de las obscuras maniobras de los actuales politicastros argentinos para mantener siempre vivo el fuego de la guerra civil en la tierra uruguaya? La colocación de los más conocidos cabecillas uruguayos en altos empleos argentinos, la entrega de armas nacionales a los jefes de facciosos extranjeros, la tolerancia para con las partidas de titulados revolucionarios que se forman para invadir el país vecino, son todos casos del más alto anarquismo internacional.

¿Cómo extrañar que la prensa que fomenta y apaña esas negras intrigas y maquinaciones haga la conspiración del silencio alrededor de la resolución de Copenhague, que la denuncia y la estigmatiza también a ella?

Entretanto, el Partido Socialista Argentino ha dado un paso más en su acercamiento al pueblo trabajador del mundo, al ir hacia él en busca de una manifestación de simpatía y de apoyo moral.

Ojalá no necesitemos la intervención de la fuerza militar extranjera para el establecimiento de la democracia de verdad en este país. Pero mientras la política argentina sea lo que es, temeremos mucho más a nuestro gobierno que a los gobiernos extranjeros, y nuestros voceros estarán más en Montecitorio, en el Palais Bourbon y en el Reichstag que en lo que aquí se llama Congreso.

“La Vanguardia”, Noviembre 14 de 1910.

EL DIPUTADO JUSTO Y LA BANDERA

El diario mercachifle en pacotilla patriotera no ha publicado el discurso del diputado Justo, ni dicho una palabra del apretado haz de enormes verdades que éste dijo en la cámara, pero ha recogido dos respuestas improvisadas a impertinencias con que se pretendía interrumpirlo, registra hasta el tono en que fueron dichas, y no las presenta tampoco con exactitud, las mutila y desfigura para llegar a conclusiones falsas.

Hemos preguntado al diputado Justo si tiene algo que decir al respecto, y nos ha contestado:

“He mostrado en la cámara mi respeto a la bandera argentina al expresar mi dolor de haberla visto en manos de las turbas vandálicas del Centenario, en las que había hasta delincuentes soltados ex profeso del depósito 24 de Noviembre; al lamentar que entonces se hiciera de la bandera un pretexto de vejámenes a muchos de los innumerables extranjeros de esta ciudad cosmopolita, tal vez recién llegados y que pueden muy bien no conocer el himno nacional del país, ni comprender qué se pretendía de ellos al paso de la bandera; al exponer nuestra vergüenza de que otras agresiones de ese mismo fanatismo patriotero provocaran en el Brasil manifestaciones antiargentinas en las que fué groseramente tratada nuestra bandera. Todos los buenos argentinos que hayan escuchado o leído mi discurso habrán encontrado en él la expresión de sentimientos e ideas tan fundamentales para nuestro porvenir de pueblo, que no habrán puesto atención en las incidentales referencias a la bandera. Respecto a ésta no puedo sino repetir lo que dije hace algunos años en una conferencia del Ateneo, fragmento que, por haber sido publicado re-

cientemente en forma adulterada, deseo ver impreso de nuevo como yo realmente lo dije.”

(Véase página 111).

“La Vanguardia”, junio 8 de 1912.

RETROGRADOS

Hablando ayer en la cámara sobre la elección de Jujuy con bonhomía declamadora y magnánima, el diputado radical Castellanos salvó el “error” del vicepresidente de la Plaza al calificar de avanzada a la agrupación radical.

La enmienda es completamente fundada. El vice no ha debido llamar avanzado al partido titulado radical, en un país donde “nadie es tan radical como los obispos”.

“¡Qué desgracia es la mía! — escribía un joven abogado cívico, ansioso de “figuración”, como se dice en la jerga de la política criolla, a un conocido socialista. — ¡Que no haya un partido menos avanzado que el de ustedes en que yo pudiera entrar!”

El partido radical, o llamado así, tiene la misma timidez de aquel ambicioso joven. No se siente tranquilo sino cuando se encuentra en un atraso relativo.

No nos sorprende, pues, la declaración del señor Castellanos. Su partido ha sido, es y será radicalmente conservador. Es pedir peras al olmo esperar que pueda aventurarse en un franco movimiento de progreso.

El diputado radical explica por una ilusión de perspectiva el ver “en un solo bloque los partidos que luchan en el llano sin notar los caracteres de diferenciación fundamental que los individualizan en sus antecedentes, en sus tendencias, en sus modalidades y en su programa.”

Tras tan prolija enumeración, se esperó en la cámara oír por fin una declaración explícita de los fines y del programa del partido radical. Pe-

ro el señor Castellanos no satisfizo tan legítima expectativa. Refiriéndose a nuestro partido, agregó en su lenguaje abstruso y trascendental: “La diversidad de su contextura y de su orientación con respecto al programa radical, puede desentrañarse, en lo substancial, penetrando el sentido profundo que se desprende de este hecho simbólico: en todos sus desfiles por las calles, flamean las divisas rojas del ideal libertario internacionalista, con eliminación expresa y absoluta de los colores nacionales. En cambio, las columnas del otro partido a que alude el mensaje presidencial van siempre encabezadas por banderas argentinas.”

¡Los colores de la bandera! ¡He ahí “desentrañado” “en lo substancial” “el sentido profundo” del “programa radical”!

Observaremos desde luego que los radicales están más vulgarmente caracterizados, del punto de vista cromático, por la boina blanca y la bandera “tricolore” atenuada. Y en el Rosario, donde coquetean con los anarquistas, han llegado en su audacia a cruzar con una lista roja sus carteles y estandartes. Ni está el partido radical, por sus antecedentes Irigoyen y Alem, tan lejos del rojo en su tradicional y triste significado criollo, es decir, del colorado.

Nosotros aceptamos buenamente el rojo como el color simbólico del proletariado consciente y de la fraternidad internacional.

Pero respetamos tanto los colores nacionales de todos los pueblos, que miramos con desdén y desconfianza a los que se sirven de ellos en sus maniobras y declamaciones de partido.

Y en desagravio de la bandera argentina, afirmamos que ella ha de ser honrada por partidos que no temen ser avanzados, que la creemos posible en manos más inteligentes que las que pilotan la vieja y retardataria nave radical.

“La Vanguardia”, julio 25 de 1914.

¡LA GUERRA!

Multitudes inmensas de hombres, multitudes tan grandes como pueblos enteros, armadas y adiestradas durante años para la guerra, se lanzan en estos momentos unas contra otras, para sembrar la muerte en el suelo de Europa y devastarlo.

La juventud de las naciones en guerra va a ser segada en flor, malográndose el fruto del dolor y del amor de las madres.

Por meses, o por años, que nos parecerán siglos, va a interrumpirse el trabajo de millones de hombres, su actividad creadora y fecunda, para ser substituída por la calculada barbarie y el sabio salvajismo de la técnica destructiva.

Van a cortarse también, y por completo, las relaciones económicas entre grandes colectividades humanas vecinas, cuyo intercambio de productos y servicios tan estorbado se encontraba ya por intereses de pocos y por prejuicios.

Y la política de esos pueblos arrastrados a la guerra, va a basarse aún más que hasta ahora en la prepotencia de casta y en el despotismo.

Ni habrá gusto ni tiempo en las secciones más esclarecidas de la humanidad para el arte ni para las especulaciones del espíritu, y, entre los escombros de las ciudades, quedarán deshechas y sepultadas obras de las más altas del ingenio del hombre, preciosos elementos de cultura para los pueblos en guerra y para los demás.

Y todo eso, ¿por qué? ¿Por qué el cuadro de horror que se prepara?

¿Es que el suelo que sustenta los pueblos en guerra es estrecho para ellos?

¿No caben ya todos los rusos en Rusia, ni los alemanes en Alemania?

Por el contrario, cada uno de esos países puede alojar una población mucho mayor, trabajando con los mejores medios y según los mejores

procedimientos que se conocen. Y la adquisición de los nuevos medios de trabajo costaría menos que el colosal despilfarro bélico actual.

¿Se trata acaso de colectividades humanas refractarias la una a la otra, biológicamente incompatibles? Absolutamente. Abundan en Rusia los nombres alemanes, y en Alemania los apellidos rusos. La inmigración rusa temporaria a Alemania ha sido cada año, por su magnitud, una pacífica invasión.

¿Obedece esta guerra al propósito de abrir nuevas vías para el comercio? Ninguno de los contendientes se preocupa de semejante problema.

No. La guerra que empieza no tiene explicación posible que la presente como una fatalidad necesaria, ni como un conflicto generador de progreso.

El inmenso dolor, el daño irreparable que nos prepara, es el choque innecesario y evitable de pueblos que nada pueden ganar desangrándose y barbarizándose recíprocamente.

Es cierto que parecen moverse con la inconsciencia de inmensos rebaños humanos, como si los sentimientos de fraternidad internacional no hubieran suavizado bastante los odios y antagonismos de raza. Pero ante la difusión de las doctrinas socialistas en esos pueblos, puesta de manifiesto en los fenómenos de su política interna, no cabe duda de que calamitosas fuerzas pesan hoy en la dirección de las naciones, y las presentan a un nivel inferior a sus capacidad histórica real.

Formas arcaicas de gobierno, vanidades e intereses dinásticos y de casta, apoyándose en lo mucho que hay aún de ciego e instintivo en los movimientos de las grandes sociedades humanas, hacen aparecer al esclarecido pueblo alemán y al revolucionario pueblo ruso, y, todo lo hace temer, al inteligente pueblo francés, como

pasta sumisa y dócil a las manipulaciones de cancilleres y de príncipes, como absolutamente sujetos a la monstruosa pasión de poderío de sus malos pastores.

No es el momento de elevar nuestra protesta contra esa triste y desconsoladora interpretación de los hechos. La altiva fe socialista, y el orgullo de la propia convicción en la creciente conciencia histórica del pueblo trabajador no están en su día, cuando pueblos que cuentan por millones los votos socialistas, y los diputados socialistas por centenares, se ven lanzados a una guerra injustificable y fatalmente estéril.

¡Pero guay de los príncipes y de las castas que cuenten consolidar sus privilegios con la gigantesca matanza!

¡Los mismos vencedores han de sentir la conmoción revolucionaria que destruirá el trono de los vencidos!

“La Vanguardia”, Agosto 2 de 1914.

LOS ADOQUINES NACIONALES

La historiografía nos habla de creencias religiosas y tendencias políticas compartidas por hombres de una misma familia que llegaron a gran eminencia. Mahoma y su primo Alí fueron los fundadores del Islam; Cromwell y Hampden, héroes de la revolución inglesa, primos también. Como éstos, ha habido otros casos en que los lazos de parentesco que unían a varones ilustres, se reforzaron con una fe religiosa o un ideal político común. Vastos sistemas de mitos, sentimientos o ideas envolvían a esos hombres, como en una atmósfera espiritual, e imprimían a sus vidas el mismo sello.

Lo que no se ha visto es que repúblicas de una misma familia hayan coincidido y estrechado sus filas alrededor de una minúscula cuestión aduanero a administrativa. Tal es, sin embargo, el

caso de los diputados al congreso de la nación señores Santamarina, Echagüe y Nicolás Avellaneda, esposos los dos últimos de hermanas del primero, y herederos los tres, reales o presuntivos, en las sierras del Tandil. Cierta es que los tres son amigos del señor Ugarte; pero ese vínculo es laxo y transitorio. Lo que une firmemente a esos representantes del pueblo es su común ardor por la causa del granito nacional, su solidaridad indestructible frente a los adoquines extranjeros.

Los tres coinciden rigurosamente en no admitir en las calles y caminos del país sino barro argentino o piedra del país. El principio no es grande ni complejo; basta, sin embargo, a esos señores para sus más empeñosas batallas políticas.

Y están a punto de triunfar. Se ha votado ya por el senado un proyecto de ley para que se pavimenten, de urgencia, las calles del puerto con adoquines nacionales.

No aprobamos esta exigencia. Dada la situación actual del comercio marítimo, es de suponer que no llega al país mucho granito extranjero. Pero si llegara, o estuviera ya en el país, y fuera más barato que el de las canteras argentinas, debería empleársele. Pues, si bien la obra proyectada parece tener por objeto inmediato dar trabajo a desocupados, con el uso de los adoquines más baratos, si no aumentara el trabajo en las canteras, aumentaría necesariamente más el de los obreros empleados en la pavimentación y en los trabajos preparatorios y anexos.

El problema es emplear algunos millones de pesos en pavimentos, y, tanto como se pueda de esa suma total, en salarios. Dése, pues, preferencia, a igualdad de calidad, a los materiales más baratos, y mayor será el margen disponible para pagar el trabajo mismo de la pavimentación.

Procediendo así, se empleará por lo menos tanta gente, y se habrá pavimentado mayor superficie.

Se explica, pues, la actitud del diputado Zaccagnini al oponerse ayer a la discusión improvisada de un asunto, apenas conocido por la cámara, la cual estaba demasiado expuesta a la sugestión de los señores Santamarina, Avellaneda y Echagüe, cuyo fundamental dogma político es tan consistente como pequeño.

Se trata de emplear desocupados y de pavimentar, no de aumentar los privilegios de los propietarios de canteras.

“La Vanguardia”, septiembre 24 de 1914.

EL HEROISMO RARO Y NECESARIO

Doblégase el espíritu humano bajo una pesadumbre inmensa. En la tierra entera, hombres de todas las razas se despedazan, el bombardeo y el incendio aniquilan la obra del trabajo, son incesantes la destrucción y la matanza. Al despertar, cada mañana nos espanta la perspectiva de las nuevas atrocidades de que tendremos noticia. Los pueblos más inteligentes están en conflicto, y a ellos se debe la infinita y horrenda catástrofe. ¡Es como para avergonzarnos de ser hombres!

Aun cuando demos a la guerra la interpretación más optimista y supongamos que con ella han de venir el desarme europeo, la democratización alemana y la civilización rusa, ¿era acaso necesario para ello este colosal desastre?

Y como siempre que embarga a los hombres un gran dolor, la iglesia insinúa la explicación mística, que presenta a la guerra como el castigo de nuestras culpas.

¿Qué culpas? ¿La de haber pensado? ¿La de haber sentido y comprendido la solidaridad hu-

mana? ¿La de haber negado a los dioses, que conducen a los hombres a la batalla?

La libertad de espíritu, que la iglesia condena, acerca a los pueblos entre sí, mostrándoles lo artificioso de las vallas políticas con que los poderosos quieren separarlos. Los acerca también, haciéndoles comprender que aun la lucha colectiva por la vida puede adoptar formas menos destructivas que la guerra, y ha de hacerse menos de los hombres entre sí, que de los hombres todos contra las fuerzas adversas del medio.

Es la brutalidad instintiva de los hombres, no suficientemente diferenciados aún del mundo animal, lo que hace posibles las guerras. Pero el instinto de las masas populares no es una culpa: es una fatalidad.

Si hay culpa, y la guerra es su expiación, es la culpa de los inteligentes que no sienten, la de los que retroceden o vacilan ante la verdad y no se atreven a basar en ella su norma de conducta.

Cobardías chicas y grandes de todos los días, transacciones con el absurdo y la tradición, mentiras convencionales, han sido causa de la guerra, y la guerra es su castigo.

Han contribuído a ella millones de alemanes que, en profundo antagonismo con las formas políticas de los estados germánicos, se han sometido sin protesta a la opresión de esos gobiernos. Faltó a esos hombres el valor para rebelarse contra la abolición del sufragio universal en Sajonia y Hamburgo, contra la persecución de las cooperativas por el fisco y la administración pública, contra el aislamiento sistemático del país por las castas privilegiadas que lo mandan. Creyó tal vez ese pueblo, en su resignación, dar ejemplo de economía del esfuerzo y paciente inteligencia. Pero el emperador, que se titula de derecho divino, supo más que ese pueblo cuando contó con su fidelidad a toda prueba. Y los que no tuvieron el valor

de intentar siquiera la revolución alemana, tienen que tenerlo ahora para afrontar la espantosa guerra.

Han contribuído a ésta los franceses y los belgas, que, titulándose internacionalistas y pacifistas, han mostrado su cobardía moral en su culto por formas violentas y falsas del honor. Contribuyen a la guerra los que han llenado el mundo de prejuicios de raza, y hoy llaman a defender su riqueza y su territorio a negros y amarillos. Contribuyen también los que han hablado de fraternidad internacional para encubrir mejor sus anhelos de prepotencia colectiva.

Al ver la desgracia sin límites que es para los pueblos esta guerra, apreciamos el valor inmenso de la actitud, del hecho o del grito individual que hubiera puesto en descubierto la ficción en que esas sociedades han vivido. Les han faltado hombres resueltos a caer acaso obscuramente por los derechos del pueblo, hombres que unieran a un apasionado interés por la cosa pública una completa indiferencia por su importancia personal aparente. Y por cada héroe de esos que faltaron, para hacer cauteloso y prudente al gobierno, para denunciar las malas pasiones nacionales, para desafiar el prejuicio, caen ahora miles de combatientes.

Sólo el heroísmo diario y corriente, muchas veces ignorado y obscuro, que obedece al impulso individual y elige sus propias oportunidades, puede prevenir tan grandes y estériles sacrificios.

“La Vanguardia”, Noviembre 15 de 1914

LA NEUTRALIDAD ARGENTINA

Debe ser vigilante y consciente

La guerra europea no es para nosotros un problema simplemente sentimental. Nos afecta profundamente en nuestras relaciones comerciales,

restringe el mercado para la venta de los productos argentinos, así como limita las plazas que pueden proveernos de los artículos que necesitamos importar. Y, lo que no es menos grave, dificulta el transporte de los cereales, la carne y la lana de este país a todos los países, neutrales o en guerra, que los necesitan.

El transporte marítimo se hace muy principalmente en buques de bandera inglesa; la marina mercante francesa tiene también para nosotros relativa importancia. Y esas banderas mercantes se ven todavía amenazadas por algunos buques de guerra alemanes que merodean en las aguas del Atlántico. No pudiendo defender el comercio y los transportes alemanes, paralizados por completo, la marina militar tedesca se emplea en dificultar y obstruir todo lo posible el comercio de los otros países.

Para el militarismo germánico la situación es muy clara: ejerce en el mar sus represalias.

Para nosotros no lo es menos: las naves alemanas de guerra son prácticamente buques piratas, apostados en la vecindad de nuestras vías marítimas, para robar o destruir los cargamentos que vienen a este país o salen de él. La analogía no es completa, porque esos cruceros germánicos no atacan a los buques argentinos, italianos, españoles u holandeses. Pero éstos representan en conjunto una parte del tonelaje total bastante pequeña para que podamos considerarlos bloqueados por buques que, sin proteger ninguna corriente de comercio, se entregan ahora, en las aguas del comercio argentino, a una obra exclusiva de destrucción. Y en consecuencia, el seguro marítimo para Sud América es el más alto del mundo, elevándose a 2 por ciento.

Por grandes que sean nuestras simpatía y solidaridad nacionales con la causa de los aliados, no podemos pensar en comprometernos en la guerra. Ni podemos tampoco tratar las naves

alemanas de guerra como buques piratas. Habrá que abrugarlas en nuestros puertos, si llegan a refugiarse en ellos; habrá que dejarlas aprovisionarse, dentro de las reglas de la neutralidad, si así lo requieren.

Pero, ¿hemos de facilitar su obra destructiva de nuestro comercio, tolerando irregularidades de buques mercantes alemanes, que vienen a nuestros puertos a buscar elementos para barcos cuya única misión es la de aniquilar nuestras comunicaciones oceánicas?

Se dice que los círculos militares argentinos simpatizan con Alemania, simpatía puramente de gremio, que estaría en pugna evidente con el interés y el porvenir nacionales. No es admisible, sin embargo, que semejante simpatía, de ser cierta, vaya a torcer la conducta de las autoridades argentinas, hasta hacerlas cómplices de la destrucción de nuestro propio comercio.

El gobierno argentino, si tiene la conciencia de la situación y de sus deberes, no puede emplear subterfugios para disculpar tolerancias, manifiestamente contrarias a nuestras necesidades colectivas. Los buques mercantes alemanes deben ser sujetos a estricta vigilancia y contralor. Y carguen carbón de casas alemanas o de firmas de otra nacionalidad, es indispensable que se les mida y tase rigurosamente esa carga, de manera efectiva, no ateniéndose, como hasta ahora, a documentos comerciales, fáciles de fraguar o adulterar.

Cada tonelada de carbón o de víveres que salga de nuestros puertos, como las que han salido en los vapores "Sierra Córdoba" y "Eleonora Woermann", auxiliares de los buques piratas, será una gravísima responsabilidad para nuestras autoridades marítimas, y las presentaría conspirando contra nuestra propia salud nacional.

"La Vanguardia", diciembre 6 de 1914

LAS RAZAS

Sopla por el mundo un vendaval de odios y prejuicios que ha de retardar el acercamiento pacífico y consciente de los pueblos.

Los antagonismos sociales más fuertes se desvanecen ante conflictos nacionales artificiosamente determinados, y los pueblos se miran con desconfianza, cuando no con rabia, aun dentro de la misma raza.

La idea de dominación y de conquista, tan propia de privilegiados rapaces, inficiona a muchos asalariados, a quienes se la presenta bajo el título de política colonial.

La guerra, exaltando la solidaridad entre los hombres de una misma unidad política, los mueve al desprecio, cuando no al odio, por los hombres de otra lengua y de otra patria.

Todo parece dar razón a los que presentaban los conflictos de razas como la dinámica de la historia, y disculpar el orgullo de los pueblos poderosos y los instintos antisociales que separan a las personas según el color de la piel.

La población blanca de los Estados Unidos, dominada siempre por su odio a los hombres de otro color, ha de sentir reforzarse ahora esa mala tendencia, que se revela indirectamente hasta en una obra reciente de la Institución Carnegie Pro Paz Internacional.

Acaba de llegar a nuestras manos una publicación de ese instituto, referente a los países del extremo oriente, y titulada "Algunos caminos hacia la paz". Entre un cúmulo de observaciones serias y atinadas sobre el carácter y los vicios de aquellas sociedades, el señor Eliot, autor de ese libro pacifista, pretende establecer las ventajas y la necesidad de mantener la pureza de las razas, evitando su cruzamiento.

Muy preocupado de la elevación de los pueblos asiáticos, y de lo que pueden hacer por ella

los pueblos blancos, afirma que “La **experiencia del Oriente** enseña que los **matrimonios entre personas de razas netamente distintas no son deseables**. En todo el Oriente, **razas diversas han vivido durante siglos en el mismo territorio, la una al lado de la otra, sin mezclarse, sino en grado insignificante, y esto como resultado del vicio**”. Reconoce ese **pacifista** que la **separación secular entre esas razas ha tenido generalmente una base religiosa, y ha conducido en la India al sistema de las castas**. Pero agrega: “El **Oriente proporciona numerosas pruebas de la bondad de la pureza de razas y de las malas consecuencias del cruzamiento entre variedades desemejantes de la especie humana**.”

Si eso lo sostuviera un imperialista, lo encontraríamos consistente. Pero en el **delegado blanco de una institución pro paz, que estudia en Asia el acercamiento y la compenetración de los pueblos, no lo entendemos, a menos que vea el porvenir y la paz del mundo en el sistema de las castas**.

No ha de estar lejos de esta idea el autor **norteamericano, hijo de una nación que no disimula su desdén por los pueblos atrasados, ni evita las ocasiones de hacérselo sentir**. Con **toda su democracia, el norteamericano no permite que el negro se le acerque sino como sirviente, cierra su país al chino y al japonés, y tiene muy en menos al sudamericano**.

Tócanos a nosotros, pueblos recién en **formación por la amalgama informe de las sangres más diferentes, tócales a estas democracias embrionarias, sin tradiciones que las fortalezcan, pero también sin prejuicios étnicos que las dividan, el denunciar el peligro inmenso de esas ideas lanzadas a la circulación por la Institución Carnegie, y su completa discordancia con todo propósito general y permanente de paz**.

A menos que se quiera volver al antiguo aislamiento de los pueblos de Oriente, en lo que, de ser posible, tendrían ahora voz y voto los mismos pueblos orientales, no se concibe cómo puedan coexistir bajo una constitución democrática razas diferentes sin el derecho explícito de cruzarse. Una raza que desaparece, como los indios de la Pampa o los maoríes de Nueva Zelanda, no importa que se mezcle, pues el antagonismo étnico cesará con su extinción. Pero dos o más razas coexistentes, que vivan y se multipliquen sin mezclarse, son tanto más peligrosas recíprocamente cuanto más fuertes. Si se acomodan transitoriamente a la convivencia, jerarquizadas como castas, preparan el más hondo de los conflictos que puedan dividir una sociedad, la lucha de clases intensificada por la lucha de razas.

Los que creemos en el desarrollo del espíritu humano y en la aptitud para el progreso de los hombres de las razas más diferentes, los que nos rehusamos a creer que sean eternas entre los hombres las luchas violentas y destructivas, debemos reivindicar la completa libertad de competencia y lucha pacíficas entre los individuos de todas las razas; y, junto con los otros derechos, el de la libre selección sexual. Es el complemento necesario de la igualdad de los individuos de todas las razas en la lucha por el salario y en la competencia técnico-económica. Sólo pueblos que se hayan elevado a ese amplio sentimiento de la solidaridad humana podrán vivir en paz.

“La Vanguardia”, abril 3 de 1915.

LA LUCHA ETERNA

¡También Italia va a la guerra! Aun en medio de la permanente y profunda conmoción de espíritu que determina en nosotros el tremendo

cataclismo que hoy sacude al mundo, es un momento singularmente grave éste, en que vemos directamente envuelto en la catástrofe al pueblo europeo que ha dado los progenitores de gran parte de la población argentina, a la nación de que son hijos los cultivadores de este suelo, a la cuna de los nombres que llenan las listas de las universidades de nuestro país.

El furor y el dolor de la guerra hacen presa de un pueblo de clásica cultura; millones de nuevos combatientes entrarán en campaña; el campo de ruinas y de muerte va a extenderse!

Grandes son nuestras angustias, libres estamos de toda responsabilidad en los nuevos horrores que se preparan, y no podemos, sin embargo, maldecir el momento.

La participación de Italia en la guerra, ¿no abreviará la duración de ésta? ¿No conducirá a una solución más general y permanente del conflicto, interesando directamente en él a otra gran nación europea?

No mencionamos siquiera, como una de las ventajas posibles, la incorporación a Italia de las provincias "irredentas". No está probado que todos los hombres de la misma lengua deban formar parte de la misma unidad política. En el mejor de los casos, Trieste y Trento van a ser las primeras víctimas de la guerra. Esta sería un sacrificio a todas luces excesivo si sólo respondiera a librar a esas provincias de la dominación austriaca.

Si el pueblo italiano se ha enardecido hasta el punto de ir efectivamente a la guerra, contra la opinión de muchos de sus representantes parlamentarios genuinos, tiene que ser por móviles más grandes, inteligentes y generosos.

Será que en la lucha intestina que desgarró a Europa, el pueblo italiano ha creído deber ocupar también su puesto; que ha visto comprometido

dos en la contienda, más que el predominio en ciertos pedazos de territorio, grandes principios de humanidad y de política; que espera contribuir a su propia salud y asegurarse mejor porvenir, sacrificando su tranquilidad del momento al triunfo de la paz y la solidaridad entre los pueblos europeos.

¡Nuestros más fervientes votos por el triunfo del pueblo italiano si tales son los propósitos que lo llevan a la guerra!

¡Que llene cumplidamente, y con el menor sacrificio posible, tan altas aspiraciones, ya que sería un engaño esperar ventaja material ni inmediata de la guerra!

Ante la terrible perspectiva de ésta, no olvidemos entretanto el cúmulo de errores, falsedades y cobardías políticas que han conducido a Italia al momento actual.

¿Cómo quedan los fautores italianos de la triple alianza, que por tantos años aumentó la arrogancia del emperador alemán?

¿Para qué se malbarataron en vanas empresas coloniales recursos que necesitaría Italia en estos momentos?

Si esta lucha es por la libertad y la paz, ¿no fué un crimen dejar a gran parte del pueblo italiano en la indigencia material y mental para darse un inútil predominio sobre miserables países de beduinos y negros?

Eterna será en el mundo la lucha por la libertad y la justicia, por el orden y el progreso. Asistimos a uno de sus episodios más horrendos. Vidas y bienes se arrojan por millones a la hoguera de la cual esperamos ver surgir una Europa más pura, más unida y más fuerte.

No ha de ser sin una profunda transformación de las costumbres y las ideas, sin una aplicación diaria y generosa de las mejores energías humanas, sin una economía clarividente del he-

roísmo y del esfuerzo, que lleguemos a evitar situaciones tan terriblemente aflictivas como ésta.

“La Vanguardia”, Mayo 21 de 1915.

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA

Un periódico italiano editado en esta ciudad nos exigía hace poco que dijéramos si Italia debía o no ir a la guerra.

Toda persona sensata que conozca cuán dividida estaba a este respecto la opinión del mismo pueblo italiano, habrá comprendido nuestra discreta actitud en esa cuestión, y se habrá explicado que no diéramos satisfacción a la extraña exigencia.

“A priori”, y en tiempo de paz, condenamos siempre la guerra. Sabemos que el proletariado nada tiene que ganar con ella. No hay analogía entre el trabajador asalariado moderno y el ciudadano pobre de la antigua Roma, hombre libre en medio de esclavos, que iba gustoso a la guerra para hacerse propietario. Nos parece también que siempre hay posibilidad de arreglo pacífico de las diferencias entre los gobiernos de países diferentes, si esos gobiernos quieren sinceramente la paz.

Producida la guerra, que los socialistas, a pesar de su poder político, no han sabido o podido evitar, las cosas cambian. En tiempo de guerra, no se siente ni se piensa como en tiempo de paz. De ahí la actitud, a primera vista inexplicable, de los socialistas de los países beligerantes. Y la influencia del estado de guerra sobre la opinión de las masas populares se deja sentir aún más allá de las fronteras de los países en guerra.

Nació así en Italia la efervescencia que dividió la opinión de los mismos socialistas, hasta el punto de motivar el cambio de dirección del

“Avanti!”, de Milán, órgano central del Partido Obrero Italiano. Y cuánto camino había adelantado en Italia durante las últimas semanas la idea de la guerra, podemos juzgarlo por la actitud pasiva y reticente de los socialistas más capaces y enérgicos, como Turati, en la reciente sesión parlamentaria que ha dado el voto decisivo para la guerra.

Disculpados estamos, pues, los socialistas argentinos de no habernos entrometido en aquella controversia italiana sobre la participación de Italia en la guerra. Y ahora, ante el hecho de la intervención italiana, después de diez meses de la horrenda lucha que desangra y devasta a Europa, ¿vamos a incurrir en la ligereza de condenar en absoluto esa intervención?

¿Se juega hoy, en los campos de batalla de Europa, solamente la suerte de Italia?

¿Bastaría a esta nación mantenerse ajena a la guerra, para substraerse a sus consecuencias?

¿No contribuirán los sacrificios del pueblo italiano a abreviar la guerra y consolidar ulteriormente la paz?

Para el mismo pueblo alemán, ¿no será la intervención de Italia en la guerra una promesa más de mayor libertad política?

Cuestiones son estas últimas que no nos encontramos capaces de resolver. Por eso es que, si lejos estamos de felicitarnos del actual momento histórico italiano, no podemos tampoco maldecirlo, como lo significaba en nuestro número del 21 del corriente el artículo “La lucha eterna”.

Y producida la guerra, que fatalmente ha de terminar, fuerza es que aspiremos, no tanto a que termine pronto, como a que termine bien. Es de un sano optimismo pensar que no todo ha de ser perdido en el tremendo sacrificio, y afirmar nuestra esperanza de la mejor solución posible.

La guerra es un hecho ajeno a nuestra voluntad y que se sobrepone a nosotros. No es normal ni sensato sentir y pensar en tiempo de guerra como en tiempo de paz.

El antimilitarismo de Hervé era mirado como una extravagancia en los congresos socialistas internacionales, antes de la guerra. ¿Qué decir de ese antimilitarismo, ahora que Hervé está de voluntario en las trincheras!

No podría conducirnos sino a aberraciones e insensateces, que nos dividieran, y al grito de "traidores", nos lanzaran, los unos contra los otros, a los amigos de la paz.

"La Vanguardia", 25 de Mayo de 1915.

LAS BASES DE LA PAZ INTERNACIONAL

Lejos del teatro de la espantosa guerra que desde hace un año ensangrienta y devasta a Europa, parecemos acostumbrados a sus horrores, y, leída la crónica diaria de matanza y destrucción, nos entregamos a nuestras ocupaciones habituales, casi insensibles ya al proceso de aquel enorme cataclismo.

La guerra se nos presenta con la extensión y la trascendencia de las grandes revoluciones del mundo físico, y los detalles de su marcha no nos preocupan mucho más que la caprichosa propagación del incendio en la floresta o la irregular sucesión de los temblores en un vasto y profundo movimiento sísmico.

Y así nos distraemos en nuestras pequeñas labores mientras se desarrolla aquel conflicto elemental entre las más grandes y fuertes sociedades humanas.

Pero ¿qué son nuestros trabajos del momento, qué representan ellos en la historia del mundo, frente a aquella lucha colosal de pueblos, poseídos de furor destructivo, de la que resultará tal

vez un nuevo mundo social que no han sabido crear en modo humano y consciente? Nunca se ha planteado a los hombres una interrogación cuya respuesta sea tan preñada de consecuencias para la vida externa e interna de los pueblos como el resultado de la presente guerra. Ella preocupa hondamente, sobre todo, a los socialistas, en quienes la conciencia histórica alcanza su mayor amplitud.

Pero los socialistas de Europa no parecen por el momento los más capaces de prever las ulteriores del gigantesco conflicto.

Acaba de sesionar el congreso nacional de los socialistas franceses, que se ha ocupado de los problemas de la guerra, y de la paz que ha de sucederla, y si las informaciones que nos da el cable no son muy incompletas, aquel congreso ha ignorado la faz fundamental de esos problemas.

Se ha hablado allí de la reducción de los armamentos, de su centralización bajo la forma de una policía internacional que imponga a todos los pueblos el arbitraje para resolver sus conflictos, y se ha preconizado la democracia para evitar las guerras de origen dinástico.

Pero ¿son de suyo tan pacíficas las democracias? No hablemos de las democracias de la historia clásica, las militantes Grecia y Roma, mantenidas por el trabajo de los esclavos. Pero recordemos los ejemplos recientes de la República Francesa, conquistando la Indochina, Madagascar y media Africa; de los Estados Unidos, estableciendo violentamente su dominio sobre Puerto Rico, Filipinas y Panamá; de la Italia del sufragio universal, sojuzgando la Tripolitania.

Aun cuando, a consecuencia de la guerra, todas las naciones de Europa se constituyeran como repúblicas, la sola forma política no bastaría, pues, para consolidar entre ellas la paz. Subsistirían causas de conflictos, en las condiciones de

la propia vida nacional de cada una de ellas, y en sus relaciones con los pueblos de cultura inferior, que los europeos se creen siempre llamados a dominar.

Débil y costosa garantía contra nuevas guerras sería el proyectado ejército internacional, si es que en manera alguna pudiera hablarse de algo semejante. Son, felizmente, posibles otras garantías más inteligentes y más firmes de la paz.

La terrible guerra actual proviene de que naciones populosas, encerradas en reducidos territorios colindantes, armadas del moderno arsenal industrial y de una organización económica tan compleja que cada una de ellas cree indispensable recorrer el mundo entero en busca de mercados para vender y comprar, han pretendido aislarse recíprocamente y reducir al mínimo posible sus relaciones comerciales, por medio de leyes bárbaras y absurdas que alejaban artificialmente a Nancy de Estrasburgo, al Havre de Southampton, a Lyon de Turín, a Venecia de Trieste, a Milán de Munich, más de lo que distan realmente Australia de Inglaterra y Buenos Aires de Holanda.

No habrá paz en Europa mientras no se extiendan en ella y se consoliden libremente las relaciones comerciales, hasta el punto de hacer de todo aquel continente un solo mercado.

Y esto implicará la libertad de comercio también para las colonias, para las posesiones de los gobiernos europeos en las otras partes del mundo.

Y semejante progreso en el comercio del mundo, que habrá de establecerse en todo caso por una reducción rápida y gradual de las tarifas aduaneras, envolvería fatalmente en sus consecuencias aun a los países de Sud América, polí-

ticamente autónomos, pero netamente coloniales por sus producciones y comercio.

¡Grandiosa perspectiva de inteligente y fecunda solidaridad humana, a cuya más pronta y completa realización debemos concurrir los socialistas en primer término!

“La Vanguardia”, Julio 17 de 1916.

EL TRIBUTO ARGENTINO AL FISCO EXTRANJERO

El conflicto de la Compañía Argentina de Tabacos con sus obreras da actualidad al último balance publicado por ese sindicato capitalista, correspondiente al ejercicio anual que terminó el 31 de octubre del año pasado.

Impreso en Londres y en inglés, ese balance fué distribuído a los accionistas en abril del corriente año, y nos proporciona datos del mayor interés sobre la manera de operar de los trusts y del capital extranjero.

Figuran en el haber: dinero, por valor de 132.955 libras esterlinas; deudas a cobrar, por 367.992 libras; acciones de compañías avisadoras y de construcción de máquinas, por 9.325 libras; tabaco y otros artículos y estampillas fiscales, por 476.453 libras; muebles e instalaciones, caballos, carros y automóviles, por 18.935 libras; instalaciones fijas, maquinarias, herramientas y repuestos, por 85.473 libras, y terrenos y edificios, por 142.931 libras.

Los siete renglones juntos suman 1.234.064 libras esterlinas.

Pues bien; a esos renglones, que pueden aparecer exagerados, pero que todo el mundo comprende lo que quieren decir, los sigue este otro, que sorprende y llena de estupor a quienes no conocen los misterios del mundo de los trusts:

Buena voluntad, 1.416.064 libras esterlinas.

“Goodwill”, buena voluntad, así titula el ba-

lance el más grueso renglón del haber del trust, la parte más grande de su capital!

Casi 54 o/o del haber del trust lo constituye esa grande y extraordinariamente valiosa “buena voluntad”. Para fabricar cigarrillos y distribuirlos, el trust gasta menos en tabaco, fábricas, máquinas y carros, que en “buena voluntad”!

No vaya a creerse que así se designan los trabajos y comisiones de preparación y organización del trust, pues el costo de esas operaciones preliminares figura en el haber social hasta este balance último nada menos que por 116.368 libras esterlinas.

La “buena voluntad” es inflación pura y simple del capital del trust, cuyo valor efectivo y verdadero no es más que el de sus fábricas. Al refundirse éstas en el trust, se han descontado las mayores ganancias futuras atribuyéndose los accionistas ese nuevo capital, completamente ficticio, pero que recibe dividendos como el verdadero y en las acciones se confunde completamente con éste.

Obreros y consumidores explotados por el trust deben saber, pues, que cuando los balances del trust acusen un dividendo, por ejemplo, de 10 o/o, sus ganancias son de más del doble.

Otro dato no menos interesante del balance que analizamos es que en él se incluye la “income-tax”, el impuesto británico sobre la renta, como uno de los renglones de gastos del trust.

En la cuenta de ganancias y pérdidas, a la par del dinero invertido en avisos, etc., pagados en la Argentina, aparecen 7.500 libras esterlinas pagadas al fisco británico como impuesto sobre la renta, es decir, como impuesto sobre el privilegio, como gravamen sobre las entradas individuales de los señores accionistas, no como una gabela sobre el capital ni sobre la producción.

Los accionistas deberían declarar las ganancias

que cada uno de ellos saca del trust, y sobre ellas pagar cada uno, individualmente, el impuesto. Pero prefieren que lo pague directamente el trust, como un medio más de disimular sus ganancias, y de hacer recaer sobre los obreros argentinos, rebajando sus salarios y condiciones generales de trabajo, o sobre los consumidores argentinos, elevando el precio de los productos del trust, la contribución que el gobierno británico exige directamente a los capitalistas británicos.

La inclusión del impuesto sobre la renta entre los gastos de explotación de las fábricas del sindicato es una trampa que se agrega a la otra, de la inflación o aguamiento del capital con más de 16 millones de pesos moneda nacional de ese extraordinario ingrediente llamado "buena voluntad".

Tiene asimismo esta cuestión del impuesto inglés sobre las rentas inglesas, presentado como un ítem del costo de producción de cigarrillos hechos en la Argentina, con tabaco de cualquier parte, para los consumidores argentinos, un aspecto político peculiar.

Sabido es que parte del capital del trust del tabaco pertenece a capitalistas argentinos. Basta ver en la lista de los miembros del directorio local los nombres de los señores Canter, Durán y Testoni, conocidos empresarios del tabaco en este país, para comprender que han de haber retenido buena parte de las acciones del trust que centraliza hoy la explotación de sus antiguos establecimientos.

Si el fisco argentino amenazara con un impuesto las rentas de esos señores, nos figuramos la gita que levantarían ellos y sus afines.

Estos capitalistas argentinos, accionistas de fábricas argentinas, y residentes en este país, pa-

gan, sin embargo, en silencio, la "income tax" al fisco británico!

Tan grande aberración evidencia la servidumbre política de este pueblo al capital y los gobiernos europeos, en razón del bajo egoísmo de los señores capitalistas y de la incapacidad de los "patriotas" que nos gobiernan.

El trust del tabaco se titula Compañía Argentina de Tabacos, indudablemente porque es argentino el campo de sus depredaciones.

"La Vanguardia", noviembre 16 de 1915.

LA FALACIA PROTECCIONISTA

La guerra fomenta la superstición, da pábulo al odio entre los pueblos y crea intereses antisociales. Nada extraño es entonces que, al calor del incendio de Europa, reviva y adquiera nuevos adeptos la falacia proteccionista.

Las naciones están hoy separadas por el bloque, por los submarinos, por líneas de fuertes y trincheras. Entre algunas de las más populosas y ricas no hay más intercambio que el de tiros, cañonazos y algún convoy de prisioneros lisiados. Y ese cuadro de ruptura de relaciones trabajosamente establecidas, a veces por medio de la guerra, seduce a ciertos políticos y publicistas, que sueñan con prolongar el aislamiento de los pueblos aun después de terminada la guerra. Consentirán acaso en que se dismantelen y arrasen las fortalezas de las fronteras, pero sólo para reemplazarlas con aduanas.

De ello se habla sobre todo entre los enemigos de Alemania, a la cual detestan más porque antes de la guerra proveía a los otros pueblos de algunos productos útiles de que hoy carecen.

Y se habla patrióticamente de encerrarla en una muralla aduanera, sobre todo en Inglaterra, que debe al librecambio el alto nivel de vida de su pueblo, y se enriquece sirviendo de acarrea-

dora y de mercado de tránsito a todos los pueblos.

No nos sorprende demasiado esta reedición de los viejos sofismas que constituyen la doctrina del proteccionismo aduanero. Nuestro propio país vive en plena paz bajo el régimen del más crudo mercantilismo, que ha hecho de la república una alcancía, donde el oro entra pero no puede salir, fincando la prosperidad nacional en esa acumulación costosa y estéril de oro, que nos empobrece.

Las paradojas proteccionistas no son más que una forma atenuada de ese mercantilismo. Hay que comprar al extranjero lo menos posible, y tratar al mismo tiempo de abarrotarlo de nuestros productos.

No le permitamos introducir libremente los suyos, porque nos empobrecería, sobre todo si son baratos y buenos.

Bastémonos a nosotros mismos y llevemos nuestros productos a otros países, aunque sea con pérdida.

Cuidémonos, en cambio, de las importaciones, pues ¿con qué las pagaríamos?, cuestión que en su altruismo impenitente los importadores no se han de plantear.

Estas simplezas, substractum de la pretendida teoría proteccionista, no pueden ser tomadas en serio. Pero las fuerzas políticas proteccionistas son una realidad demasiado viviente para que podamos creerlas movidas ni guiadas por ellas.

Lo que hay son odios y furoros destructivos y nuevos intereses creados, que refuerzan ahora los intereses de los empresarios puestos en dificultades, o simplemente limitados en sus ganancias, por la competencia internacional.

Empresarios ineptos, empresarios ansiosos de monopolio, empresarios ávidos de ganancias arrancadas a su propio pueblo son los que siempre levantan la bandera del proteccionismo adua-

nero, pretendiendo imponerla como enseña nacional. La guerra, al cortar y trastornar el comercio internacional, ha determinado en todas partes la aparición de industrias nuevas, empeñadas ya en asegurar su supervivencia por medio de la aduana. Así se explican ciertos artículos de la prensa rica sobre "la agonía del libre-cambio", cuando por primera vez en los siglos, es libre la entrada de los productos agrícolas de América a los países europeos.

El proteccionismo es una enorme mentira, que podrá conciliar por un momento los intereses de empresarios y obreros en ciertos ramos de la producción, pero lo hará siempre a expensas de la población toda del país.

Y si la pretendida doctrina del proteccionismo aduanero tuviese algún fundamento real, nunca sería tan superflua como ahora en tiempo de guerra. ¿No nos aísla ésta del mundo? ¿No ha elevado los fletes marítimos a quince veces su costo anterior, ¿No obsta a que salgan del país las materias primas? ¿No impide que lleguen a nosotros los productos extranjeros? Si éstas son las bases de nuestro porvenir industrial, loada sea la guerra! Los submarinos alemanes nos las aseguran por el momento y tal vez por mucho tiempo.

"La Vanguardia", mayo 8 de 1916

PRO PAZ

El Partido Socialista de los Estados Unidos ha invitado al nuestro a enviar una delegación a la conferencia de los partidos socialistas de los países neutrales que ha de celebrarse en La Haya el 26 de junio próximo.

Aunque la invitación no dice el objeto de la conferencia, ni por qué nos llega por ese conducto, todo hace suponer que se trata de cambiar ideas sobre las condiciones que los partidos so-

cialistas propiciarían para el restablecimiento y la consolidación de la paz.

Pocos son los partidos socialistas que podrán tomar parte en la conferencia, como que pocos son los pueblos neutrales bastante cultos para que en ellos se haya desarrollado el socialismo.

Las grandes y poderosas naciones, los pueblos más inteligentes, están casi todos en el infierno de fuego y de sangre de la guerra. Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Suiza, Rumania, España, los Estados Unidos y la República Argentina son las naciones que podrán enviar representantes socialistas a la reunión internacional que se prepara.

Tanto más necesario será entonces que ninguna de ellas falte a esa cita, motivada por los más altos sentimientos y vastos intereses que agitan hoy a la humanidad.

A los socialistas nos corresponde, por derecho propio, la iniciativa de la paz en nombre del pueblo.

Convencidos de que la vinculación económica entre las naciones todas del mundo tiene que ser cada vez más estrecha, como una necesidad para la vida misma de los pueblos, y sobre todo de los pueblos más próximos, y entre los más avanzados, nos horrorizan y humillan la salvaje destrucción y el exterminio recíproco a que hoy se entregan naciones vecinas y afines de las más civilizadas de la tierra. Y al dolor de tan inmenso sacrificio humano y a la pérdida de valores infinitos creados con ingente esfuerzo, se agregan la evidencia de su absoluta esterilidad, la convicción de que esta guerra es absurda, precisamente por la altura de los contendientes.

Todo lo que de ella pueda resultar hubiera sido asequible sin matanzas ni ruinas, por la simple anuencia de las partes, y lo es hoy mismo, sin llevar más adelante la destrucción y la matanza.

Bien venida sea, pues, esta iniciativa, aun cuando no condujera a resultados inmediatos. Por lo menos, ella hará saber a las clases directoras de los países en guerra qué piensa el proletariado neutral acerca de las condiciones de la paz. Y los grupos socialistas de los parlamentos de los países neutrales se han de encargar de dar resonancia a las resoluciones de la conferencia, proponiendo sobre esas bases la intervención conciliatoria de sus respectivos gobiernos ante los beligerantes.

Más importancia aun tendrá la conferencia para el porvenir inmediato de la Internacional Obrera. Será desde luego la demostración de que ésta subsiste a pesar de todo, y preparará el terreno para que, apenas terminada la guerra, vuelvan a estrechar relaciones los socialistas de todos los países, y que su obra de solidaridad internacional en el porvenir sea más eficaz.

El problema de la paz permanente no se resuelve con medidas restrictivas de la guerra, como el desarme de pueblos que, sin embargo, quedaran siempre profundamente separados y frente a frente. Preciso es hacer imposible la guerra haciendo de la paz una condición de vida para los pueblos. A ello tiende la extensión del comercio internacional. Libertarlo de trabas es la obra pacifista por excelencia.

Si en las condiciones de paz propuestas por el diputado socialista norteamericano London no se mencionan siquiera las aduanas y el comercio internacional, en el programa de trabajos del Partido Socialista Internacional habría que dar a la cuestión del librecambio un lugar preferente. Ella entra de lleno en nuestra doctrina, y si no se la ha encarado con decisión, ha sido por despreciables motivos electorales. Se ha temido enajenarse la opinión de ciertos gremios diciendo la verdad sobre la aduana.

Como será también necesario dedicar más

atención que hasta ahora a las formas políticas, para que los pueblos no puedan ser sacrificados en aras de intereses dinásticos.

La delegación argentina tendrá serias cuestiones que plantear en la conferencia socialista internacional que se prepara.

“La Vanguardia”, mayo 6 de 1916.

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LA ESCUELA PRIMARIA

La directora de una escuela superior de la capital ha pedido al ciudadano J. B. Justo su opinión acerca de la enseñanza de la Historia en la escuela primaria. He aquí la respuesta:

“Aspira usted, señorita, a formar niños patriotas en el mejor sentido de la palabra. Alabo su propósito y augúrole el mayor éxito en su consecución.

Patriota es toda persona efectivamente solidaria de la propia nación, y en cuanto nuestro propio pueblo es solidario de los otros, patriótica es también nuestra simpatía hacia ellos.

La obra sana y solidaria para con el propio pueblo se cumple por la mayoría de las personas en el campo de las actividades ordinariamente fecundas y tranquilas. “Cultivar la tierra es servir a la patria”.

Hay, pues, en gran número patriotas sin saberlo: madres, productores, inventores, organizadores de la economía social, cuyo patriotismo tiene el encanto de la virtud que se ignora a sí misma.

A mi juicio, los niños deben ser de estos patriotas sin saberlo. Como buenos niños de escuela, han de dedicar su máximo esfuerzo a estudios que los habiliten para ganarse la vida honesta e inteligentemente, trabajando con eficacia para bien suyo y de la comunidad.

Pues bien; opino que la enseñanza de la His-

toria en la escuela primaria ha de contribuir a dar a los niños ese patriotismo sin palabras, si por Historia se entiende el desarrollo de la humanidad y de la nación, y se la estudia en la forma y dentro de los límites que los niños pueden aprehender.

Imposible es, en efecto, que los niños alcancen un concepto completo de la historia de la humanidad y de la nación, ajenos como están, por razones orgánicas, a la influencia de fuerzas que desempeñan un papel fundamental como propulsores de esa evolución. Su desarrollo personal incompleto los inhibe para comprender la base biológica de la Historia, en cuanto ella no consiste en el hambre.

Pueden los niños, en cambio, conocer las fuerzas intencionales y conscientes que obran por encima de los instintos, y que son las fuerzas propiamente históricas.

Las más fundamentales, la técnica productiva y la organización de los hombres para la producción y el cambio, se prestan admirablemente para la enseñanza objetiva, y pueden ser bien comprendidas por los niños si se las presenta en láminas, proyecciones luminosas, objetos ofrecidos a su examen y experimentos. La existencia reciente y actual de salvajes en nuestro país nos pone más cerca de esos primitivos modos de trabajar que Europa sólo encuentra en su prehistoria.

Nada tan instructivo para los niños como la comparación de la técnica de los aborígenes de estos países con la de los españoles y portugueses del tiempo de la conquista. Resaltaría de ella la influencia del medio físico-biológico sobre el desarrollo del hombre, pero mucho más le del esfuerzo humano inteligente para adaptar ese ambiente a nuestras necesidades, noción llena de robustas inspiraciones de acción.

Muy instructiva también para los niños, y ap-

ta para educar su carácter, sería la demostración comparativa y objetiva de las formas sociales de solidaridad entre los indios y entre sus dominadores blancos, el vínculo social tan fuerte entre aquéllos, y, al mismo tiempo tan limitado en sus manifestaciones y en el número de los individuos que abarca, la solidaridad social más variada entre los españoles y extendida a toda una nación.

Esta consideración llevaría al maestro como de la mano a estudiar con sus alumnos la guerra de la conquista, con la enorme superioridad que daban a los invasores el caballo y las armas de fuego, y la división de los indios en pequeñas unidades sociales.

Tema ya más difícil para los niños es el de la política, con sus partidos y conflictos. La independencia argentina es asimismo un episodio de significado transparente y sencillo, y puede ser claramente comprendido por los niños en su motivo esencial, la aspiración a la libertad de comercio, y explicádoles cómo un movimiento para extender y reforzar nuestros lazos de solidaridad con el mundo, al que se oponía España.

Aun el estudio comparativo de la religión de los indígenas con la de los europeos invasores puede ser instructivo y edificante si se habla a los niños sobre todo del culto en sus formas externas, sin disimular las semejanzas.

¿Y los héroes? — me preguntará acaso usted. — ¿No hemos de mencionarlos?

Deben recordarse con honor, ante todo los de las actividades fundamentales, los introductores al país de las especies animales que hoy criamos y de los vegetales que hoy cultivamos, los hombres que han revolucionado los transportes, los que han refinado las razas, los que han aclimatado entre nosotros las prácticas del comercio moderno. Ellos han colaborado con suprema efi-

cacia en la obra nacional, y el mérito de los héroes del gobierno y de la milicia, que deben recordarse también, ha estado en preparar el terreno para la acción decisiva de los otros. Y al hablar a los niños de los héroes, ha de ser para presentarlos bajo su aspecto verdadero y humano. A todos reconforta el saber que hombres ordinarios han podido hacer grandes cosas.

“La Vanguardia”, mayo 10 de 1916.

LA CONFERENCIA SOCIALISTA INTERNACIONAL

Resuelta en principio, como estaba, nuestra participación en la asamblea de delegados de los partidos socialistas de los países neutrales que ha de celebrarse en La Haya el 26 de junio, e informado por el cable el Comité Ejecutivo del Partido de los objetos inmediatos de la conferencia, que son los de uniformar el programa socialista de paz y restablecer las relaciones internacionales entre los partidos obreros, el Comité ha designado al doctor Nicolás Repetto para que nos represente en aquella reunión.

Nuestro diputado ha aceptado la difícil y honrosa misión, sin parar mientes en las molestias y riesgos que importa. Un viaje a La Haya en estos momentos no es muy seguro ni atractivo, y la conferencia misma, nada aparatosa ni teatral, acaso no llegue tampoco a grandes resultados.

Pero es nuestro deber ineludible estar representados en ella, y contribuir con toda decisión a que sus fines se realicen. Si la intervención del Partido Socialista de los países neutrales consiguiera abreviar de una semana la temporada de horrores por que pasa el mundo, estaría ya más que justificada esa intervención. ¡Cuántas vidas salvadas! ¡Cuánta desgracia evitada! ¡Cuántos valores conservados, que una semana más de guerra habría de destruir!

La acertada designación hecha por el Comité Ejecutivo nos garantiza que nuestro partido ha de contribuir en primera línea al éxito de la conferencia. La inteligencia, la ilustración y la energía de nuestro delegado nos dan la seguridad de que ha de representarnos dignamente en las deliberaciones. Versarán ellas sobre las distintas proposiciones ya presentadas como base para el restablecimiento de la paz en Europa y su afianzamiento.

La conferencia socialista celebrada en Copenhague en enero de 1915, a la cual asistieron delegados de Holanda y de Escandinavia, confirmó el voto expresado por el congreso socialista internacional de 1910, que obligaba a los parlamentarios del Partido a sostener el programa siguiente:

- a) Arbitraje internacional obligatorio.
- b) Limitación de los armamentos, con el desarme completo como objetivo final.
- c) Supresión de la acción secreta de la diplomacia y responsabilidad parlamentaria directa por la política extranjera.
- d) Derecho de las naciones de disponer libremente de sí mismas, y apoyo a toda política tendiente a impedir una agresión armada y a oponerse a la opresión violenta.

En febrero de 1915 reuniéronse en Londres delegados socialistas de la Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Rusia, y declararon que la clase obrera debía unirse en la Internacional para suprimir la diplomacia secreta, poner fin al militarismo y a los intereses de la industria de los armamentos, instituir una corte encargada de arreglar los conflictos internacionales, e imponer el arbitraje obligatorio. Dos meses más tarde se reunían en Viena delegados de la democracia social alemana y de la austriaca, que votaron también la necesidad de establecer cortes de arbitraje internacional y de hacer éste obligatorio.

Mucho más directamente relacionadas con el restablecimiento inmediato de la paz son las proposiciones presentadas por el diputado London al Congreso Federal de Washington, en nombre del Partido Socialista de Norte América. Comprenden: 1) la evacuación de los territorios ocupados; 2) la liberación de las naciones oprimidas; 3) el plebiscito en Alsacia-Lorena, Finlandia y Polonia para resolver la cuestión de su independencia o dependencia; 4) la abolición de toda medida contra la capacidad política y civil del pueblo judío; 5) la libertad de los mares; 6) el desarme progresivo; 7) la institución de una corte de arbitraje internacional, con el boicot general como sanción.

El diputado London propuso que se autorizara al presidente Wilson a convocar un congreso de los países neutrales para ofrecer su mediación a los beligerantes y sesionar en permanencia hasta el fin de la guerra, tomando como base de discusión los propósitos enunciados.

Como se ve, hay un punto respecto del cual todas las conferencias han estado de acuerdo: el arbitraje internacional obligatorio.

Para su sanción se ha pensado por algunos en la formación de una fuerza militar internacional, encargada de mantener la paz, lo que iría contra la idea del desarme completo que se propicia. El boicot comercial contra el país agresor parece que sería más fácil y más eficaz.

La supresión de la diplomacia secreta es una cuestión inseparable de la del régimen político de los pueblos. Mientras existan reyes que se crean o se digan de derecho divino, dueños de hacer la paz o la guerra, no se ve la posibilidad de impedir que intervengan en los asuntos internacionales agentes más o menos confidentiales. Lo urgente para alejar las probabilidades de

guerra está en la reforma política, que ponga de lleno el manejo de la política exterior en manos de hombres responsables elegidos por el pueblo. Aunque dos repúblicas y la libre Gran Bretaña están envueltas en la guerra, es indudable que un gobierno democrático es por sí solo una garantía relativa contra las veleidades militaristas. Lo dice ya el hecho de que en la conflagración actual, el imperio alemán, casi absolutista, ha sido el agresor. Habrá, pues, que dar mayor importancia en la agitación socialista a las formas de gobierno, y proclamar con más fuerza que antes nuestra aspiración en todos los países al sufragio universal completo y a la república.

En general, las proposiciones del Partido Socialista de Norte América son simpáticas y aceptables, si bien de una importancia muy desigual.

No creemos, sin embargo, en la estabilidad de la paz si no se crean condiciones nuevas para la convivencia de los pueblos. Europa paga ahora la culpa de sus expediciones de conquista y de rapiña del último medio siglo, hechas en nombre de principios de libertad y progreso que las mismas potencias conquistadoras eran las primeras en violar. Han entrado en países asiáticos y africanos a sangre y fuego en nombre de la civilización, para pretender después rodearse ellas mismas de una muralla china que las defendiera del comercio de importación. Esas incongruencias de conducta, reveladoras de la codicia que inspira la conducta de la clase gobernante, mantienen artificialmente aislados a los pueblos, tienden a exagerar las diferencias de su civilización y preparan futuros conflictos.

Los preparan también las pequeñas y despreciables oligarquías de terratenientes que se atribuyen un dominio omnímodo sobre vastos territorios cuyo aprovechamiento y población ellas

son incapaces de dirigir. Si no abren los ojos, no tardará en llegar la embestida que las saque del letargo. La vida, en su expansión incontrarrestable, no ha de ser detenida por fórmulas ni emblemas.

El problema de la paz abarca, pues, el problema entero de la historia. Sólo cuando tengan libre campo de acción las fuerzas constructivas del hombre cesarán de obrar las causas que todavía lo empujan con desgraciada frecuencia al empleo de sus fuerzas destructivas.

“La Vanguardia”, mayo 13 de 1916.

LOS NUEVOS VALORES ETICOS

A propósito de la guerra

Con ser un conflicto tan espantosamente material, la guerra europea no ha curado a los hombres de su fácil propensión a las divagaciones metafísicas. Cabezas distinguidas por la lucidez y la armonía con que exponían sus ideas, caen ahora en la obscuridad y el vacío de fórmulas verbales inocuas, como si el horrendo espectáculo europeo, agitándoles violentamente los nervios, les hubiera inhibido por un instante el juicio.

Hay quienes hablan de purgar el marxismo de errores que, según ellos, habrían conducido a la guerra, o, al menos, a no oponerse a ella con energía suficiente.

Es ya bastante fuera de lugar el relacionar con la doctrina de un hombre una catástrofe de la magnitud de la guerra actual, sólo comparable a los más grandes choques y cataclismos entre los elementos del mundo físico. No la doctrina de Marx, sino toda la ciencia histórica junta apenas alcanza a explicar lo que sucede.

Pero lo que sucede es lo más a propósito pa-

ra hacernos pensar en serio y precavernos contra toda veleidad intelectualmente retrógrada.

Deberán los socialistas — se nos dice — restaurar en el socialismo los valores éticos, una concepción histórica en que el respeto a la personalidad humana y a las nacionalidades esté por encima de toda pretendida necesidad económica. Y agrega Araquistain: “El socialismo debe dar en lo sucesivo preponderancia a los valores éticos y jurídicos sobre los económicos en toda política internacional”.

Pobres de nosotros si nos dejáramos guiar por frases semejantes!

Es tan fácil tener principios éticos, que los más crueles conquistadores los han tenido y los tienen siempre.

Ahora no les faltan, por supuesto, a los alemanes. En sus planes de predominio, ellos ven la perspectiva del desarrollo de su nacionalidad, pretensión tan legítima, por lo menos, como la de pueblos atrasados y corrompidos a que se respete su soberanía política sobre vastos territorios que esos semibárbaros son incapaces de poblar ni aprovechar.

¿Podemos acaso los pueblos de lengua española condenar sin apelación la ética de los conquistadores? ¿No es la conquista lo más grande de nuestra tradición histórica?

El respeto de los socialistas por la personalidad humana! En buena hora. Pero frente a un “carnero”, ¿lo antepone a la conveniencia colectiva de un gremio en huelga? ¿Y qué es eso de “la preponderancia de los valores éticos y jurídicos” en la vida internacional? ¿La tienen acaso en la nacional? Los que vemos el papel de la mentira y la simulación en el comercio y la política, los que sufrimos de la calumnia sistemática, los que en nuestra obra social chocamos con la codicia, la rapacidad y la vanidad de los que

mandan, y a veces también de los que obedecen, los que denunciarnos la legislación de clase, la arbitrariedad y la violencia policiales y la justicia ciega y corrompida al servicio de los poderosos, ¿vamos a creer en la preponderancia de los valores éticos y jurídicos?

Y si estos factores no predominan siquiera dentro de la nación, entidad colectiva con cierta homogeneidad de raza, de lengua y de costumbres, educada en el respeto, cuando no en el fanatismo, por los mismos símbolos, ¿cómo hemos de creer que preponderen en la vida internacional?

Nadie sufriría como nosotros mismos si nos dejáramos arrullar con frases como éstas. Los alemanes a lo von Bernhardt estarían de parabienes si nos supieran embaucados por los predicadores de ese evangelio, tan viejo que hoy lo abandonan hasta los clérigos. ¿No ha dicho desde el púlpito el obispo inglés Vaughan que lo mejor que pueden hacer hoy los británicos es “seguir matando alemanes”? No ha pedido un obispo alemán a su dios “clemente” que los submarinos alemanes continúen hundiendo los barcos que llevan alimentos al enemigo, “sin preocuparse de cuántos imprudentes norteamericanos van a bordo”?

La solución de los enormes problemas actuales, la prevención de conflictos semejantes en el porvenir, no se conseguirán con el retorno a los viejos dogmas de la retórica burguesa.

Que haya cuanto antes una ética internacional. Pero hemos de comenzar por crear el terreno en que ha de desarrollarse, multiplicando y estrechando los vínculos, no éticos, sino materiales, entre las naciones.

No perdamos el tiempo rumiando las viejas consignas.

Lo que exige nuestra atención no son las declaraciones redundantes y estériles, sino el estu-

dio de las condiciones materiales, mensurables, de la paz.

Y los pueblos atrasados, jóvenes o viejos, apresurémonos a recuperar el tiempo perdido, afirmando en nuestro movimiento demográfico y en nuestra obra técnico-económica para el mundo nuestra razón de ser como entidades nacionales. Ay de los que esperen resistir con palabras al embate infinito de las ondas de la vida!

"La Vanguardia", Junio 2 de 1916.

¡PURIFIQUEMOS LA PAZ!

Una vez más festejamos el Primero de Mayo ante los horrores de la guerra, sostenida con furiosa tenacidad entre los pueblos más grandes y más cultos.

Ellos no han sabido hasta ahora establecer sus relaciones sobre firmes bases de equidad, no han sabido desarrollarse juntos, ni tampoco readaptarse en paz a las nuevas condiciones creadas por sus diferencias de desarrollo, y hélos ahí en el infierno de odio, de sangre y de fuego de la guerra.

Aquella inmensa destrucción de vidas y valores humanos nos espanta, y condenamos como la más funesta inepticia y el mayor crimen de los siglos la política de los gobernantes que no han encontrado otro expediente para zanjar sus diferencias.

Pero las clases obreras más conscientes y organizadas del mundo siguen fiel y lealmente a esos gobernantes, y van a la batalla como a un sacrificio necesario.

¿Qué significarían entonces nuestras protestas contra la guerra? Predicar la paz, como el papa en estos momentos, en una tonta o una hipócrita homilía. La guerra tendrá su solución en sí misma; sólo librada a sí misma puede llegar a una sana terminación. Acaso su final nos

duela más aun que su principio. No dejaría por eso de ser una gran lección de cosas. Con inmenso dolor habríamos aprendido verdades formidables.

Entretanto, miremos más bien hacia adentro, pensemos en nuestra propia situación, y hagamos nuestra paz activa, libre y digna, para que sea permanente y segura.

Después de contemplar en el campo de batalla de Flandes las vidas tronchadas en flor, las maravillas del arte gótico destruídas, la suciedad y la miseria de las trincheras, la crueldad infinita y la terrible grandeza de la guerra, ha dicho Bernard Shaw: "Hay que purificar la paz".

Y en efecto. La paz es precaria mientras se la espera en la poltronería, en el estancamiento, en la rutina, en el culto a la tradición.

La paz es falsa e insegura si se la basa en la mentira política, en la simulación patriótica, en el formalismo religioso y moral, si se manifiesta en un arte afectado, en una ciencia verbal, en un idealismo vacío.

La paz es utópica si con ella hubieran de perpetuarse la servidumbre y el privilegio parasitario, en que degeneran por igual señores y siervos.

La paz es impura cuando implica la abstención cobarde, la renuncia estéril, y bajas satisfacciones materiales son su única meta.

No tendrán paz las naciones con esas taras. Su apatía y sus convencionalismos no las pondrán a cubierto de vanas disensiones internas que las debilitarán aún más, y no soportarán sin peligro la convivencia de otras sociedades de más energía y más verdad.

Para no caer en el enervamiento de la paz, preciso es ejercitar en tiempo de paz las virtudes de la guerra, poner en las labores creadoras

tanto esfuerzo como el que para la destrucción se malgasta en la guerra, vivir en tiempo de paz con tan austera verdad como la que la presión extraña impone en la guerra.

Elevar y dignificar el trabajo muscular y mental es la única vía para desarrollar una energía social intensa. Es degradar el trabajo, imponerlo, sufrirlo, presentarlo como una maldición. Sólo dignifican el trabajo quienes, trabajando, se empeñan en hacer de la propia labor el ejercicio sano y normal del propio cuerpo, los que sienten y comprenden el trabajo como el esfuerzo necesario para sí mismos y para los demás, los que lo miden y embellecen tanto como pueden, dispuestos siempre a trabajar en las condiciones más duras y difíciles, si la salud de la comunidad así lo exige, como el soldado calcula y mide su propio sacrificio.

El orden social no es concebible sin la solidaridad, ni la necesaria subordinación sin la igualdad, sentimientos todavía embrionarios, y que hemos de robustecer en la paz, so pena de que su falta nos traiga las peores calamidades de la guerra. Con los actuales uniformes, los jefes militares apenas se distinguen de los soldados por su hábito externo. Así también en la paz se hace cada vez más necesario prescindir de los caracteres extrínsecos de los hombres al jerarquizarlos, no ver galones en los títulos de propiedad, hacer caso omiso de las charreteras académicas, desprestigiar el distintivo exterior, y capacitarnos para reconocer en sus obras la ciencia y la virtud, para que las funciones directivas recaigan en los más aptos.

¿Necesitaríamos de la guerra para aprender a ser sobrios? Con severa prolijidad denuncia "The Economist", de Londres, el menor exceso de alimentos, de bebidas, vestidos o luz que gaste la clase alta británica en sus raras fiestas.

de estos años. Con asombrosa claridad explica que esos consumos de lujo distraen trabajo humano de sus objetivos más necesarios y urgentes, a saber, la producción de alimentos para el pueblo y los soldados, de material de guerra, de las mercancías que han de cambiarse en el extranjero por medios de subsistencia y de combate. ¿No es eso reconocer que en tiempos de paz el consumo conspicuo, como lo llama el profesor norteamericano Veblen, de la clase alta se hace a costa del hambre y de la indigencia del pueblo productor, para proveer al cual no se trabaja bastante? No usurpen, pues, los ricos el tiempo de trabajo requerido para la satisfacción de necesidades nacionales fundamentales. No debiliten ni enconen al pueblo trabajador obligándolo a hacinarse en tugurios, para que ciertos privilegiados huelguen en varios palacios. No degraden en superfluas funciones serviles a hombres y mujeres capaces de producir verdaderas riquezas y de prestar servicios reales.

Y tengamos todos el valor de cumplir nuestro deber, de sostener nuestras convicciones, de respetar nuestros ideales. Ser o no ser, es la alternativa que se presenta a cada instante a millones de hombres en la guerra. No huyen, sin embargo. Afrontan la muerte probable con resolución y firmeza. ¿Podemos ser menos impávidos que ellos en los raros y lejanos peligros de la paz? Y si la madre, y a veces el obrero, como el soldado, arriesgan conscientemente su vida en cada una de sus empresas, ¿qué decir del temor a la pérdida de la posición o del empleo, del vano apego al título y al rango que paraliza y dobla a tantos en tiempos de paz? Multitud de héroes marchan, anónimos, a la muerte. Aprendamos a arriesgar al menos nuestra reputación en defensa de nuestro ideal.

Antes que esclavo, prefiero morir — dice uno

de los himnos obreros más difundidos. Es una declaración de guerra a la esclavitud moral, tanto como a la servidumbre material. Con sus hábitos de trabajo, sus costumbres sencillas, sus legítimas reivindicaciones sociales, su sed de cultura y de ideal moral, la clase productora ha de purificar la paz, ha de impedir que sea el charco en que todo se corrompe, ha de hacer de la paz una corriente, movida y límpida, de vida intensa.

“La Vanguardia”, mayo 10. de 1918.

TRES AÑOS DE LUCHA

Hace hoy tres años que la revolución rusa afirmó abierta y definitivamente su carácter proletario, con la toma de posesión del gobierno de Petrograd por el partido comunista.

Hasta ese momento ella había pugnado en vano por constituir un gobierno firme; habían faltado en su dirección inteligencia y energía.

Los príncipes, burgueses y literatos que, a principios de 1917, le dieron el primer impulso, se lanzaron a la revolución sin comprender la tempestad que desencadenaban. Motivos sentimentales y teorías políticas apenas controladas por la práctica los habían determinado a la acción, y, para derribar la monarquía y proclamar un gobierno republicano provisorio, fácil les fué servirse de las grandes aglomeraciones obreras de la industria de Petrograd, organizadas ya en soviets e impacientes en su anhelo de una verdadera revolución.

Y desde el primer momento, vióse que las masas obreras y campesinas, hacinadas sin empleo y, en gran parte, sin armas, en campamentos y cuarteles, o todavía en actividad en las usinas y los campos, eran el alma misma del movimiento.

No era aquel un pueblo adiestrado en la lucha política como ésta puede desenvolverse en Ingla-

terra, en Estados Unidos, en Francia. Demasiada opresión, demasiada ignorancia, demasiada mentira y corrupción habían pesado sobre él.

Desde la revolución de 1905, en que los soviets obreros hicieron su primera aparición, hasta el momento en que Carlos Liebknecht escribió su informe sobre las persecuciones políticas en Rusia, para el congreso socialista internacional que hubo de celebrarse en Viena en agosto de 1914, pasaron de 5.000 en el imperio de los zares las ejecuciones capitales por motivos políticos, y las cárceles rusas encerraron, por centenas de miles, hombres y mujeres perseguidos por delitos de opinión.

Y todo lo contaminaba la policía imperial, con su oro y con sus espías. Malinovski, agente de pesquisas disfrazado de tribuno y revolucionario, había llegado a ser vicepresidente del grupo bolchevique de la Duma!

¡Cuánto odio, cuánta desconfianza, cuánta implacable temeridad debió anidar en los corazones sinceramente revolucionarios, después de tres largos años de desastrosa guerra, traicionada, más que conducida, por los favoritos de una corte sujeta a la más inconsciente y negra superstición!

Así la revolución fué desde su comienzo un profundo sacudimiento social.

Las grandes huelgas en las fábricas planteaban la lucha a fondo con el capital, las huelgas de combatientes en las trincheras denunciaban para siempre la tradicional política de rapiña y sangre entre los pueblos.

Pronto fué completa la desorganización de la producción y de la guerra. Vandervelde, ministro belga que visitó oficialmente a Rusia en abril de 1917, la encontró ya en caos industrial.

Después, las arengas de Kerensky no infundieron a las tropas el espíritu y la convicción que les faltaban, y cuando hubo fracasado en mares de

sangre la ofensiva rusa de julio, horroroso golpe teatral, y cuando el gobierno revolucionario burgués, vacilante en sus opiniones y en sus actos, hubo transado con generales reaccionarios alzados contra su autoridad, los soviets de soldados se dispusieron a llevar adelante la revolución, abandonando la guerra exterior.

Y así estallaron las insurrecciones bolcheviques, y se estableció la dictadura del partido que profesa sostener los derechos e ideales proletarios, y que, habiendo emprendido la transformación social más vasta y más profunda, cumple hoy tres años de existencia, prueba suficiente de su virtud y de su fuerza.

No vamos a analizar la obra de aquel gobierno revolucionario por excelencia, y que, por eso mismo, ha debido afirmar a toda costa su autoridad.

No vamos tampoco a juzgar sus tentativas de propagar sus procedimientos en otros países, sobre todo en la Europa Occidental, proselitismo que responde más a consolidar la propia situación, librando a la revolución rusa de peligrosos enemigos inmediatos, que a la creencia de que sea necesario ni posible hacer en todas partes lo que los bolcheviques han hecho en Rusia.

Nos limitaremos a notar que la revolución comunista rusa ha tenido y tiene un neto carácter de clase, ha ascendido por la fuerza, ha procedido por leyes y decretos, y ha emprendido una gigantesca reconstrucción social, según nuevos principios económicos, políticos y morales, que en su enunciado y en muchas de sus aplicaciones merecen y tienen la simpatía del mundo entero del trabajo.

“La Vanguardia”, noviembre 7 de 1920.

LA BANDERA ROJA Y LA BANDERA ARGENTINA

No habrá conflicto

Como habrán visto nuestros lectores en la información que dimos ayer de las exequias del diputado nacional socialista Eugenio Albani, creíamos que todo se había pasado en perfecta forma, aun cuando era la primera vez que el entierro de un socialista argentino se acompañaba de honores militares.

Cuando llegamos a la Chacarita, desde el lejano y poco transitado barrio de Nueva Pompeya, donde nuestro extinto compañero tenía su modesta vivienda, nos impresionó encontrarnos ante fuerzas militares vestidas de gala, algo dispersas por la plaza y con sus armas en pabellón, para hacer sin duda más soportable la prolongada espera. Nos pareció una mitad de batallón, pero se nos dijo que allí estaba el regimiento 3 de infantería, gran número de cuyos conscriptos eran del barrio donde vivió y trabajó el ciudadano Albani. Poco habituados a distinguir los distintivos militares, el jefe nos pareció teniente coronel, pero resultó no ser sino el mayor Podestá, pues el jefe superior de la fuerza, teniente coronel Guillermo Moura, no asistía al acto por encontrarse enfermo, malestar que deseamos y esperamos haya pasado. Los elegantes oficiales montados, la bandera de guerra, de colores algo desteñidos por el uso, la banda de música, completaban el cuadro de ornamentación militar con que el P. E. había querido asociarse a los honores al extinto.

Cuando a eso de las 13.30 apareció por fin el fúnebre convoy, vimos a la tropa tomar las armas, formarse, imprimir a los fusiles un movimiento en dos tiempos, durante el primero de los cuales pareció como que los presentaban, dispo-

nerse después en filas cortas de a dos en fondo, y, precedidas de la banda, que tocaba una marcha, tomar un trayecto paralelo al que seguía el coche fúnebre, para continuar hacia la calle Corrientes, marchando a buen paso. Nos pareció que, dado lo avanzado de la hora, pues eran ya las 14, se había simplificado la ceremonia militar, a fin de que los jóvenes conscriptos almorzarán sin mayor demora. Cuanto a la salva de ordenanza, grato fué a nuestros oídos que no se produjera. Todo, en una palabra, nos pareció tan completo, que en nuestro número de ayer pudimos hablar del homenaje hecho por las tropas del ejército nacional a la bandera roja que cubría el féretro.

Cuál no habrá sido nuestra sorpresa al leer hoy en un diario rico de la mañana que el comando del regimiento no rindió los honores militares correspondientes a la investidura del extinto diputado Albani, "en virtud de considerar que, al estar ausente la bandera nacional, que sobre los despojos del diputado fallecido debía simbolizar la representación que aquél ejercía, y en cuyo concepto se acordaron los honores, no existía ya posibilidad de rendirlos".

No sabemos qué pensará el ministro de guerra de la desobediencia de su subordinado, pues seguramente las ordenanzas militares nada dicen del color de los trapos que puedan cubrir el ataúd en los casos de honores fúnebres militares.

Pero estamos seguros de que al Partido Socialista no se le plantea ningún conflicto, y que el asunto no dará a los parlamentarios socialistas tema para una interpelación.

Cuando las circunstancias se lo imponen, el Partido Socialista puede prescindir de banderas en sus ceremonias. La policía le ha impedido llevar la bandera roja en varias manifestaciones de lo de Mayo. Y el triste acto de anteayer, gracias

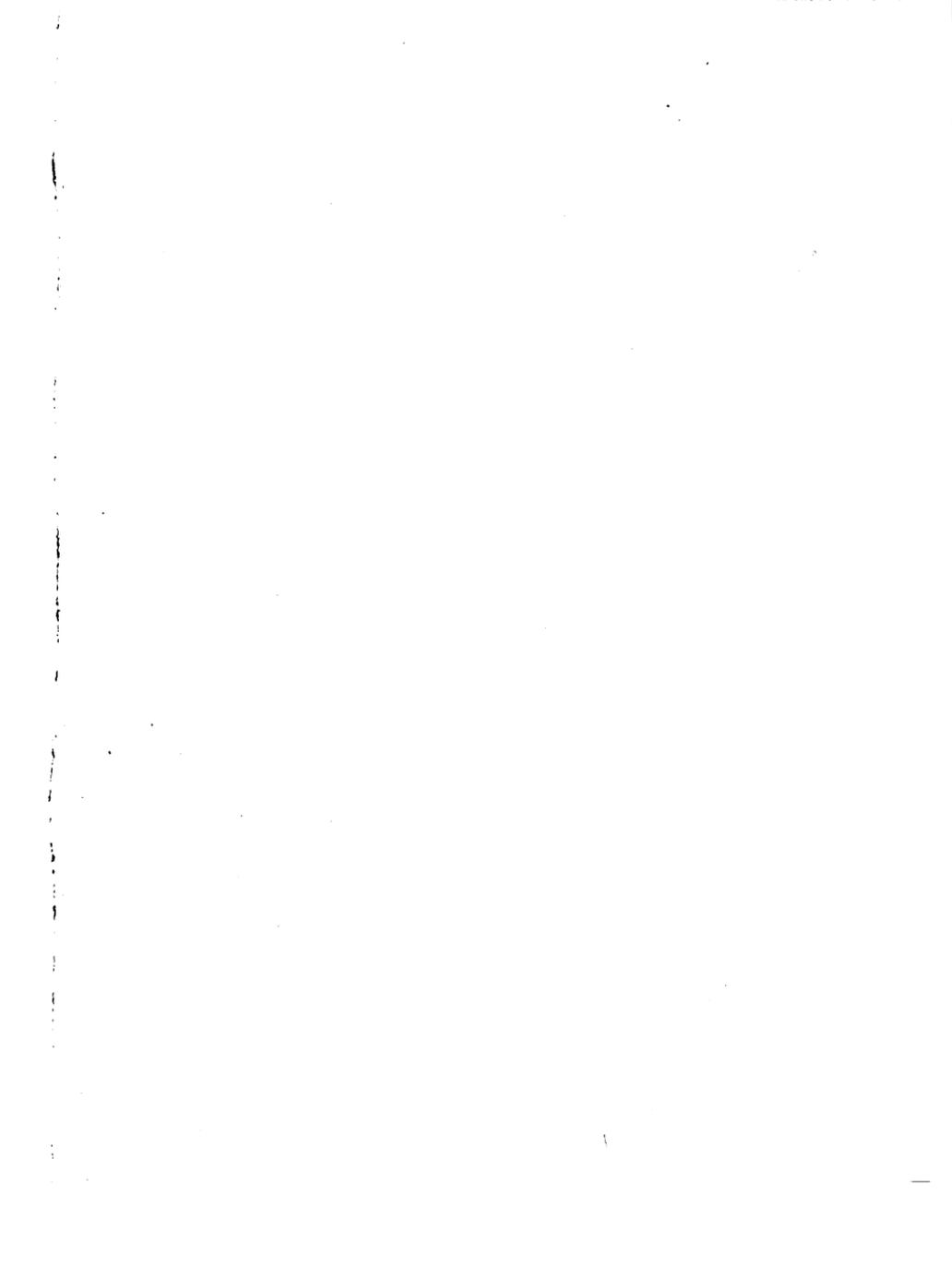
al mayor Podestá, vióse pronto privado de la bandera azul y blanca.

Nada de eso tendrá consecuencias en la historia nacional.

Más grave hubiera sido, y de mucha mayor trascendencia para el porvenir de la república que el italiano de origen Eugenio Albani, y tantos otros trabajadores extranjeros, que aman esta tierra y este pueblo, no se hubieran naturalizado. Perdida hubiese sido entonces para la patria argentina toda la sana energía que esos hombres han aportado a la obra difícil de la educación política nacional. Ellos hacen para la historia del pueblo argentino algo más importante que usar en las ceremonias la bandera nacional: votan con lealtad y conciencia en las mismas urnas que los argentinos, cuando se trata de constituir las más altas autoridades de la nación.

Ni existe tampoco el conflicto entre banderas que algunos se empeñan en suponer. Frente a la sala de los diputados socialistas ondeaba durante las sesiones la bandera azul y blanca, y el Partido ha luchado con empeño por llevar a esa sala más diputados, con tanto éxito que ahora les resulta chica. Cuando los socialistas argentinos envían sus delegados a algún congreso obrero internacional, los representantes argentinos encuentran allí la bandera de su patria, junto a las de las más grandes naciones, hospedadas todas bajo el amparo noble y generoso de la bandera roja internacional. Nada temen de ésta nuestros más patriotas militares. Jamás la bandera roja será el emblema de bárbaros que invadan nuestro país o quieran conquistarlo.

Los mismos fanáticos de la técnica destructiva, que ven en la fuerza militar la medida de la grandeza de un pueblo, deben ahora respetar la bandera roja, pues toda roja es la bandera











UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3018753240

0 5917 3018753240